

Sofía
Ortega



Amo te
Mucho Mucho



*Amo te
mucho mucho*

Sofía Ortega

Título: *Amo te mucho mucho*

Todos los derechos reservados.

Copyright © 2023 Sofía Ortega Medina.

Diseño de portada: Sofía Ortega.

Tipografía de portada: María Ramos.

Corrección: Lorena (Llyc Correcciones)

1ª edición.

ISBN: 9798859300907

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito del titular de los derechos de autor. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*“Lo mejor que el mundo tiene
está en los mundos que el mundo contiene”.*

*A mis hijas,
mis niñas diferentes...*

Capítulo 1

Julia

DE: Julia López Martín

PARA: Jana LoMar

Querida Yang:

Se te olvidó mencionar que las paredes tienen tantas manchas que no parecen blancas y los suelos crujen dos veces en cada paso que doy, a pesar de la moqueta que lo cubre, con marcas de pisadas, de otro siglo, seguro. Me gusta que haya balcones en forma de medialuna en todas las habitaciones, y también los dos pilares en el porche de entrada; y me gustan porque he hablado con mamá ahora y me ha dicho que la residencia está igual a cuando ella estuvo aquí.

Ya he colocado mi ropa, me he duchado (necesitas un neceser con urgencia, ocupas todo el lavabo; y, no, nunca me acostumbraré a lo caótica que eres, así que ni lo intentes) y me he vestido. Voy a ponerme las zapatillas y a enviarte este *e-mail*, así que tienes cinco minutos y cuarenta segundos para, espero, terminar de arreglarte y abrirme la puerta.

Tu Yin.

Envío el *e-mail*, bajo la tapa del portátil, me pongo las Converse blancas tipo bota, atando los cordones con el mismo largo en los dos extremos, me levanto de la silla y la coloco pegada a la mesa. Me cuelgo el bolso en el hombro derecho y salgo de la habitación.

Compruebo el reloj en mi muñeca izquierda. Me lo regalaron mis padres ayer: de color gris claro, correa de goma muy suave y una esfera grande con una Minnie Mouse, vestida de rojo y blanco, y rayas en lugar de números. Es, sencillamente, perfecto.

—¡Ya estoy! —exclama Jana, saliendo como un tropel de su cuarto, junto al mío, con rastros de sueño en la cara y ajustándose la cazadora vaquera encima de la camisa de grandes cuadros rosas y azules que lleva. Cuando se saca el largo pelo rizado, veo los auriculares blancos que cuelgan de su cuello.

Me sitúo a su espalda y le peino los cabellos en dos trenzas de raíz, con rapidez y precisión.

—Los cordones —le recuerdo. Ni siquiera los miro, no me hace falta.

Jana se agacha y se ata los cordones de las zapatillas, despacio y sin orden. Mis manos se abren y se cierran varias veces, pero me obligo a quedarme quieta. Cuando se incorpora, su estómago ruge. Compruebo de nuevo el reloj y digo:

—Había pensado que podías llevarme a probar esos *bagels* que tanto te gustan. No he desayunado todavía.

—Pero si no tenemos... —Frunce el ceño—. ¿Has vuelto a hacerlo?

—Si te digo que tenías veinticuatro minutos y diez segundos más para arreglarte, no habríamos desayunado. Eres un caos para mi puntualidad, lo sabes. —Arqueo las cejas.

Jana gruñe. Mi sonrisa es enorme.

—No me culpes por conocerte, Yang.

Termina riéndose, meneando la cabeza.

—Londres contigo va a ser divertido, Yin.

Nos abrazamos con fuerza. Un revuelo me recorre por dentro al dejarme envolver por su olor a Nenuco. Un sinfín de imágenes aparecen con rapidez en mi mente, en todas salimos las dos, juntas. Siempre juntas.

—Te he echado tanto de menos...

Nos miramos y volvemos a reírnos por haber hablado a la vez.

—¿Nos vamos?

Una hora exacta después, tras haber desayunado un *bagel* de salmón y queso, alcanzamos nuestro destino final.

—¿Preparada? —me pregunta mi hermana, cogidas de la mano, frente al edificio en el que trabaja desde hace seis meses.

—No. —Estoy muy nerviosa. No se queja de lo fuerte que le estoy apretando la mano, aunque la vaya a dejar sin circulación.

—Mírame.

La obedezco de inmediato.

—Vas a firmar un contrato que ya has repasado mil veces con mamá. —Sonríe—. Y yo estaré contigo.

Repito deprisa sus palabras en mi cabeza. Me cuesta hacer dos cosas a la vez, tengo que esforzarme mucho en mirar y escuchar. Estoy acostumbrada a esta sensación de incomodidad, y no me molesta sentirme así, es Jana, por ella hago lo que tenga que hacer.

—Pero es tu día libre, y por mi culpa estás aquí, en tu trabajo.

—Me encanta trabajar aquí. Soy becaria, pero a mucha honra. —Hincha el pecho con exageración, robándome una sonrisa—. La gente es maravillosa y el director editorial es un buen hombre, te gustará.

—Ha sido un error escribir esta historia en inglés, mejor me... —Me giro, pero ella me sujeta de los hombros y me mira, arqueando las cejas—. Vale.

—Julia, eres políglota. Dominas el inglés, el francés y el italiano como el español. Puedes escribir más historias en cualquiera de esos idiomas —retira hacia atrás mi cabello lacio y pelirrojo, ligeramente ondulado en las puntas—, y tú lo sabes.

—Pero tenía que haberla escrito en español.

Clavo mis ojos en la fachada del edificio.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...».

—Pero escribiste esta historia en inglés, ya está hecho y dentro de nada vas a empezar a cumplir tu sueño, igual que lo hizo mamá. —Tira de mi brazo—. Veinticuatro.

—No sabes lo que estoy haciendo —refunfuño, terminando de contar mentalmente las veinticuatro ventanas.

Subimos en uno de los ascensores, detrás de la recepción pulcra y amplia, hasta la octava y última planta. Mi móvil vibra en el bolso antes de que se abran las puertas. Lo saco y leo el mensaje que he recibido de mamá:

«Sé tú misma y todo irá bien.

Lláname cuando salgas.

Te quiero, monita».

Sonríó. La paz me invade. Sin embargo, al salir, aún mirando el móvil, de pronto, me choco con un cuerpo más grande que el mío. El impacto hace que rebote, pierda el equilibrio y aterrice en mi trasero. Mi bolso también cae y mis pertenencias se desparraman por el ascensor. Mi corazón se detiene con brusquedad para envalentonarse al instante siguiente.

—¡Dios mío! —exclama alguien en inglés—. ¿Estás bien?

Me arrodillo y empiezo a guardar mis cosas con manos temblorosas y torpes. Mis nervios crecen, alterándose gravemente mi respiración, cuando un aroma desconocido se filtra por mi nariz. Huele a... ¿mar? Pero estamos en el centro de Londres, en el distrito de la City, no hay mar aquí. El miedo a lo desconocido me obliga a cerrar los ojos para calmarme, practicando los ejercicios de respiración que mi psicóloga me pidió que hiciera en un momento como este.

No sirven de nada. El aroma se intensifica cuando una figura se agacha a mi lado y me ayuda a recoger. Una mano masculina, de uñas perfectamente cortadas, de dedos largos, de aspecto fuerte, medio tono más oscura que mi piel, pasa por delante de mis ojos para atrapar mi pintalabios rojo.

—Lo siento —se disculpa el hombre, en inglés.

Y menta.

Mar y menta.

Le quito el pintalabios y salgo del ascensor. Necesito cerciorarme de que no hay mar aquí, pero también necesito ir urgentemente al despacho del director editorial, ya llego un minuto tarde.

Sin embargo, el desconocido me corta el paso, por lo que levanto la cara hacia la suya. Es alto. Muy alto. Yo no soy baja, pero me saca una cabeza.

—¿Estás bien? —me pregunta él, con una sonrisa de dientes perfectamente alineados.

No puedo hablar. Todo se silencia a mi alrededor. Todo se difumina por primera vez en mucho tiempo, tanto que ni me acuerdo de la última vez que me pasó esto, que desconecté por completo. Me fijo en que es un hombre joven, aunque mayor que yo, unos treinta y pocos años quizás, y tiene una cicatriz en el puente de la nariz, pequeña y fina, casi minúscula, suficiente para distraerme. Entonces, los ruidos de impresoras funcionando, murmullos, pasos rápidos, otros arrastrando las suelas de los zapatos, papeles moviéndose, alguna risa, grapadoras, sillas chirriando en el suelo, alguien tecleando en un ordenador..., hacen que regrese a la realidad.

—¿Julia? —me llama Jana.

La miro. Trago saliva. No estoy bien ahora mismo, me late el corazón demasiado rápido, no logro estabilizarme, no logro ignorar el jaleo, pero me obligo a fingir lo contrario. Mi hermana está muy preocupada, sus ojos nunca mienten. Sabe que cuando hay un mínimo error en mi control puedo sufrir una crisis. Quiero que se quede tranquila, para mí es peor verla mal, sobre todo si es por mi culpa. Necesito colocar el interior del bolso. Necesito comprobar que no hay mar, el Támesis no huele como este hombre.

—Julia... —me llama otra vez, con voz rasposa por el miedo a que colapse.

Alza las manos hacia los auriculares, pero se las aprieto, deteniendo lo que estaba a punto de hacer, para que se calme y calmarme un poco yo, el contacto me ayuda muchísimo, pero no cualquier contacto.

—¿Julia? —repite él, cuyos ojos marrones oscuros brillan de alegría—. ¿Eres Julia López? —pregunta ahora en un español donde marca muy poco la *r* y la *j* la pronuncia en inglés—. ¿Es tu hermana, Jana? Iba a esperarla abajo, no sabía que vendrías con ella.

—Sí —sonríe Jana, acercándose—. Julia, te presento a James McArthur, el director editorial de McArthur Publishing House.

Entonces, James McArthur se inclina para que sus ojos estén a la misma altura que los míos.

—Hola —me saluda, sin dejar de sonreír.

—Hola. —Trago de nuevo.

—Encantado de conocerte, Julia.

Estoy hipnotizada en sus labios, más gruesos que finos. ¿Serán tan jugosos como parecen?

—Tienes que marcar más las erres —le suelto en voz baja, no puedo hablar más alto.

Mi hermana carraspea. James McArthur se ríe.

—Tienes toda la razón, gracias por el consejo.

—No era un consejo, era...

Jana carraspea con más ímpetu y yo doy un respingo.

—Encantada de conocerle, señor McArthur. —Retrocedo, apretando el bolso en el pecho con las dos manos.

—Un placer. —No deja de sonreír—. ¿Te importa si nos tuteamos?

Asiento. Él se fija en mis manos, que intentan mover las cosas del interior del bolso para colocarlas a ciegas.

—¿Me permitís un momento? —nos pide James, tecleando en el móvil—. Necesito hacer una llamada y tardaré... —me mira a los ojos—, ¿cinco minutos?

La menta y el mar me roban una pequeña sonrisa de agradecimiento.

Y un revuelo en mi interior, como el aleteo de un pétalo, algo pequeño pero intenso.

—Con tres es suficiente —le contesto en un susurro—, gracias.

James asiente y se va, marcha atrás, sin perderme de vista hasta que tiene que darse la vuelta porque se choca con la pared del pasillo.

—Definitivamente, Londres va a ser divertido contigo, Yin —suspira mi hermana, colgándose de mi brazo para acompañarme al baño, en dirección contraria al despacho, para que coloque mis cosas en el bolso.

—Cállate —gruño, ruborizándome.

—Me callo. —Permanece unos segundos en silencio hasta que entramos en el servicio—. Cuando se lo cuente a mamá, con lo romántica que es... —Se echa a reír.

Me sonrojo todavía más.

Organizo el bolso tal cual lo tenía antes de la caída, compruebo en el móvil que de verdad estamos en la City, en el centro de Londres, donde no hay mar, y nos dirigimos a firmar el contrato de edición.

La menta es muy intensa en el despacho del director editorial. Busco con la mirada por el amplio y casi vacío espacio en busca de alguna planta, pero no la hay. Mis ojos se clavan en la ventana, al fondo, que ofrece las vistas de la Tower Bridge. Avanzo hacia allí. Apoyo las manos en el cristal. Está frío a pesar de ser mediados de junio, pero Londres es así. Las numerosas nubes grises que pueblan el cielo contrastan con el azul de la Tower, la imagen es increíble.

—¿Te gusta? —se interesa James, en un tono suave, a mi izquierda.

—Es el monumento favorito de mamá. —Giro el rostro hacia él.

Ahora no sonrío, me mira fijamente. Sus ojos son marrones, más claros que su abundante pelo. De repente, brillan. Entreabro la boca, sorprendida. Son más bonitos que sus labios. Pero su pelo también me gusta. Siento unas intensas ganas de comprobar su suavidad. Gracias a Jana no lo hago: me toma de la mano para sentarnos en las sillas que hay frente al escritorio.

Alguien irrumpe en la estancia, cerrando de un portazo tan sonoro que doy un respingo en el asiento. Es una mujer joven, delgada, alta, con una melena cobriza recogida en una coleta tirante, que luce un vestido blanco inmaculado de manga larga, muy elegante. Sus ojos azules serían preciosos si no resultasen tan fríos.

—Jana, ¿y mi café? —le exige en inglés, tecleando en el móvil—. Si tardas menos de media hora, te perdonaré que hoy hayas llegado tarde.

—Jana tiene el día libre —le indica él, acomodándose en su silla, al otro lado de la mesa.

—¿Y qué hace aquí? —Levanta la mirada del teléfono y repara en mí. Entorna la mirada—. ¿Y tú quién eres?

Escucho un gruñido casi imperceptible de Jana, que se pone rígida.

—Es Julia López —le contesta James—. Julia, te presento a Haley Davies, editora jefa de McArthur Publishing House.

—Hola —la saludo, sin moverme.

—¿Tú eres la autista? —Parpadea. Está atónita.

—En realidad, soy neurodivergente, y la pregunta correcta es: «¿Tú eres la que tiene autismo?».

Jana me guiña un ojo, le ha gustado mi contestación. Me encojo de hombros, es la verdad.

—En lenguaje normal —me replica la editora jefa—: eres autista. —Agita la mano—. Acabemos con esto, tengo cosas más importantes que hacer. —Se acomoda en la esquina del escritorio junto a mí. Arrugo la nariz al notar su empalagosa colonia.

—Haley, por favor —le dice James muy serio—, recuerda lo que hablamos.

—Recuerda tú que no estoy de acuerdo en publicar esta novela, James. No es nada personal —añade hacia mí—. Esto son negocios. Somos la editorial más importante de Inglaterra y la tercera de Europa, y eso no se consigue publicando historias como la tuya. Por suerte para ti, la última palabra la tiene él, no yo.

Frunzo el ceño. ¿Historias como la mía? ¿Historias reales con final feliz?

—Firmemos ya.

Con el contrato en las manos, él me lo explica todo, punto por punto, incluida la letra pequeña. Haley se mantiene callada, aunque sin quitarme la vista de encima. Es molesto, pero esto sí sé ignorarlo con facilidad. Cuando eres diferente, te conviertes en el foco de curiosidad de la gente, entre otras cosas, ninguna agradable, y aprendes a vivir con ello, no tienes otra opción.

Papá se enfadaba mucho si alguien actuaba conmigo así, decía que el mundo no estaba hecho para alguien como yo por culpa de gente como Haley; mamá le corregía: «El mundo no está preparado, Tiago, pero necesita a Julia». Nunca lo entendí, no sé si lo entenderé algún día, de momento, opino lo mismo que papá, aunque sin enfadarme, no sirve de nada, el mundo es como es, hay cosas que no se pueden cambiar, pero también hay personas por las que merece la pena esforzarse en buscar tu sitio, aun sabiendo que jamás lo encontrarás.

Firmo.

—Bienvenida a McArthur Publishing House —me dice James de manera oficial, de pie y extendiendo una mano hacia mí, sonriendo.

Me levanto y se la estrecho, también sonriendo, pero una corriente eléctrica detiene mi corazón al tocarnos. Su tacto... Su mano es cálida, suave, grande... No quiero soltarle, pero necesito volver a respirar. Entonces, sus ojos brillan de nuevo, resplandecen. Se fusionan con los míos. Puedo sentirlo. Y más cosas. Muchísimas. Un tsunami de repente.

«Oh, no».

Estoy en problemas. Necesito salir de aquí. Ya.

Capítulo 2

James

Veo a Julia, más pálida de lo normal, salir corriendo, y a Jana, detrás de ella. Preocupado, las sigo a distancia, no sé qué he hecho, pero es obvio que soy el culpable.

La pequeña de las hermanas le coloca sus auriculares a la mayor mientras esperan a que llegue el ascensor.

—Jana...

Me mira. Niega con la cabeza, saca su móvil del bolso y se marchan. Apenas un minuto después, recibo un mensaje suyo al móvil, que me vibra en el bolsillo de los pantalones azules del traje.

«Tranquilo, se le pasará. Muchas emociones en un solo día. Cuando se encuentre mejor, hablará contigo».

No me quedo tranquilo, pero le respondo dándole las gracias y pidiéndole que cuente conmigo si necesitan algo.

Me paso las manos por el pelo, suspirando. ¿Qué ha sido eso?

—¿Me recuerdas —me pregunta Haley, observándose las uñas pintadas de rojo— por qué te pareció bien añadir el manuscrito de esa loca a nuestro catálogo?

—¡Haley! —exclamo—. Contén la lengua. No es ninguna loca.

—Claro, es que huir como alma que lleva el diablo sin ningún motivo es de lo más normal...

—Se baja del escritorio—. Al menos nos vamos a ahorrar el dinero de la gira.

—Habrá una gira de su novela, como el resto.

—No estás hablando en serio. —Entorna la mirada, cruzándose de brazos.

—Por supuesto que estoy hablando en serio.

—¿Te imaginas que le dé un brote psicótico en plena firma de libros?

—Eso no era un brote psicótico y el autismo es un trastorno neurológico, no una enfermedad mental. —Me quito la chaqueta y la coloco en el respaldo de mi silla—. Y si lo fuera, no pasaría nada.

—No voy a permitir que hagas tambalear la reputación de la editorial por una loca con una cara bonita.

—Creía que la editorial era más mía que tuya.

—Solo es tuya un cincuenta y un por ciento —me replica, enrojeciendo de rabia.

—Y por eso yo soy el director editorial, no tú. —Le señalo la puerta.

—James, no...

—Adiós, Haley. —Ni la miro.

Se marcha de un portazo.

Somos «amigos» desde que nacimos, prácticamente; de la misma edad, treinta y tres años, estudiamos juntos en el colegio y en la universidad y tenemos conocidos en común. La editorial la crearon su madre y la mía, dos amantes de la lectura, como yo. Haley de lo que es amante es del dinero, y para triunfar, se necesita dinero, pero para resaltar, se necesitan otras cosas de las que ella, por desgracia, carece. Podría dirigir la empresa, es un tiburón en los negocios, pero, entonces, perderíamos lo más importante, lo que nos hace resaltar: la magia humana de nuestros

autores, gente maravillosa que escribe historias que dejan huella, publicadas en todo el mundo y en más de treinta idiomas del éxito que tienen. El problema es que, en los últimos dos años, hemos publicado «novelas de moda», porque lo he permitido. Por suerte, tal cual dijo, la última palabra la tengo yo. No quiero más moda, lo que quiero es volver a dejar huella.

Me suena el móvil. Es mi madre, Astrid McArthur. Me siento frente al escritorio y descuelgo.

—¿Ya, hijo?

—Sí, mamá. Se acaba de ir. —Frunzo el ceño.

—¿Qué tal ha ido? No te escucho muy feliz.

Porque sigo sin estar tranquilo. ¿Qué le habrá pasado a Julia para irse tan corriendo?

—¿No habrá sido Haley una maleducada con la hermana de Jana? —se preocupa.

—Haley es Haley, ya la conoces.

Gruñe.

—Hablaré con ella —concluye.

—No servirá de nada —me recuesto en mi asiento, girando hacia la ventana—, no está de acuerdo con tener a Julia López en nuestro catálogo, se lo ha dejado muy claro a ella también.

—Maldita niña... ¿En qué hora me asocié con Kimberly?

En realidad, la idea de crear la editorial fue de mi madre, y el ochenta por ciento del dinero lo invirtió ella, por eso es McArthur Publishing House, no McArthur & Davies.

—Esto pasa por no hacerle caso a tu padre —sigue mascullando—. Me dijo que traería problemas a la larga.

—Kimberly es una buena mujer.

—Haley podía haber heredado algo más de ella que el color del pelo.

No le quito la razón.

—¿Vienes a cenar hoy a casa? —me pregunta, suavizando la voz—. Así nos cuentas sobre Julia.

—Claro.

Nos despedimos y colgamos.

Observando la Tower Bridge a través del cristal, pienso en Julia.

«Cara bonita», eso ha dicho Haley. ¿Cara bonita? Julia no es bonita, es una preciosidad. Si me choqué con la pared por no poder quitarle los ojos de encima... Me río, debí de parecerle idiota.

Jana y ella son tan distintas... La pequeña es morena, más bajita, con caderas pronunciadas, los ojos oscuros y profundos y tiene una cara de buena imposible de engañar a nadie. Y lo es: aguanta a Haley a diario desde hace seis meses, se ha ganado el cielo ya.

Su hermana, en cambio, tiene el pelo anaranjado, es alta, esbelta, con muchas pecas y unos ojos verdes increíbles; posee una mirada tan atenta, tan penetrante, que mis piernas amenazaron con no sostenerme cuando nos estrechamos la mano después de firmar los papeles. Me hubiera caído de la silla si me hubiera sentado a continuación, seguro...

—James, tienes a Lauren en la línea uno —me informa mi secretaria a través del interfono.

La llamada que estaba esperando.

—Gracias, Emma. —Me doy la vuelta y descuelgo, marcando el uno.



A última hora, cuando estoy recogiendo para ir a casa de mis padres, alguien llama a la puerta

del despacho con suavidad.

Extrañado porque no espero a nadie, me acerco y abro.

Ver a Julia frente a mí me roba un suspiro de alivio.

—¿Estás bien? —Le indico que entre.

—Sí, gracias. —Con timidez, me obedece, sujetándose la tira del bolso en el hombro—. Jana me está esperando abajo. Quería disculparme por lo de esta mañana.

—Soy yo quien tiene que pedirte perdón. No sé qué hice, pero...

—No hiciste nada. —Niega con la cabeza—. A veces me cuesta más de lo normal canalizar las emociones. Llevaba seis meses sin ver en persona a mi hermana, me monté sola, por primera vez, en un avión esta mañana, aterricé en una ciudad totalmente opuesta a lo que estoy acostumbrada y firmé un contrato editorial por mi primera novela. —Sonríe, de repente, llena de ilusión—. Cuando se hizo oficial y te miré a los ojos, todo explotó.

Asiento despacio.

—Es decir, ¿tuviste una sobreestimulación?

—Sobrecarga sensorial. —Agacha un poco la cabeza—. Perdona la corrección.

—No pasa nada. —Sonrío, divertido por su reacción: acaba de ruborizarse—. No te acuestas sin aprender algo nuevo.

Me devuelve la sonrisa, encantada con mi respuesta.

—Me gusta tu despacho —comenta, observando el espacio—. Huele muy bien y está casi vacío, algo muy bueno para mí.

—No es que me vaya lo *minimal* —me encojo de hombros—, pero soy un tío sencillo que solo necesita una mesa, un ordenador, sillas y libros. —Señalo la estantería que ocupa toda la pared de la derecha, repleta de novelas.

—Nunca son suficientes —murmura, acercándose a la estantería.

—Nunca.

Alarga una mano, pero rápidamente retrocede, sonrojándose otra vez.

—Adelante —le susurro.

Su pulso se dispara, soy testigo de cómo sus pechos golpean deprisa la cazadora vaquera de repente. Se inclina, leyendo los títulos y acariciando los lomos con las yemas de los dedos. Despacio, va de un extremo a otro de la estantería varias veces, hasta que termina.

Cuando vuelve a posar los ojos en los míos y me regala esa sonrisa tan especial, suelto el aire que estaba reteniendo sin darme cuenta.

—Tienes una colección... —Se ríe—. ¡Es una pasada! —Se lleva las manos a la cara y juraría que acaba de dar un saltito.

Voy a darle las gracias, pero Jana entra en el despacho.

—¿Julia? —la llama su hermana—. Estaba preocupada, no bajabas —añade hacia su hermana, con una expresión dubitativa—. ¿Todo bien?

—¿Has visto esto? —exclama Julia.

—No te fijaste esta mañana. —Le sonríe con dulzura.

—La Tower robó toda mi atención. —Se cuelga de su brazo y le da un beso muy sonoro en la mejilla que nos hace reír a Jana y a mí—. Le pedí perdón, ya podemos irnos, tengo mucha hambre. —Frunce el ceño, tocándose el estómago.

—Si vais a la residencia, podemos compartir taxi —les sugiero—, yo voy a casa de mis padres, me pillan de camino.

Se miran entre sí y aceptan.

—¿Qué planes tenéis para el fin de semana? —me intereso cuando nos montamos en un taxi.

Julia se pone al revés, enfrente de mí, apoya las manos en la ventanilla y observa Londres en el crepúsculo con los ojos resplandecientes y ajena por completo a lo demás.

—Mis padres vienen mañana —me cuenta Jana—. Se quedan con nosotras hasta que encontremos un piso de alquiler. A Julia le encanta la residencia porque fue allí donde se quedó mi madre un verano hace años, pero es mejor que vivamos solas, estaremos más tranquilas. —Se retuerce las manos en el regazo al contemplar a su hermana.

—¿Ella necesita...?

—Tranquilidad, sobre todo. —Suspira, relajándose—. En España, vivimos en un pueblo de Toledo, cerca de Madrid. Son unos quince mil habitantes, más o menos, nada que ver con Londres.

—No, nada que ver. —Nos reímos con suavidad—. Tengo una casa en Bibury, en la región de los Costwolds, al norte. Suelo huir allí cuando el ajeteo de Londres me resulta insoportable, casi todos los fines de semana. —Nos reímos más fuerte, captando la atención de Julia—. Es un pueblo de seiscientos habitantes, muy rural, muy bonito, perfecto para desconectar y respirar en plena naturaleza.

—Suenan... —comienza Jana.

—... perfecto —la interrumpe su hermana, mirándome de esa manera tan penetrante que me hace tragar saliva.

—¿Nos recomiendas algún barrio tranquilo? —me pregunta Jana—. Nos quedaremos hasta que termine mi contrato.

Los contratos de becarios son de un año, con posibilidad de ascender a editor *junior*.

—¿No quieres quedarte luego? —le pregunto yo ahora.

—Claro que quiero, pero no con Haley —responde muy seria.

Frunzo el ceño.

—¿No has leído un manuscrito todavía?

Niega con la cabeza.

—¿Has participado en el proceso de edición de alguna de las novelas que han salido a la venta desde que estás con nosotros?

Niega con la cabeza otra vez.

Genial, ahora entiendo el motivo por el que los becarios que han hecho las prácticas con Haley en los últimos meses rechazasen el ascenso a editor *junior* y se marchasen. Creía que era porque no les gustaba cómo trabajábamos o porque quisieran probar en otras editoriales.

Me despido de las dos cuando alcanzamos su residencia, en Earls Court, y llamo a Haley al móvil de camino a casa de mis padres, en South Kensington, muy cerca.

—Dime que no sigues trabajando —me dice al descolgar. Se oye mucho jaleo.

—Y tú dime a qué clase de esclavitud sometes a los becarios. —Estoy enfadado y no me molesto en calmarme.

—Ha sido firmar con su hermana y ha ido corriendo a llorarle, ¿eh? —Resopla.

—Tú que estás tan preocupada por la reputación de la editorial, ¿tratas a los becarios...?

—... como a becarios, James. —Se cabrea—. Jana no está preparada para formar parte de ningún proceso de edición.

—¡No lo estará nunca si no le das una oportunidad! ¿Cuál es tu problema, Haley?

—Los puestos están por algo, y el que algo quiere, algo le cuesta. Disfruta del viernes, James, aunque dudo mucho que sepas lo que es pasárselo bien.

Me cuelga.

Entro en casa de mis padres echando pestes por la boca.

—¿Qué ocurre, hijo? —se preocupa mi madre mientras cuelgo la chaqueta en el perchero del hall.

—Nada. —Respiro hondo y le dedico mi mejor sonrisa—. Estás preciosa hoy, ¿peinado nuevo? —Desvío el tema; cuando me cabreo, me duele la cabeza y me dura varios días. No, gracias, tengo un manuscrito que leer este fin de semana y necesito estar despejado.

—Eres un adulador. —Me besa en la mejilla con adoración—. He ido a la peluquería, gracias por darte cuenta.

En realidad, no noto nada diferente en sus cabellos oscuros con las ondas marcadas que le alcanzan los hombros, pero es que mi madre es una mujer que siempre está guapa, aunque lleve zapatillas de andar por casa.

Atravesamos el pasillo que hay a continuación del vestíbulo y entramos en el salón, la primera puerta a la izquierda, donde se encuentra mi padre tomándose una copa de vino con mi hermana Kora y su marido Ezra en los sofás que hay a la derecha. Les abrazo a todos. No les pregunto dónde están los niños, escucho pisadas provenientes del desván.

—Estamos ansiosos por que nos cuentes —me dice Kora, entusiasmada, entrelazando el brazo con el mío, tras sentarme a su lado—, pero antes brindemos.

Mi madre me entrega una copa de vino. Las alzamos hacia el centro.

—Por la nueva autora de McArthur Publishing House —anuncia ella y, seguidamente, chocamos y bebemos—. Tengo un buen presentimiento con Julia López, es el giro que necesita la editorial. Estabais estancados. Dos años sin incrementar beneficios ni ventas es mucho tiempo.

—Estoy de acuerdo —afirma mi padre, Allan, colocándose las gafas en el puente de la nariz—. El manuscrito de Julia me pareció un soplo de aire fresco. Es una novela de ficción, pero diferente a lo que habéis publicado hasta ahora por la realidad que esconde entre sus líneas: ser diferente te hace ser especial, no menos que nadie. —Sonríe—. Perfecta para dar paso a la nueva colección.

Es profesor de Biología en la Universidad de Westminster, pero ayudaba mucho a mi madre en la editorial, y me aconseja a mí cuando lo necesito. Cuando me leí la historia de Julia, se la pasé a él. «Serías un loco si no la publicaras», esas fueron sus palabras.

—¿Es tan guapa como sale en las fotos que nos enseñó Jana? —quiere saber mi hermana.

—Más. —Sonríe—. Es preciosa.

Las dos mujeres sonríen con travesura.

—Ni se os ocurra. —Les apunto con el dedo al atisbar sus intenciones de casamenteras, últimamente, no dejan de organizarme citas a ciegas, todas un completo fracaso.

—Necesitas una princesa azul —me dice Kora, sonriendo con cariño—, mamá y yo solo te ayudamos en el proceso.

—Una princesa azul. —Arqueo las cejas.

—Sí, azul. ¿No hay príncipes azules?

—En los libros. Y lo único que tienen en común los libros y la realidad es que nada es eterno, todo tiene su final, por suerte y por desgracia. —Frunzo el ceño—. No soy un inmaduro incapaz de comprometerse, estoy a gusto sin ataduras.

—Desde que se acabó lo tuyo con Ivy. —Me mira, seria—. Han pasado dos años. —Entorna la mirada—. Qué curioso, ¿no? Es el mismo tiempo que la editorial lleva estancada.

Me levanto y me voy al desván, los niños son como los libros, te insuflan vida para encarar la realidad con más ganas.

Capítulo 3

Jana

Mi hermana sale corriendo hacia mis padres en cuanto los vemos en el aeropuerto de Gatwick. Por ellos, creo en los finales felices y en el amor verdadero. Han pasado por muchas cosas, por muchas etapas que han hecho tambalear su relación más de una vez, primero, por culpa del abuelo cuando eran novios, y, después, porque tener una hija con autismo no es fácil. Son un ejemplo de lucha y superación. Nunca me cansaré de leer ese manuscrito sin final que mi madre, hoy, continúa llenando de su amor por su príncipe disfrazado.

Abrazan a Julia. Yo me mantengo apartada. Aprendí desde muy pequeña que mi hermana necesita sus propios tiempos para todo. Yo lo que necesito es que ella esté bien, no me cuesta nada hacerle la vida más sencilla, es más, lo prefiero, así que no me importa esperar mi turno.

—Mi chiquitita —me llama mi madre, mirándome con una sonrisa preciosa—. Ven aquí, cariño.

Me lanzo a sus brazos, temblando por lo mucho que la he echado de menos. Su aroma dulce y fresco hace que cierre los ojos y respire hondo, sintiendo mucha paz.

—No seas egoísta, mamá, que yo también quiero —se queja mi padre.

Nos reímos las tres. Él me estruja con fuerza hasta que estallo en carcajadas.

—¿En qué hotel os quedáis? —les pregunto de camino al tren que nos llevará a Victoria's Station, y ahí cogeremos el metro hasta el hotel.

—En el London Town —me contesta mi madre.

Sonríó. Está muy cerca de nuestra residencia, a un par de minutos andando.

Nos acomodamos en el tren, Julia en la ventanilla, a mi lado, al revés, y ellos enfrente. Mi madre, entonces, se echa a llorar. Mi hermana se asusta y se arrodilla, apoyando la barbilla en sus piernas. Julia es una persona altamente sensible, tan empática que no tarda ni diez segundos en derramar lágrimas.

—Son lágrimas buenas —nos explica mamá, sonriendo—. Hacía seis meses que no estábamos los cuatro juntos.

Mi padre la besa en el pelo y extiende una mano hacia mí.

Una hora después, salimos del hotel para dar un paseo por las calles de Londres. Es sábado y son las once de la mañana, hay mucha gente, pero Julia está entusiasmada. Y hace hasta calor, he hecho bien en ponerme unos vaqueros cortos.

—Cuéntame, Jana —me pide mi padre, caminando unos pasos detrás de ellas, por el barrio de South Kensington, vamos dirección a Notting Hill, el barrio favorito de mamá.

—Está muy contenta con el contrato editorial.

—No me refería a tu hermana. —Sonríe.

—Ah. Pues todo bien. —Me encojo de hombros.

—Mamá no está convencida de que estés a gusto en la editorial.

—Mi jefa es una bruja, pero mis compañeros son buena gente y estar entre libros me encanta, ya lo sabéis.

—Y... —me da un pequeño codazo—, ¿hay algún novio que sobresalga entre tanto libro?

—Papá... —Me sonrojo.

—¿Algún amigo?

No contesto.

—¿Sales con tus compañeros?

Desvió la mirada a los adoquines del suelo.

—¿Te gusta Londres al menos?

—Sí. —Sonrío, mirándole.

—Algo es algo. —Me guiña un ojo.

Cómo no me va a gustar Londres... Está llena de cultura y arte. Hay gente de cualquier rincón del mundo conviviendo aquí y eso me encanta: la diversidad de personas en un mismo lugar. Sí es cierto que echo de menos la comida española y los días largos y calurosos, pero no tengo ganas de volver.

—Este barrio está muy bien —comenta mi madre al entrar en Portovello—. Mirad esa casa. —Señala una con la fachada de color rosa—. ¿Os imagináis vivir en una así? Nunca os confundiríais. —Nos reímos.

Vamos pasando por los numerosos puestos del mercado, a ambos lados, pero yo me pongo nerviosa.

—Tranquila —me susurra mi padre, rodeando mis hombros—, está disfrutando.

Julia se ha detenido en un puesto de sombreros y se está probando uno de cuadros grises y rosas con las líneas entremezcladas.

—¡Este es perfecto para ti, Yang! —exclama poniéndome un *trilby* en la cabeza, negro y de algodón.

—¿Tú crees? —Observo mi reflejo en un espejo que hay colgado. Me lo coloco un poco hacia atrás. Sonrío—. Me gusta.

—¡Qué guapa estás! —Me aprieta—. Te lo regalo. —Me lo quita y se lo entrega al dueño del puesto para pagarlo.

—Gracias, Yin. —La abrazo, queriendo alargar este momento hasta el infinito, pero Julia se suelta enseguida, dejándome vacía, y continúa paseando, ahora del brazo de papá, más entusiasmada que antes.

—Me robabas los sombreros desde que tenías dos añitos —recuerda mi madre, ajustándome el *trilby* como me lo he probado, un poco hacia atrás—. Eras un mico, te quedaban enormes, pero te daba igual, salías a la calle con ellos. —Me coloca también el pelo en el pecho y la espalda.

—Y no siendo tan pequeña. ¿No has echado de menos alguno en los últimos seis meses? —Arqueo las cejas, divertida.

—¡El de Salzburgo! —Me apunta con el dedo. Yo suelto una carcajada—. Ya decía que no lo encontraba... —Se ríe conmigo—. Es tu favorito.

—Porque te lo regaló papá en el viaje que hicisteis después de casaros otra vez.

Cuando Julia tenía catorce años y yo once, se casaron por segunda vez y se fueron a Austria de luna de miel. No lo hicieron antes porque se volcaron en mi hermana. Julia ha cambiado mucho, tardó en hablar y en controlar su frustración, tardó tanto que creo que nunca olvidaré todas y cada una de las veces que escuchaba llorar a mamá a escondidas. Por mi culpa también lloraba, pero dejó de hacerlo cuando cumplí ocho años.

—Un viaje relámpago de tres días. —Me pellizca la nariz—. Eres tan romántica como yo.

Lo soy, pero en el papel. Todos venimos al mundo para cumplir un objetivo. El mío lo tuve claro muy pronto: cuidar de mi hermana. El amor se lo dejo a ella, se lo merece más que nadie.

Un rato después, entramos en un *pub* para comer. Después, nos dirigimos hacia Covent Garden, paseando sin prisas. Ayer, Julia y yo no pudimos hacer turismo; cuando sufre una

sobrecarga sensorial, necesita descansar física y emocionalmente, solo salimos porque quiso disculparse con James. Hoy está disfrutando como si fuera su cumpleaños, con nosotros tres, feliz, viviéndolo todo intensamente, como es ella. Me da una tranquilidad verla así...

Me sentía tan culpable por haber aceptado el trabajo en Londres, por separarme de Julia por primera vez, que, en cuanto me pasó su manuscrito terminado y lo leí, le pedí a James que le diera una oportunidad. Es una escritora maravillosa, ha heredado el don de nuestra madre, y yo necesito tenerla cerca. Lo intenté y salió bien.

—¿Has pensado dónde vais a vivir, cariño? —me pregunta mi madre.

—James nos acompañó ayer a la residencia —le cuenta Julia—. Jana le preguntó por un barrio tranquilo, pero no dijo nada.

—Me mandó un *e-mail* esta mañana —les digo—, me pasó el contacto de un amigo suyo que trabaja en una inmobiliaria. El lunes le llamaré.

Hasta el lunes, pienso empaparme de mi familia todo lo que pueda.



El lunes, nada más sentarme en mi puesto de trabajo, el cubículo contiguo al de la secretaria de Haley, llamo al de la inmobiliaria. Son las ocho menos tres minutos y ella llega siempre puntual.

Quedo con el amigo de James a las cinco y media de la tarde. Cuelgo la llamada justo cuando los tacones de la editora jefa salen del ascensor en la penúltima planta del edificio, la mía. En realidad, la editorial está ubicada en los últimos tres pisos, muy amplios, de más de quinientos metros cuadrados.

Me levanto, con mi libreta y un bolígrafo en una mano y un capuchino de Starbucks en la otra. Me quita el café sin responder a mis «buenos días». La sigo hasta su despacho.

—Necesito que recojas de la tintorería el traje de la cena que tengo mañana, a las seis. —Da un sorbo al café y enciende el portátil.

—¿Hoy?

—Sí, hoy.

—¿A las seis de la tarde?

Me mira y ladea la cabeza.

—No me había dado cuenta de que tuvieras problemas de oído. —Frunce los labios—. Claro que con una hermana autista no debería extrañarme que tú también hayas salido defectuosa, menudos genes...

Me paralizó.

—¿Perdona? —Parpadeo—. ¿Qué acabas de decir?

—Por favor... —Hace un aspaviento—. Eres torpe, desordenada, tu gusto en la ropa es pésimo y podría seguir durante horas...

Acorto la distancia y apoyo mi libreta en la mesa con un golpe seco, interrumpiendo a Haley.

—Atácame a mí todo lo que te dé la gana —la apunto con el bolígrafo—, pero a mi familia ni la nombres, ¿te queda claro? —Tengo el corazón en la garganta, puede despedirme ahora mismo, pero no pienso disculparme—. Y no puedo ir a la tintorería esta tarde, iré mañana. ¿Qué más quieres que haga hoy?

Permanece callada unos segundos hasta que responde:

—Vale, irás mañana, pero a la hora de tu almuerzo.

Asiento.

—Es todo —añade, quieta, sin quitarme los ojos de encima.

Cuando salgo del despacho, me apoyo en la pared y suelto el aire que estaba reteniendo. Es la primera vez que actúo así con ella, pero estoy harta de cruzarme por la vida con gente como Haley, personas que desprecian a los que son diferentes. El viernes fue una zorra de mierda con Julia, me callé porque a veces no sé reaccionar enseguida, luego, frente al espejo, se me ocurren un montón de insultos, pero la segunda vez no me pasa, la segunda vez soy más rápida.

Me dirijo a la cocina, al fondo de la planta, y me preparo un batido multifrutas, me lo he ganado.

Me siento en mi cubículo con una sonrisa de orgullo por haberle cerrado la boca a mi jefa, demasiado he tardado. Sin embargo, la alegría se esfuma por el aviso de un *e-mail*: Haley quiere que vaya a la imprenta a por las pruebas de maqueta del próximo título que publicaremos el mes que viene. Frunzo el ceño. ¿De eso no se encarga el mensajero?

Me pongo la cazadora negra, que hoy he conjuntado con mis zapatillas de cuadros negros y blancos, una falda pantalón, corta, vaquera y negra, y una camiseta blanca y de manga larga de The Rolling Stones, y me voy en metro a la imprenta, no uso mi bici porque tengo que atravesar todo Londres, está en la otra punta.

Pasan dos horas y media hasta que logro llegar a la editorial con las pruebas de maqueta. Corro a mi cubículo y le doy un sorbo a mi batido, tengo la lengua seca. Entonces, al girarme para ir al despacho de Haley, lo hago sin mirar y me llevo la silla por delante, enganchándome el pie. Aterrizo en el suelo, ahogando una exclamación de dolor, creo que me acabo de torcer el tobillo.

—Por tu bien, espero que estos papeles desordenados no sean las pruebas de maqueta que te he pedido que recogieras en persona en la imprenta —me dice Haley.

Cierro los ojos con fuerza. Eso de que me lo «ha pedido»...

—No quiero una sola mota de polvo en ninguna de las páginas, o tendrás que ir a la imprenta otra vez y pagar de tu bolsillo una segunda prueba de maqueta —sentencia y se encierra en su despacho con una risita que me pone el vello de punta.

«Maldita bruja».

Observo el desastre y, rápidamente, lo recojo, pero al apoyar el pie ahogo una segunda exclamación de dolor. Mierda.

Alguien se agacha y me tiende las manos. En cuanto reconozco el tatuaje que asoma en una de sus muñecas, pues se le han subido un poco las mangas de la sudadera negra, se me acelera el corazón.

«Él, no, por favor...».

No le miro, acepto el gesto y me ayuda a levantarme. Me siento en la silla y mi «salvador» desaparece. Genial. Como siempre. No sé de qué me sorpren...

Aparece de nuevo, con una bolsa de guisantes congelados, que me coloca en el tobillo con mucho cuidado. Yo aguanto la respiración. Sus manos, a pesar de notarlas ásperas, son tan cálidas que se me eriza la piel. Me muero de la vergüenza, en serio. ¿Tenía que ser Joel?

—¿Jana? —dice Mary, la secretaria de Haley, corriendo hacia mí—, ¿qué te ha pasado?

Joel se levanta, me tiende la bolsa congelada y se aleja. De espaldas a mí, camina hacia los ascensores, con sus pasos lentos y seguros, como si nunca tuviera prisa, pero con la confianza de saber que el mundo espera por él.

Le acompañan su fiel monopatín bajo un brazo y esos auriculares inalámbricos en las orejas que jamás se quita, ni cuando le hablan, es un maleducado, y, encima, mira muy poco a los ojos,

siempre mira a los labios de la gente, me pone muy nerviosa, es que tampoco contesta cuando se dirigen a él. Y, aun así, el revuelo de suspiros a su paso es tan sonoro que me pitan los oídos. Parecen tontas... Lo que tiene de guapo lo tiene de chulo.

—¿Jana? ¿Llamo a una ambulancia? —se preocupa Mary.

—No, tranquila. —Le sonrío—. ¿Puedes acercarme una silla para apoyar el pie, por favor? Con tenerlo en alto, creo que bastará.

—¿Te ayudo con eso? —Señala las pruebas de maqueta.

—No es necesario, muchas gracias, Mary.

Me sonrío con dulzura y trae una silla con un cojín.

Mientras ordeno las páginas, James sale del ascensor y viene directo hacia mí. Viste como es costumbre en él cuando no tiene reuniones: vaqueros ceñidos a sus caderas, camisa a rayas remangada en los antebrazos —la de hoy es rosa y blanca— y zapatos marrones con cordones finos y costuras visibles.

Oculto una sonrisa al ver a Mary tocarse el pelo con nerviosismo. No es la única que está coladita por el director editorial, la lista es larga, somos doscientos empleados y la mayoría están locos por él, algo normal dado lo guapo, simpático y risueño que es, casi siempre con un lápiz en la oreja y el pelo ligeramente revuelto.

Es una pena que no sea su becaria, mi vida laboral sería infinitamente mejor. Debe de ser increíble aprender a su lado, es muy culto y transmite un indiscutible cariño y respeto hacia la literatura.

Frunce el ceño.

—¿Te duele mucho? —quiere saber, agachándose, como si ya supiera lo que me ha pasado.

—Estoy bien —miento, me palpita todavía.

—Te llevo al hospital.

—No hace falta. —Le sonrío, agradecida—. Estoy bien, de verdad. —Intento levantarme, pero ahogo otra exclamación de dolor.

—Jana, tienes el tobillo morado. —Me sujeta del brazo y la cintura para que apoye el peso sobre él—. ¿Puedes ir a la pata coja?

—Tengo que llevarle esto a Haley. —Cojo los papeles.

—Espera aquí. —Me ayuda a sentarme y desaparece en el despacho de Haley con la prueba de maqueta.

Se escuchan voces. Están discutiendo, nada nuevo entre ellos.

James sale como un vendaval, dejando la puerta abierta.

—¡Ni se te ocurra! —le grita Haley, apuntándole con el dedo.

—Vamos, Jana. —Él la ignora—. Recoge tus cosas. Te llevo al hospital.

—Jana no va a cogerse el día libre. —Ella se interpone en nuestro camino—. La necesito aquí.

—Sigue torturándola cuando el médico le dé el alta, pienso asegurarme de que no vuelva a la editorial hasta que su pie se cure, tarde un día o un mes.

Ella se encierra en su despacho con tal portazo que retumba hasta el suelo.

—¡A trabajar! —exclama James a los curiosos—. Vamos, Jana.

—¿Cómo supiste que me había caído? —le pregunto en el ascensor.

—Me lo contó Joel.

Capítulo 4

Joel

Levanto la vista de mi portátil cuando noto una leve vibración en los oídos.

¿Por qué solo la noto con ella? Es frustrante. No puedo leerla. No deja que la lea, siempre esconde el rostro, evita mirarme. ¿Tenía que ser por Jana que yo sienta algo por primera vez en diez años? ¿Por qué ella? Claro que es frustrante, es inalcanzable, no le caigo bien, huye de mí a la mínima oportunidad.

Giro mi cabeza hacia los ascensores. No me pierdo cómo camina hacia su mesa, sin cojear, tampoco se atreve a ir rápido, chica prudente.

Son las diez de la mañana del viernes, acaba de llegar, ha estado esta semana sin salir de su residencia reposando el tobillo. Y, como si un ángel acabara de aparecer, todos sonríen al verla y se acercan a interesarse; un ángel de estilo urbano que hoy viste un pantalón vaquero blanco, corto y deshilachado, una camisa de cuadros negros y blancos, abierta, que muestra una camiseta blanca con los ojos y el hocico de una gata, y sus zapatillas negras sin cordones, iguales que las mías.

Y este ángel está muy bueno. No es delgada, al menos no en las partes interesantes, tiene un culo y unas tetas increíbles. Y no solo eso: «la buena española», así apodan a Jana en la editorial, siempre tiene tiempo para todo el mundo, siempre ofrece una sonrisa y su ayuda, sin esperar nada a cambio. Hay de todo, como en cualquier parte, pero los ingleses tenemos la fama de ser más fríos que agradables. Jana, en cambio, es como el arcoíris que sale en mitad de una tormenta cuando todavía llueve, pero con el sol luchando por salir.

Sin embargo, yo, que soy un maestro en estudiar a la gente, sé que su sonrisa no brilla. Y esto me frustra más. Desde hace seis meses, siento una necesidad preocupante de protegerla. Le hubiera arrancado la cabeza a Haley más de una vez, pero ya discutí con James por su culpa y evitamos nombrarla, yo la ignoro todo lo que puedo, disfruta haciéndole la vida imposible a Jana. El karma existe, sé que existe, ojalá no tarde mucho con Haley.

Y hablando de la que se lleva el premio a la mayor zorra de la editorial semana sí y semana también... Redoble de tambores.

—¿Se puede saber qué clase de hora es esta de llegar a trabajar? —le exige Haley a Jana, enfadada—. Te quedas a recuperar. Hoy. —Se gira y se encierra en su despacho.

Aprieto la mandíbula al ver cómo se desvanece la alegría en el rostro de Jana. Alguien como ella no debería apagarse nunca.

Me tocan el hombro con suavidad. Doy un respingo.

Es James. Me ofrece el puño como saludo. Suspiro con resignación y se lo choco, escondiendo una pequeña sonrisa. Ni me quejo ni le juzgo. Le debo mucho, así que, si necesita a alguien para vivir lo que, por desgracia, no pudo, me presentaré voluntario siempre.

—Mi despacho está una planta más arriba —me recuerda, a punto de echarse a reír.

Me encojo de hombros con fingida indiferencia.

Subimos a su despacho y hablamos sobre el nuevo proyecto que quiere empezar cuanto antes, una colección de novelas cortas, ilustradas por mí, que traten las situaciones a las que se enfrenta un público juvenil: ansiedad, acoso, trastornos neurológicos, depresión, suicidio, anorexia... James está convencido de que la adolescencia de ahora es más cruel que nunca, hay más

diagnósticos, pero el mundo sigue desinformado y la empatía y la tolerancia no avanzan.

Hasta ahora, he estado diseñando las portadas de los libros que publica la editorial. Salir de mi zona de confort y meterme de lleno en una herida que no cicatriza no me gusta nada. No obstante, como ya he dicho, por él me presento voluntario a lo que sea.

—¿Qué te parece venir más a la editorial? —me pregunta.

Le miro a los ojos. Soy feliz trabajando desde casa.

—He pensado —continúa— en crear un grupo aparte para este proyecto.

«¿Un grupo?».

—Quiero un corrector para cada novela —se da unos golpecitos en la barbilla—, ya los tengo en mente. Olivia se encargaría de la promoción y publicidad, es muy buena profundizando en los detalles clave —asentimos los dos—; tú, de la parte gráfica —volvemos a asentir—; y yo lo supervisaría todo con la ayuda de Jana.

Frunzo el ceño.

«Pero si Jana es la becaria de Haley».

—Haley tendrá que cederme a Jana, quiera o no, soy el director editorial.

Resoplo. No lo hará. Se avecina otra discusión de las fuertes.

—Léetelas. —Me tiende varias carpetas, todas contienen un manuscrito en su interior. Son seis en total.

Le da un golpecito a la primera. Le miro de nuevo a los ojos.

—Publicaremos una novela cada dos meses, la primera será en diciembre.

—No.

Me acerco al calendario que tiene colgado en la pared de la izquierda. Levanto las hojas hasta encontrar la que quiero, donde James ha marcado en rojo el 5 de noviembre.

«Es cuando saldrá la novela de Julia, es mejor empezar con la nueva colección en febrero».

James avanza hacia mí. Nos miramos.

—Quería que fuera en diciembre, que estuviera cerca de la novela de Julia, pero quizás febrero sea lo mejor. El problema es que Jana no quiere quedarse cuando acabe su contrato de prácticas, en enero ya no estará aquí.

«Por Haley, seguro».

—Por Haley —confirma, serio—. Jana no ha participado todavía en nada, pero me pasó el manuscrito de su hermana sin decirme que era de su hermana, y podía haberlo hecho, podía haberme pedido ese favor. Tiene buen ojo literario. —Comprueba el reloj del móvil—. Por cierto, he quedado con ella. Quédate, quiero presentártela.

Quiero conocerla. Ya la he visto en persona, pero ella a mí, no.

Cinco minutos después, Emma anuncia la llegada de Julia. Sonrío ante su vestido rojo tipo sudadera que lleva con un «I love London» y la bandera de Inglaterra. James y yo cruzamos una mirada cuando ella, antes de saludar, dirige los ojos hacia la estantería, abriendo y cerrando las manos, y juraría que quiere saltar. Su sonrisa es enorme y contagiosa porque mi amigo se la devuelve encantado.

Ya me cae bien.

James pone una mano en mi hombro y yo extendiendo la mía hacia ella. Julia acorta la distancia y me la estrecha. Qué guapa es. Y sus ojos verdes... Hay tantas ganas de vivir en sus ojos... Resulta abrumador.

—Encantada, Joel —me dice, fijándose en mis auriculares.

—Igualmente.

Tienen que charlar, así que me despido, pero, cuando agarro el picaporte de la puerta para

irme, la luz se enciende y se apaga. Me doy la vuelta. Los dos me miran, ella lo hace con extrañeza, pero él me señala la silla junto a Julia.

—Quiero que hagas su portada.

Ella se gira hacia mí, ahora sonriendo como si hubiera descifrado el mayor enigma de la humanidad, y me pregunta:

—¿Eres diseñador gráfico?

Asiento.

Saca una carpeta de su bolso y me la tiende. La miro a los ojos al cogerla.

—Entonces, esto es para ti. James me pidió ayer que hiciera un resumen detallado de la novela para el diseñador de la portada. Es corto, son tres páginas. No quiero que se vea ninguna cara, por lo demás, siéntete libre.

Asiento de nuevo. Ojeo con rapidez las hojas grapadas.

James tamborilea los dedos en la mesa. Le miro. Vuelvo a asentir y me levanto. Ella, sonriendo, me imita y me dice adiós con la mano, pero como aprenden los niños pequeños: alzando la palma abierta y bajando dos veces los dedos a la vez.

Pasmado, miro otra vez a mi amigo. A él le brillan los ojos hacia Julia.

Cuando salgo del despacho, suelto el aire que estaba reteniendo. Por primera vez en mucho tiempo, acabo de sentir un abrazo de verdad, y eso que no me ha tocado...

Un rato después, cuando ya estoy en casa con mi abuelo, James me manda un mensaje al móvil pidiéndome que me presente el lunes a las once en la editorial, que va a ser cuando anuncie lo de la nueva colección, algo que Haley desconoce. Se va a liar una muy gorda...

Le respondo pidiéndole el manuscrito de Julia. No me hace falta leer su historia para hacer la portada, pero siento muchísima curiosidad.

¡No me dura ni veinticuatro horas!

Tampoco duermo hasta que lo termino. Menuda historia...

Una chica de quince años se queda sin batería en el móvil después de terminar sus clases de solfeo. Está cayendo una gran tormenta, son las nueve de la noche de un martes de finales de noviembre y su madre no aparece, está convencida de que algo malo le ha pasado, siempre es puntual, sabe que con su hija tiene que serlo, un cambio no previsto en su rutina le afecta muchísimo.

El conservatorio ha cerrado y no se le ocurre otra cosa que acercarse a la casa que hay al lado. Entonces, escucha a alguien tocar al piano *Claro de luna*, de Beethoven, su canción favorita. Solo al oír de nuevo el silencio es cuando se aventura a llamar al timbre. Pero el dueño solo abre una rendija la puerta. Ella le suplica ayuda. Él la ve tan nerviosa que, al final, le permite pasar y llamar a su madre desde el teléfono fijo del salón.

Cuando la chica cuelga el teléfono, se fija en el precioso piano negro de cola que hay en un rincón del salón, pero lo que capta verdaderamente su atención es la oscuridad de la casa, apenas una pequeña lámpara ilumina la enorme estancia, distinguiendo un montón de marcos de fotos en las paredes. El hombre, además, se mantiene en las sombras. Parece mayor, de unos sesenta años, y no para de retorcerse las manos. Ella, muy curiosa, comienza a hacerle preguntas. Él gruñe. Gruñe mucho, sin contestar a nada.

La chica, minutos después, se marcha con su madre, a quien le había pillado un accidente en la carretera y por eso se había retrasado. Al día siguiente, vuelve a tener clases en el conservatorio. Cuando termina, se acerca a la casa del desconocido para darle las gracias. Escucha *Claro de luna* otra vez. A continuación, toca el timbre y le entrega un pequeño obsequio: una caja de música con el famoso Canon de Pachelbel, caja que sus padres le regalaron

de Austria. El hombre se da cuenta de que esa caja esconde una historia muy triste, pues ella se emociona, y rechaza el obsequio.

A partir de ahí, la chica irá todos los días, de lunes a viernes, después de sus clases en el conservatorio, a dejarle un regalo, todos relacionados con la música, y siempre a continuación de escucharle tocar *Claro de luna*.

¿Por qué el hombre se oculta en las sombras? ¿Por qué no le abre la puerta otra vez? Pero los regalos que ella le hace sí se los queda; un día se esconde detrás de una esquina y espera hasta que él sale, le ve sonreír ante el nuevo obsequio y se encierra con el regalo.

El hombre también guarda una historia que me ha robado más lágrimas de las que me gustaría admitir. Me han removido por dentro los dos, no solo él, pero ahora mismo tengo una sonrisa tan grande en la cara que hasta me duele la mandíbula.

Y muchas ganas de dibujar a mano.

Es lo que hago el resto del fin de semana.

El lunes, antes de las once, me presento en el despacho de James con la portada de Julia en papel, y algunos detalles para la maqueta, creo que quedaría genial una doble cubierta, por si acaso, diseñé esta idea también.

Me mira con los ojos abiertos sobremanera. De repente, suelta una gran carcajada y me da un fuerte abrazo.

—¡Esto es jodidamente bueno, Joel!

Sonríó con arrogancia. Ya lo sé. Hay dos cosas que se me dan de puta madre: el *skateboard* y dibujar a mano.

Le entrego un *pen drive*, donde he guardado la portada y la sobrecubierta digitalizadas.

Y nos dirigimos a la sala de reuniones, la sala que hay enfrente, junto a la mesa de Emma, que se ruboriza cuando sus ojos se cruzan con los míos. Yo desvíó la mirada enseguida.

Nos acostamos un par de veces no hace mucho. Preferí no seguir porque me confesó que estaba enamorada de mí. Es una chica muy linda y simpática, pero estoy muy cómodo en mi soledad, lo que menos necesito es intentar una relación con alguien por quien no siento nada, no sería justo para ella, y yo no podría añadir más culpa a mi alma, suficiente tengo ya.

En la sala de reuniones ya están esperando los que formarán el equipo de la nueva colección: seis correctores, una publicista y Jana. Se sientan en torno a la mesa circular y de cristal, en el centro; yo lo hago a la derecha de mi amigo. Me recuesto en mi silla, estirando las piernas y cruzándome de brazos.

—Gracias a todos por estar aquí —comienza James, entrelazando las manos—. Vamos a lanzar una nueva colección en McArthur Publishing House y me gustaría que todos vosotros...

Una ráfaga de aire fuerte me golpea la cara, haciendo que mire hacia la puerta. Acaba de entrar Haley como un puto vendaval. Todos dan un respingo, pero yo me fijo en Jana, que parece haber perdido el color de la cara.

—¿Desde cuándo llevas a cabo reuniones sin estar yo al tanto? —le exige a James, roja de rabia—. ¿Quién te crees que eres para...?

Él levanta una mano, muy serio.

No me pierdo la guerra, como si fuera un partido de tenis.

—No sigas, Haley —la corta—, porque te recuerdo que soy el director editorial.

—¡Y yo, la editora jefa! ¡¿Desde cuándo me excluyes?! —Hace aspavientos, fuera de sí.

—No te he excluido. Pero esto es un proyecto que quiero supervisar yo, cuando lo tuviera todo listo, iba a hablar contigo.

—¡Esto no se quedará así! ¡Jana!

—Jana se queda. Ya hablaremos, Haley.

Le asesina con la mirada y se marcha de un portazo tan fuerte que la puerta rebota y no se cierra.

James respira hondo.

—Perdonad. —Evita mirarme, pero yo no le quito ojo de encima—. Como decía, vamos a lanzar una nueva colección, de momento, son seis novelas cortas ilustradas, enfocadas a un público juvenil, ficción, pero que traten problemas a los que se enfrentan los adolescentes en la vida real. Las historias ya están escritas. —Sonríe—. Me gustaría que todos vosotros forméis parte de este proyecto. Seguiréis trabajando como siempre, pero añadiendo esta parte. Por supuesto, si aceptáis, os subiré el sueldo. Y no pasa nada si me decís que no.

Casi todos sonríen entusiasmados, hay alguien que se encuentra un poco perdido...

—¿Jana? —la llama James al darse cuenta de la confusión en su rostro—. Tú ahora serás mi becaria, además de la de Haley, tendrás que repartirte la jornada entre ella y yo, eso lo dejo a tu criterio, para que te organices como quieras.

—¿De verdad? —Sus ojos resplandecen.

Él asiente.

—Gracias...

—No me las des. Te queda la mitad de la beca, habrá que aprovecharla.

Ella traga saliva. Hay tanto agradecimiento en su mirada que se me eriza la piel. Es muy fácil hacerla feliz.

James les cuenta cómo quiere que sea el proyecto y luego los demás añaden ideas.

Cuando salimos de la sala, me interpongo en el camino de Jana y señalo su tobillo.

—¿Qué tal?

Sus mejillas se colorean de una manera muy graciosa. Se esfuerza en mirarme; lo logra mientras me responde:

—Ya no me duele. Gracias por lo del otro día.

Hago un gesto para restar importancia, me coloco uno de los auriculares, que comenzaba a resbalar, y me dirijo al ascensor. Entonces, alguien me sujeta del brazo y evita que me choque con Emma al girar. Lleva una bandeja con dos cafés, menos mal que no hay nada que lamentar.

Jana me suelta, observándome con el ceño fruncido.

—Una norma básica de educación —habla alargando las palabras— es no llevar auriculares cuando estás con más gente, evitarías cosas como la de ahora, pero, claro, para eso deberías ver más allá de tu propia persona. —Me da la espalda y se aleja con rapidez.

Vaya con «la buena española», si sabe echar la bronca...

Confirmado: no le caigo bien.

Pero también la pongo nerviosa.

Interesante...

Capítulo 5

Julia

—¡OMG! —Doy un brinco en la silla—. ¡Mirad! —Les muestro la pantalla del móvil a mis padres—. ¡Es la portada de mi novela! —Estoy tan eufórica que no paro de moverme.

Nos encontramos en una cafetería cerca de la editorial, desayunando después de haber acompañado a Jana al trabajo.

Ha pasado una semana desde que conocí a Joel, el culpable de mis gritos, aunque el *e-mail* que acabo de recibir es de James.

—Es una maravilla... —murmura mi madre, emocionándose.

—Sí que lo es. —Mi padre me guiña el ojo.

—¡Es una pasada! —Me arrojo a él, brincando más.

¡Estoy tan feliz que no puedo estarme quieta! Ellos se ríen, con la mirada centelleante.

Joel ha dibujado un piano de cola negra que se va materializando desde la esquina superior derecha, como si fuera un sueño haciéndose realidad, con sombras, y el título en letras sueltas aumentando de tamaño a medida que el piano va siendo más visible. Los trazos son finos y delicados. Ocupa todo: la portada, el lomo y la contraportada. Según me cuenta James en el *e-mail* que me ha enviado, es un dibujo a mano.

—James quiere reunirse conmigo el lunes —les cuento—. El manuscrito ya está en la fase de corrección. Quiere que hablemos de todo el proceso.

—Qué bien, hija. —Sonríe mamá, tomándose de la mano—. No sabes cuánto me alegro. McArthur es una editorial muy importante, es una de las grandes.

Ella sigue autopublicando. Ha recibido ofertas de editoriales españolas, pero las ha rechazado; dice que todo tiene su parte buena y mala, pero que prefiere ser su propia jefa, aunque eso signifique estancarse. Le va muy bien. Hay libros que tienen más éxito que otros, más críticas negativas que otros, pero no le importa, disfruta haciendo lo que de verdad le gusta, es una afortunada, repite sin parar. ¿Podría llegar a más gente y vender más? Sí, porque sus novelas no están en librerías físicas, sino en catálogos *online*, por ejemplo.

Sé cuál es el verdadero motivo por el que no quiere unirse a una editorial, y por ello decidí firmar el contrato con McArthur Publishing House, y también mudarme a Londres, lejos de ella y de papá. Soy una carga para Jana tantas veces que he perdido la cuenta, algo que no soporto pero que no puedo evitar, tiene una paciencia inmensa conmigo, sin embargo, necesito estar con ella, al menos una temporada, sin mis padres. Necesito que mamá avance y, para lograrlo, necesito avanzar yo. Me di cuenta de esto cuando Jana se fue de casa hace seis meses. Y en mi pequeño mundo, nunca es tarde para conseguir una meta. Yo, al contrario que mi hermana, carezco de paciencia, que todo venga en su debido momento es una mierda de frase, pero no tengo otra opción que ir pasito a pasito.

—¿Pagamos y empezamos a empaquetar? —sugiere mi padre, avisando al camarero.

¡Hoy va a ser un gran día! Tengo la portada de mi novela y nos mudamos mañana a nuestro nuevo hogar. Vamos a vivir en un ático en Little Venice, cerca de la estación de Paddington, una zona residencial, tranquila y con canales, y a menos de una hora en barco a Camden, el barrio favorito de Jana. ¡Es perfecto para las dos!

Nos dieron las llaves ayer, cuando firmamos el contrato de alquiler de seis meses.

—Conseguí billetes de avión para el domingo, por cierto —añade él.

Siento un pinchazo en el pecho. ¿Tan pronto se van?

—Vendremos el... —comienza mi madre.

—Vendremos —la corta mi padre, con una mirada que no entiendo.

Ella se levanta, rodeándose a sí misma, y sale de la cafetería.

—Papá, ¿qué...?

—No pasa nada. —Me toma de la mano y me da un beso—. Vámonos, hay mucho que hacer.

—Paga la cuenta.

El camino a la residencia es silencioso. Aprendí no hace mucho que es mejor no meterse en conversaciones ajenas, pero creo que esta, en particular, tiene que ver conmigo.

—Mamá —le digo, entrando en la habitación de Jana con ella; mi padre lo hace en la mía—.

¿Qué ocurre?

—Nada malo. —Se agacha y comienza a sacar los numerosos libros que mi hermana guarda debajo de la cama, a falta de espacio.

—Estar triste no es bueno. —Se me forma un nudo en la garganta.

Como se eche a llorar, voy yo detrás, y le acaban de temblar las manos.

—Mamá...

Me mira y se sienta en el borde de la cama. Suspira, dirigiendo los ojos hacia la ventana, que da a la fachada.

—A Jana la aceptaron para hacer unas prácticas en una editorial de Madrid.

—No lo sabía. —Me siento a su lado.

—Yo, tampoco, pero papá, sí. Me lo contó cuando ya estabas tú aquí. —Se le empaña la mirada—. He intentado convencerme en los últimos veintiséis años de que lo estaba haciendo bien como madre, pero con Jana me he equivocado muchísimo, sobre todo desde que tenía ocho años.

Permanece en silencio cuatro segundos, cuento mentalmente. Cuando estoy a punto de pedirle que, por favor, siga hablando, se me adelanta:

—A Jana también le costó hablar, socializar y mirar a los ojos. La neuróloga le diagnosticó TEA antes de que cumpliese tres años.

Hago una mueca.

—Jana no es como yo.

—Yo sabía que no era como tú. —Me sonrío con cariño—. Sabía que tenía dos niñas diferentes entre sí y que la neuróloga se equivocaba con Jana, pero también estaba convencida de que mis niñas eran diferentes a los demás. —Respira hondo y me revela—: Jana es un genio, tiene un coeficiente intelectual de ciento setenta, o lo tenía a los ocho años; no volvimos a repetirle las pruebas.

Sonrío, muy orgullosa, sabía que mi hermana era muy lista, me alegro de que un papel lo certifique. Es importante, ¿sabes? Tener papeles que confirmen pruebas. Mis padres han firmado muchos por mí a lo largo de mi vida.

Espera...

—¿Ella no lo sabe? —Frunzo el ceño.

—Sí lo sabe, pero no quiso que nadie lo supiera. —Me mira atentamente.

—¿Por qué? No es algo malo. A Jana le gusta que yo sea diferente. —Sonrío.

—No, cariño —me sonrío con ternura—, no es malo ser diferente. Y no solo a Jana le gusta que seas diferente. —Me besa en la mejilla.

—¿Entonces?

—Fue por ti. —Me acaricia el pelo—. Cuando le hicimos las pruebas de altas capacidades, la psicóloga nos dijo que Jana no tenía ningún problema en hablar, pero que no lo hacía.

—¿Porque yo no hablaba?

Asiente despacio.

—Para Jana, tú eras su referente —me dice—, su hermana mayor, su ejemplo. Los niños aprenden por imitación y Jana veía que tú no hablabas, entonces para ella hablar no era importante. —Se emociona—. Lo que yo creo es que Jana nunca quiso ir por delante de ti, salvo para cuidarte. Se dio cuenta desde muy pequeña que tú la necesitabas. Y nunca ha dejado de cuidarte... Y ese ha sido mi peor error: dejar que lo hiciera, que se volcase por completo en ti olvidándose de que ella también era una niña, no solo tu hermana.

Entrelazamos las manos.

—Después de saber que era tan inteligente —prosigue, más calmada—, nos fuimos a casa y papá preparó tortitas con Nutella. Nos las comimos los cuatro con Frozen en la tele. —Se ríe, nostálgica—. Pero a Jana no le gustaba esa película.

Me río yo ahora. No sé cuántas veces la he obligado a ver Frozen y jamás se ha quejado.

—Así que me senté con ella en el suelo a hacer un puzle. —Sonríe con los ojos brillantes hacia la pared de enfrente, donde hay colgado un puzle de quinientas piezas pequeñas de una foto de ella y yo abrazadas, un regalo personalizado que le hice antes de mudarse a Londres—. Le dije: «Gracias por ser la hermana de Julia». —Me mira—. Y, por primera vez, me habló: «De nada, mamá».

—¿Ahí empezó a hablar? —le pregunto con suavidad.

—Ahí fue cuando se soltó. Ya sabía hablar, pero no lo hacía, Julia, ni siquiera en el colegio. —Se le quiebra la voz—. Por la noche, después de que tú te quedaras dormida, me pidió perdón. Me dijo que no hablaba porque tú no podías, pero que ese día, al verme sonreír cuando la psicóloga confirmó lo que yo ya sabía, que Jana no tenía TEA, pero que era una niña diferente, no quiso ocultarlo más. Y me pidió que no se lo dijéramos a nadie. —Se humedece los labios—. Nunca olvidaré ese día. Tenía muchísimo miedo por ti, cariño. —Me acaricia las manos, con la cabeza agachada—. Pero ese día sentí, también por primera vez, que no había nada que temer porque Jana te protegería cuando papá y yo no pudiéramos. Sentí una tranquilidad... —Suspira con fuerza—. Y me relajé con tu hermana, volcándome en ti mucho más que antes.

—¿Crees que Jana... —trago saliva, poniéndome nerviosa— estaba cansada y por eso no aceptó las prácticas en la editorial de Madrid?

—Creo que Jana necesita respirar, pero no por ti, sino por ella misma. —Respira hondo otra vez—. Papá cree que en los próximos seis meses es mejor que vengamos a veros unos días en noviembre, por tu novela, para dejarle el espacio que necesita. Eligió Londres, no Madrid, por algo es. Y, aunque me cueste... —se le escapa un sollozo entrecortado— estar lejos de vosotras, respetaré ese espacio. —Se derrumba—. Lo he hecho fatal con Jana...

La abrazo, notando cómo se me caen las lágrimas al verla sufrir.

—Deja de culparte, por favor —le suplica mi padre, sentándose a mi otro lado—. Si hay que culpar a alguien, será a los...

—... tres —le corto, levantándome—. Yo también he consentido que ella esté continuamente preocupada por mí. —Niego con la cabeza—. Ya no más, ahora me toca a mí. Y... —los miro, dubitativa— prefiero estar aquí... sin vosotros.

Mi madre contiene el aliento, con una mano en el corazón.

—Necesito hacer esto —les pido, arrodillándome—, lo necesito de verdad.

Se miran entre ellos. Mamá se tapa la cara y rompe a llorar de nuevo.

—Mamá, por favor...

Me aprieta contra su pecho con fuerza, sin soltar a mi padre. Es en este momento cuando lo veo: todo lo que ha sufrido por mí, todo lo que está sufriendo por mí y por mi hermana...

Todo lo que nos quiere.

Está equivocada. Lo ha hecho muy bien. Y se lo demostraré.

—Venga —dice, secándose el rostro con los dedos—, dejemos de llorar que hay mucho que guardar. —Se incorpora—. Tiago, necesitamos cajas, Jana tiene tantas cosas que no van a ser suficientes las maletas.

—Solo sé decir «hola» en inglés. —Se encoge de hombros.

Las dos rompemos a reír.

Por la tarde, después de guardarlo todo en maletas y en cajas que nos dio el dueño de la residencia, vamos en metro hasta la City, a buscar a Jana al trabajo.

James sale del edificio cuando estamos esperándola en la acera.

—¡Hola, James! —exclamo entusiasmada.

—Hola, Julia.

No sé qué me pasa con este hombre que siempre me alegro mucho de verle. Creo que es porque me encanta su sonrisa, es despierta, risueña y contagiosa.

Entonces, en mi cabeza suena *Sunroof*. Pondría ahora mismo mi canción favorita a todo volumen, sacaría medio cuerpo por la ventanilla del coche, cerraría los ojos y disfrutaría del viento en la cara mientras él conduce el coche. ¡Eso sería increíble!

—Soy Lucía —se presenta mi madre—, la madre de Julia y Jana. Encantada, James.

—El placer es mío, Lucía. —Se estrechan la mano—. Y usted debe de ser su padre.

—El mismo. Soy Tiago. —Repiten el gesto, aunque mi padre está serio de repente.

James lo nota, le tambalea la sonrisa.

—Jana no tardará en salir —nos anuncia—. ¿Te llegó mi *e-mail*? —Me mira con incertidumbre.

—¡Me encanta la portada! Perdona por no responderte. —Me ruborizo ante mi falta de educación—. Me gustó tanto lo que me enviaste que se me olvidó.

—No pasa nada. —Su sonrisa se dulcifica—. Joel es un gran diseñador.

—¿Estará el lunes en la editorial? Me dijiste la semana pasada que trabaja desde casa, pero que querías proponerle que lo hiciera aquí por la nueva colección. Quiero hablar con él para darle... —Mis ojos se desvían a su espalda—. ¡Es Joel! —Levanto mi mano para decirle hola.

Él me corresponde el gesto, sonriendo al reconocerme.

—Me encanta la portada —hablo despacio—. Muchas gracias.

Joel niega con la cabeza, restando importancia.

—Ellos son mis padres —se los presento, sin girarme mucho para que él no pierda de vista mis labios.

—Encantado. —Les tiende la mano.

Ellos se dan cuenta de que algo pasa, su voz se entrecorta ligeramente; además, él no se quita los auriculares, pero no le hacen sentir incómodo, sino que se amoldan a la situación.

—La portada es preciosa —le obsequia mi madre, hablando también despacio.

La cara de Joel adquiere un rubor adorable.

—¿Te importa moverte, por favor? —pronuncia una voz idéntica a la de Jana—. Estás en medio y quiero salir.

Me inclino hacia la derecha. Es Jana. Está... ¿enfadada? Mira a Joel de manera extraña.

Y él, obviamente, no se ha dado cuenta de que ella está detrás, pero acaba de fruncir el ceño.

Es James quien le avisa.

—Gracias —murmura Jana a regañadientes cuando Joel la deja pasar—. Hola.

—Hola. —Frunzo el ceño—. ¿Estás bien?

No me contesta. Les da un beso a mis padres.

—Le estábamos diciendo a Joel —comienza mi madre, colgándose del brazo de mi hermana, girándola hacia él, formando entre todos un pequeño círculo. Él nos sonríe agradecido por el gesto— lo mucho que nos ha gustado la portada que ha hecho para la novela de Julia. ¿La has visto?

—Me la enseñó James. Muy bonita. —Pero lo dice seria.

—Gracias —le contesta Joel, sonriendo con satisfacción.

—No hace falta gritar —le increpa ella, entornando los ojos—. Aunque no me extraña que lo hagas, con esos dichosos auriculares puestos no sé cómo has podido oírnos.

James contiene el aliento. Y no es el único.

—¡Jana! —exclamo, horrorizada.

A Joel se le borra cualquier rastro de alegría, como si, de pronto, una sombra se cerniese sobre él. Siento una presión en el pecho.

—No he dicho nada que no sea verdad.

—¡Jana! —exclamo otra vez, alucinada por su falta de respeto.

Joel, entonces, me toca el brazo. Le miro.

«No lo sabe», me dice, en lengua de signos.

Jana, entonces, reconoce que son signos y se queda mortificada.

«Lo siento...», le respondo yo.

Él me sonríe, aunque es una sonrisa forzada, y signa de nuevo:

«Dale las gracias a tus padres por lo de la portada. Tengo que irme».

Se lo interpreto y le estrechan la mano a Joel.

Se marcha.

—No lo sabía... —pronuncia Jana en un hilo de voz.

—No te preocupes —la anima James, con una sonrisa cariñosa—. Él no quiere decirlo porque siente que de ese modo...

—... estaría justificándose —adivina mi madre, mirándome a mí.

—Sí. —Suspira—. Y por eso lleva los auriculares. Prefiere que la gente piense que pasa de todos y de todo. —Le suena el móvil—. Lo lamento, pero tengo que contestar. Ha sido un placer —añade a mis padres—. Espero verlos en otra ocasión.

Nos despedimos también de él.

Pero mi hermana no se mueve.

—¿Me explicáis qué ha pasado? —quiere saber mi padre, confuso.

Mientras mi madre le cuenta lo que ha ocurrido, yo tomo de las manos a Jana.

—¿Cómo he podido no darme cuenta, Julia?

—Tranquila, ya está.

—No, no está. —Se enfada—. ¡Yo no soy así! ¡Yo me doy cuenta de estas cosas!

A mis padres les sucede lo mismo. Cuando conoces a alguien diferente, como lo soy yo, te resulta muy sencillo darte cuenta si otra persona también lo es. Tenemos una especie de radar.

Pero el de Jana ha fallado con Joel.

La observo atentamente. No está enfadada, está nerviosa y muy colorada.

Sonrío. Creo que en su cabeza suena también una canción cuando está cerca de él, «diferente» a la mía.

Capítulo 6

James

No estoy nervioso.

Los elefantes que me están pateando el estómago no son porque Julia esté a punto de entrar en mi despacho... Claro que no.

—¡Hola, James! —saluda con entusiasmo nada más entrar.

Me levanto de la silla con tanta rapidez que me golpeo con el borde de la mesa en plena ingle. ¡Dios! ¡Qué dolor! Es que, encima, esa parte de mi cuerpo se despertó hace un rato al pensar en que hoy, por fin, era lunes y había quedado con Julia a las once de la mañana. Y está bien despierta, ¿eh?

—¡Oh, no! —exclama, corriendo hacia mí—. ¿Te has hecho mucho daño?

Tengo que sentarme o se asustará...

—Estoy bien, tranquila. —Me alejo de ella gracias a las ruedas de la silla.

—¿Seguro? —Enarca una ceja.

—Sí, sí...

¡Dios! Me palpita la puta erección que no baja, ni siquiera por el dolor que siento ahora mismo. La mesa es de cristal transparente, y mis vaqueros, claros, para que Julia pueda darse cuenta de todo...

Pienso rápido: coloco el portátil en mi regazo.

—¿Empezamos? —le sugiero, sin mirarla.

—Claro —me responde seria, acomodándose al otro lado del escritorio.

No me calmo, todo lo contrario. En cuanto clavo los ojos en Julia...

«En sus tetas, no en ella, en *ellas*. ¡Ellas! Unas tetas preciosas, desde luego».

Hoy lleva escote en forma de corazón. Sin chaqueta. El día ha amanecido caluroso y el vestido, azul con pequeñas flores blancas, es arrugado pero ceñido a sus curvas, marcando sus pechos con la única intención de causarme más dolor. Su piel, además, parece tan cremosa..., tan blanca y con esas pecas tan adorables que me muerdo el labio inferior para no jadear de lo *sexy* que está hoy.

No obstante, nunca he visto que se mire a sí misma o que te hable por encima del hombro. Creo que no tiene ni idea de lo preciosa que es y de lo precioso que es su cuerpo.

Bajo los ojos a la pantalla del ordenador.

—Te voy a explicar un poco cómo será todo el proceso.

A través del reflejo del cristal, la veo inclinarse y apoyar los brazos en la mesa, de tal modo que sus pechos se juntan. Y es solo un reflejo... Comienzo a sudar.

—¿Seguro que estás bien? —se preocupa, inclinándose hacia mí.

«No, no, no...».

Mi mirada se desvía hacia su escote. El vestido se ha ahuecado un poco, enseñando el filo de lo que parece un sujetador de licra azul oscuro.

—¿Me disculpas un momento? —No espero a que conteste, dejo el portátil en la mesa y huyo hacia el baño, la única puerta que hay a la derecha—. Dios...

Con manos temblorosas, me desabrocho el pantalón y lo bajo con cuidado, a la vez que los calzoncillos. Descubro un pequeño cardenal en mi erección que está adquiriendo un tono

morado. Desorbito los ojos.

«¿Cómo he podido hacerme esto?! ¿Y por qué coño duele tanto?!».

—¿James? —Julia empuja la puerta despacio.

—¡No!

Pero es demasiado tarde... Entra y lo que ve exactamente es a mí de perfil, frente al espejo, con los vaqueros bajados hasta las rodillas y sujetando mi miembro bien erecto con una mano.

—¡Oh, Dios! —exclama—. ¡Perdón!

Retrocede, con la cara ardiendo de vergüenza, pero se choca con los lavabos, se tropieza con los pies y acaba de rodillas en el suelo sujeta a mis manos, porque en el último segundo me he lanzado a ayudarla para evitarle el golpe.

Entonces, Joel aparece frente a nosotros. Se queda paralizado un segundo, con la mandíbula desencajada. Un puto segundo nada más, pero se me hace tan largo que suelto un grito de frustración. Mi amigo se marcha a la carrera. Yo me subo la ropa todo lo rápido que puedo.

—Julia... —pronuncio en un hilo de voz.

«¡No sé qué demonios decirle! ¡No puedo ni mirarla a la cara!».

Ella, que ha enmudecido, se levanta y sale del baño con la mirada perdida. Si hasta le cuesta cerrar la puerta dos veces... ¿Y si lo que acaba de vivir es tan fuerte que le da una sobrecarga sensorial?

Eso sí, ya no hay erección, gracias a Joel, aunque sigue doliéndome un infierno.

Me paso las manos por la cara y el pelo. ¿Qué hago? ¿Qué le digo? ¡No quiero salir del baño el resto de mi vida!

Pero me armo de valor y me reúno con Julia. Cuanto antes la enfrente y me asegure de que esté bien, esto pasará al olvido.

La veo junto a la estantería con un libro abierto en las manos. Me acerco lentamente, pisando el suelo con extrema delicadeza, tengo tanto miedo de su reacción...

—«No puedo volver atrás porque entonces era una persona diferente» —recita de memoria, cerrando el libro—. Es una primera edición. —Acaricia la portada envejecida con reverencia con la mano derecha, en cuya muñeca lleva dos pulseras de goma, una azul y otra morada.

Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas, de Lewis Carroll.

—La mayoría son primeras ediciones —le digo, en voz baja—. Tengo muchas más en casa, aquí están los que me han ayudado en algún momento de mi vida. Si tengo un día malo en el trabajo, solo necesito mirar esta estantería para recordar todo lo que he superado.

No sé por qué acabo de soltarle esto, pero no me arrepiento.

—Todos tenemos una historia —susurra, como si comprendiera lo que no he dicho.

Entonces, me mira y frunce el ceño. Alarga las manos hacia mi pelo y... ¿Me está peinando?

Pues sí. Lo hace con mucha suavidad, concentrada en retirarme los mechones de la frente y colocarme algunos detrás de las orejas, pero se escapan porque son cortos. Se frustra. Chasquea la lengua. A mí se me eriza el vello de todo el cuerpo, mi boca se entreabre y, cuando se dirige a la nuca, se me escapa un gemido.

Y lo estropeo, porque, de repente, ahoga una exclamación y... ¡me revuelve el pelo! Pero ¿qué...?

—Lo siento. —Se pone muy nerviosa, sus mejillas se convierten en dos bombillas rojas a punto de explotar.

—No... —Suspiro, intentando calmarme, se me ha acelerado el corazón—. No pasa nada.

Corre hacia la silla.

—¿Seguimos, por favor? —No sabe dónde mirar...

Me siento enfrente.

La miro.

Me mira.

Y empieza ella a reírse, hasta que estallamos en carcajadas los dos. Menudo rato llevamos...

«Dios... Es mucho más guapa cuando se ríe».

Desaparecida la tensión, hablamos sobre el proceso de su novela. Ya está en la fase de corrección y Joel tiene la portada hecha y aprobada por Julia, así que vamos genial de tiempo. Le cuento de forma detallada la parte de la publicidad y las redes sociales.

—¿Algún problema con eso? —inquiero al ver incertidumbre en su rostro al mencionar las redes sociales.

—No tengo redes sociales.

—Puedo ayudarte si quieres.

—No me gustan las redes sociales. —Desvía los ojos hacia la mesa.

Pues sí que hay un problema. Somos una editorial con millones de seguidores en las redes sociales, incluidos los perfiles de los autores, son nuestro punto de venta más importante.

—Los lectores querrán decirte lo mucho que les gusta tu historia, por ejemplo. —Le sonrío—. Las redes sociales han logrado lo que antes no se podía: la unión del lector y el autor. Que un escritor dé las gracias a un lector por haber leído su novela es una sensación increíble.

—¿No hay otro modo de agradecerse lo?

Cruzo las manos en el regazo.

—Podrías tener tu propio espacio en la web de la editorial —le propongo.

Nunca lo hemos hecho con ningún autor, pero no es mala idea.

Julia entorna la mirada, pensativa.

—Las redes sociales no te gustan, ¿porque no quieres salir en ellas —le pregunto con delicadeza— o porque te dan miedo?

Traga saliva.

—Demasiada inseguridad para mí. Necesito... —Se retuerce los dedos—. Necesito ver para estar tranquila, pero ver la realidad, tener la certeza de que algo o alguien es real, cualquiera puede esconderse detrás de una foto de perfil.

Está tan inquieta que me levanto y camino hacia ella. Sus ojos siguen los míos. Me arrodillo.

—¿Pasaré algo si te toco ahora mismo? —le susurro, sonriendo—. Solo lo pregunto por si tengo que ir corriendo a por los auriculares de tu hermana, me dejé los míos en casa —me río—, hoy salí con la cabeza en otra parte.

—¿Dónde estaba tu cabeza?

«En ti».

—¿Puedo? —insisto.

Asiente.

Entrelazo mis manos con las suyas lentamente. Julia suelta el aire que estaba reteniendo. Cierra los ojos. Respira hondo. Los abre. El verde es tan intenso en este momento que un cohete impacta de lleno bajo mis pies, haciéndome vibrar hasta el infinito.

—¿Mejor? —le digo, muy ronco.

Sonríe, tímida.

—Entonces —concluyo—, nada de redes sociales.

—Me gusta la idea de la web.

No nos soltamos, sino que mis dedos comienzan a acariciarla, algo que parece relajarla todavía más. A mí, todo lo contrario, pero no pienso apartarme.

—Vale, pues hablaré con Dylan, es el web *manager*, a ver cómo lo enfocamos.

—Gracias.

—Julia, es...

—Sé que es tu trabajo, pero gracias de todos modos. —Me suelta y se sienta bien estirada—. Tienes que seguir practicando en pronunciar más fuerte la *J* de mi nombre. Soy española, no inglesa.

Carraspeo para silenciar una carcajada.

—No iba a decirte eso.

—Ah, ¿no? —Me mira con desconfianza.

—No. —Me pongo en pie y apoyo las caderas y las manos en el borde de la mesa—. Iba a decirte: Julia —pronuncio la *J* todo lo fuerte que soy capaz, sintiéndome idiota y con muchas ganas de reírme de mí mismo—, estar en McArthur Publishing House significa que eres una más de nosotros. Esto es una pequeña familia, nos apoyamos e intentamos que todos encontremos nuestro rincón donde sentirnos a gusto.

—Ah. —Sus mejillas se ruborizan—. Vale.

—¿Pronuncié mejor tu nombre? —le pregunto, inclinándome hacia ella.

—No. Parecías un coche intentando arrancar sin conseguirlo.

Lo dice tan seria que rompo a reír.

—Eres única. —Mi sonrisa es enorme.

—Lo sé, mi cerebro es único.

—No lo digo por eso.

—También lo sé. —Sonríe, muy dulce—. Tú no eres como los demás.

Arqueo las cejas, sorprendido.

—Me refiero a que no actúas conmigo con miedo a mis reacciones ni me miras deseando hacerme un montón de preguntas.

—Lamento discrepar: quiero hacerte preguntas.

Se le borra la alegría.

—Pregunta lo que quieras. —Su voz se ha vuelto frágil.

Suspiro. Julia me tiene ahora mismo en una jodida nube de pura ternura.

—¿Te gusta el café?

Parpadea, confusa por mi pregunta.

—No.

—¿Y qué te gusta?

—¿Para desayunar?

—Para tomar algo conmigo ahora. —Sonrío—. Ya hemos terminado la reunión y tengo un rato libre.

—¿Quieres tomar un café conmigo? —Arquea las cejas.

—O lo que te guste.

—Me gusta el chocolate caliente. —Sus ojos resplandecen de ilusión.

Me incorporo y me pongo la americana azul, colgada del perchero.

—Hay una cafetería en la esquina donde hacen el mejor chocolate de Londres.

—¡Vale! —exclama.

Abro la puerta y le permito pasar.

—¿Adónde vas? —me exige Haley, que estaba hablando con Emma—. Tenemos una charla pendiente y tu secretaria me acaba de confirmar que estás libre.

—Hola, Haley —la saluda Julia.

No le contesta, pero pasa por su lado mirándola con prepotencia.
—Nos tomamos el chocolate en nuestra próxima reunión —me dice, sin ocultar la desilusión que siente.
No es la única.
—Te mando un *e-mail*.
Asiente.
Nos miramos.
Extiende la mano.
Se la estrecho. Despacio. Muy despacio.
Alguien carraspea. Damos un respingo y Julia se marcha.
Cuando me giro para entrar en mi despacho, Emma me está sonriendo como si supiera algo que yo no sé; algo bueno, a juzgar por el brillo soñador que transmiten sus ojos.
—¿Te gusta la loca? —inquiére Haley al reunirme con ella.
—No está loca. —Aprieto la mandíbula.
—Es verdad. El autismo no es una enfermedad mental —se burla—. ¿Te gusta la autista?
—Haley. —Cierro tras de mí—. Ella no te ha hecho nada y te trata con educación y respeto, al contrario que tú.
—Te gusta.
—Que te jodan.
«No te sonrojes. ¡No te sonrojes!».
Estalla en carcajadas.
—¡Haley! —Mi cara arde sobremanera.
—Vale. —Deja de reírse, pero no de sonreír.
—¿De qué quieres hablar?
—De esa nueva colección que, supuestamente, vamos a lanzar. —Se apoya en la mesa y cruza las piernas.
—Quita «supuestamente» de la frase. —Camino hacia mi silla y me siento.
—No vamos a lanzar ninguna colección de novelas para marginados.
—¡Por el amor de Dios, Haley! —Me cabreo—. ¡Para ya de ser así!
—Soy así. Las personas no cambian, James, deberías saberlo mejor que nadie. —No pierde la sonrisa—. Sacar novelas simples con moraleja no va a hacer cambiar la mentalidad de un adolescente cruel, maltratador, controlador, acosador, violador y cualquiera que se te ocurra. ¿Sabes por qué? Porque los adolescentes no leen libros.
—Yo leía libros siendo adolescente.
—Y por eso eras la diana de los que acabo de enumerar. —Ya no sonrío.
Aprieto la mandíbula otra vez.
—Llevamos dos años estancados, Haley. —Me levanto—. ¿Sabes por qué? —Me inclino hacia ella—. Porque la ruptura de Ivy me dejó hecho una mierda y me relajé en la editorial. Has estado haciendo lo que te ha dado la puta gana, como torturar a los becarios por simple satisfacción de la adolescente cruel que todavía eres, y publicar novelas superficiales y planas. Bueno —alzo los brazos y los dejo caer—, pues se acabó. —Respiro hondo—. Las personas no cambian, Haley, pero crecen, y si una novela simple con moraleja puede ayudar a crecer a una sola persona, bienvenida sea. Quedándose quieto es cuando el mundo no avanza.

Capítulo 7

Jana

—Está insoportable —susurra Mary, pálida por el estrés de toda la semana.

—¿Más de lo normal? —me preocupo.

Cuelgo el bolso en el respaldo de mi silla y me dejo caer, agotada. Acabo de recorrer Londres en bici, casi me atropellan, por cierto, y son solo las cuatro y media de la tarde del viernes, pero no puedo más, lo juro, en cuanto llegue a casa, me meto en la cama y no salgo hasta el lunes.

Vaya semana de viajecitos que llevo... Por las mañanas, estoy con James, decidí partirme la jornada. Haley lo aceptó sin ponerme una sola pega, o eso creía, porque no para de mandarme lejos todas las tardes, y de obligarme a quedarme en la editorial hasta que a ella le apetece.

—Desde que estás en el nuevo proyecto y pasas menos tiempo siendo su becaria, créeme, nos está amargando la existencia muchísimo más de lo normal.

—¿Quién se cree que es, la madrastra de Cenicienta?

—Eso te convertiría a ti en Cenicienta. Y la Cenicienta se casa con el príncipe. —Se ríe, pero se le corta la alegría. Se pone nerviosa de pronto, y empieza a tocarse el pelo rubio—. Y hablando de príncipes... ¡Viene hacia nosotras! —Se estira la falda de tubo gris—. ¿Estoy bien? ¡Jana!

Joel capta toda mi atención, hasta me roba el aliento. Viene directo hacia mí. Me entrega unos capítulos que le he dado a James esta mañana para que eche un vistazo a mis anotaciones, son de la primera novela de la nueva colección. Ni siquiera me mira, se da la vuelta y se marcha.

Entonces, me fijo en que se ha cortado el pelo, rapándose los laterales. Tiene una cicatriz encima de la oreja derecha, que continúa hacia la nuca. Nunca se la había visto. Claro que nunca le había visto con ese corte. Le queda... bien. Dejémoslo ahí.

—¿Qué le has hecho? —inquire Mary, atónita.

Suelto el aire. No me ha mirado una sola vez desde que demostré, erróneamente, tener prejuicios hacia él. He intentado pedirle perdón, pero me evita.

Hoy no lo hará.

—Algo que pienso enmendar ahora mismo —murmuro, corriendo hacia Joel.

Le agarro del brazo antes de que entre en el ascensor. Se sobresalta.

—Perdona —me disculpo enseguida, retrocediendo un paso.

Ahora sí me mira. Con indiferencia. Me lo merezco.

—¿Podemos hablar? Solo será un momento —hablo despacio, como vi hacerlo a mi hermana.

Aprieta la mandíbula, pero se aparta hacia un rincón del pasillo.

—Quería pedirte perdón por lo que te dije. —Me palpita la garganta de lo rápido y fuerte que me late el corazón—. Yo no... —Cierro los ojos un instante—. No sabía que eras... sordo.

No se inmuta.

Vale. Suspiro. Me tiembla todo el cuerpo por lo que estoy a punto de hacer.

Coloco el puño en mi pecho y doy vueltas en el sentido de las agujas del reloj. No necesito esforzarme en acompañarlo con mi expresión, he leído en Internet que es muy importante la expresión facial cuando se habla con la lengua de signos; tengo el ceño fruncido de lo mal que me siento por el daño que le hice...

Cuando se fija en lo que estoy haciendo, entreabre los labios. Sus ojos azules, de pronto,

brillan. Se le acelera la respiración.

«¡Lo he hecho bien!».

Pero, entonces, Joel mueve las manos haciendo varios signos que no entiendo. En el último, se lleva las manos casi cerradas hacia la barbilla y las echa hacia delante. Su sonrisa es la que suele dedicar a todas las que suspiran por él. No me fío ni un pelo de lo que me acaba de decir...

—Papel y boli —dice con voz ronca.

Corro hacia mi silla y saco del bolso la libreta y el boli. Corro de nuevo hacia él y se lo entrego. Escribe algo y me lo enseña: «Averígualo».

Y se marcha.

Genial. Que lo averigüe. ¿Pretende que mire vídeos por Internet hasta encontrar los signos que ha hecho? ¿En serio?

Gruñendo, regreso a mi mesa.

—¡Jana! —grita Haley, saliendo furiosa de su despacho—. ¡¿Me puedes explicar qué coño es esto?! —Me arroja el vestido que le he recogido hoy de la tintorería.

Respiro hondo, contando hasta cien como mínimo. A esta idiota no le enseñaron lo que es el respeto.

—¿Tu traje para la cena de esta noche? —No suavizo el sarcasmo en mi voz.

—¡Esto no es mi Versace! ¡Yo no uso ropa de mercadillo y tampoco este azul tan simple! ¡Ve ahora mismo a la tintorería y arréglalo! ¡Y date prisa porque dentro de una hora me largo! —Se encierra de golpe.

Compruebo la hora. No llego ni de coña a la tintorería en bici, estará cerrada. Mary me mira con tanta compasión que me cabreo. Agarro el bolso y corro hacia la calle. Paro el primer taxi que veo. Me dejo el sueldo de este mes entre los dos trayectos...

En menos de una hora, entro en el despacho de Haley deseando lanzarle su vestido de mierda a la cara, pero está vacío. Y recogido. De hecho, ya no hay nadie en la editorial, salvo los guardias de seguridad. Iba tan enfadada que no me he dado cuenta.

Mi móvil vibra en mi mano. Es Julia.

—¿Ya le has dado el vestido a Haley? —me dice nada más descolgar.

—¿Cómo sabes que tenía que llevarle un vestido a Haley? —Frunzo el ceño.

—Siempre tienes que llevarle un vestido a Haley.

Qué triste es mi vida de becaria.

—Y te vi montarte en un taxi cuando fui a buscarte —añade—. Subí a preguntar. Mary es muy simpática.

—Lo es. —Sonrío, pero frunzo el ceño al oír jaleo—. ¿Dónde estás?

—En un *pub* en la acera de enfrente de la editorial, con seis de tus compañeros.

Creo que no la he oído bien...

—¿Me has oído, Jana? Hay un poco de ruido.

¿Hay un poco de ruido? ¡Julia no ha pisado un *pub* en su vida!

—Voy para allá, sé qué *pub* es.

—¡Vale! —Colgamos.

Observo el vestido forrado con el plástico transparente de la tintorería. Ya podía ser de tela para cuidar del medioambiente, pero las brujas solo se cuidan a sí mismas.

«Ojalá se equivoquen de mechas en la peluquería mañana, cita que le he pedido yo, por supuesto, y le pongan el pelo verde fosforito. ¡Cómo la odio, joder!».

La llamo al móvil al salir a la calle.

—Que sea rápido —me exige al descolgar.

—¿Dónde estás? —Me detengo en un paso de peatones.
—A ti te lo voy a decir... —Suelta una carcajada.
—Tengo el vestido. —Rechino los dientes.
—Demasiado tarde.
—¡He tardado menos de la hora que me dijiste!
—Una semana con James y ya has aprendido a gritarme... —Vuelve a reírse.
—Haley, ¿dónde estás? —Cruzo el paso de peatones.
—No necesito ese vestido para hoy.
—Entonces, ¿por qué me has hecho...?
No termino la frase porque me cuelga.
—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Y JODER!

Arrugo el vestido.

Le doy puñetazos.

Lo retuerzo.

Lo estiro.

Lo lanzo al suelo.

Lo pisoteo.

¡Y, encima, me caigo al resbalar con el puto plástico, joder!

Alguien me sujeta desde atrás, levantándose con cuidado.

Y rompo a llorar. Me siento impotente, furiosa, agobiada y agotada.

—Shh... —me susurra al oído.

Me calmo poco a poco. Muy poco a poco, no sé cuánto tiempo estoy llorando.

Respiro hondo. Espero a que me suelte y me doy la vuelta para darle las gracias, pero me quedo con la palabra atascada en la garganta. Es Joel... Qué vergüenza...

Levanta una mano indicándome que espere. Saca su móvil del bolsillo trasero del vaquero gris con rotos que lleva y teclea. Me muestra la pantalla: quiere que apunte mi número en un contacto nuevo de la agenda que lleva mi nombre.

Cuando le devuelvo el teléfono, teclea de nuevo y vibra el mío. Es un mensaje.

«Deberías practicar jiu-jitsu, te quedarías muy a gusto al aprender a canalizar toda esa rabia y tu bolsillo no sufriría las consecuencias».

Frunzo el ceño.

Jana: ¿Mi bolsillo?

Joel: Vas a tener que llevarlo a la tintorería otra vez para que la zorra de tu jefa no se entere de lo que has hecho.

Dejo caer la cabeza. Las lágrimas se agolpan en mis ojos. Hoy me he gastado mucho en el taxi, Londres es muy caro, mi sueldo de becaria es bastante justo. Mis padres nos dieron un sobre con dinero para emergencias, no quiero usarlo tan pronto. No quiero usarlo, directamente. He estado sola estos seis meses, no he salido, no he comprado caprichos y he comido lo justo, pero ahora somos dos con el mismo sueldo. Además, no voy a permitir que mi hermana comparta el cheque de la editorial conmigo. Yo la cuido y ella vive tranquila, lo que hace que yo viva también tranquila.

Recibo otro mensaje.

Joel: Sé qué es lo que necesitas.

Señala el *pub* con la cabeza. Julia nos está observando a través de la cristalera. Alza la mano y la mueve a modo de saludo. Su sonrisa es tan bonita que yo también sonrío. Me abraza con fuerza en cuanto entramos. Siempre se alegra de verme, es tan reconfortante... Me emociono otra vez, pero me obligo a serenarme.

Hay mucha gente, mucho jaleo y la música inglesa está alta.

—Oye, Yin... —comienzo, preocupada.

—Estoy bien, Yang. —Me besa sonoramente en la mejilla.

Veo a Joel dirigirse a la barra y pedir dos pintas de cerveza. Me sorprende la seguridad que tiene. ¿Por qué no podrá oír? ¿Será de nacimiento o le habrá pasado algo?

—¡Jana! —exclama Mary, un poco achispada por la cerveza. Se cuelga de mi cuello—. Hemos hecho una apuesta. —Sujeta el vestido de Haley en alto—. La mitad dicen que lo tirarás antes de irte a casa. La otra mitad está convencida de que el lunes se lo entregarás a Haley como si fuera oro.

«¡¿Qué?!».

—¿Me habéis visto?

Asiente, riéndose. Yo me tapo la cara por la vergüenza.

—¿Sabes? —me dice al oído—. Joel salió corriendo en cuanto te vio pelearte con el vestido. —Arquea las cejas de manera insinuante—. Te lo cedo, lo necesitas más que yo.

Desorbito los ojos y estalla en carcajadas.

—Mírale, por favor, es un bombón —insiste, mordiéndose el labio, contemplándole con descaro—. Está buenísimo, es guapísimo, tiene ese halo de chico malo y, encima, es misterioso, nadie sabe nada de él salvo que es diseñador y que se acostó con Emma. —Bebe un trago.

—¿Se acostó con Emma? —La secretaria de James es una chica muy dulce, nada que ver con Joel, son como el agua y el aceite, y en físico también: él tan oscuro, de pelo, de ropa, un *skater*..., y ella tan clara, tan rubia, tan niña bien...

—Pobrecilla. —Mary chasquea la lengua—. Ha dejado de salir con nosotros por lo pillada que está.

No sabía que él también saliera con ellos.

Joel nos interrumpe, ofreciéndome una de las dos pintas que ha pedido.

—Gracias.

Choca su vaso con el mío y bebe, mirándome a los ojos. A continuación, se aleja hacia el altavoz que hay en la esquina cerca de nosotros. Frunzo el ceño. ¿Por qué se va?

Comienza a sonar *A sky full of stars* de Coldplay y el *pub* se llena de ovaciones. Julia y Mary se ponen a saltar al ritmo. Se les unen el resto de mis compañeros, rodeando a mi hermana como si fuera una más, la única que no bebe alcohol.

Busco a Joel con la mirada. Tiene la cabeza y el hombro apoyados en el altavoz, y los ojos cerrados. Es su expresión de serenidad lo que me sorprende. Le da un trago a su pinta sin moverse ni abrir los ojos.

Avanzo despacio hacia él. Siento que no debo interrumpirle, pero también siento que necesito acercarme. A un metro de distancia, mis pies se detienen: sus ojos se abren y se clavan en los míos. Profundos. Brillantes, muy brillantes...

¿Por qué estará aquí, junto al altavoz? ¿Oír algo?

Avanzo más. Toma mi mano libre y la coloca en su pecho. Me estremezco al notar su corazón fuerte y rápido, descontrolado, como si estuviera lleno de adrenalina. A continuación, guía mi

mano al altavoz. Vibra. Vibra mucho.

Me suelta, saca su móvil del pantalón y me escribe un mensaje.

Joel: Aquí me siento normal.

Jana: ¿Tan evidente soy?

Joel: Tienes la cara llena de preguntas. Te voy a ahorrar una; lo saben muy pocos en la editorial: James, Emma y tú, pero lo sospechan algunos.

Jana: ¿Es de nacimiento?

Aunque sospecho que no, si no, no se sentiría normal junto al altavoz, y tampoco hablaría con la voz.

Traga saliva, cerrando los ojos un instante. Toma mi mano por segunda vez, llevándola con esfuerzo hacia su oreja, a la cicatriz. Es gruesa, curvada y acaba más fina en el centro de la nuca.

Me suelta también ahora, pero no aparto la mano. Dejo mi cerveza en una mesa alta que hay y apoyo esta mano en su corazón, que late más rápido y fuerte que antes. Solo le veo a él. Solo le oigo a él. Solo le siento a él...

Cojo su mano y la pongo en el centro de mi pecho. Entreabre los labios. Las luces del *pub* caen en sus ojos y todos los colores explotan como si de un meteorito se tratase. La imagen es tan impresionante que dejo de respirar.

—¡Jana, Joel! —nos llama Mary, acercándose a nosotros.

La conexión se rompe.

—Nos vamos a otro *pub* —nos anuncia—. Vamos, chicos.

Encuentro a Julia colgándose el bolso en el hombro. Se toca la sien, haciendo una mueca.

—Nosotras nos vamos a casa —les digo al salir a la calle y confirmar que mi hermana está un poco pálida.

No insisten, también se dan cuenta.

Julia cae rendida enseguida. Me pongo el pijama y me tumbo con ella en su cama, hoy lo prefiero, mañana va a despertarse mala, necesito estar a su lado cuando eso pase.

Recibo un mensaje al móvil nada más apagar la luz.

Joel: No solo siento vibraciones junto a un altavoz con la música a todo volumen, también las siento cuando estás cerca de mí. No preguntes porque no tengo ni idea de por qué, pero solo me pasa contigo.

A ver ahora cómo logro dormir...

Capítulo 8

Joel

Me despierto el sábado a mediodía, me quedé dibujando hasta tarde. Cuando se marcharon Jana y Julia, yo también me fui, dejaron de interesarme las vibraciones de otro altavoz después de sentir el corazón de Jana bajo mi mano.

Me desnudo y me meto en la ducha; el baño está frente a la cama, dentro de mi habitación. Mi abuelo usa el baño del pasillo, mejor así, cada uno con su propia intimidad.

Lo encuentro sentado en el sofá del pequeño salón después de vestirme con una camiseta blanca, unos vaqueros negros deshilachados y mis zapatillas sin cordones. Me revuelve el pelo a modo de saludo.

—Come algo.

Asiento y me dirijo a la cocina, separada del salón por una barra. Me preparo unos huevos revueltos con *bacon* y tortitas con chocolate.

—¿Damos un paseo? —me sugiere, como cada sábado; hoy, además, el sol y el calor acompañan, los ventanales están abiertos.

No espera que le responda, se levanta y va a prepararse mientras almuerzo frente a una televisión silenciada y con subtítulos; se ve, pero no se oye. Hace diez años, cuando vendí la casa de mi familia y mi abuelo y yo nos mudamos a este piso, me dijo que, si yo no podía oír, él tampoco lo haría. Lo último que deseaba era que viviera condenado como yo, pero significó mucho para mí.

Un rato después, paseamos por las calles de Camden hasta el Regent's Canal, con la mano de mi abuelo, más bajo que yo, sujetando mi brazo. Anda un poco regular por problemas en las articulaciones y, como se niega a usar bastón —a orgulloso no le gano ni siquiera yo—, solemos descansar unos minutos en los bancos que hay por el barrio.

Nos sentamos en uno que hay cerca de Camden Lock, junto al canal, en una pequeña plaza, donde también hay puestos.

Un *waterbus* se detiene en la parada correspondiente. Bajan muchos pasajeros, va lleno, la mayoría son turistas. Entonces, una chica pelirroja se arroja al cuello de una chica morena, saltando, emocionada y gritando de ilusión; es muy expresiva, me resulta muy fácil de leer. No entiendo lo que dice, y eso que vocaliza mucho, pero está un poco lejos.

Sonrío. Reconozco a las dos chicas, una de ellas va con un sombrero negro: Jana.

Abraza a su hermana con los ojos cerrados, como si quisiera guardar ese abrazo para siempre. Se ríe por su alegría, importándole una mierda que sean las protagonistas de miradas curiosas. Ayer se moría de vergüenza por haberla pillado yo desahogándose con el vestido de Haley, pero ahora no.

La tristeza, la culpabilidad y la rabia por unos recuerdos que todavía me asfixian me impiden seguir sonriendo al verlas juntas. Son afortunadas de tenerse la una a la otra. Muy afortunadas, tanto que por unos segundos me muerdo la lengua hasta hacerme sangre. Daría mi vida por volver atrás.

Pero el tiempo no regresa.

«Vámonos», le signo a mi abuelo.

Él frunce el ceño, negando con la cabeza.

«Yo me largo».

Me sujeta del brazo al levantarme. Le miro.

—Ven a buscarme dentro de media hora. Luego, te vas otra vez si quieres.

Asiento y me marchó, mezclándome con la gente.

¿En qué pensaba anoche escribiéndole ese mensaje a Jana?

«No pensaba».

No me contestó. Hizo lo correcto. Lo que pasó en el *pub* no tenía que haber pasado. Todavía me hormiguea la cicatriz...

No soy bueno para ella y lo último que deseo es hacerle creer que puede haber algo entre nosotros. El problema es que, cuando conectamos de ese modo que no puedo explicar porque ni yo mismo sé definir qué ocurrió con su mano en mi corazón y la mía en el suyo, su mirada no era de compasión ni pena. Solo me miraba. A mí. No veía a una persona sorda que necesita desesperadamente pegarse a los altavoces de las discotecas y los *pubs* para sentir que es normal, como el alcohol para los que creen que bebiendo los problemas desaparecen.

Solo me veía a mí, a Joel. No me sentí normal, me sentí ese chico del pasado con ganas de comerse el mundo y sin miedo a nada.

Ahora tengo miedo y he perdido las ganas de todo.

Siento una vibración en mis oídos, devolviéndome al presente.

Alzo la mirada y busco entre los puestos del mercado hasta encontrar a la culpable. Me gusta su estilo y el sombrero le queda jodidamente bien, con el pelo negro trenzado hacia un lado, por encima del pecho. También le quedan jodidamente bien los vaqueros cortos con rotos y la ancha camiseta negra, que lleva por dentro de los pantalones, con una enorme Hello Kitty fucsia, a juego con las zapatillas sin cordones que cubren sus pies. ¿Por qué llevará esos grandes auriculares blancos en el cuello? Desde que está Julia en Londres, no se los quita.

Me muevo para poder leerles los labios, apoyándome en una pared de ladrillos.

—Ni hablar, Julia. —Jana niega con la cabeza con rotundidad, aunque se está riendo.

—¿Por qué no? —Hace un puchero—. Tú tienes uno. Yo quiero hacerme el mismo.

¿Qué es lo que tiene Jana?

—Las agujas y tú no os lleváis nada bien. —Vuelve a negar.

—Pues me tapo los ojos. Tengo el umbral del dolor muy bajo.

—Lo sé, pero bastante que te haces dos analíticas al año como para dejar que te pinchen ahora por diversión.

Julia entorna la mirada.

—Soy mayor que tú. —Suaviza la expresión.

—Tres años y cinco meses, ¿y qué? —Sonríe divertida.

—Que debería ser yo quien cuidase de ti.

Jana entreabre los labios, sorprendida, y desvía la mirada a unos collares.

—Estos —continúa Julia, agarrando los auriculares de su hermana— debería llevarlos yo.

—¿Los necesitas? —De repente, una extrema preocupación se adueña de su cuerpo, se pone alerta, hasta pierde el color de la cara—. Te dije que no era buena idea venir a Camden un sábado por la tarde. Hay mucha gente y...

—No. —Sonríe con tristeza—. Era solo un ejemplo. ¿Los has llevado en Londres antes de llegar yo?

Vuelve a desviar la mirada. Julia tira de su bolso y saca su móvil.

—Mira. —Busca algo y se lo muestra—. Todas tus listas de música son de canciones que me ayudan a regularme.

—Son mis favoritas. —Agacha la cabeza, ruborizándose.

Suspira. Le guarda el móvil y la toma de los hombros.

—Te quiero, pero no se te da bien mentir. Anda, ven aquí.

Se abrazan.

Pero no es un abrazo como el que vi antes al salir del *waterbus*. Ahora, Jana se refugia en su hermana, si hasta siento el miedo que le hace temblar...

Y también el vacío que experimenta cuando Julia se aparta.

—A ti te encanta el pop inglés —añade la mayor, sonriendo ahora con picardía—, no la banda sonora de películas de animación ni la música clásica.

—Algunas canciones, sí. —Imita su sonrisa.

—Pero solo según cuándo —pronuncian a la vez, estallando en carcajadas.

Mierda..., tienen una química brutal.

—Dejamos el tatuaje para otra ocasión —le dice Jana—. Vamos, Yin, quiero una chapa nueva.

—¿Es una promesa? —Junta las manos en el pecho.

—Puede.

—¡Sí! —Salta, arrojándose a su cuello.

Jana se ríe. Su hermana se aparta, feliz, y empieza a pasear hacia otro puesto. Ella la mira con una sonrisa... increíble. Mis oídos reciben otra vibración, la más intensa hasta ahora. Me toco el pecho en un acto inconsciente.

Entonces, Jana arruga la frente y gira el rostro por el espacio hasta que se encuentra con mis ojos clavados en ella. Contiene el aliento. Se fija en mi mano. Trago saliva y la bajo.

Jana suelta el aire que estaba reteniendo. Entorna la mirada unos segundos y entreabre los labios al percatarse de algo. Saca el móvil del bolso y teclea con rapidez.

El mío vibra en el bolsillo trasero de mi pantalón: un mensaje suyo.

Jana: No es de buena educación espiar conversaciones ajenas.

Me ha escrito en español.

Sonrío. No varío el idioma.

Joel: ¿Averiguaste ya qué significa lo que te signé ayer?

Jana: No, ¿por qué?

Espero a que me mire y repito los signos de ayer, más despacio, pero algo me dice que recuerda perfectamente cada uno. Le escribo otro mensaje, como respuesta del primero que me ha enviado:

Joel: Que te lo interprete tu hermana.

Me despido, agitando mi mano y regalándole mi sonrisa más canalla. Me doy la vuelta y me marcho en busca de mi abuelo.

Le acompaño a casa, pero salgo a la calle con el *skateboard*. Mi móvil vibra en cuanto piso la acera.

Jana: ¿«Anda, si eres más que guapa...»? ¡Y tú eres SOLO idiota!

Se me escapa una gran carcajada.

Eso fue justo lo que le dije ayer, después de quedarme atónito, al descubrir que había aprendido a pedirme perdón en lengua de signos británica. Salvo James y mi abuelo, nadie se ha molestado en hacerlo por mí, ni Emma. Y Julia.

Joel: Era un cumplido.

Jana: Practica más.

Sonrío.

Joel: Eres muy lista.

Jana: Más que tú, desde luego.

Joel: Te has dado cuenta de que sé español en solo unos segundos. Tu cerebro es rápido.

Jana: Pregunta de una vez.

Sonrío con más ganas. «¿Ves? No solo eres guapa».

Joel: ¿Eres neurodivergente de altas capacidades?

Jana: Qué técnico.

Joel: Eso es un sí. ¿Te sorprende?

Jana: Sí. Y viniendo de ti, no debería sorprenderme nada. Me toca.

Joel: Y, aun así, te sorprendo. Pues no he hecho más que empezar. Te toca, niña lista.

Jana: No me llames así. ¿Por qué sabes español?

Joel: Es una larga historia, te la contaré cuando tu hermana se haga el tatuaje. Te puedo recomendar el mejor local en mi barrio.

Jana: ¿Vives aquí?

Joel: Qué rápida, niña lista.

Jana: Vete a la mierda.

Joel: Te mandaré una postal.

¡Y me envía un emoticono de cabreo! Rompo a reír.

Al poco de conocernos James y yo, apostó conmigo a que él tardaba menos en aprender español que yo la lengua de signos británica. Lo hizo para que me espabilara y saliera de mi agujero negro. Lo logró. Que estuviera metido hasta el fondo en la oscuridad no me impedía darme cuenta de que había perdido lo que más amaba en el mundo, pero había ganado un ángel, aunque no me lo mereciera, y ese ángel era James. Nos apuntamos los dos a español, a lengua de signos y a lectura labial. Nunca creí que me serviría para algo.

«Nunca digas nunca».

Por la noche, tumbado bocabajo en la cama, suelto el lápiz y levanto el cuaderno, satisfecho con mi último dibujo. Le hago una foto a la doble página y se la mando a Jana.

Joel: Una nueva superheroína ha llegado a la ciudad.

No me contesta. Es medianoche, ¿estará durmiendo ya?
Sigo dibujando, estoy muy inspirado.

Recibo su respuesta casi dos horas después.

Jana: ¿También haces mangas?

Sonrío con travesura.

Joel: ¿Cómo sabes que es un manga y no un cómic?

Jana: Porque el cómic se lee de izquierda a derecha, y el manga, al revés.

Joel: Muy bien, niña diccionario.

Jana: No me llames así. Las hay que leen, ¿sabes?

Joel: Y tú has leído mucho.

Jana: Cuando tienes una hermana con autismo y recae sobre ti el «superpoder» de cuidarla, lees hasta lo que no deberías leer.

Se me borra la sonrisa. Al igual que su sonrisa solo brilla cuando Julia está feliz, su último mensaje también está «apagado».

Pienso rápido...

Joel: Te has dado cuenta de que la nueva superheroína de Londres eres tú.

Jana: Si esa soy yo, tienes una mente muy sucia.

Joel: ¿Por qué? Solo he resaltado tus encantos.

Jana: Mis encantos en tu imaginación, porque ¿cuándo me has visto tú los pechos para marcarlos así?

Joel: Lo que he marcado han sido tus pezones y me han quedado jodidamente bien: sensuales, no vulgares, la vulgaridad no va conmigo. ¿No querrás mandarme una foto para comprobar que los he dibujado bien?

Jana: ¡Eres un cerdo!

Joel: Y tú estás muy colorada ahora mismo, pero espera un momento...

Retoco a la superheroína, marcando más la parte de arriba del traje, suavizando sus... encantos. Se lo mando.

Joel: Ahora dime dónde tienes el tatuaje y qué es, para ser fiel a la realidad.

Jana: Buenas noches, chico manga.

Indirecta captada.

Joel: Buenas noches, niña diccionario.

Capítulo 9

Julia

El domingo dejo a Jana dormir, procuro no hacer ni un solo ruido para ducharme y desayunar, es un apartamento diáfano y nuestras camas están separadas por un biombo, no hay puertas. Me encanta este ático, es muy luminoso y amplio, de techos altos y abuhardillados, con balcones hasta en la cocina, donde me estoy tomando mi leche caliente con galletas de chocolate. Qué ricas están.

Son las ocho de la mañana y las calles están vacías. Los *waterbus* no tardarán en recorrer el Regent's Canal llenos de turistas que se dirigen a Camden. En Little Venice he visto muy pocos, el ambiente es más británico y apacible, parece un pequeño pueblo aislado del bullicio. Y poder contemplar el canal cuando me apetece es un plus que agradezco enormemente, por la calma que me ha regalado siempre el agua.

Ha empezado el mes de julio y los días están siendo calurosos, así que salgo a la calle en un vestido blanco de manga corta y abotonado, sin la cazadora, y con una coleta alta y tirante. Cojo mi mochila de piel marrón, a juego con mis sandalias de tiras finas, y salgo de casa con cuidado. Le he dejado una nota en la nevera a mi hermana, avisándola de que estaré fuera.

Sonrío al pisar la acera.

Y empiezo a pasear por la Venecia inglesa, admirando los edificios georgianos, los puentes que cruzan el canal y las peculiares decoraciones de los barcos, muchos son viviendas. Y hay tantos árboles que respiro una paz que jamás pensé que sentiría fuera de mi pueblo. No sé qué tiene esta ciudad que ya me ha conquistado. Los colores no abundan, veo más gris que cualquier otro, pero son muy intensos; el verde es muy verde, como en Regent's Park, donde entro media hora después.

Lo recorro, maravillándome por las numerosas flores tan bien cuidadas que adornan este parque tan bonito y elegante. Tengo que obligarme a no arrancarlas, una manía que todavía me cuesta controlar, pero es que me encantan, ¡las quiero todas!

Caminando por el Broad Walk, junto a más personas que hacen deporte o, simplemente, pasean, distingo una silueta muy conocida que viene hacia mí, aunque no se ha dado cuenta de mi presencia.

Me voy deteniendo a medida que James se acerca. Lleva una bolsa de deporte colgada del hombro, una camiseta negra, con un logo en el pecho en forma de escudo, y unos pantalones cortos del mismo color. Verle así vestido me pone nerviosa de repente. Espalda ancha, vientre plano, caderas estrechas, piernas claramente trabajadas... Y es la segunda vez que su pelo está revuelto. La canción *I just want to make love to you*, de Etta James, resuena en mi cabeza. Se me ha acelerado el corazón y se me ha secado la garganta.

«¡Cálmate, que ya te ha visto!».

—¡Julia! —exclama, sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

Lo intento, pero su camiseta le marca el pecho, un pecho muy masculino, muy... interesante. Me resulta imposible devolverle la sonrisa.

—¿Julia?

No puedo apartar los ojos de su torso. Me atrae tanto que estoy bloqueada.

—¿Estás bien? —se preocupa—. Ven, estás muy colorada.

Me indica que me siente en el bordillo del paseo. En cuanto se arrodilla frente a mí y se inclina, la menta y el mar se cuelan por mi nariz y me roban un suspiro entrecortado.

—¿Julia? —Me toma de las mejillas con mucha suavidad. Su tacto, sus manos en mí...—. Dime algo.

Trago saliva. Alzo las mías y las coloco en su pecho, del que parece salir mucho calor, uno muy pero muy agradable, tanto que subo hacia su cuello, necesito desesperadamente tocarle. Mis labios se entreabren soltando otro suspiro irregular al estar en contacto directo con su piel. Mis dedos le acarician hacia la nuca, donde se topan con las puntas onduladas de su pelo. Es tan suave que sonrío por las dulces cosquillas que me provoca.

—Por fin... —susurra él, ronco—. Creía que te pasaba algo.

—Y me pasaba —yo también susurro, sin dejar de acariciarle entre los mechones—, pero tu pelo me ha distraído.

Sus ojos brillan divertidos, aunque hay algo más en ellos, como... como una llama de fuego que va creciendo, pero que, en lugar de aclararlos, el marrón del iris se hace más intenso, más oscuro. Me parece impresionante...

—¿Y qué te pasaba? —Su voz es más baja, más áspera, logra, no sé cómo, acelerar más mi corazón.

—Te he visto y me he puesto nerviosa. —No detengo las caricias y a él no parece molestarle—. Tocarte me calma mucho más que la música. Pero no es calma... calma, porque sigo nerviosa, pero no son nervios malos. Creo. Es como si mi cuerpo sintiera protección y adrenalina al mismo tiempo. —Arrugo la frente—. Esto es nuevo.

James traga saliva con esfuerzo. La llama en su mirada explota.

—Me... —Carraspea—. Me encantaría seguir, pero llego tarde.

—Oh. —Me aparto de inmediato—. Perdona. —Me levanto—. Adiós, James, y... gracias.

—Espera. —Sonríe—. ¿Quieres venir?

—¿Adónde?

—A lo mejor te aburres. —Se ríe—. He quedado con mis amigos de la universidad para jugar un rato al *rugby*. —Señala una explanada de césped que hay a la derecha del *board walk*—. Lo hacemos el primer domingo de cada mes.

—¿No les importará? —dudo.

—A veces viene la hermana de Harry. —Se encoge de hombros.

—Entonces, vale, no tengo nada que hacer. —Compruebo el móvil—. Jana sigue durmiendo.

Nos dirigimos hacia la explanada. Un grupo de cinco hombres, vestidos igual que James, están tirados en el césped, hablando y riendo.

—¡Por fin! —exclama uno de ellos, mirándonos.

—¡Se te han pegado las sábanas! —otro.

—A mí también se me pegarían con una belleza como la que le acompaña. —Este último es el primero en levantarse y acercarse—. Hola, preciosa —me dice, inclinándose para besarme la mejilla—. Soy Colin, encantado.

—Igualmente. —Sonrío—. Soy Julia.

—No eres de aquí. —Me observa otro con detenimiento.

Son directos, me miran entre curiosos y sorprendidos sin molestarse en esconderlo. Estoy acostumbrada a estas miradas, pero no creo que sea una curiosidad por mi condición, no estoy haciendo nada raro para ellos y no saben que tengo autismo, no parece que James les haya hablado de mí.

—Julia es... —comienza James, pensando cómo definirme—. Es la nueva escritora de la

editorial. Es española. Nos hemos encontrado hace un momento, por eso llego tarde.

—Ha sido mi culpa, perdonad —me disculpo.

—A ti te perdonamos lo que sea —insiste Colin, con una sonrisa que me hace mucha gracia.

Es muy guapo, del estilo de Jana: moreno y de ojos azules, como Joel, solo que Colin lleva el pelo más largo, le roza los hombros. Los demás son castaños y de ojos entre marrones y verdes, todos altos y se mantienen en forma. Se presentan, a cada cual más guapo.

«Me va a gustar esto del *rugby*, las vistas van a ser atractivas».

—Bueno, ¿empezamos? —sugiere James, soltando su bolsa, junto a las demás, con un golpe seco.

Doy un respingo. ¿Le pasa algo?

—¡Venga!

Me siento en el césped, agradeciendo la textura y frescura de la hierba bajo mis piernas estiradas. Se dividen en dos grupos de tres. No tengo ni idea de *rugby*, así que les observo con atención.

Se meten los unos con los otros, se ríen, se gastan bromas, se empujan, se roban la pelota, pero ninguno marca.

A los quince minutos, dos se quitan la camiseta, tirándola cerca de mí. Mis manos se cierran y se abren varias veces seguidas.

«No».

Me obligo a mantenerme quieta.

«Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco...».

Otra camiseta.

«Uno..., dos..., tres...».

Otra más.

Se acabó. Cojo una y la doblo con cuidado. Repito el proceso con las otras tres, apilándolas. Sonrío satisfecha.

«¡No!».

Hago una mueca. Necesito terapia otra vez, le mandaré un *e-mail* a mi psicóloga cuando llegue a casa. Creía que estas cosas las tenía superadas ya.

«Y las tienes superadas en tu zona de confort. Esto no es el pueblo».

Esto es una prueba de fuego, me lo dijo la psicóloga antes de venir a Londres. De momento, no llevo mal vivir en una ciudad tan grande como esta, sin embargo, han salido a flote pequeñas cosas que, supuestamente, ya controlaba. De todas formas, me estoy forzando un poco los últimos días, no pasa nada por despistarme en algún momento. Soy como soy, con años de esfuerzo y terapia a mi espalda, pero, si me dejo llevar, salgo del rincón que he encontrado para mí en el mundo y eso, por desgracia, no puedo permitirlo porque mundo solo hay uno.

—¿Estás bien? —me pregunta James, de pie frente a mí.

«No».

—Muy buen partido. —No sé mentir y tampoco sabría qué responderle, me cuesta a mí entenderme.

—Vamos empate a cero. —Sonríe divertido.

—Oh, pero lo estáis haciendo muy bien.

Es la verdad, se nota que se esfuerzan, y también la complicidad y la confianza que existe entre ellos. Disfrutan, practican un deporte y pasan un rato juntos. Lo hacen muy bien.

—No somos profesionales —su sonrisa se vuelve tierna—, pero nos gusta y es la excusa que tenemos para seguir viéndonos, aunque llueva o nos congelemos de frío. —Deja una camiseta

doblada encima de las otras y regresa al partido.

Su espalda desnuda me indica que era su camiseta. Me fijo en ella. No está perfectamente doblada, pero sonrío. Me gusta que la suya destaque sobre las demás.

—¡Por fin! —exclama Colin, en el equipo contrario al de James, tras haber marcado—. ¡Julia! —Corre hacia mí—. ¿Un beso para el ganador?

—Todavía no has ganado. —Frunzo el ceño.

—¡UH! —pronuncian los demás al unísono.

Colin, de pronto, cae al césped de rodillas al perder el equilibrio, alguien le ha lanzado el balón a la pierna. Malhumorado, se gira. James es el único que intenta no reírse... ¿Por qué lo ha hecho? Es su amigo.

—Si gano —me dice Colin, levantándose—, ¿me darás un beso?

No sé qué contestarle. No tengo ningún problema en darle un beso, pero creo que a James no le gustaría, ahora mismo parece enfadado.

—¡Vamos! —le gritan.

Veo cómo Colin señala a James con el dedo; el primero sonrío abiertamente, pero el segundo le asesina con la mirada. No comprendo nada.

Continúan jugando, aunque son ellos dos los que lo hacen, ignorando a los otros, que terminan sentándose conmigo.

—No te preocupes —me asegura Malcolm, el del pelo más claro—, siempre se pican por algo.

—¡Parad ya, que tengo hambre! —exclama Stuart entre carcajadas.

—Creo que le harían caso a Julia —sugiere Oliver, guiñándome un ojo.

—¿A mí? —Me señalo a mí misma.

—Yo también tengo hambre. —Malcolm arquea las cejas.

—No me importaría comer algo —comento yo. No es que siempre tenga hambre, pero podría estar todo el día comiendo.

—¿Y de qué conoces a James? —me interroga Harry, el más serio de todos.

—Su editorial va a publicar mi novela. —Sonrío, muy ilusionada—. Mi hermana trabaja allí como becaria y le dio mi manuscrito. Le gustó y decidió publicarlo. Firmé el contrato hace tres viernes.

Harry entorna la mirada al coger su camiseta.

—¿Por qué las has doblado?

—Lo siento, a veces no puedo evitarlo. —Sabía que no debía hacerlo, me arden las mejillas por la vergüenza.

—Gracias —me dice Stuart, sonriéndome, antes de coger la suya.

Le sonrío de vuelta, agradecida yo también.

—¿Una manía? —inquieta Harry, soltando una risita de burla; algunas no las capto, pero la de él es muy evidente—. ¿Tienes TOC o algo parecido? —Otra risita.

—Harry... —le avisan Malcolm y Oliver.

—Soy neurodivergente.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Harry.

Suspiro y aclaro:

—Tengo autismo.

Aquí viene la reacción: se quedan paralizados; la curiosidad en sus ojos ahora es diferente.

Bueno..., no todos.

—Apuesto a que tu novela trata de gente rara —se golpea en el pecho—, por eso James la va

a publicar. —Aprieta la mandíbula—. Se cree que así va a redimir su culpa.

—Ya vale, Harry —le increpa Malcolm, enfadado—. No te desquites con Julia, no tiene nada que ver en tu mierda. Y a James nunca le escuchaste. Supéralo de una puta vez.

—No hay gente rara en mi novela —murmuro, pensativa.

Pero Haley dijo: «Novelas como la mía». El hombre que toca el piano en la historia tiene agorafobia, pero eso no es ser raro... ¿o sí?

—Julia está aquí por James, y él es un traidor. —Harry se levanta y se marcha.

—¿Qué he hecho? —pregunto con una mano en el pecho. Siento tanto el dolor con el que acaba de mirarme que se me entrecorta la respiración...

—No se lo tengas en cuenta, por favor —me ruega Oliver con una triste sonrisa.

Ha llamado traidor a James... James no es malo. Bueno, no sé si lo es, no le conozco, pero alguien que sonríe como él, alguien que me trata a mí como lo hace él, no puede ser un traidor... Es una palabra muy fea. Y una acusación muy fuerte.

—¡Venga! —exclama Stuart, regresándome a la realidad—. ¡Colin, James! ¡Dejadlo ya, hombre!

Colin y James chocan entre sí, intentando quitarse el balón, pero no sonríe ninguno, ¿están... peleando? ¿Colin también creerá que James es un traidor? Me pongo en pie de un salto.

—¡James!

Él se detiene bruscamente, hasta a mí me ha sorprendido el grito que he dado. Colin, entonces..., ¡le derriba!

—¡Oh, no! —Cae a la hierba sujetándose el costado. Corro hacia él—. ¡James!

—Lo siento, tío —se disculpa Colin, avergonzado—. No me di cuenta de que te habías parado. ¿Estás bien? —Extiende un brazo hacia él.

James lo acepta y se levanta con esfuerzo.

—Tranquilos, estoy bien. —Otra mueca. Su costado está enrojecido e hinchándose.

—El partido se ha acabado. —Niego, tajante—. Colin, eres un bruto, no hay beso; tú, James, necesitas hielo; y los demás tenemos hambre. Vamos.

Agachan la cabeza y me siguen.

—Os dije que ella sería la única que los detuviera —comenta Oliver entre carcajadas.

—No es divertido —le regaño—. Sois hombres fuertes —les señalo con las manos—, podéis haceros mucho daño.

Todos hinchan el pecho con orgullo. Se miran entre ellos y estallan en carcajadas.

Se han quedado con la mitad de la frase... Suspiro con resignación. Como dice mamá cuando se enfada con papá, los hombres pueden ser unos niños.

—Vamos al Frank's —anuncia Malcolm, levantándose del césped—. Me apetece una hamburguesa enorme.

—Solo son las once —digo, frunciendo el ceño, pero enseguida relajo la frente—. Perdonad, todavía estoy hecha al horario español. Allí, hasta las dos de la tarde, no comemos algo así.

—¿Y qué coméis a esta hora?

—Algo ligero. —Me encojo de hombros—. Yo también me pediré la hamburguesa.

Se vuelven a reír. Ahora no entiendo el motivo, pero sé que no es como la risa de Harry de antes.

Y me contagian. Definitivamente, me gusta el *rugby*.

Capítulo 10

James

El Frank's es nuestro *pub* favorito, situado muy cerca de la iglesia St. Mark's, en Regent's Park Road. Los dueños nos conocen, lo descubrimos la primera vez que quedamos después de acabar la universidad. Es pequeño y hogareño, perfecto para disfrutar un rato entre amigos, con buena comida y los Beatles de fondo, con numerosas fotos colgadas en las paredes de este grupo musical.

Nos sentamos en la mesa de siempre, en un rincón junto a la chimenea. Ella se acomoda de espaldas al ventanal, por el que se ve a lo lejos el London Eye. Creo que necesita sentir la libertad del exterior cuando está en un espacio cerrado desconocido, no es la primera vez que va directa a una ventana. Yo me siento a su derecha, y el pesado de Colin, a su izquierda.

Pedimos hamburguesas para todos y pintas para beber, menos Julia, que elige agua, a pesar de que mis amigos le insisten.

—¿Nunca has probado el alcohol? —Stuart le señala las dos pulseras de la muñeca, esas que son de goma, azul y morada.

Ella niega con la cabeza. No me había parado a pensar que significasen algo esas pulseras; el color del autismo es azul, pero ¿el morado? ¿El alcohol tendrá algo que ver con el morado?

De lo que sí me doy cuenta es de que se siente incómoda con esto, acaba de desviar la mirada al ventanal.

—Estoy muerto de hambre —comento—, más que ninguno, que os habéis rajado enseguida.

—Habla por ti, viejo —se mete Colin conmigo.

—Y vosotros, como siempre, os habéis picado enseguida. —Malcolm me lanza una servilleta convertida en pelota.

—Yo no me he picado —bufo.

Me ignoran.

Claro que me he picado. Soy lo suficientemente hombre como para admitir los celos que me provoca que Colin se haya fijado en Julia.

—Cuéntanos, Julia —le pide Colin, dedicándole esa sonrisa de rompecorazones que a ella parece encantarle—, ¿cuánto tiempo te quedas aquí?

—Cinco meses más, hasta que acabe el contrato de mi hermana.

—¿Cuándo sale tu novela?

—El 5 de noviembre. —Me sonrío, con los ojos brillantes.

Apoyo mal el codo en el borde de la mesa y se me cae la cerveza, rompiéndose el vaso al estrellarse contra el suelo. ¡Dios!

—¡Cuidado! —exclama ella, que se apoya en mi pierna, agachándose, para recoger los cristales.

Mis amigos, Colin el que más, empiezan a reírse, con discreción por respeto a Julia, pero dedicándome miradas del tipo: «¡A J le gusta J! ¡A J le gusta J!». La mía es de: «Madurad un poco, gilipollas».

Me ponen muy nervioso. Sujeto a Julia del brazo y la obligo a que se incorpore.

—Te vas a cortar.

Me acabo de sonrojar como un puto universitario hormonado, perfecto para que los demás se

atraganten con las carcajadas porque, obviamente, están al acecho como buitres hambrientos de verme hacer el ridículo delante de ella. No tenía que haberla invitado... Esto es mezclar lo personal con lo profesional, Julia es escritora de la editorial que dirijo, ya.

«Tenemos pendiente un chocolate caliente. Para hablar de su novela, por supuesto, no porque quiera conocerla más».

—¡Marchando unas hamburguesas! —canturrea el camarero, con una gran bandeja en las manos que apoya en la mesa.

Cada uno coge un plato y comenzamos a comer.

Después de tres bocados seguidos que me saben a gloria, giro el rostro hacia Julia para saber si le gusta.

«Pero ¿qué...?».

Me quedo con la boca abierta: ha deshecho su hamburguesa, colocando cada alimento por separado. Se los come con el tenedor, y de izquierda a derecha: primero, un trozo de carne con el queso fundido por encima mezclándolo con ketchup, luego un trozo de lechuga, luego de tomate, luego de cebolla y, por último, de pan. Y a juzgar por los dulces ruiditos que emite, está disfrutando.

Malcolm me arroja una segunda servilleta en forma de pelota.

—Para que te limpies las babas.

—Que te jodan —le gruño.

—Así no se come una hamburguesa —dice Colin, de pronto, observando a Julia como si fuera un bicho raro.

Sé que no lo hace con maldad, él no es así, ninguno de nosotros, pero voy a patearle el culo, ella se ha paralizado.

—Tú te tomas los batidos con cuchara porque sigues sin saber usar una pajita —se me adelanta Oliver, dándole un trago a su pinta.

—No es lo mismo —se defiende Colin, con la cara enrojecida por la vergüenza.

—Cada uno come como le da la gana —le contesto, cabreándome.

—No pasa nada. —Julia pone una mano en mi pierna, sonriendo—. Soy selectiva con la comida —le mira—, no puedo comer los alimentos mezclados.

—¿Por qué? —insiste Colin, entornando la mirada.

—Colin... —le aviso.

—Es parte de mi condición —responde ella, tranquila y dulce—. Al tener desorden sensorial, comer algunos alimentos o mezclarlos es como si se explotase una bomba dentro de mí. —Sonríe con tristeza—. No querrás verme teniendo una sobrecarga sensorial. —Se pone seria—. Mi hermana lo pasa muy mal, y a mí me llega a doler la cabeza, el estómago o los oídos, depende del tipo de sobrecarga. A veces me he desmayado.

Yo la he visto y lo que quise fue correr a abrazarla.

—¿Condición? —repite Colin.

Suficiente. Me levanto, le agarro del brazo y salimos a la calle.

—Cierra la puta boca de una vez. —Me cruzo de brazos.

—Solo estoy preguntando. —Se enfada—. ¿A qué viene esto?

—A que te metas la curiosidad por el culo. —Me inclino—. Deja de hacerla sentir incómoda.

—A quien Colin está haciendo sentir incómodos es a los demás, no a ella —nos interrumpe Malcolm. Me da una palmada en la espalda, sonriendo—. Julia es genial, no tiene ningún problema en hablar de sí misma.

Sonrío.

—¿Qué le pasa? —Colin parpadea, completamente perdido.
—Julia tiene autismo, así que deja ya las preguntas.
—¿Es autista? —Abre los ojos sobremanera—. ¡Pero si es guapísima!
—Tiene autismo —le corrijo—. ¿Las personas con autismo tienen que parecer extraterrestres, feos, calvos o deformes? —exclamo, avanzando un paso. Termino partiéndole la cara.
—¡No! —Alza las manos, retrocediendo—. Perdona... Es solo que... No sé, no parece...
—Como termines esa frase... —comienzo, cerrando los ojos. Entonces, recuerdo algo—. Oye, ¿y Harry? ¿Por qué se fue?
Malcolm pierde la sonrisa.
—¿Le dijo algo a Julia? —Suenan una alarma en mi cabeza con luces de neón.
No contesta.
Se me revuelve el estómago. Conociendo a Harry, le habrá dicho cualquier cosa a Julia. Cualquier cosa mala de mí.
Volvemos al *pub*. Julia está de pie junto a la ventana, hablando por el móvil.
—Era mi hermana, viene hacia aquí —anuncia al colgar y sentarse.
Seguimos comiendo. Colin parece haber reaccionado y está tan normal.
—¿Y cómo os conocisteis? —se interesa Julia, mirándonos a todos.
—Colin y James se conocen desde el colegio —responde Oliver—, los demás, de la universidad. Éramos los antisociales —sonríe con orgullo—, preferíamos jugar al *rugby* a emborracharnos por diversión. Un día, James y Colin estaban jugando a pasarse la guinda en el campus, James la lanzó más fuerte de lo normal, aterrizó en mi cabeza y fue rebotando de uno en uno. —Señala a los demás.
—¡Oh, no! —exclama ella, llevándose las manos a la cara—. ¿Os hizo daño?
—Creo que nos chamuscó algún circuito del cerebro, porque, desde entonces, somos inseparables —bromea, guiñándole el ojo.
—Eso me gusta. —Me sonrío solo a mí.
«Como Malcolm me...».
Malcolm me lanza una tercera servilleta.
—Espera —me pide Julia entre risas, cogiendo una servilleta para limpiarme la nariz—. Tenías ketchup.
«¡No te sonrojes!».
Mis supuestos amigos estallan en carcajadas. Ella no se entera de nada, menos mal...
—¿Y tú, Julia? —le pregunta Malcolm—. ¿Cuándo empezaste a escribir?
—Tardé mucho. —Continúa comiendo, despacio y en orden a las agujas del reloj, alimento por alimento—. Aprendí a leer a los once años. y a escribir, a los quince.
—Eso tuvo que ser difícil —murmura él con delicadeza y la misma expresión de gravedad que se nos ha quedado al resto—. Hablas muy bien el inglés, tu pronunciación es perfecta.
—Me costó mucho —asiente—, pero en cuanto aprendí, los otros idiomas me resultaron supersencillos. Mi psicóloga dice que abrí una puerta enorme. —Su mirada resplandece.
Sonreímos todos, embobados. Es preciosa.
—¿Y la novela que va a publicar James? —se interesa ahora Oliver.
—En Navidad le conté a mamá una historia que se me había ocurrido, para que la escribiera ella, y me dijo que probara a escribirla yo. Me senté frente al ordenador y lo hice. —Se encoge de hombros.
—¿Tu madre también escribe? —quiere saber Stuart, terminando su hamburguesa.
—Sí. —Desbloquea la pantalla del móvil y busca algo—. Es ella.

Nos muestra el perfil de Instagram de Lucía Martín, escritora de novela romántica. Debajo de su foto de perfil se lee: «Esclava de la pluma, del amor y de los sueños. Mamá de dos niñas preciosas neurodivergentes».

Frunzo el ceño.

—¿Jana también?

—Es neurodivergente de altas capacidades. —Se inclina, como si me fuera a contar un secreto—. Pero no quiere que nadie lo sepa.

La han oído todos, pero mis amigos, que son los mejores, actúan como si no hubieran escuchado nada.

—¡Guau! —exclama Colin, pasmado, cotilleando fotos de Lucía—. Eres igual que tu madre. —Le devuelve el teléfono—. ¿Tu hermana también es guapa?

—Sí. —Su sonrisa es enorme.

Meneo la cabeza, Colin nunca madurará.

Acabamos de comer y pedimos café, justo cuando Jana entra en el *pub*.

—¡Hola! —la saluda Julia, levantándose para correr hacia ella.

—Tenías que haberme despertado. —Se ríe.

—Necesitabas dormir. —Le acaricia el pelo—. Los cordones.

—Gracias. —Se dan un abrazo. A continuación, se arrodilla y se ata los cordones de las zapatillas negras.

—Ven, que te presento. —Se acercan—. Juegan al *rugby* y son muy simpáticos. Colin te gustará, es del tipo de Joel.

Jana desorbita los ojos, ruborizándose.

—Julia, no me gusta Joel —le susurra.

—Vale. —Ni la mira.

Yo desentajo la mandíbula. ¿Le gusta Joel?

—Yo lo flipo —murmura Colin, alucinado—, menudos genes los de esta familia.

Le doy una colleja. Ni se inmuta, las contempla como si fueran de otra galaxia.

—Ella es Jana, mi hermana —Julia rodea sus hombros—, y ellos son los antisociales: Malcolm —va señalando—, Stuart, Oliver, a James ya le conoces y Colin. Falta Harry, pero se fue. —Frunce el ceño, mirándome a mí.

Mierda... ¿Qué le habrá dicho Harry? ¿Y qué pensará Julia?

No disfruto del café. Estoy nervioso. Quiero hablar con ella, quiero explicarme..., pero tampoco sé qué le ha contado Harry. Y ni es el momento ni el lugar.

Pagamos la cuenta y salimos del *pub*.

—Nos vemos el mes que viene —comenzamos a despedirnos.

—¿Alguien va a Camden? —pregunta Malcolm, que vive allí—. Tengo el coche aquí al lado.

—Yo quiero ir —contesta Jana, y añade hacia su hermana—, ¿te importa si nos vemos luego en casa?

—No. ¿Chapa nueva? —Sonríe.

Pero su hermana no responde y sus mejillas se colorean. Entorno la mirada: Joel también vive en Camden... Pienso hacerle un interrogatorio exhaustivo cuando le vea. Le he pillado mirándola muchas veces, pero siempre me evita.

—Volveré andando, no te preocupes —le asegura Julia, abrazándola.

—Te acompaño —le digo enseguida, es mi oportunidad.

Asiente y nos dirigimos hacia Regent's Park, es más bonito pasear por dentro del parque.

—Julia.

—Dime.

—¿Harry te ha dicho algo... malo?

Me mira, deteniéndose.

—Dijo que eras un traidor.

Me paso las manos por el pelo, soltando un gran suspiro. Me siento en un banco de piedra.

—Hace dos años rompí con Ivy —comienzo—. La conocimos en la universidad. Ella estaba en el grupo de los populares, no se fijaba en nosotros, como te han dicho, éramos los antisociales. Nos gustaba más estudiar que emborracharnos por diversión.

—Eso no es malo. —Se acomoda a mi lado.

—No, pero te convierte en el blanco de los populares. —Me apoyo en las rodillas—. Harry y yo nos enamoramos de Ivy en primero —continúo—. Yo me mantuve apartado, ella era inalcanzable para alguien como nosotros, pero él fue valiente y le escribió un *e-mail* confesándole sus sentimientos. Ivy subió capturas de pantalla del *e-mail* en las redes sociales, etiquetándole, para que todo el mundo supiera quién era Harry.

Se tapa la boca, horrorizada.

—Lo pasó muy mal. —Asiento despacio—. Los chicos y yo intentamos que Ivy se retractara, solo yo lo conseguí. —La miro—. Resulta que yo le gustaba, pero no podía permitir que la vieran con un antisocial como yo, hundiría su imagen y la marginarían.

—¿Os veáis a escondidas?

—Fue una relación tóxica que duró toda la carrera. Me amenazaba continuamente con que, si la dejaba, iría a por Harry otra vez. —Suspiro con fuerza—. Acabó la universidad y acabó lo nuestro, pero, unos años después, coincidí con ella y caí otra vez.

—No te entiendo. —Frunce el ceño.

—Volvimos a estar juntos a escondidas —le aclaro, con los hombros caídos—. Dejé de quedar con los chicos, me alejé de ellos. Harry se presentó un día en mi casa y nos pilló. —Mis ojos se clavan en un punto infinito. Me quema el pecho al recordarlo—. Ivy le mintió, le dijo que yo le había dado la idea de las capturas de pantalla en las redes sociales y que, desde entonces, estábamos juntos. Harry nunca superó lo del *e-mail* y, como yo les había ocultado lo mío con Ivy, decidió no escucharme. Por eso soy un traidor para él.

—¡Pero no lo eres! —Se levanta, indignada—. ¿Cómo pudiste estar con ella otra vez después de la universidad?

—He pensado mucho en ello los últimos dos años. —Arqueo las cejas—. Creo que quise intentar cambiarla. Nunca perdí la esperanza de que se enamorase de mí, de un marginado, y cambiara. Pero las personas no cambian. —Niego con la cabeza—. Nadie, ni los populares ni los marginados. Ivy seguirá siendo una chica popular que disfruta humillando y haciendo daño a gente como Harry. —Respiro hondo—. Y como yo, un chico que intentó suicidarse porque no soportaba el acoso que sufría en el colegio. Cuando se meten contigo una vez y no te defiendes, quedas marcado de por vida —extiendo mis brazos hacia ella—, en todos los sentidos.

Entonces, le muestro las finas e irregulares líneas que tengo en el interior de las muñecas.

Julia contiene el aliento. Lentamente, se inclina y las besa con devoción. Creo que se me acaba de parar el corazón...

Cuando alza la mirada hacia mí, comienzan a caer lágrimas por su rostro. Rodeo sus hombros y la acuno en mi pecho, donde se refugia y llora lo que necesita, sintiendo yo, por primera vez, que la vergüenza por mis cicatrices al fin ha desaparecido.

Capítulo 11

Jana

—Venga —le digo a Joel con el ceño fruncido.

Él, sonriendo, agita la mano signándome «hola» y espera a que haga lo mismo.

—Tengo prisa —rechino los dientes, negándome a ser educada.

Joel suspira con dramatismo, abre la puerta de la tienda de tatuajes y la sujeta para que pase yo primero.

Está lleno. Hay gente esperando sentada en sillas a ambos lados de la recepción.

—Hola —nos dice una chica morena muy guapa, llena de *piercings* y tatuajes, acercándose a nosotros—. ¡Ey, Joel! —Levanta la mano, brillándole los ojos con demasiada ilusión.

«¿Es que todas están locas por él?».

Joel habla con ella en lengua de signos. La chica le responde de la misma manera, riéndose los dos. Yo me siento estúpida. Tengo que remediar esto de una vez, hablaré con Julia en cuanto llegue a casa, necesito su ayuda. Eso de no saber algo... me pone muy nerviosa.

«Ese algo tiene nombre».

—¿Estás interesada en vender chapas? —me pregunta ella, supongo que porque él se lo haya dicho.

—Sí.

—Venid conmigo.

La seguimos hacia la única puerta que hay en el rincón de la derecha; seis cortinas negras se disponen al fondo, separadas entre sí por dos metros de distancia, es grande el lugar y se oyen las agujas para hacer tatuajes.

Un hombre de unos cuarenta años, con una barba abundante, la cabeza rapada y cadenas en los vaqueros anchos que tintinean con sus movimientos, se levanta de una mesa donde estaba dibujando.

—¡Joel! —Se dan un abrazo—. Recibí tu *e-mail*, perdona que no te haya contestado, estamos a tope.

Él niega con la cabeza, restando importancia. Se gira hacia mí.

—Hola —le saludo, sonriendo—. Soy Jana.

—Encantado, Jana. Soy Mike. —Nos estrechamos la mano—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Me gustaría vender unas chapas que tengo. Joel me dijo que podrías estar interesado. —Le muestro fotos de mi móvil.

—Guau... —murmura, admirado—. Reconocería a una coleccionista con los ojos vendados.

—Las he ido coleccionando desde que era pequeña.

Mike entorna la mirada y me dice:

—¿Estás segura de venderlas?

Le doy un poco la espalda a Joel, retirándome a la vez un mechón detrás de la oreja para disimular, y respondo:

—Necesito dinero. —No quiero que él lo sepa.

Mike mira a Joel y luego a mí.

—Hagamos una cosa, Jana. —Sonríe con cariño—. ¿Qué te parece si quedamos otro día y así las veo y puedo tasarlas? Aunque ya te digo que serán bastantes libras.

Asiento, con un nudo en la garganta.

—Gracias.

—¿Me dejas hablar un momento con Joel?

—Claro. Adiós, Mike.

—Adiós, Jana.

Prácticamente, salgo corriendo a la calle. Me apoyo en el muro de ladrillo del establecimiento y respiro hondo, pero las lágrimas caen sin contención. No quiero que Joel me vea así.

No entiendo por qué recurrí a él con esto. Le escribí anoche un mensaje preguntándole si conocía a alguien interesado en comprar chapas antiguas. Solo quiso saber si eran mías, no me interrogó, tampoco bromeó al respecto, como si supiera que era un tema delicado.

Empiezo a caminar hacia el canal. Me apoyo en el murete y le mando un mensaje para avisarle de que me he marchado.

Jana: Lo siento, pero te dije que tenía prisa. Gracias por presentarme a Mike. Pregúntale cuándo quedo con él, por favor.

Su respuesta no tarda en llegar.

Joel: Yo te avisaré, seré el intermediario.

¿Puedo ver las chapas en persona? Si eres una coleccionista, serán de distintos tamaños y formas.

Jana: La curiosidad mató al gato.

Joel: Es curiosidad para Mike.

Jana: Se las he enseñado en fotos.

Joel: No es lo mismo.

Jana: Vale, pero están en mi casa.

—Y tienes prisa.

Doy un brinco por el susto. Me giro y casi me choco con él de lo cerca que está de mí. De hecho, ha hablado más bajo, un poco ronco y entrecortado.

Y sonrío con satisfacción.

Teclea en el móvil.

Me llega un nuevo mensaje:

Joel: ¿Tanto te gusto que necesitas huir de mí?

Mis mejillas se acaban de quemar... Le miro mal. Muy mal.

—No te lo creas tanto. —Guardo el móvil y me cruzo de brazos.

—Solo un poco.

Suspiro con fuerza.

—Vámonos. Cuanto antes acabemos, antes te perderé de vista.

Y antes mi corazón dejará de golpearme el pecho con fuerza y podré respirar con normalidad.

Doy media vuelta y emprendo el camino hacia la parada de Camden del *waterbus*. Él, riéndose, me sigue.

Nos bajamos en Little Venice. Cruzamos el puente y... Julia y James están en el portal.

—¡Hola! —exclama mi hermana en inglés al ver a Joel, muy contenta. Se dan un beso en la

mejilla—. ¿Habíais quedado?

—Parece que sí —contesta James, mirando a su amigo con una sonrisa muy traviesa que me hace sonrojar.

Parece lo que no es, pero no puedo explicarles el motivo de que estemos a punto de entrar en casa, Julia se enteraría de lo de las chapas y haría lo imposible para que no las vendiera.

Joel signa algo que, obviamente, no entiendo. James sonrío hacia Julia de una manera muy bonita, y ella, de pronto, se arroja a mi cuello. Los chicos se echan a reír al caernos al suelo porque no me lo esperaba y he perdido el equilibrio.

—¡Sí! —grita, llenándome la cara de besos.

—¿Alguien me cuenta qué ha dicho Joel? —Me pongo nerviosa.

—¡Que te ha acompañado a un local donde hacen los mejores tatuajes de Londres, por mi tatuaje!

Miro a Joel, sorprendida. Él me devuelve la mirada, pero con intensidad, y yo creo que acabo de derretirme, me tiembla todo el cuerpo...

—¿Quieres hacerte un tatuaje? —le pregunta James a Julia.

—El yin y el yang. —Me besa la mejilla—. Somos mi hermana y yo.

—¿Por qué os llamáis así?

Ella y yo nos miramos, sonriendo.

—Mamá nos puso el apodo —le responde Julia—. Somos opuestas en todo, pero nos complementamos. Mamá siempre ha dicho que la una no puede convivir sin la otra.

Joel signa. Es James quien me interpreta lo que ha dicho:

—Estáis muy unidas. Estos seis meses han tenido que ser duros al estar separadas.

—Sí —contesto en un suspiro, cerrándose mi pecho en un puño—, pero ya estamos juntas otra vez.

—Podemos seguir hablando en casa —propone mi hermana—, ¿os apetece merendar? —Sonríe—. Una merienda española —comprueba el reloj de su muñeca— a hora inglesa. Son las cuatro.

Ellos se miran entre sí y, sonriendo, se encogen de hombros.

James apoya su bolsa de deporte en el suelo nada más entrar en el ático, pero Julia la coloca en el perchero que tenemos a la derecha de la puerta, donde ella y yo dejamos nuestras zapatillas y calcetines. No me doy cuenta de que me he descalzado delante de otros que no son mi familia hasta que Joel, al pasar por mi lado, me dice:

—Bonitas uñas.

Las llevo negras, como siempre.

Por supuesto, mi cara arde de la vergüenza, algo que se está convirtiendo en costumbre. Le doy en el brazo con mi hombro —es muy alto—, adelantándole hacia la cocina, a la derecha. Él suelta una carcajada.

—Necesito un favor —le pido a Julia en voz baja mientras James y Joel se sientan en uno de los dos sofás del salón, pasada la barra que separa las dos estancias.

—Claro, dime.

—Necesito que me enseñes la lengua de signos británica.

—¿La española no?

—No.

No se sorprende, tampoco sonrío, solo asiente, y la adoro por ello.

—¿Qué vas a preparar? —le pregunto.

—Un bocadillo de jamón con tomate, merienda española.

—¿Tenemos pan? —El jamón nos lo trajeron envasado nuestros padres, entre otras cosas que les agradeceré eternamente, aunque en Portobello hay una tienda de productos españoles a la que suelo ir una vez al mes.

—¡Oh, no! —Se lleva las manos a la cara.

—Pues tostas de jamón con tomate. —Saco el pan de molde de uno de los armarios, todos son bajos, aunque hay dos baldas a ambos lados de la vitrocerámica.

—¡Vale! —Me besa en la mejilla—. Ve con ellos, a ti se te da mejor hacer de anfitriona. — Me sonrío divertida.

Es una de sus cualidades: siempre sonrío ante lo que siento que necesito más esfuerzo de lo normal, como las relaciones sociales. Antes se frustraba, muchísimo. Era horrible verla llorar de frustración cuando no entendía algo o le costaba hacer o pronunciar. Hace unos años de eso, pero creo que nunca olvidaré esa parte de nuestras vidas. Yo la abrazaba con fuerza, ella me pellizcaba, me tiraba del pelo o me apretaba hasta dejarme marcas. No me importaba. No me quejaba. Luego, cuando se calmaba, a veces horas más tarde o, incluso, días después, yo soltaba el aire, aliviada, y lloraba en silencio metida en la ducha, para que el agua borrara las lágrimas y mis padres no sufrieran doblemente por mí, bastante mal lo pasaban por Julia.

—Pregúntales qué quieren de beber —me pide—. Hay cocacolas y agua. Puedo hacer batidos también, de frutas o de chocolate, tenemos la nevera llena. ¿Te apetece uno de multifrutas?

—Sí, porfa.

Me dirijo al salón. Están hablando en lengua de signos, pero se detienen al verme.

—Voy a ver si Julia necesita ayuda —dice James, dejándonos solos.

—¿Quieres algo de beber? —le pregunto a Joel.

Niega con la cabeza. A continuación, señala hacia mi habitación, al fondo y a la izquierda; a la derecha, detrás del biombo, está la habitación de Julia.

—Las chapas —pronuncia, levantándose del sofá.

Asiento.

Tengo un lateral de la cama pegado a la pared, dando la espalda al balcón. En esa pared están colgadas algunas de mis chapas.

—Gracias —le susurro, esforzándome en mirarle a los ojos para que pueda leerme bien los labios.

Él arruga la frente, interrogante.

—Por lo que les has dicho del tatuaje de mi hermana.

Mueve la mano, restando importancia, y se gira hacia la pared. Las chapas están colgadas formando un círculo dividido por una línea diagonal invisible.

—El yin y el yang —comenta Joel, observándolas.

Le escucho hablar y me vienen un montón de preguntas a la cabeza; una, en particular, es de color rojo chillón: ¿qué le pasó? No he hablado con Julia de él, pero mi hermana, cuando aprende algo, como la lengua de signos, lee mucho sobre el tema en cuestión y lo comparte conmigo. Sé que la voz de las personas sordas suele ser entrecortada y, como no se oyen, o no se oyen bien, no controlan el volumen con el que hablan. Casi siempre le pasa a Joel.

Le toco el brazo con suavidad. Gira el rostro hacia mí.

—¿No oyes nada?

Entreabre la boca.

—Perdona —me disculpo enseguida, agachando la cabeza.

Pero él alza mi barbilla con sus dedos. Niega con la cabeza.

—¿Que no pasa nada o que no oyes nada? —le digo, confusa por su gesto.

—Ambas. —Sonríe.

—¿Nada de nada?

Se saca el móvil del bolsillo del vaquero y escribe en nuestro chat, pero sin mandar nada, me muestra la pantalla del teléfono para que lo lea:

«¿Se te han taponado los oídos alguna vez?».

—Muchas veces. En la piscina.

«Pues multiplica esa sensación por infinito», escribe con rapidez.

—¿Y no hay posibilidad de que oigas?

«Para mí, no».

Para él...

—¿No quieres?

Me arrepiento en el mismo momento en que suelto esa pregunta: una sombra cruza su expresión, como cuando metí la pata y me enteré de que era sordo.

«Contestaré a esto cuando tu hermana se haga el tatuaje, y tú y yo sabemos que lo retrasarás todo lo posible», escribe.

—Cinco meses. Le has dicho que me has llevado a adonde hacen los mejores tatuajes de Londres. No querrá hacérselo en otro sitio.

«¿Por qué no quieres que se lo haga?»., vuelve a escribir.

—Le puede dar una sobrecarga sensorial o un ataque de pánico por las agujas. —Frunzo el ceño, cruzándome de brazos—. Se hace dos analíticas al año. No va a probar más agujas si puedo evitarlo.

Me mira... No. Me está leyendo. A mí, no a mis labios.

Pero no soy capaz de apartar mis ojos de los suyos, tampoco de esconder todo lo que siento. Se me entrecorta el aliento. Da miedo que alguien te vea de verdad cuando has sido siempre invisible, pero quiero que él lo haga.

Escribe despacio ahora, como si quisiera hablarme con delicadeza:

«No se sabe lo que puede pasar mañana o dentro de cinco minutos, lo que sí es seguro es que vida solo hay una».

—Y yo elijo vivirla como estime oportuno. —Me enfado.

«Creía que estábamos hablando de Julia».

Contengo el aliento.

Rodeo a Joel, necesito alejarme de él. Debería entenderme...

Pero me agarra del brazo y, con la otra mano, me acaricia la mejilla. Se me cierran los ojos al darme cuenta de que lo que ha hecho ha sido secarme una lágrima. Los suyos brillan muchísimo. Esta vez no me da miedo, todo lo contrario, quiero sumergirme en ellos y no salir a la superficie.

Quiero, por primera vez, que me cuiden.

Que me cuide Joel, el chico que habla con las manos y escucha desde el corazón.

Capítulo 12

Joel

Qué guapa ha venido hoy a trabajar, no puedo dejar de mirarla. James tiene que darme alguna que otra patada debajo de la mesa para que yo preste atención, es que estoy embobado: minifalda negra que veo a través del cristal de la mesa; camiseta blanca, ajustada a sus pechos; camisa ancha por encima, abierta, de cuadros rojos y negros, que se ha atado en la cintura con un nudo; zapatillas Converse negras, que no dejan de moverse, cruzándose y descruzándose, ¿por qué está nerviosa? Si casi no me mira... Y el pelo se lo ha recogido en una coleta alta pero deshecha. Tendrá veintidós años y cara de niña buena, pero su cuerpo, su mente y su lengua rápida son los de una mujer jodidamente sexy que me pone de cero a cien en dos segundos. Soy lo suficientemente hombre como para reconocer que Jana me atrae muchísimo, sobre todo a raíz de la merienda de ayer.

Desde que la conozco he sentido una extraña y preocupante necesidad de protegerla; desde ayer, esa necesidad es irrefrenable, ya no me preocupa. Jana lo desconoce, o se empeña en no admitirlo, pero necesita a alguien que la mire como si fuera la única. Tengo la sensación de que ha estado a la sombra de su hermana, y cada día estoy más convencido de que ella cree que ese es su lugar.

Se equivoca: ha nacido para hacer vibrar.

—Vale —asiente James, tamborileando los dedos en la mesa circular de la sala de reuniones de la última planta. Le miro—. ¿Cuándo podrías tener los diseños de las promos?

—Esta semana. —Me esfuerzo en que mi voz sea lo más normal y clara posible, pero, por desgracia, no depende de las ganas que le eche.

Dylan, el web *manager*, Olivia, la publicista, James, Jana y yo llevamos dos horas con la campaña de promoción del libro de Julia, son las diez y media. En agosto, la editorial cierra todo el mes, julio va a ser estresante, hay que dejar preparado esto porque la novela sale en noviembre, desde septiembre la publicidad será brutal. Y este libro va a ser el paso previo a la nueva colección. Todo lo relacionado con esto debe ser brutal.

Es un gran cambio, hasta de colores. Las últimas portadas y promociones de McArthur Publishing House son rosas, turquesas, amarillas, rojas, lilas... Yo, igual que el resto de los diseñadores, hacíamos lo que nos pedía Haley. Le dije una vez a James que nos habíamos convertido en una editorial del montón en lugar de marcar tendencia, como hacíamos antes, pero él pasaba por una época difícil a raíz de la ruptura con Ivy, no quise presionarle, todo el mundo necesita su tiempo de duelo particular. Sin embargo, ahora que Haley ya no decide nada y que mi amigo ha vuelto a ser el que era, he sugerido volcarlo todo al blanco y negro, como la portada de la historia de Julia. Así rompe con lo anterior para empezar a marcar la diferencia en el mercado editorial otra vez.

Aunque esas ganas que siente James de diferenciarse tienen nombre de mujer, por mucho que me dijera ayer, cuando nos fuimos de casa de Julia y Jana, que no siente nada por la pelirroja.

—Ya tienes mesa en el Departamento de Diseño Gráfico —me anuncia, sonriendo.

Asiento. Me contengo para no hacer una mueca. No quiero trabajar aquí, me gusta desde casa y a mi aire, aquí tengo que estar más pendiente de lo normal de todo y de todos a mi alrededor. Muchos sospechan lo que me pasa. Odio justificarme y explicar que soy sordo, luego vendrán

las preguntas y las miradas de compasión y pena, los recuerdos me asfixiarán y todo se joderá.

—Paramos un rato —dice James—. Tomaros un café y luego seguimos.

Me levanto el primero, pero Jana me sujeta del brazo.

—¿Te tomas el café conmigo? —me habla despacio, vocalizando bien.

No me apetece ahora mismo, quiero estar solo... Le indico la puerta con la mano.

Bajamos en el ascensor a mi nueva planta, una debajo de la suya, la antepenúltima. En todas hay un pequeño archivo y una cocina, adonde nos dirigimos. Esta se sitúa a la izquierda, detrás de la última fila de mesas de los diseñadores gráficos; al fondo, una gran cristalera ofrece las vistas de St. Paul's a ambos lados del despacho del director de Arte y de la jefa de Maquetación. Aprieto la mandíbula. No me llevo bien con Dios desde hace diez años y solo veo una mesa vacía junto a la cristalera, en el rincón.

Hay tres mujeres en la cocina comiéndose un sándwich. Reparar en nosotros y me sonríen aleteando las pestañas. Yo, sonriendo divertido porque me hace mucha gracia cuando son tan evidentes, levanto la mano para saludarlas. Las conozco de verlas por aquí; una de ellas, la única rubia de pelo largo, intenta ligar conmigo siempre que coincidimos, Cadence, la jefa de Maquetación, una lameculos de Haley, por cierto.

—¿Qué haces aquí, Jana? —le pregunta Cadence, estirándose para que sus pechos se marquen en el escote de su blusa—. ¿Ahora eres becaria en Diseño? Es bueno saberlo, tengo muchas fotocopias por hacer.

«Pero ¿qué...?».

—James me ha pedido que ayude a Joel a instalarse. —Se pone rígida, muy incómoda.

Por un momento, me cabreo con él, ¿desde cuándo cree que necesito que me ayuden a nada?

—No te mereces a James de jefe, es demasiado bueno para ti. —Cadence ladea la cabeza—. ¿Y desde cuándo Joel necesita ayuda aquí? Tú solo llevas unos meses, él lleva aquí desde antes de que yo llegara, hace unos años ya.

Acabo de perdonar a James...

Jana se ruboriza, se gira y comienza a preparar café, pero está tan nerviosa que se le caen las tazas al suelo. Me agacho enseguida, sujetándole las manos para que no toque nada, no sea que se corte. Ella se suelta con brusquedad y me ignora.

Una sombra me distrae. Alzo la mirada.

—Déjala, Joel —me dice Cadence, riéndose—, ese es su sitio, no el tuyo. Acompañame, te diré cuál es tu mesa.

Entorno la mirada, levantándome lentamente. Quiero estrangularla, también lentamente. ¿Quién coño se cree ella que es para tratar a alguien así?

Voy a gritarle lo primero que me salga por la boca y me importa una puta mierda si mi voz suena distorsionada y termino de confirmar las sospechas, pero una leve vibración en mis oídos me frena antes de hacer nada.

Miro a Jana. Ella niega con la cabeza de manera discreta. A continuación, fija los ojos en Cadence. Leo sus labios cuando los mueve:

—Si tienes algún problema conmigo, hablas con James, soy su becaria por las mañanas y todavía son las diez y media. Si no, te sugiero que sigas con el sándwich, se te queda la boca demasiado abierta cuando no tienes nada metido en ella.

Arqueo las cejas, atónito. A las demás les pasa lo mismo, menos a Cadence, que enrojece de rabia y se marcha, airada. Sus amigas la siguen, quedándonos solos.

—Mira —me pide Jana, observando sus manos temblorosas. Se le ha disparado el pulso por la adrenalina—. Nunca había sido tan rápida como ahora. —Se ríe—. Contesto la segunda vez,

no la primera.

Su risa... La vibración en mis oídos es muy intensa ahora mismo. Coloco una mano en el centro de su pecho, notando cómo se le corta el aliento y se le acelera el corazón, late tan fuerte y descontrolado como el mío.

Ya no se ríe, pero la vibración no desaparece, es latente, infinita...

—Respira —le digo.

Ella suelta el aire. Su pecho vuelve a llenarse y a vaciarse con rapidez. La vibración en mis oídos, en cada exhalación de Jana, se alarga como un piano con sordina.

—Es... increíble...

Sé que me ha costado hablar, porque también me cuesta respirar, pero me da igual cómo he sonado. Observo sus labios, no con la intención de leerlos, quiero saber qué pasaría con la vibración si los cubriera con los míos. Con Emma no había conexión, pero tocar a Jana por encima de la ropa es un puto alucine, ¿cómo será estar piel con piel con ella?

De repente, retrocede, apartándose. Me deja descolocado.

—Perdona —le digo, sintiéndome un completo idiota.

La he asustado..., o peor: estoy imaginándome cosas donde no hay nada.

Niega con la cabeza, huyendo de mis ojos. Se acerca a por una escoba y un recogedor para limpiar el suelo. Ha sido un poco brusca al separarse de mí, me siento mareado, tengo que apoyarme en la encimera. Jana no se da cuenta de nada, me evita todo lo que puede.

Cuando me calmo, señalo la cafetera y niego con el dedo para que entienda que no quiero. No quiero nada, mucho menos seguir a solas con ella, está deseando salir corriendo...

Me acompaña a la mesa que vi antes vacía.

—Es tu puesto de trabajo —me confirma, frente a mí, pero sin mirarme—. James no te ha puesto un ordenador, me ha dicho que usarás tu portátil.

Asiento.

—Cualquier cosa que necesites, tienes el archivo —añade.

Vuelvo a asentir y regresamos a la sala de reuniones de la última planta.

Intento concentrarme, pero estoy lejos, muy lejos. He hecho sentir muy incómoda a Jana, continúa huyendo de mis ojos hasta que finaliza la reunión, hora y media más tarde.

—¿Podemos hablar un momento? —me pide James, despidiéndose de los demás—. Jana, te estoy mandando al *e-mail* unas cosas que quiero que eches un vistazo, ¿vale? —Teclea en el móvil—. Mañana lo comentamos.

Ella asiente y se marcha. Yo le sigo al despacho. Cierra tras de sí, apoyándose en la puerta.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

Suspiro, pasándome la mano por la barbilla sin afeitarse.

«Creo que la he cagado», le signo.

—Con Jana.

Afirmo con la cabeza.

—Ella también ha estado rara después del descanso —añade, cruzándose de brazos.

«Es difícil de explicar».

—Inténtalo.

Suspiro de nuevo, con fuerza.

«Con Jana siento vibraciones en los oídos».

James se queda estupefacto.

—¿Desde cuándo? —Se acerca despacio a mí.

«Desde que la conocí».

—¿Llevas... —parpadea— seis meses sintiendo vibraciones y no me lo dices? —Hay dolor en su mirada.

«Siete meses —le corrijo, llevo la cuenta—, y te lo estoy diciendo ahora».

—¡Vete a la mierda, Joel! —Se enfada—. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Le miro fijamente.

—¿Y si...?

—¡No!

—¿Y si... esto es una señal?

Hago una mueca. Por eso no se lo había dicho antes.

«Señal, ¿de qué?».

—De que ha llegado el momento de avanzar.

Le doy la espalda, cerrando las manos en dos puños.

Él se coloca frente a mí.

«Eso no es una opción para mí, y lo sabes», le signo.

—Porque te empeñas en castigarte. —Hay dolor otra vez en sus ojos—. Llevas diez años aislado del mundo por una penitencia que te has impuesto sin merecerla.

«No estoy aislado, te recuerdo que desde hoy trabajaré ocho horas al día aquí dentro. ¿Eso es no querer avanzar?». Resoplo, meneando la cabeza.

—Has aceptado por mí, no soy ningún estúpido; si hubiera sido por ti, continuarías dibujando y diseñando en tu casa, boxeando al alba cuando el gimnasio al que vas está vacío y haciendo *skate* a solas los fines de semana por la noche, después de tirarte varias horas pegado al altavoz de una discoteca para sentirte normal.

Trago saliva con fuerza.

«El castigo y la penitencia son merecidos», me tiemblan las manos al signar esto.

—¡Fue un accidente!

—¡Murieron todos menos yo!

James contiene el aliento, pero no me mira a mí, sino detrás de mí. Me giro y descubro a Jana, con la mano en el picaporte de la puerta abierta. Su mirada... No la soporto. No quiero que ella sienta lástima por mí, aunque solo nos haya oído lo último, aunque no tenga ni idea de lo que pasó.

Me largo.

Se me llena la mente de recuerdos. Malos recuerdos. Bajo por las escaleras, golpeándome con la barandilla y la pared, tropezándome con los escalones. Estoy aturdido, es como si estuviera viviendo, en este momento exacto, el accidente que me arrebató a las personas que más amaba en el mundo.

El dolor y la culpabilidad empañan mi mirada, la oscurecen, la difuminan, solo veo sombras moviéndose delante de mí. Mi cabeza da vueltas y más vueltas. Es como si estuviera en una espiral que me engulle y asfixia más a cada instante.

Algo tira de mí hacia atrás. ¿O hacia delante? He perdido el sentido del equilibrio... La espiral me engulle más. Hay más oscuridad. Quiero gritar, no sé si lo consigo, necesito ayuda... Lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo... ¡¿Qué me pasa?! ¿Dónde estoy? ¿Qué...?

Una vibración delicada, muy suave, capta mi atención.

La vibración comienza a adquirir intensidad. Las sombras se van aclarando.

Jana está sobre mí, sentada a horcajadas, con mi mano en el centro de su pecho. Está asustada, tiene algunos mechones fuera de la coleta y respira con rapidez, muy irregular. Gira la cara hacia un coche, pero no puedo leerle los labios, de lo único que estoy seguro es de que está

gritando.

Un desconocido me toca el hombro.

—¿Estás bien, muchacho? ¿Llamamos a una ambulancia?

Jana se quita de encima y me ayuda a sentarme bien. Siento el cuerpo demasiado relajado.

—No hará falta —le indica ella—, gracias, señor. —Se sienta a mi lado—. ¿Cómo te encuentras?

Alguien le tiende una chocolatina.

Es James.

Jana la coge y me la da.

—Cómetela, te sentará bien.

Asiento. Saco el móvil de mi pantalón y escribo: «¿Qué ha pasado?». Les muestro la pantalla. Podría signar y él le interpretaría a ella, pero no quiero excluirla, siento que lo haría en un momento como este.

—Casi te atropella un coche —me responde, temblando ligeramente—. Te lanzaste a la calzada... —Traga saliva—. James fue más rápido que yo y llegó a tiempo. ¿Te duele algo?

Tengo el alma hecha pedazos. Siempre duele, pero, ahora, al verla a ella tan alterada por mi culpa, el dolor es insoportable.

«Estoy bien», escribo en el móvil.

Ellos se miran entre sí mientras muerdo la chocolatina y mastico despacio.

«¿Qué ocurre?», signo ahora.

James asiente hacia Jana. Ella me mira.

—Has tenido un ataque de pánico.

Contengo el aliento.

«¿Cómo lo sabes?», le escribo con rapidez.

—Los reconozco. Mi hermana ha tenido alguno. Por suerte, no te has desmayado. ¿Recuerdas algo?

«Intentaba gritar, no veía, no me oía, y parecía que tuviera algo en la garganta impidiéndome hablar», escribo.

—Has gritado —me confiesa Jana, agachando la cabeza.

Cierro los ojos. Se me cae la chocolatina al suelo. ¿Qué pensará de mí después del ridículo que habré hecho? ¿Qué pensará ella? Los demás me dan igual, que me perdone James, pero Jana no me da igual.

¿Y yo siento la necesidad de protegerla? ¿Yo?, ¿el sordo que sufre ataques de pánico? ¡¿Cómo coño voy a protegerla siendo lo que soy?! ¡Ha sido ella la que me ha protegido a mí! ¡Ella, mientras yo estaba completamente ido y gritaba! ¡Y a saber lo que gritaba y cómo lo gritaba!

Me levanto y corro. Huyo. Es lo único que se me da bien: huir. James tiene razón, no avanzo porque no quiero.

Porque no me merezco una segunda oportunidad. Maté a mi familia y eso es algo que jamás me perdonaré.

Reitero lo que pensé una vez: no soy bueno para Jana.

Capítulo 13

Julia

Nada más llegar Jana a casa el lunes por la tarde, me abrazó con fuerza y rompió a llorar. Pasa más tiempo seria y preocupada que contenta, pero ¿verla llorar? No recuerdo cuándo fue la última vez.

A pesar de que me asusté, esperé pacientemente a que se calmara y me contara lo que le ocurría. Esa noche no dormí, pensando en Joel, en lo mal que se sintió para salir corriendo cuando Jana le dijo que sí había gritado.

El problema es que hoy es jueves y todavía no he podido sacarle una sonrisa, ni una frase, solo me habla con monosílabos.

—Hola —me saluda nada más entrar en el ático. Son casi las ocho de la tarde.

Se descalza, deja las zapatillas y los calcetines en el perchero de la entrada, bebe agua fría en la cocina y se tumba en su cama, tapándose la cara con la almohada. Yo respiro hondo, me levanto del sofá y me siento en una esquina de su cama, con las piernas flexionadas, observando las chapas colgadas en la pared.

—Al final no te compraste la que te gustó en Camden —recuerdo.

Se coloca la almohada debajo de la nuca y apoya las piernas estiradas en la pared, observando también las chapas.

—Voy a quitarlas.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—Estas son las únicas que juntas forman nuestro símbolo. —El yin y el yang—. Pero tengo más, no es justo que las otras no tengan su propio espacio.

«No me ha mirado en la segunda parte de la frase: está mintiendo».

—Pues añade otro símbolo —le sugiero.

—¿Añadir otro? —Me mira como si hubiera dicho una locura—. No.

—O quita este y forma otro en el que quepan todas.

—Que no. —Se incorpora hasta quedar de rodillas, sentada sobre los talones—. Este es nuestro símbolo. —Gatea hasta la pared, pero se detiene antes de alzar los brazos y me mira—. ¿Tú formarías otro símbolo? —me pregunta, ofendidísima.

—¿Por qué no? —Me encojo de hombros.

—Porque este símbolo somos nosotras. —Se baja la camiseta en el pecho, mostrándome su tatuaje—. Tú y yo. No necesito más símbolos.

—Por eso me quiero hacer ese mismo tatuaje, para llevarte conmigo. —Sonrío—. En realidad, quiero dos.

—¿Dos tatuajes? —Desorbita los ojos—. Ay, Dios..., Julia —me toma por los hombros—, tú quieres matarme.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño—. Tú tienes uno.

—A mí no me dan sobrecargas sensoriales o ataques de pánico cuando me pinchan, Julia.

—No siempre me pasa —le recuerdo con delicadeza.

—Dos tatuajes... —Chasquea la lengua, cruzándose de brazos—. Ni de coña.

Arqueo las cejas.

—Jana, tengo veintiséis años, soy lo suficientemente adulta como para hacerme un tatuaje si

me apetece.

—No lo eres.

Entorno la mirada.

—No lo soy... ¿por mi condición?

No responde, pero sí me habla, ignorando mi pregunta:

—Voy a quitar las chapas, ¿me ayudas? —Comienza a desprender las chinchetas de una de las chapas del borde del círculo.

—¿Por qué quieres quitarlas? —La sujeto del brazo para que se detenga y me mire—. ¿De verdad es porque tienes más guardadas debajo de la cama y crees que no es justo? Porque si es así, las colgamos formando otro símbolo. ¿Sabes cuál es el otro tatuaje que me quiero hacer? Las iniciales «P» y «M», por papá y mamá. —Sonríó—. ¿Crees que yo te querría menos por llevarles conmigo además del yin y el yang?

—No. —Me mira confundida.

—Pues lo mismo pasa con las chapas. Si las quitas, será para guardarlas, entonces, ¿por qué las llevas coleccionando toda tu vida?, ¿para que acaben metidas en una bolsa? —Suspiro—. Coge las que están debajo de la cama y forma con ellas otro símbolo o colócalas como te apetezca y que ellas solas formen un símbolo cualquiera, así todas tienen su propio espacio en la pared, ninguna queda excluida y el yin y yang sigue ahí. Además, has dicho que no necesitas más símbolos, pero te equivocas, Jana, porque hay más que lo que se ve a simple vista. —Señalo la pared con la mano—. Y si hay más, necesitas más.

Se queda callada ocho segundos.

—¿Cuándo hemos dejado de hablar de las chapas, Yin?

—Has empezado tú, Yang.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—Y hablando de necesitar más... —añado—. ¿Empezamos las clases de lengua de signos británica?

Se le apaga el brillo de los ojos.

—No he querido preguntarte por él estos días porque te pones muy triste —le digo con mucha suavidad—, pero... ¿has hablado con Joel desde lo que pasó?

Niega con la cabeza, tumbándose.

—Lo he intentado, pero ni siquiera me mira. Le saludo con la mano cuando me cruzo con él, pero me ignora. Está... No sé, Julia... Es otro. Lo comenta todo el mundo en la editorial. —Suspira—. James también lo está pasando mal.

—¿James? —Me alarmo.

—Está callado y serio y sé que es por lo de Joel. Mañana tenemos reunión con él, se supone que tiene que entregarle los diseños de las promos de tu novela a James. Me pidió que le avisara por *e-mail* y eso hice ayer, pero no me ha contestado.

—¿James tiene el día complicado mañana? —le pregunto.

—Tiene todo el mes complicado, en agosto la editorial cierra.

—¿Tienes un mes de vacaciones? —Sonríó.

—Sí. —Me devuelve el gesto.

—¡Eso es genial! —Brinco llena de ilusión—. ¿Vas a querer ir a ver a papá y mamá?

—No lo había pensado, pero quizás sea lo mejor, nos ahorraríamos el alquiler de un mes.

—Ya está pagado.

—¿Qué? —Pierde el color del rostro.

—Pagué los seis meses de alquiler el día que preparé la mudanza con papá y mamá.

—¿Qué?! —Se levanta de la cama, llevándose las manos a la cara—. ¡No tienes dinero!

—Claro que tengo dinero. —Arrugo la frente—. La editorial me ingresó un cheque por lo que me corresponde por la tirada de la primera edición de la novela en cuanto firmé el contrato.

—Llama al casero y que te lo devuelva.

—¿Qué te pasa, Jana? —Me pongo en pie, alarmada por su reacción—. ¿A qué viene esto?

—Soy yo la que trabaja. Que te devuelva el dinero. ¿Sabes qué? —Coge su bolso y saca el móvil—. Yo le llamo y le explico que...

Le quito el teléfono.

—No vas a llamarle. —Frunzo el ceño—. Yo también trabajo, Jana.

—Ese dinero es tuyo —insiste—. Yo me ocupo de ti, es mi deber, como siempre.

La última frase impacta de lleno contra mi pecho. Ella cierra los ojos al darse cuenta.

—Julia, yo... —Acorta la distancia conmigo—. No he querido decir eso.

Retrocedo. No puedo soportar su contacto ahora mismo... Toda mi piel se ha erizado. Necesito aire.

—No has querido decirlo, pero lo piensas. —Mi voz se ha distorsionado—. Y lo peor de todo es que... *sientes* que soy tu deber.

—¡Espera! —exclama al darme la vuelta y dirigirme a la entrada de casa.

Me pongo las zapatillas con rapidez, atándome los cordones sin orden, necesito salir de aquí ya. Cojo la mochila.

—Julia... Por favor, perdóname...

Me marchó.

En cuanto salgo del edificio, camino tambaleándome hasta la parada del *waterbus*, me tiemblan las piernas. Y los brazos. Y las manos. Estoy acelerada, pero esto no es una sobrecarga sensorial, soy consciente de todo a mi alrededor y los ruidos no colapsan mis oídos. Lo que sí me duele es el pecho, como si un puño lo cerrase con mucha fuerza.

Llamo a James.

—¿Julia? —responde al descolgar.

—¿Te...? —Trago saliva—. ¿Te apetece ese chocolate que íbamos a tomarnos en nuestra siguiente reunión? —Tengo un nudo en la garganta—. A lo mejor estás trabajando o... Lo siento, te estoy molestando. —Le cuelgo.

Pero me llama de vuelta.

—Hola, James. —Contengo el aliento.

—¿Dónde estás?

—En un *waterbus* por Regent's Canal. Acabo de montarme.

—¿Te gustan los animales? —me pregunta de repente.

—Sí, mucho.

—Pues bájate en la parada del zoo. Voy para allá.

—Pero está cerrado.

—No te preocupes por eso.

Colgamos. Suelto el aire que estaba reteniendo.

Unos minutos después, me bajo en la parada del zoo. Dibujo una gran sonrisa en mi cara al ver a Malcolm esperándome.

—¡Hola! —pronunciamos al unísono, dándonos un abrazo.

—¿Trabajas aquí?

Llevo unos vaqueros y un jersey azul. Hoy no hace tanto calor, pero, con las prisas, me olvidé de la chaqueta.

—Soy veterinario.

—¡Hala! —exclamo.

Él se ríe.

—Cuando el zoo cierra al público, me gusta comprobar que todos los animales estén bien y hablar con los cuidadores.

—Debe de ser increíble trabajar aquí. Me encantan los animales.

—Sí que lo es. —Sonríe—. James tardará un poco todavía. ¿Me acompañas mientras tanto?

Trasparamos una verja, que cierra con candado, entrando directamente al zoo.

—Claro. —Sonrío, encantada.

Durante un rato, soy testigo de lo mucho que le importan los animales a Malcolm, de lo buen veterinario que es y del respeto con que le tratan otros empleados, llamándole «señor Evans».

—¿Eres jefe? —le pregunto directamente, deteniéndonos en la puerta azul de lo que parece una casa, cuyos laterales y el tejado quedan ocultos por árboles frondosos.

—Algo así. —Abre la puerta y me permite pasar primero.

Atravesamos un pasillo con varias puertas y bajamos unas escaleras.

—Algo así —repito—. ¿Qué significa...?

Pero dejo la pregunta a medias al darme cuenta de que estamos en el acuario, concretamente frente al inicio de la pasarela del gigantesco tanque en el que se alojan los tiburones.

—Oh... Dios... mío... —Llevo las manos a mis mejillas, caminando despacio—. Esto... es una pasada... —susurro, aunque chillaría ahora mismo.

La luz es tenue y hay muchas sombras en el agua, Londres está anocheciendo y se nota por la poca claridad del exterior en la parte superior del agua. Dejo caer los brazos, girando sobre mis pies, despacio, caminando por la pasarela, me da miedo hasta respirar...

Se acercan unos peces payasos al cristal. Apoyo las manos en él, que me hormiguean porque me encantaría tocarlos y bucear con ellos. Se me escapa una risita nerviosa. Doy un brinco, desconectando de todo menos del mundo marino.

Entonces, varios caballitos de mar parecen saludarme al nadar frente a mí en círculos. Descubro un hueco a la altura de mis rodillas. Me agacho y meto medio cuerpo. ¡Es como si estuviera dentro del agua con ellos! ¡Hasta pataleo de la emoción!

Pero un tiburón enorme viene hacia mí y suelto un grito, saliendo del hueco. De rodillas y con una mano en el corazón, intento respirar con normalidad. ¡Qué susto!

Alguien estalla en carcajadas a mi derecha, aproximándose a mí, alguien que huele a mar y menta.

Alzo el rostro hacia James, el mar y la menta son inconfundibles.

—Hola. —Flexiona un poco las piernas para que nuestros ojos queden a la misma altura.

—Ho... hola. —Me paralizó—. Qué guapo...

Él se sonroja.

—Tú también.

No es verdad, pero en mi cabeza suena *Man! I feel like a woman* cuando su intensa mirada desciende por mi vestido de rayas azul y blanco, muy informal, nada que ver con su traje y corbata azules y su camisa blanca inmaculada.

—Siento haber tardado, pero necesitaba hacer una cosa primero.

—No te preocupes. —Niego, avergonzada—. No tenía que haberte llamado, per...

Posa un dedo sobre mis labios.

—Sígueme.

Cruzamos la pasarela, adentrándonos en una pequeña cueva de...

—¡Pingüinos! —exclamo, corriendo hacia uno de los cristales. Miro a James y vuelvo a los pingüinos—. Qué bonita es esta cueva. —Me doy la vuelta y descubro una manta de cuadros azules y verdes en el suelo con una cesta preciosa en el centro—. ¿Y eso?

—Chocolate caliente y las mejores *fairy cakes* de Londres. —Sonríe con orgullo.

—¿Por qué son las mejores? —Me siento de rodillas en la manta.

—Porque son de mi hermana. —Se ríe—. Cocina muy bien, hace unos postres y unos dulces riquísimos. He traído uno de cada, no sé lo que te gusta.

—¿Y Malcolm? —le pregunto, dándome cuenta de que desapareció.

—Con sus animales. —Sonríe—. Cuando quieras marcharte, solo tengo que llamarle al móvil. —Saca un termo y dos tazas, en las que sirve el chocolate humeante.

Me relamo los labios. ¡Qué bien huele!

—¿Te importa —comienza, señalándose la corbata— si me la quito? He tenido la reunión trimestral con Haley, su madre y la mía. Ha sido estresante.

Asiento. James se afloja la corbata hasta poder sacársela por la cabeza sin desanudársela por completo, la dobla y la guarda en el bolsillo derecho de su chaqueta. Se desabotona la camisa en el cuello y suspira aliviado, sentándose enfrente de mí. Ajeno al repentino nerviosismo que sufro porque me gusta mucho contemplarle, cómo se le tensan los músculos en cada movimiento es todo un espectáculo..., saca una fuente de mimbre con una tela envuelta igual que la manta y la coloca entre los dos.

Me mira. Arruga la frente.

—¿Estás bien? ¿Tienes frío? —Observa mi piel, erizada. Se deshace de la chaqueta sin esperar mi respuesta y me la coloca sobre los hombros. Sonríe—. ¿Mejor?

La manta y el mar me envuelven, literalmente.

«A ver, espera... Recapitulemos... Estamos a solas, ha preparado un picnic de dulces para mí y me acaba de dejar su chaqueta...».

—¿Esto...? —Carraspeo, me ha fallado la voz—. ¿Esto es una cita?

Estaba cogiendo una de las tazas, pero su mano se congela.

—Solo... Solo... —balbuceo, retirándome el pelo detrás de las orejas—. Solo lo pregunto para no meter la pata.

Está tan paralizado que creo que ya he metido la pata. No me importa equivocarme, lo suelo hacer, es parte de mí no entender muchas cosas o tardar en comprender que el mundo va a otro ritmo y con otro significado, pero con él no quiero hacerlo. Con James quiero ser... normal, así que, si tengo que hacer preguntas «estúpidas» o ridículas, las haré.

Entonces, se le cae la taza, volcándose el chocolate en mi vestido.

—¡Mierda! —exclama él, intentando limpiarme la mancha, a la altura del muslo, pero me reboza más de chocolate.

La tela mojada pegándose a mi pierna me provoca un escalofrío muy desagradable. Le sujeto la muñeca para que pare, negando con la cabeza.

—Necesito... —Respiro hondo con fuerza—. Ropa limpia y seca. —Agarro mi mochila y corro en busca de un baño, la puerta que hay junto al cristal por donde se ven los pingüinos.

Me quito el vestido y saco uno que llevo siempre conmigo para emergencias como esta. Observo mi reflejo en el espejo del lavabo. La chica que me mira a través de él está muy triste, tanto que se echa a llorar, sintiéndose más diferente que nunca.

¿A quién pretendo engañar? Nunca seré normal para él.

Capítulo 14

James

Julia tarda tanto en salir del baño que me acerco y golpeo la puerta con suavidad.

—Ya —murmura, abriendo, con los ojos enrojecidos y ligeramente hinchados.

—Julia, yo...

—¿Te importa avisar a Malcolm? —me corta, entregándome la chaqueta—. Quiero irme. — Lleva otro vestido, blanco, tipo sudadera, con capucha.

Recojo todo, pero lo hago despacio, alargando los minutos todo lo posible. No quiero que se vaya. Y no quiero despedirme sin saber cuándo la volveré a ver.

Soy un completo idiota. Me pregunta si esto es una cita y le derramo chocolate caliente en la ropa, en lugar de decirle que me muero por tener citas con ella. Dios... ¡Muchas! No hago otra cosa que pensar en ella. He estado a punto de llamarla varias veces esta semana con la intención de inventarme reuniones solo para verla. Y no lo he hecho para no parecer un desesperado. Tengo treinta y tres años, se supone que soy adulto.

A Joel le dije el domingo que no sentía nada por Julia. Mentira. Siento. Claro que siento. Me pongo muy nervioso cuando me mira, y como me sonría..., me quedo sin aliento de lo preciosa que es.

Sin embargo, mi vida sentimental se resume en algún lígüe esporádico, muy esporádico, demasiado esporádico..., sin olvidar mi relación tóxica y clandestina con Ivy que me dejó hecho polvo los últimos dos años. Así que no tengo ni puta idea de cómo actuar, lo único que hago es el ridículo; soy yo quien mete la pata, no ella. Ella es... perfecta.

Pues se acabó.

—No —digo, deteniéndome.

—¿Cómo? —Está junto al cristal, observando a los pingüinos.

—Quiero decir... Sí. —Me levanto.

—Sí, ¿qué? —Frunce el ceño.

—Que esto es una cita si tú quieres que lo sea.

Entreabre los labios, pero enseguida estira los hombros al contestarme:

—No me digas lo que crees que quiero escuchar.

Frunzo el ceño.

—Me gustas, Julia. Joder, me gustas mucho. —Me paso las manos por el pelo—. Pero no tengo ni idea de cómo actuar contigo.

—¿Porque tengo autismo? —El dolor se refleja en sus ojos verdes.

—¡No! ¡Por mí!

—No te entiendo. —Parpadea, confusa.

—He querido llamarte cada día desde el lunes, sobre todo después de lo que pasó con Joel —acorto la distancia—, supongo que tu hermana te lo habrá contado.

—¿Y por qué no me has llamado? —quiere saber, con delicadeza.

—Porque no quería que pensaras... —Resoplo—. Porque soy idiota.

—¿Eres idiota por querer llamarme?

—La estoy liando más... —La sujeto de los hombros—. Soy idiota por no hacerlo.

—Pero tú no eres idiota. Haley es idiota —hace una mueca—; tú, no.

Suelto una carcajada.

—Gracias.

—Solo digo la verdad.

—¿Siempre? —Desciendo mis manos por sus brazos cubiertos por las mangas del nuevo vestido, notando el escalofrío que le sobreviene a pesar de acariciarla por encima de la ropa.

—Siempre... —traga saliva—, ¿qué?

—Que si siempre dices la verdad.

Se lo piensa y responde:

—Sí.

—¿Tú quieres tener una cita conmigo? Aquí. Ahora mismo.

Sus mejillas se colorean.

—No tengo ni idea de cómo actuar —insisto, en voz baja—. Digamos que mi vida sentimental deja mucho que desear. Nunca he tenido una relación... —ladeo la cabeza, pensativo— normal.

Julia, de repente, sonrío, iluminándosele la cara.

—Yo nunca he tenido una relación, así que estamos casi igual.

—¿Casi?

—Tú has estado con Ivy a escondidas. Yo no he estado con nadie.

Me inclino hacia ella.

—¿Nadie... nadie?

Niega con la cabeza.

—¿Ni un beso? —inquiero, totalmente incrédulo.

Vuelve a negar.

—Pero si eres preciosa... —Estoy atónito.

—Gracias. —Se ruboriza mucho más—. La primera y única vez que he salido fue el otro día al *pub* de enfrente de la editorial, y lo hice para que Jana también saliera, para que hiciera algo nuevo y se relacionara con otras personas que no sean yo. Le encanta bailar y cantar, pero solo lo hace cuando cree que nadie la ve ni la oye. —Hunde los hombros, entristecida—. Ha estado toda su vida cuidando de mí porque siente que es su deber, yo voy a hacer todo lo que pueda para que deje de sentirse así, aunque acabe con dolor. —Al ver mi expresión, aclara—: No soporto el ruido y las luces que no puedo controlar. El volumen de la música en el *pub* era... —Traga saliva—. Demasiado para mí. Tuve dolor de cabeza y de oídos toda la noche, no pude dormir bien. —Frunce el ceño, estirando los hombros—. Pero soportaré todo eso las veces que sean necesarias, ella se merece que me sacrifique. Lo ha hecho por mí. Lo hace por mí. Es mi turno. —Suspira, tranquila—. A mí me encanta bailar con la música a todo volumen, pero...

—... controlándola tú.

Asiente.

—La única amiga que he conocido es mi hermana. Si nunca sales, nunca te relacionas. Yo solo me he relacionado cuando no tenía más remedio: en mis terapias. No es que quiera estar sola —agacha la cabeza otra vez—, en realidad, me gusta estar rodeada de gente, pero sería más fácil para mí con un aparato invisible con el que pudiera disminuir algunos sonidos, entre otras cosas. —Me mira—. Sé que es difícil de comprender.

—No lo es. —Me encojo de hombros—. Cada uno somos como somos. Malcolm, por ejemplo, si pudiera, dormiría en el zoo rodeado de animales. —Me río.

—¿Es el jefe? —Camina hacia la manta y se sienta—. Los trabajadores con los que nos hemos cruzado le han llamado «señor Evans».

—El zoo lo administra la Sociedad Zoológica de Londres, de la que su familia forma parte desde hace generaciones. —Me siento a su lado y le ofrezco la taza con chocolate caliente que no tiré—. Por las mañanas, da clases de Medicina Veterinaria en la Universidad de Cambridge; por las tardes, escribe ensayos para varias revistas científicas de renombre y, cuando el zoo cierra sus puertas al público, viene en calidad de veterinario. —Le sonrío con ternura—. Él tampoco se relaciona con gente, salvo el primer domingo de cada mes.

—Con los antisociales. —Me devuelve el gesto.

—Yo prefiero leer un libro a tomarme una copa en un *pub*. Joel, no. —Se me borra la alegría en cuanto le nombro—. Joel necesita salir para sentirse...

—... normal. —Da un sorbo al chocolate—. Me di cuenta en el *pub*. Se puso junto al altavoz, allí estuvo todo el tiempo. —Da otro sorbo—. Esto está riquísimo... —Abre los ojos sobremanera y, prácticamente, se lo termina de un trago más.

—Se lo diré a Kora. —Me río, cogiendo una *fairy cake* de arándanos.

—¿Tu hermana?

Asiento, masticando.

—Cuéntame algo de ti —le pido, ofreciéndole la fuente para que elija la *fairy cake* que le apetezca.

—¿Qué quieres saber? —Coge el de virutas de chocolate y le da un pequeño bocado, relamiéndose los labios a continuación—. No sé qué está más bueno...

—Te encanta el chocolate, eso me queda claro. —Me río de nuevo.

Mira la *fairy cake* y me mira a mí.

—¿Lo querías tú? —Se arrodilla y me lo tiende.

—Cómetelo tú.

—No, toma. —Me lo ofrece junto a la boca.

Sujeto su mano y la giro un poco para morder justo donde lo había hecho ella.

No estoy tan oxidado como creía: me está observando los labios como si quisiera comérselos... Y no es la primera vez.

Tampoco es la primera vez que mi cuerpo entero se despierta de golpe por Julia.

—¿Cómo interactuabas en tus terapias?

Traga con dificultad.

—Jugábamos a turnos.

Me lo imaginaba.

—Es decir —le digo en voz baja—, ahora me toca a mí.

Le quito la *fairy cake* con la otra mano, no suelto su muñeca, me inclino y se lo ofrezco yo ahora. Abre la boca lentamente, con los ojos clavados en los míos, que le brillan tanto que el agua de los pingüinos ondea en ellos.

—¿Esto se hace en las citas? —me pregunta en un susurro después de tragar.

—¿Jugar? —Sonrío despacio.

—Mi turno. —Me quita la *fairy cake*, sin soltarme tampoco; nuestras manos se han entrelazado en algún momento—. ¿Estamos jugando?

Esta vez, cuando voy a dar el bocado, acaricio sus dedos con mis labios. A ella se le escapa un gemido tan dulce, sin avergonzarse, que mi miembro golpea la cremallera del pantalón.

—En las terapias había un rato de improvisación —me cuenta—, ¿puedo?

—Adelante. —Mi voz es tan ronca que no la reconozco.

Me suelta para apoyarse en mi hombro. Se incorpora un poco y se acerca más. Me siento con las palmas de las manos hacia atrás y abriendo las piernas flexionadas para dejarle el espacio

que necesita. Se acerca mucho más...

—Muerde para dos, pero no te lo lleves dentro de la boca —me pide en otro susurro.

Al entender lo que quiere hacer, mi miembro golpea el pantalón de nuevo, más grande, más duro, más grueso...

«Tranquilo, campeón, solo estamos... jugando».

Julia me ofrece la *fairy cake*, muerdo como me lo ha pedido y... me quita la mitad con la boca.

«Respira... Respira... ¡Respira!».

—Me toca. Y son dos turnos seguidos, me robaste uno. —Me incorporo, le quito lo poco que queda de la *fairy cake* y se lo coloco en la boca—. No cierres la boca.

Está temblando.

Me inclino sobre ella, haciendo que aterrice sobre sus talones, y me llevo el trocito entero, rozándole los labios con los míos, obligándome a no tocarla con la lengua por mucho que lo desee en este instante, eso lo dejo para mi siguiente turno.

«Está todo pensado, en esto no voy a meter la pata».

Julia, respirando con dificultad, pone los dedos de una mano sobre su boca.

—¿Continúo? —Arqueo las cejas, fingiendo que no estoy afectado, que estoy bien. Es algo nuevo para ella, ahora mismo necesita que yo controle la situación, necesita seguridad, lo leo en su mirada, es tan expresiva...

Asiente con rapidez, ansiosa.

La descoloco cuando, en lugar de coger otra *fairy cake*, lo que cojo es su taza de chocolate. Se pone nerviosa, frunce el ceño y se remueve. Tiene miedo de que la manche de nuevo. Me di cuenta del cambio tan brusco en ella al intentar limpiarle el vestido, y sospecho que no fue por la mancha, sino por notar la tela mojada en su piel, por eso corrió al baño y salió con ropa nueva.

No alargo la agonía.

—Toma un poco, pero no te limpies la boca luego.

Me obedece, aunque confusa. Sonríe al ver sus labios marrones. Mi lengua entra en escena...

Julia se sujeta con fuerza a mis hombros, clavándome las uñas, cuando lamo, de una comisura a otra, toda su boca, muy pero que muy lento. Se le han cerrado los párpados.

—¿Voy muy rápido? —le pregunto, rodeando su cintura con mis brazos.

—¿Rápido? —Abre los ojos.

—Al improvisar esto.

—No sé... —Suspira. Sigue temblando, pero lentamente sus manos se enredan en mi nuca, pegándose casi por completo a mí—. ¿En qué cita se da el primer beso?

—Ni idea.

—Yo tampoco lo sé.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque quiero uno. Bueno —arruga la frente—, no sé si lo de ahora ha sido un beso. Si ha sido un beso, entonces quiero otro, no uno. Más otros.

Se me escapa una risita nerviosa.

—Lo de ahora ha sido un juego improvisado.

—Vale. —Sus dedos acarician mi pelo—. Entonces, quiero mi primer beso, pero solo si tú quieres.

—Quiero... —Jadeo, ansioso. A la mierda el control, que haga conmigo lo que quiera—. Claro que quiero.

—Pues tendrás que decirme cómo, tampoco tengo ni idea de eso.

Ahora lo que se me escapa es un gruñido de placer. De lo que no tiene ni idea es del efecto tan poderoso que tiene en mí. Estoy a punto de correrme en los pantalones y ni siquiera nos hemos besado de verdad....

—Solo tienes que dejarte llevar —pronuncio en un hilo de voz.

—Dejarme llevar... —Acuna mi cara en sus manos—. ¿Así? —Cubre mis labios con los suyos en un beso suave, muy suave... y demasiado corto.

—Por ejemplo...

—¿Y así?

Otro beso, más largo.

—Prueba con la boca abierta —le ruego, desesperado.

Muy desesperado.

—¿Así?

Separo mis labios para recibir los suyos, pero muevo los míos hasta que encajan como dos piezas de puzle. Dios, gime tan dulce...

Me besa otra vez, de manera más prolongada.

Y, sin decir más, sin preguntarme más, me roza con la punta de la lengua al besarme de nuevo.

«Impacto inminente... » .

Cuando va a repetir lo último, mi lengua sale a su encuentro, y nada de la punta, no. No me reprimo. Y Julia gime de forma ahogada, entre sorprendida y deseosa de más. Me tira del pelo, hasta se arquea contra mi cuerpo.

—Dios... mío... —susurra, contemplándome la boca mientras se relame la suya—. Sabes a chocolate y hueles a mar y a menta... —Gime otra vez—. Más... Quiero más...

Me besa de nuevo, sin reprimirse tampoco.

«Fallo en el sistema en tres..., dos..., uno...».

La estrecho entre mis brazos y nos besamos con un descontrol tremendamente caliente. ¿Y esta es la primera vez que besa? Yo voy a explotar... Su lengua juega con la mía de un modo tan urgente, me besa con tantas ganas que los estremecimientos se suceden con rapidez, muy intensos, pareciendo que no tienen fin, sin darme tregua entre uno y otro.

¡Quién quiere una puta tregua! Mis manos bajan a su culo y lo aprietan, haciendo que nuestras caderas se peguen ya por completo, y que yo me maree por las nalgas tan jugosas que tiene. Quiero tocarlas por debajo del vestido, que se arruga por mis movimientos.

« ¡Frena, tío, que sale corriendo! ».

Julia da un respingo al notar lo excitado que estoy. El tiempo se detiene. Hasta yo me detengo. Y ella... Abrimos los ojos, quietos, sin apartar la boca del otro.

Pero no sale corriendo ni se aleja, sino que sube una pierna por mi cadera. Yo estiro las mías, la siento en mi regazo y cruza los pies a mi espalda. Su lengua y la mía ahora juegan despacio, muy despacio... Se disfrutan, se saborean... Oh, Dios...

—Necesito... aire... —pronuncia Julia, apoyando la frente en la mía.

Respiramos con fuerza, muy sonoros.

—¿Para cuándo... la segunda cita? —le pregunto entre resuellos.

—Mañana.

La atraigo hacia mí y la beso una última vez.

De momento.

Capítulo 15

Jana

Me levanto de un salto del sofá al oír la llave girando en la cerradura. Me late el corazón a mil por hora. Estoy desesperada... ¡Es medianoche y su móvil lleva horas apagado! Voy a echarle la bronca del siglo. Luego le pediré perdón por lo de antes, se lo suplicaré, he sido la peor hermana del mundo, pero me va a oír primero... ¡Es una insensata!

Julia entra en casa y se apoya en la puerta. Con la mirada perdida, se desliza hacia el suelo. ¿Se ha cambiado de vestido? Lleva el de emergencia... La bronca la reservo para otro día. No reacciona, no me mira..., ¡no se mueve!

Corro hacia ella. Me arrodillo y la tomo de las manos. Las tiene calientes, quizás demasiado. Le toco la frente. Normal. No está resfriada, lo que quiere decir que le está dando una sobrecarga sensorial.

Me fijo en que tiene la boca un poco hinchada y enrojecida y respira acelerada. La zarandeo con suavidad, un movimiento inesperado sería perjudicial para ella ahora mismo.

—Julia, cariño... ¿Voy a por los auriculares?

Niega con la cabeza.

—¿Qué necesitas?

Suspira con fuerza, dirigiendo una mano a su cuello. Lo rodea. Agarra el borde del vestido y arruga la tela entre los dedos, suspirando una segunda vez. Cierra los ojos y su cabeza cae hacia atrás.

Esto es nuevo. Vale. ¿Qué hago? Nunca la he visto comportarse así en plena crisis sensorial... ¡¿Qué tengo que hacer?! ¡¿Desde cuándo me bloqueo?!

—Ay, Jana...

—Aquí estoy, Julia... —Le acaricio la otra mano.

—Ay, Jana...

De repente, chilla.

Y se arroja a mí.

Y rompe a reír.

Y patatea.

—¡Ay, Jana! —Se incorpora—. ¡OMG! —Se lleva las manos a la cara, muy ruborizada. Le brillan los ojos un montón, parecen dos estrellas—. ¡Ha sido...! —Chilla de nuevo—. ¡Oh, Dios! —Se detiene, tocándose los labios—. Es como si todavía le sintiera aquí...

Entonces, mis ojos se abren una barbaridad. Se me desentaja la mandíbula.

—Te han besado...

—¡Muchas veces! —Se lanza a mis brazos—. ¡Ha sido una pasada, Jana! —Me toma de los hombros.

—Va... vale. Julia, ¿quién...?

—James.

—¿James? ¿Qué James?

Sigo bloqueada. No es una crisis sensorial. La han besado. Pepito, Juanito o Manolo. No es una crisis sensorial... ¡No es una crisis sensorial!

—Solo conozco a un James.

—¿James... McArthur? —Estoy atónita—. ¿Mi jefe?

—Sí. —Frunce el ceño, preocupada—. ¿Te parece mal?

—Eh... —Parpadeo, intentando reaccionar—. No. Sí... ¡No! —Respiro hondo—. Vale. Desde el principio. —Le indico el sofá.

—No puedo estar quieta ahora mismo. —Su sonrisa es enorme.

—Yo sí necesito sentarme...

Una cosa fue ver «algo» cuando se conocieron y otra muy distinta es que ese algo sea una realidad. James es un buen hombre, pero, en realidad, solo le conozco del trabajo; Julia es mi hermana y tiene autismo, entre otras cosas, no quiero que le hagan daño. Nunca ha estado con nadie, ni siquiera le han dado un beso.

—¿Jana? —Se sienta a mi lado—. ¿Dónde estás?

«Donde siempre: en mi burbuja de preocupación constante por ti».

—Perdona.

—Te decía que he quedado mañana con él. Pienso besarle mucho. —Se muerde el labio—. No sé por qué no lo he probado antes.

—No has tenido oportunidad. —Sonrío, relajándome por fin al verla tan ilusionada.

—Cierto.

—No es por desilusionarte, pero no es siempre igual ni con todos.

—¿A qué te refieres? —Flexiona las piernas en el pecho.

—A que no todos besan bien o besan dos veces igual. ¿Te acuerdas de Mario?

—Tu primer novio de la universidad.

—No fue mi novio, solo salí con él un mes, demasiado tiempo... Besaba fatal, me metía la lengua hasta la garganta y era un sobón, estaba obsesionado con mis tetas. —Hago una mueca—. Encima, le olía el aliento a rancio.

—A James, no. —Sonríe otra vez con los ojos brillantes—. Le sabía a chocolate. Y huele siempre tan bien a mar y menta...

Suelto una carcajada.

—Con Fran estuviste mucho tiempo —me dice—, eso significa que besaba bien.

—Dos años —sonrío con nostalgia—, hasta que se fue a Sídney por una beca en el último curso de la carrera y decidimos que lo mejor era hacer nuestra vida por separado. —Me recuesto, subiendo las piernas al sofá—. Y, sí, besaba muy bien, la verdad.

—¿No te dolió romper con él? —me pregunta con delicadeza—. Nunca has hablado de ello.

—Éramos más amigos que novios. —Me encojo de hombros—. Le quería mucho, pero había más cariño que amor, y sé que por su parte también, por eso fue una buena ruptura.

—¿No sentías... —se toca el estómago— como un revuelo aquí cuando te besaba?

—¿Eso es lo que has sentido con James?

Asiente.

—Todavía siento como si algo me hiciera cosquillas. —Se cubre la cara, muy colorada—. Pero no son cosquillas normales, son diferentes. Nunca las había sentido así. —Alza los hombros y los deja caer—. Es una sensación muy parecida a cuando escucho mi canción favorita en bucle a todo volumen con los auriculares puestos, cantándola con las ventanas abiertas, sin tener que preocuparme de que los vecinos piensen que soy una loca. —Se ríe otra vez—. ¡No puedo dejar de sonreír! —Se levanta y camina de un lado a otro, dando brincos de alegría.

—Me das un poco de envidia. —Me río también.

—¿Por qué? —Se detiene, mirándome confusa.

—Nunca me he sentido así con ningún chico. Nunca me han hecho sentir así con un beso.

—Han sido treinta y siete. Estaba tan nerviosa que los conté. Eso sí —ladea la cabeza, pensativa—, no sabría decirte cuál me ha gustado más, si los cortos y rápidos o los largos, pero, definitivamente, mis favoritos son con lengua, da igual lo que duren. Uf... —Se abanica con una mano—. Cómo la mueve... —Se le entrecorta el aliento—. En mi cabeza sonaba *Let's get it on*, de Marvin Gaye.

Estallo en carcajadas.

—¡No te rías! —Me lanza un cojín.

Lo hago más fuerte y recibo un segundo cojín. Me pongo en pie y corro por el ático, huyendo de su ataque. Paso por mi cama y agarro la almohada en alto.

—Otro cojín y te enteras, Yin.

Un tercero me roza el costado, no me da de lleno porque hago un quiebro en el último momento.

—¡Tú lo has querido!

Julia grita, corriendo hacia su cama para poder defenderse con su almohada. Me subo al colchón, me imita y, entre carcajadas y saltos, luchamos hasta que nos duele el estómago de tanto reír.

Pero mi corazón no quiere regresar a la normalidad cuando nos tumbamos. Me siento tan bien... No recuerdo cuándo fue la última vez que compartí un momento como este con mi hermana: hablando de chicos y haciendo una guerra de almohadas.

Nunca.

—No sabes cuánto siento lo que dije —le susurro.

Ella entrelaza nuestras manos y descansa la cabeza sobre la mía.

—Sé que he sido una carga para ti —me dice, apretándome la mano—, pero eso lo supe cuando me enteré de que rechazaste unas prácticas en Madrid.

—Lo siento. —Se me forma un nudo en la garganta—. Y no eres una carga, por favor... —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Soy yo quien lo siente, pero estoy en ello. —Me suelta.

—¿Que estás en ello? —Me apoyo en los codos.

—Se acabó cuidarme, Jana. Se acabó vivir según mis necesidades. —Se sienta, sonriendo con tristeza—. ¿Sabes por qué quise mudarme a Londres?

Me siento también, frente a ella.

Suspira y me dice:

—Porque mamá necesita avanzar, y conmigo no puede. Jana, sé por qué mamá nunca ha aceptado publicar con ninguna editorial. Sé por qué nunca ha hecho ninguna presentación, ni ha ido a ninguna, ni ha conocido en persona a otros escritores. Lo sé, Jana. Bueno, me lo imagino, ella nunca me ha dicho nada al respecto.

—Es por ti. —No tiene sentido seguir ocultárselo.

—¿Lo sabías?

Es mi turno de suspirar y confesar:

—Cuando creían que ya estábamos dormidas, me escondía en la escalera y los escuchaba hablar en el salón. Hablaban casi siempre de ti. —Una lágrima desciende por mi mejilla. Sonrío, sumida en esos recuerdos—. Mamá repetía mucho que tú tenías autismo, pero que no eras menos que nadie, que solo eras diferente, y que este mundo necesitaba a personas como tú y como yo para marcar la diferencia entre lo bueno y lo extraordinario. —Más lágrimas—. También decía que era feliz autopublicando, sin moverse de casa, sin hacer giras ni acudir a las

ferias del libro, porque tú la necesitabas a tu lado y ella nos necesitaba a su lado. Pero no te sientas mal, Julia. Ella es feliz —repito, sintiéndolo así.

He visto llorar a mi madre tantas veces que perdí la cuenta hace mucho, pero estoy completamente segura de algo: no se arrepiente de no avanzar a nivel profesional, y tampoco cambiaría nada de su vida si tuviera que vivirla de nuevo; esto no solo se lo he oído decir a mi padre otras tantas veces, esto también lo he sentido.

—Es feliz, Jana, sí, pero ¿cuántas veces ha dicho papá que mamá ha nacido para brillar? — Su voz está rota por la emoción.

—Muchas. —Más lágrimas.

—Pues no es justo que solo brille por ser mamá de dos niñas preciosas neurodivergentes. — Nos reímos con suavidad—. Y tampoco es justo que papá haya estado siempre en segundo lugar por culpa de mi autismo. Ni tú, Jana. Los tres os merecéis ser protagonistas de vuestra vida, y lo que habéis hecho siempre ha sido ponerme a mí como protagonista. —Me coge de las manos—. Quiero que viváis vuestra propia historia, una en la que yo sea un personaje secundario, no el principal. Y, mientras tanto, quiero descubrir cuál es la mía. Jana, las terapias me han ayudado a adaptarme al mundo, aunque me siga costando hacerlo algunas veces, pero ¿sabes de lo que me he dado cuenta? De que si yo estoy en el mundo es porque de verdad hay un sitio para mí, una silla con mi nombre grabado, no una silla cualquiera en la que yo tenga que escribir mi nombre.

«Me acaba de dejar sin palabras...».

La abrazo con fuerza, temblando.

—Ay —se queja, retorciéndose.

—No.

—Vale. —Se detiene y aguanta quieta como una campeona hasta que la suelto.

—Prométeme que nunca dejarás que se cuele nadie en tu historia y te quite tu silla.

—Prometido. —Sonríe—. Sabes que no me gusta compartir.

—Compartes todo, Yin.

—Pero no me gusta.

—No te gusta, pero lo haces.

—Vale.

—Vale.

Nos reímos.

—Debería irme a dormir, pero estoy superdespierta —comento—. Y tengo hambre.

—Yo también. —Se levanta y se dirige a la cocina—. ¿Tortitas?

—Con Nutella.

—Por supuesto.

La sigo y me siento en la encimera mientras prepara la mezcla de las tortitas.

—¿Y las clases que tenemos pendientes? —me pregunta.

Joel...

—Si mañana vais a reuniros James y tú con él, creo que le haría sentir mejor que le hablaras con las manos —me sugiere.

—Por mucho que me tire toda la noche practicando contigo, no es suficiente para aprenderlo todo, y tú necesitas tu rutina de sueño, que tu reloj biológico suena siempre a las seis de la mañana.

—No sería la primera noche que durmiese menos horas. Además, la última analítica me la hice antes de venir a Londres, la medicación en mi sangre está entre los niveles que debe estar.

—Vale —suspiro—. Primera lección.

—Lo primero que tienes que saber es que en la lengua de signos no se conjugan los verbos, y estos se colocan al final de la frase. Por ejemplo —aclara—: «A J J gustar».

Suelto una carcajada.

—¿Ya sois JJ? —Suelto una carcajada.

—JJ, no; J y J, separadas, porque corresponden a dos personas. —Calienta una sartén y empieza a hacer las tortitas, que huelen de maravilla—. Y no me refería a James y a mí. «A Jana Joel gustar».

Me atraganto con la risa... Noto un intenso calor en mis mejillas.

—Y con las manos sería así —añade, antes de signar la frase—. Respira otra vez, que necesito dos platos, dentro de veinte segundos tengo que sacar las tortitas de la sartén.

Me bajo al suelo y saco dos platos del mueble donde estaba sentada.

—No me gusta Joel —murmuro.

—Pero quieres aprender la lengua de signos británica. —Sirve dos para cada una, perfectamente colocadas—. Lleva la Nutella y el agua, por favor.

—Somos compañeros de trabajo, por eso quiero aprenderla. —Cojo lo que me ha pedido y nos sentamos en el sofá.

—Pero Joel no quiere que nadie lo sepa, lo dijo James, así que no puedes hablar con él delante de los demás en lengua de signos. —Arquea las cejas—. A solas, sí, claro.

A solas con él... Mi cara, definitivamente, se sumerge en llamas.

—Mañana, supuestamente, tenemos reunión con él —parto las dos tortitas en trozos—, James va a tener que interpretarme lo que Joel diga, y cualquier otro día que estemos los tres. ¿Y si tiene otro ataque de pánico? Le temblaban las manos cuando escribía, Julia. A ti te han dado ataques de pánico, lo último que quieres hacer en ese momento es ponerte a escribir mensajes, ¿o no?

—James podía haberte interpretado los signos, pero Joel prefirió hablar del modo que le entenderais los dos a la vez. Yo también lo hubiera hecho así.

—Porque estás acostumbrada a esforzarte en encajar.

—Joel también se esfuerza, ¿no? —Me quita el tenedor, pincha un trozo y me lo ofrece—. En encajar contigo. Me recuerda a ti.

—¿A mí? —Mastico despacio.

—Siempre estás pendiente de todo lo que necesitamos los que estamos a tu alrededor y no te cuesta nada amoldarte a cada situación o circunstancia. Parece que Joel es igual. —Sonríe—. No te gusta, pero a mí sí me gusta para ti, es justo lo que necesitas.

—¿A Joel? —Resoplo—. Anda, come, que se te van a quedar frías las tortitas.

—Él sabría cuidar de ti, y, si no me equivoco, lo haría sin esforzarse.

No sabe lo que está diciendo...

—Dejemos de hablar de Joel —zanjo—. Siguiendo lección de la lengua de signos.

—Joel sabe español, pero la lengua de signos con la que habla es la británica, ¿no es un lío? —Frunce el ceño—. Habláis con la boca en español, pero con las manos, en cuanto aprendas, lo haréis en inglés.

—Pues igual que para los hijos cuya madre es española y cuyo padre es francés, por ejemplo, y cada uno les habla en su idioma natal. —Me encojo de hombros.

Pero ella enarca una ceja, sonriendo con travesura. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que he dicho.

—A J J gustar... —canturrea un segundo antes de que esta vez sea yo quien le lance un cojín.

Capítulo 16

Joel

Jana aparece a las nueve y media de la mañana con ojeras de oso panda, adorables pero enormes, y sofocada, viene corriendo. Me recoloco los auriculares, molesto por la vibración que siento desde que ha abierto la puerta del despacho.

—Siento llegar tarde. —Se apresura en quitarse el bolso cruzado al pecho para sentarse en la silla que hay a mi lado, frente al escritorio de James—. Me quedaré a recuperar en mi descanso del almuerzo. —Se estira en los muslos, con nerviosismo, el vestido de tirantes negro y suelto que lleva encima de una camiseta blanca con pequeños volantes en los hombros.

Vaya con el modelito de hoy... Se va a calar cuando llueva esta tarde, y han bajado las temperaturas. No me importaría ser su paraguas o su chaqueta para... ¿Y los auriculares? ¿Por qué no cuelgan de su cuello hoy?

—No vas a recuperar nada —le asegura él, sonriendo—. En tu almuerzo descansas.

—Gracias. —Le devuelve el gesto.

¿Estos dos tenían tanta confianza?

Jana se gira hacia mí, sonrojándose, para decirme «hola» en lengua de signos.

—Hola —pronuncio yo. Desvío los ojos a la mesa—. Empecemos.

Por el rabillo, veo que ha agachado ligeramente la cabeza. Quiero golpearle por hacerle sentir mal, pero es mejor marcar distancia.

James me quita la carpeta de un tirón. Me mira muy mal, y no le culpo.

Comienzo a hablar con las manos para explicar las promos que he diseñado de la novela de Julia mientras ellos las estudian con atención. Jana, entonces, se cambia de sitio, coge su silla y se coloca junto a él. Sé que lo hace para que les resulte más cómodo, pero no sé por qué me cabrea, así que mis manos se mueven con rapidez.

—Espera —me pide James—. Más despacio.

—No.

Y le signo: «Tengo cosas que hacer. Ya deberíamos terminar esta reunión, no acabar de empezarla».

—¿Pasa algo? —pregunta ella, notando la tensión.

—Joel tiene prisa.

«Os quedáis la carpeta y la estudiáis entre vosotros —le signo—, que os compenetráis muy bien sin ayuda de nadie».

Él arquea las cejas.

«¿Estás celoso?», me signa a su vez.

«No sueltes gilipolleces. Aquí yo vengo a trabajar, no a perder el tiempo. Y no hables con las manos, Jana no sabe lengua de signos».

«Has estado evitándola toda la semana cada vez que se ha acercado a ti, ¿por qué te importa excluirla de esta conversación?». Sonríe, encantado de ponerme nervioso, me arde la cara ya.

«No es educado».

«Claro, es que no irte de la editorial hasta que ella lo hiciera estos días ha sido por educación, igual que comértela con los ojos cuando no se daba cuenta de que la mirabas, como hace un rato. Está muy guapa hoy».

«Que te jodan».

James estalla en carcajadas.

—Mejor os dejo a solas —dice ella, levantándose, muy incómoda.

—No hará falta —se disculpa James enseguida, tomándola del brazo para que se siente de nuevo—. He olvidado mis modales signando delante de ti sin interpretarte nada, perdóname, Jana. —Me dedica una mirada divertida.

Aprieto la mandíbula.

Jana asiente, seria.

Continuamos, incluyéndola en la conversación.

James se centra en el trabajo. Normalmente, suele indicarme pequeños detalles para que los modifique, siempre desde el respeto y valorando mi trabajo, crítica constructiva lo llaman, escasas personas lo hacen tan bien como él. Pero hoy le parece todo genial, no me pone una sola pega. Frunzo el ceño, confundido, cuando salgo del despacho con la carpeta en la mano. Por si acaso, haré más opciones y se las mostraré la semana que viene.

Estoy esperando el ascensor y otra vibración en mis oídos me arranca un gruñido que noto en la garganta. Ella. ¿Quién si no?

Me sujeta del brazo con suavidad, quemándome su contacto a través de mi camiseta negra de manga larga, y me suelta al quedarme rígido. Me giro. Comprueba que estamos solos y mueve las manos:

«Quiero hablar con Mike».

Lo ha signado...

—¿Lo he hecho bien? —me pregunta en español, tímida, mordiéndose el labio inferior.

Dios... Se me infla el pecho de oxígeno. Asiento y pruebo a ver si me sabe interpretar, lo hago despacio:

«¿Esta tarde?».

Concentrada, lee mis manos.

—¿Esta tarde? —repite.

Asiento.

«Gracias», me signa como respuesta.

Observo cómo se da la vuelta y regresa al despacho. Antes de meterse, me mira una última vez y sonríe, diciéndome « adiós» con la mano.

James, que se inclina en la mesa de Emma para pedirle algo, me sonríe con satisfacción.

«¿Esa sonrisa de idiota que tienes en la cara también es por educación?», me signa.

«He aprendido del mejor», le contesto, antes de largarme por las escaleras.

Trabajo el resto del día en mi mesa, sumido en los diseños que tengo que dejar hechos este mes, y sin que nadie me moleste.

Cuando estoy apagando el portátil, a las seis de la tarde en punto, Cadence se apoya en una esquina de mi mesa.

—¿Vas a seguir sin hablarme por lo de la becaria? —Hace un puchero que pretende ser coqueto, pero a mí no me provoca nada bueno.

Desde el otro día, se ha convertido en una de las personas más feas que he conocido, y a mí me gusta la belleza, sobre todo si esa belleza vibra en mis oídos al aparecer en mi campo de visión; una morena en concreto que viene hacia mí, retirándose el pelo suelto detrás de la oreja y estirándose el vestido por las piernas.

Me levanto.

—Vamos, Joel —insiste Cadence, me acaricia el brazo con una uña.

Aprieto la mandíbula, retirándome hacia atrás.

Y ahí viene una nueva vibración en mis oídos...

—¿Nos vamos? —me pregunta Jana, seria, ignorando a la rubia.

Me pongo la sudadera negra con capucha que he traído hoy.

—¿Habéis quedado? —Cadence entorna la mirada.

—Pues sí —le contesto, tomando de la mano a Jana.

Ella se ruboriza, pero entrelaza la suya con la mía.

«Tranquilo. Vuelve a respirar, venga... ¡No es tan difícil!».

Con los que nos cruzamos, nos miran las manos con sorpresa, algunos observan después a Jana con una desilusión que no se molestan en ocultar. ¿Se creían que tendrían posibilidades con ella? Es demasiado buena para cualquiera de ellos.

Sobre todo para mí.

Nos soltamos al entrar en el metro para poder pasar las barras con la *oyster card*. De todas formas, es viernes, mucha gente acaba de salir de trabajar y otros van de camino a alargar la noche de hoy todo lo que puedan. No hay sitios libres en el vagón, ni siquiera podemos sujetarnos a las barras, somos una marea humana, como en un concierto al aire libre...

Suspiro con fuerza. Recordar cosas que no voy a vivir más me ponen de mal humor.

Entonces, alguien empuja a Jana y cae sobre mí. La rodeo por la espalda por inercia, apoyando ella sus brazos en mi pecho. Mi boca roza su pelo, que huele tan bien a melocotón que cierro los ojos y respiro sobre él.

No sé en qué momento su mejilla ha encontrado un lugar muy cómodo a la altura de mi corazón, pero no me quejo. Me sostengo en las puertas del vagón con una mano y con el otro brazo rodeo los hombros de Jana. Se siente genial pegada a mí...

Llegamos a Camden un cuarto de hora después.

Y la magia desaparece al separarnos.

Caminamos hacia el local de tatuajes de Mike, situado en la pequeña plaza que hay enfrente del mercado Camden Lock, junto al canal, por donde vemos navegar a los *waterbus*.

—¡Jana! —exclama Mike, acercándose, cuando traspasamos la puerta—. Me alegro de verte.

—Igualmente. —Sonríe ella.

—¿Qué pasa, tío? —me dice él, dándonos un medio abrazo.

—He traído una de mis chapas —le informa Jana, sacándola del bolso, envuelta en un estuche de tela negra parecida al ante—. Al final no voy a necesitar venderlas todas, pero sí algunas, lo haré según lo que puedas ofrecerme.

—Vamos a mi despacho y hablamos.

Es la habitación de la otra vez, la única puerta del fondo de la sala, que hoy también está llena. Solo abre por las tardes, por las mañanas dibuja nuevos tatuajes. Su cuerpo es una puta obra de arte, todos los que lleva en la piel son suyos.

—¿Puedo? —le pide a Jana.

Ella le entrega el estuche, del tamaño de un folio. Mike lo coloca en la mesa y, cuidadosamente, con respeto, lo abre y descubre una chapa redonda, el tapón de una botella de Coca-Cola, roja, y con el «*since 1886*» escrito debajo del nombre de la marca.

—Tengo muchas de Coca-Cola. —Se le empañan los ojos—. Esta es la más simbólica. —Agacha la cabeza un instante—. ¿Cuánto... —traga saliva— podrías darme por ella?

La cojo, comprobando que pesa, es grande y mítica. Se la tiendo a Mike y me coloco detrás de Jana, moviendo los dedos hacia él, que carraspea para ahogar una exclamación por la cifra que le propongo.

—Mil libras —dice.

Jana da un respingo. Me muevo de nuevo para poder leerle los labios.

—¿Tanto vale?

Asiento de manera imperceptible a Mike.

—Sí —le responde, sonriendo. Rodea la mesa y saca un sobre de un cajón—. Aquí tienes.

—¿Y ya está?

—Ya está.

—Vale. —Guarda el dinero en el bolso con manos temblorosas—. Gra... gracias, Mike.

Él y yo nos miramos.

—Joel, ¿puedo enseñarte algo?

—Te espero fuera —me indica ella, captando la indirecta de Mike.

Y, como la otra vez, corre hacia la salida, pero sospecho que hoy no es para huir de mí, al menos no exactamente. Necesita un momento a solas. Yo lo que necesito es saber la historia de las chapas, le duele mucho desprenderse de ellas.

—¿Estás loco? —inquire Mike, sujetándome de los hombros—. ¿Mil libras? Como mucho, esa chapa vale doscientas libras.

«Cuesta mucho más a nivel emocional » , le signo.

Alza las manos, sonriendo.

—Es tu dinero, tú decides. Por cierto, quiero a tu nueva superheroína.

Niego con la cabeza.

«No está en venta. Es mía», le contesto con el ceño fruncido.

Se echa a reír.

«Me voy. Nos vemos, tío».

Asiente.

Salgo en busca de Jana. La encuentro donde la otra vez, junto al murete del canal. Se está frotando los brazos. No me extraña, ahora hace un poco de frío y está chispeando, el cielo está completamente gris. Me quito la sudadera y se la doy cuando la alcanzo.

—No. —Se niega—. Me voy ya a casa. —Da un golpecito al bolso—. No dormí nada anoche y no quiero ir con el sobre de Mike por la calle.

Saco mi móvil del pantalón y escribo: «Póntela. Te acompaño». Le muestro la pantalla.

—Gracias —acepta, sonrojada. Se coloca la sudadera y sonríe—. Me está enorme.

Mi sonrisa es ladeada. Voy a escribirle que le queda de puta madre, pero se desata una lluvia muy fuerte de repente. Le subo la capucha, la tomo de la mano y corremos hacia el metro, esquivando personas y paraguas.

Ahora el vagón va casi vacío. Nos sentamos el uno enfrente del otro, estallando en carcajadas porque nos hemos empapado. Me revuelvo el pelo. Tengo la ropa adherida al cuerpo. Agarro el borde de mi camiseta, la despego de mi abdomen y me seco la cara con ella, aunque no me sirva de mucho. Al fijarme en Jana, la pillo mirándome embobada. Rápidamente, desvía los ojos y se entretiene con el móvil, fingiendo estar concentrada en algo importante.

«Que te lo crees tú...».

Le escribo un mensaje y se lo mando.

Joel: ¿Algo que quieras decirme?

Jana frunce el ceño y teclea.

Jana: ¿Algo?, ¿como qué?

Joel: «Joel, qué bueno estás», o «Joel, no necesitas la camiseta para secarte, me tienes a mí». Cualquiera cosa parecida es bienvenida también.

Se pone tan colorada que tengo que hacer un gran esfuerzo en no reírme.

Jana: «¿No necesitas la camiseta para secarte, me tienes a mí?». ¿En serio? Si esa es una de tus frases para ligar... Como decimos en mi pueblo, vas de culo, cuesta abajo y sin frenos, machote.

Joel: De la primera frase, no has dicho nada; como decimos en todo el mundo, el que calla, otorga. Gracias, nunca está mal que te suban el ego de vez en cuando.

Jana: No me necesitas para subir tu ego con la lista interminable de chicas que babea por ti.

Joel: ¿Celosa?

Jana: Uy, no te haces una idea... Ni siquiera duermo por las noches.

Joel: ¿Como anoche, niña oso panda?

Jana: ¡No tengo ojeras! ¡Y decirme eso es de mala educación!

Joel: Los buenos modales se los dejo a James.

Jana: Al menos él me llamó guapa, no «niña oso panda».

Joel: Parece que has aprendido la lengua de signos...

Jana: En una noche, no te da tiempo a mucho, pero algo pillé de vuestra conversación.

Joel: ¿Te has tirado toda la noche practicando la lengua de signos?

Jana: Julia me enseñó algunas cosas.

Joel: ¿Por qué?

No me responde, sino que guarda el móvil y se rodea los brazos.

Me late el corazón tan rápido y fuerte que creo que lo oigo...

Me levanto y me siento a su lado. Ella gira el rostro en dirección contraria, pero no me importa, sé que va a mirarme dentro de unos segundos. Despacio, tomo una de sus manos y la llevo a mi pecho. Jana contiene el aliento, yo ahora mismo no soy capaz de respirar...

Me mira...

A la mierda no ser bueno para ella. A la mierda que se vaya de Londres dentro de cinco meses. «¿Qué me has hecho, mi niña?», se lo digo a través de mis ojos, no me escondo, por primera vez, no quiero hacerlo.

Y esto es solo el principio.

Capítulo 17

Julia

—¿Mamá? —Observo la pantalla del móvil: la llamada no se ha cortado—. ¿Estás ahí?

—Sí... Sí, cariño —me responde con una voz rara.

—¿Estás llorando?

—No, estoy... bien.

Me levanto del sofá, nerviosa.

—No estás bien.

La oigo suspirar con fuerza.

—Es que... —comienza—. Me ha hecho mucha ilusión lo que nos has contado, hija...

—A mí, no —gruñe papá, me tienen en altavoz—. Es que lo vi... Vi cómo la miraba, Lucía. Te lo dije. Te dije que ese inglés iría detrás de ella. —Resopla—. Es que lo sabía...

—No me mira mal —murmuro, recordando—. ¿Por eso te pusiste tan serio cuando os lo presenté?

Ella se echa a reír.

—¡Oye! —la regaña él—. Los chicos y las citas están prohibidos hasta que cumplan los cuarenta como mínimo. Y los besos sobre todo, que luego a las manos no les gusta estarse quietas.

Mamá se ríe más fuerte. Yo me quedo boquiabierta.

—Papá, soy adulta.

—No, Julia, nunca serás adulta. —Pero su voz ha sonado tierna y cariñosa—. Eres mi niña grande y siempre lo serás. —Suspira—. Joder... ¿Cuándo has crecido tan rápido?

—Papá —sonrío—, tú siempre serás mi hombre favorito.

—Más te vale. —Su voz suena ahora como rota.

—¿Estás llorando? —Frunzo el ceño.

—¡Claro que no! —Le escucho alejarse y a mamá reírse otra vez.

—Pero ¿qué os pasa? —Me frustró—. ¿Es malo que me guste James?

—Por supuesto que no, cariño. James parece un buen chico, te trata muy bien, es muy atento y habla contigo siempre en español, eso dice mucho de él.

—Sigue sin saber pronunciar mi nombre bien. —Sonrío—. Pero me gusta que me llame con acento inglés, es como si fuera otra Julia —me ruborizo—, una diferente para él.

—¿Te sientes diferente con James?

—Siento diferente. Es como si tuviera cosquillas en todo el cuerpo continuamente. —Suelto una risita nerviosa.

—Ay, Julia... —Se emociona otra vez—. Son lágrimas buenas, hija... Son las mejores lágrimas del mundo.

—¿Seguro? —Enarco una ceja, desconfiada.

—Te lo prometo. Ahora, cuéntame adónde vais a ir hoy.

—Me ha escrito antes avisándome de que viene a buscarme, pero no me ha dicho adónde vamos. —Me giro hacia los balcones del fondo—. Está lloviendo.

—¡A cántaros! —exclama Jana, entrando en casa, empapada.

Hago una mueca de horror al verla vestida con algo negro que le queda enorme y chorrea en

el suelo.

—Pero... ¿qué llevas puesto? —Me llevo la mano a la cara.

—Una sudadera de Joel. —Suelta una carcajada—. Él está peor que yo, pobrecillo.

—Ve a la ducha, venga, no sea que te resfríes.

—¡Hola, mamá! —exclama, corriendo hacia el baño, entre su habitación y la mía.

—¡Hola, mi vida! —le contesta.

Su sonrisa me contagia, pero veo las manchas de agua sucia en la tarima y hago otra mueca. Activo el altavoz para limpiar el estropicio.

—¿Ha dicho que llevaba puesta una sudadera de Joel? —indaga mamá.

—Sí. —Arrugo la frente—. ¿Es un problema? Porque «a *J J* gustar», pero no lo quiere reconocer.

—¡Te he oído! —grita Jana, con la puerta del baño abierta, desnudándose.

—¡No he dicho ninguna mentira!

Rompemos a reír las tres.

—Me gusta para ella —le confieso a mamá—. Jana es diferente con él.

—Ya me di cuenta, pero no caí en que había sentimientos por medio. ¿Qué sabemos de Joel, además de que trabaja con ella y ha hecho la portada de tu libro?

—Tuvo un accidente en el que murieron todos menos él.

—Dios mío... —Se queda callada unos segundos—. Julia, eso es horrible...

—Sí, mamá. —Me lo imagino y se me forma un nudo en la garganta.

—¿Por eso no oye? Porque habla bien, aunque no controle el tono de su voz, totalmente normal en las personas sordas.

—Tiene una cicatriz desde la oreja hasta la nuca. —Se me comprime el pecho al pensar en todo lo que tuvo que sufrir—. No quiero preguntarle a James, pero me muero de ganas.

—¿Son muy amigos?

—Sí. —Sonríe—. Cuando merendaron en casa el domingo, parecían como hermanos, igual que Jana y yo.

—Eso es muy bonito. La amistad es muy importante, y si es fuerte, se convierte en familia.

—Familia de corazón, como las tías Miriam, Gabriela y Carolina.

—Eso es, cariño.

La tía Miriam es argentina, la tía Gabriela, peruana, y la tía Carolina, chilena, son sus mejores amigas, sus hermanas de corazón. Las conoció gracias a las novelas románticas, a través de las redes sociales.

La tía Gabriela es la única que vive en nuestro pueblo. Se vino de visita un mes para conocer en persona a mamá cuando Jana y yo éramos pequeñas. Nos acabábamos de mudar a una casa con jardín y seis habitaciones, perfecta para todos: nosotros, el abuelo Víctor y la tía Gabriela, que terminó quedándose, buscó un trabajo y se compró una casa en la misma calle. Hace unos años, abrió su propia clínica dental pediátrica, se enamoró de Carlos, un hombre muy bueno, viudo y con tres hijos, y es muy feliz. Siempre dice que conocer a mamá le cambió la vida. Y a ella, también. Mamá también dice que, desde que llegó la tía Gabriela a casa, todo empezó a ir mejor.

La tía Carolina también vive en España, en una casita junto al mar, con su marido y sus dos hijos, dos años mayores que Jana y yo. Pasan las navidades con nosotros, y en agosto, como papá cierra el restaurante todo el mes, nos vamos con ellos a disfrutar de la playa. Carolina y mamá tienen mucho en común: uno de sus hijos es sensorial. Eso ha hecho que se entiendan y se apoyen sin necesidad de utilizar las palabras desde la primera vez que hablaron de verdad.

Además, la tía es enfermera y profesora de yoga de niños, tiene una sensibilidad muy especial, y nunca le falta la sonrisa, incluso en los peores momentos.

La tía Miriam es activista medioambiental. Tiene una hija de quince años a la que adoptó en África, en uno de sus múltiples viajes recorriendo el mundo para defender sus ideales. Nos visita una vez al año desde que puedo recordar, dos semanas en las que no la dejo tranquila, haciéndole un montón de preguntas de los últimos lugares en los que han estado, su hija va siempre con ella. Algún día escribiré una novela con la tía Miriam y la prima Alice como protagonistas.

—Vendrán con nosotros en noviembre, ya hemos comprado todos los billetes y hemos reservado hotel.

—¡Qué bien! —exclamo, muy contenta—. ¡Jana! —Corro al baño. Está duchándose—. ¡Vienen los tíos y los primos en noviembre!

Grita, emocionada, contagiándose.

—¿A qué hora llega James? —me pregunta mamá.

No me da tiempo a contestarle, suena el timbre.

—¡OMG! —Me llevo las manos a la cara, cayéndose el móvil al suelo—. ¡Mamá! —Lo cojo enseguida.

Ella no para de reírse.

—¡Venga, ábrele!

—¡Sí! —Corro hacia la puerta—. Ay, mamá, estoy muy nerviosa. —Me detengo frente a la puerta.

—Solo sé tú misma, monita...

—... y todo saldrá bien —recito de memoria—. Eso espero... Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, cariño. —Colgamos.

El timbre suena otra vez.

Agito las manos, brincando en el suelo. Recuerdo los treinta y siete besos que nos dimos ayer y se me doblan las piernas...

Respiro hondo. Me guardo el móvil en el bolsillo del mono largo y azul que me he puesto, encima de una blusa de flores y las mangas abombadas, y abro la puerta. Mi sonrisa es instantánea, igual que la de James. ¡Qué guapo está! Lleva unos vaqueros oscuros, una camisa a rayas azul claro y blanco, unas Converse azules y una americana también azul, con el cuello levantado, y pequeñas gotas en los hombros. Su pelo está mojado, pero no chorrea.

—Justo entraba alguien en el portal, menos mal —se ríe—, menuda tormenta está...

Un trueno retumba en casa y la luz se apaga de pronto.

—... cayendo —termina, poniendo la linterna de su móvil. Entra y se dirige al primer balcón, el de la cocina—. Es en toda la calle.

—¿Julia? —me llama mi hermana desde el baño; su voz es frágil—. ¿Qué ha pasado?

Voy hacia ella.

—Un apagón. —La abrazo, besándola en el pelo—. No te preocupes, la luz volverá. —Le tiendo mi teléfono con la linterna.

—La cuestión es cuándo. —Se estremece.

—Tranquila. Vamos a vestirte.

La acompaño a su habitación a por un pijama, volvemos al baño y la ayudo a ponérselo, entre temblores que no controla.

Odio el miedo, es lo que más odio en el mundo, más que la incertidumbre, porque esta es pasajera, solo tienes que esperar, pero el miedo te bloquea, y solo se vence enfrentándose a él, y

eso da más miedo que el propio miedo en sí.

—Julia, ¿estáis bien? —se preocupa James, sin cruzar la puerta.

—Ve con él —me indica Jana—. Tengo que peinarme. —Se ha lavado el pelo.

Asiento, no muy convencida.

—Le da miedo la oscuridad —le susurro a James, entornando la puerta—. No quiero dejarla sola.

—Nos quedamos. —Me sonrío con ternura—. Y hasta que no vuelva la luz, no me iré.

—Gracias. —Le devuelvo la sonrisa.

—Bueno...

—Bueno...

—Estás preciosa.

—Tú también estás muy guapo. —Me toco las mejillas al notarlas muy calientes.

Él alza sus manos para ponerlas sobre las mías.

—Yo también estaba muy nervioso —me susurra, ronco, inclinándose lentamente hacia mí—. Te oí hablar con tu madre.

—¿Por qué estabas nervioso? —Mi voz se ha convertido en otro susurro.

—Por verte. Y todavía lo estoy.

Las cosquillas recorren todo mi cuerpo hasta detenerse en mi vientre, pero no desaparecen, crecen en intensidad.

—¿De verdad?

—No he parado de pensar en ti desde que te acompañé anoche a casa. —Sus manos, sin soltar las mías, se deslizan hacia mi nuca.

—Quiero besarte, aunque la cita no haya empezado.

—Y yo a ti, Julia. —Nuestros labios están tan cerca... Su aliento se mezcla con el mío—. Quiero besarte más que ayer.

Mis manos vuelan a las solapas de su chaqueta, las arrugan.

—Eso está bien —le digo—, porque ayer nos dimos treinta y siete besos, hoy quiero más.

—¿Los contaste? —Acaricia mi rostro con sus labios, erizándome la piel, estremeciéndome por entero.

Mi corazón frena en seco.

—Lo cuento todo cuando estoy nerviosa por algo que no puedo controlar. —Rodeo su cuello, de puntillas.

—¿Qué es lo que no podías controlar ayer?

—Las ganas que tenía de fundirme contigo... —No puedo ni respirar, me estoy ahogando de lo mucho que deseo fundirme con él en este momento.

—Dios, Julia...

Pero Jana sale del servicio con el peine en la mano, captando toda mi atención.

James se aparta, carraspeando.

—¿Necesitas algo, Jana? —se preocupa.

Pero ella no responde.

—Yo lo haré, Yang —le digo a mi hermana. A pesar de lo temblorosa que me siento, la tomo con suavidad de los hombros y la guío hacia el sofá.

Jana, con la mirada perdida en el infinito, se sienta abrazándose las piernas flexionadas en el pecho. Me acomodo detrás de ella y empiezo a peinar sus largos cabellos con mimo y cariño. Podría estar horas así, me encanta hacer de hermana mayor, pero es demasiado buena como para pedir ayuda, cree que es ella la que tiene que cuidar a los demás.

—¿Preparo un té? —sugiere James—. Calma los nervios.
—No tenemos té, pero sí hay infusiones. En el armario de la izquierda de la vitrocerámica.
Se aleja hacia la cocina.
—Lo siento —se disculpa Jana, hundiendo los hombros—. Os he estropeado la cita.
—Ha sido el apagón, tú no tienes la culpa. —Voy a por una toalla para quitarle la humedad
—. Estabas con Joel.
—Fuimos a Camden y nos pilló la lluvia.
—¿Y a qué fuisteis a Camden?
—Por una chapa.
—¿La que te gustaba?
—Otra. —Respira hondo.
—¿A él también le gustan las chapas? —Continúo peinándola. No tiene enredos ya, pero ella se relaja.
—Cadence está detrás de él —ignora mi pregunta.
—¿Quién es Cadence? —Frunzo el ceño, haciendo memoria.
—La jefa de Maquetación —me contesta James, arrodillándose frente a nosotras—. Toma, Jana. —Le tiende la infusión.
—Gracias. —La acepta y da un sorbito—. ¿Cadence sospecha lo de Joel?
—No, pero Haley me ha hecho preguntas esta semana, no tardará en descubrirlo, se lo contará a Cadence y Cadence no sabe mantener la boca cerrada, mucho menos trabajando Joel en su departamento.
—¿Se culpa? —le pregunta Jana, con mucha delicadeza—. Por el accidente. Me enseñó la cicatriz.
—Un camión se saltó un *stop* en un cruce y a Joel no le dio tiempo a frenar ni esquivarlo. El coche se metió debajo del camión.
—¿Iba conduciendo? —pronunciamos las dos al unísono, conteniendo la respiración.
Asiente.
—Sus padres y su hermana murieron en el acto, pero él estuvo consciente todo el tiempo hasta que los bomberos pudieron sacarle varias horas después.
Se me saltan las lágrimas. Jana jadea por la impresión.
—No fue su culpa —continúa, con la voz rasgada—, pero no hay un solo día en el que no se culpe desde entonces.
Estiro una mano hacia James. Él la entrelaza con la suya. Necesitaba su calor... Cuánto tuvo que sufrir Joel...
—Salió en las noticias —nos cuenta, suspirando—. El padre de Joel era Alexander Adams, no sé si sabéis quién es.
Yo, ni idea, pero mi hermana da un respingo.
—¡Claro! —Corre hacia su cuarto y vuelve con un libro que le muestra a James—. ¿Este Alexander Adams?, ¿el autor de los cómics infantiles *Joel y Daisy por el mundo*? Joel es él. —Señala la ilustración de un niño en la portada, con capa de superhéroe, junto a una niña con otra capa.
—Sí. —James sonríe—. Y ella es su hermana, Daisy.
Un trueno retumba en el ático, arrancándole un grito a Jana, que se agacha, asustada.
—Voy a llamar a... —comienza James, preocupado—. Mierda, no tengo señal. ¿Y vuestros móviles?
—Tampoco. Es una tormenta eléctrica.

—¿Estamos incomunicados?! —exclama mi hermana, histérica.
—Estamos juntos. —Fuerzo una sonrisa, pero no sirve de nada.
Creo que la noche va a ser larga.

Capítulo 18

James

Abro despacio los ojos, demasiada claridad. No sé qué hora es, pero anoche las chicas lograron dormirse a las tres de la madrugada, cuando la tormenta amainó. No quise dejarlas solas, preferí quedarme en el sofá por si acaso, la luz no había sido restablecida todavía.

Cuando enfoco la visión, encuentro a Julia arrodillada en el suelo, con los brazos apoyados en el borde del sofá, su cara junto a la mía, con esa mirada penetrante que comienza a volverme loco, si no lo estoy ya por ella...

Sus ojos verdes resplandecen. Una sonrisa increíble se va dibujando en su cara poco a poco. ¿Será consciente de lo guapa que es?

—Buenos días —me saluda en voz baja.

—Buenos días. —Flexiono un brazo debajo de mi nuca—. ¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¿Llevas mucho despierta?

—Desde las seis y media. —Ladea la cabeza—. Me gusta tu pelo ahora mismo.

—¿Anoche no? —Sonrío.

—No tanto como ahora. —Se inclina, alarga una mano y entierra los dedos en mi pelo.

Gimo, imposible no hacerlo.

—¿También te gusta que te toquen el pelo? —quiere saber.

—¿También?

—A Jana le encanta.

—Es relajante. —Me obligo a no cerrar los ojos, me quedaría dormido enseguida. Vuelvo a gemir—. Es... muy agradable. —Me contengo con las palabras.

—Para mí lo que es agradable es hacerlo, no que me lo hagan. —Sonríe distraída.

—¿Te relaja tocarme el pelo?

—Es una mezcla entre calma y deseo, pero solo me pasa contigo.

—¿Deseo? —Mi voz suena como si acabaran de estrangularme.

—Sí, tocarte me provoca desear besarte y, a la vez, quiero acurrucarme entre tus brazos donde siento que estaré bien. Sé que no se entiende, pero...

—Claro que lo entiendo. —Es muy temprano para que mi corazón comience una maratón, pero ya tengo asumido que con Julia todo es posible—. Ven aquí. —Despliego los brazos.

Su mirada brilla de ilusión. Se sube al sofá, acurrucándose conmigo. Nuestras piernas se enredan. Apoya la mejilla en mi pecho y suspira, apretándome con fuerza unos segundos.

—¡Ay, me encanta!

—¿Y lo de querer besarme?

—Espera. Déjame un minuto así. —Suspira—. Puede que más de un minuto.

—Empiezo a contar. —No puedo dejar de sonreír.

No sé cuándo me quedo dormido otra vez, me doy cuenta al despertarme solo, la luz es distinta a la de antes, el sol alumbra desde otro ángulo. No obstante, solo tengo que alzar unos centímetros la cabeza para ver a Julia cocinando algo que huele a comida italiana. Lleva un vestido rosa tipo sudadera con «I love London» en grande, ¿cuántos tendrá como este? Está descalza y se ha recogido el pelo en un moño alto con algunos mechones sueltos. Hasta su cuello

es una preciosidad: esbelto y pecoso. Lo llenaría de besos pequeños y suaves hasta oírle gemir y que me pidiera muchos pero que muchos besos.

Me dirijo al baño. No hay rastro de Jana, su cama está deshecha; la de su hermana, en cambio, es el orden personificado, no hay una sola arruga en el edredón ni un cojín mal colocado.

Después de lavarme la cara y los dientes —les debo a las chicas un cepillo, les he robado uno nuevo que había en un cajón del mueble del lavabo—, compruebo mi reflejo en el espejo: mi camisa parece un trapo usado.

—¿Y Jana? —le pregunto a Julia al reunirme con ella en la cocina.

—Ha ido a comprar el pan. —Acorta la distancia y me da un beso en la mejilla, sonriendo—. Buenos días otra vez.

Rodeo su cintura y entierro la nariz en su cuello, acariciándolo lentamente.

—Dios, qué suave eres...

Julia se ríe por las cosquillas que le provoco, apartándose.

—Estoy preparando espaguetis, ¿te gustan?

—Voy a ir a casa.

A ella se le apaga la luz de su rostro.

—Claro. —Agacha la cabeza y se dedica a mover los espaguetis con una espátula de madera.

—Necesito ducharme y cambiarme de ropa, pero —me inclino sobre su hombro— podrías acompañarme y pasamos el resto del día juntos.

Gira la cara hacia mí. Nuestros labios casi se tocan.

—¡Vale! —Observa mi boca—. James.

—Julia. —Observo la suya.

—¿Habrá besos? Quiero decir, ¿es una cita?

—¿Te cuento un secreto? —Le beso una comisura.

Se le entrecorta el aliento. Asiente con rapidez.

—Los besos no se dan solo en las citas. —Le beso la otra comisura.

—Lo sé —traga saliva—, pero lo que no sé es si te gustan a ti los besos cuando...

—Me gustan tus besos, Julia —la interrumpo—, no importa cuándo ni dónde. —Sonrío con travesura—. Y cuantos más, mejor.

—¿Tengo vía libre?

Suspiro de manera irregular.

—Tienes vía libre.

Suelta la espátula, se gira y me besa con la boca abierta. La rodeo por la cintura y la aprieto contra mí, metiéndole la lengua como un desesperado. La suya me recibe entre gemidos por parte de los dos. No es un beso delicado, es rápido, esa clase de beso que no te quita las ganas, sino que las aumenta..., ese beso en el que las manos vuelan por todas partes y no paras de gemir..., un beso tan húmedo que le subo el vestido para sentarla en la encimera. Me aprieta con los muslos, se arquea, ladea la cabeza para besarme más profundo. A mí ya me ha vuelto loco del todo...

Y Jana abre la puerta del ático.

Bajo a Julia al suelo con rapidez. No sé por qué, no estamos haciendo nada malo, pero... soy su jefe, me da apuro que me pille liándome con su hermana como un adolescente salido, la verdad.

«Lo soy. Sea su jefe o no, tengo la testosterona en las nubes por culpa de la chica más increíble que he conocido en mi vida».

Necesito sentarme en uno de los taburetes que hay en la barra que separa la cocina del salón. A ella se le cae la espátula al suelo dos veces seguidas al intentar cogerla, está tan atontada como yo en este momento.

—Hola —saluda Jana—. He tardado un poco porque os traigo una sorpresa. —Sonriendo, agita dos entradas en alto.

—¿Qué es eso? —Su hermana se acerca y se las quita.

—Como os estropeé la cita anoche, os he regalado pasajes para el London Eye.

—No estropeaste nada —pronunciamos Julia y yo al unísono.

Nos miramos, riéndonos.

—Es a las seis y media de la tarde —nos explica—. Hay varios conciertos en Jubilee Gardens esta noche, por si os apetece acercaros luego, con puestos de comida, me lo dijo Mary ayer, han quedado algunos compañeros para ir.

—Por una feria de comida internacional que estará todo el fin de semana —les cuento—. Gracias, Jana, pero no tenías que haber hecho nada.

—¡Qué bien! —exclama Julia—. ¿Y quién toca?

—Grupos locales —respondo.

—¿Te apetece ir? —me sugiere, sonriendo.

—No soy fan de meterme en un *pub* o una discoteca un sábado por la noche, pero me gustan los eventos de música al aire libre.

No me pierdo la mirada que intercambian entre sí.

—¿Pasa algo?

Julia agita las manos, dando un brinco, y continúa con la comida.

—¿Ponéis la mesa, por favor? Esto casi está listo —nos pide.

Jana me indica dónde están los vasos y ella se encarga de los cubiertos y los manteles individuales para colocarlos en la mesa baja del salón, junto al sofá.

—No quiero que le hagas daño —me dice de pronto muy seria mientras ponemos la mesa—. Si esto para ti es solo un juego, o simple curiosidad por que tenga autismo, aléjate de ella.

Permanezco callado, tiene más que decirme.

—Julia es... —su mirada se pierde en el infinito—, es tan especial... Todo lo que hace, absolutamente todo, es pensando en que los demás se sientan bien a su alrededor. No soporta que alguien sufra, llore o se enfade, y se bloquea cuando cree que es por su culpa. Siempre se está esforzando en encajar. —Suspira—. Nunca ha estado con nadie. Tú has sido su primer beso. Está muy ilusionada contigo, así que si no vas en serio con ella...

—Para mí no es un juego, Jana —le hablo con delicadeza.

—Ella es diferente, James, en todo.

—Lo sé.

No me refiero al autismo, y creo que me entiende, su ceño se relaja.

—Mira, Jana, no sé qué va a pasar entre Julia y yo, no tengo ni idea, pero me gusta mucho, cada vez más. —Sonrío, sintiendo mi interior revolucionarse con fuerza—. Me da igual que tenga autismo. Nunca me he sentido tan bien con alguien, y sé que a ella le pasa lo mismo conmigo.

—Hay muchas cosas que no sabes de ella —se pone nerviosa—, necesita anticiparse a lo que va a ocurrir, por ejemplo, por eso compré los pasajes de la noria, y si hay mucha gente...

—Jana —la corto con suavidad—, dame un voto de confianza, por favor.

Traga saliva.

—Déjame conocerla —añado, casi rogándoselo.

—¿Comemos? —nos interrumpe Julia, con dos platos de espaguetis en las manos.

Jana y yo le sonreímos, pero los dos nos obligamos a ello para que Julia no se dé cuenta.

Dos horas después, entramos en mi casa desde la puerta del garaje, situada muy cerca del Physic Garden, en el barrio de Chelsea. Es estrecha y no muy grande, aunque se distribuye en tres plantas, en la última, abuhardillada, está mi pequeña biblioteca. Aunque por fuera es rojiza, por dentro todo es blanco y gris, hay pocos muebles, ninguna foto a la vista. Una casa elegante y funcional.

—No parece un hogar —comenta Julia, observándolo todo, desde el *hall*.

—¿Y eso? —Sonrío, divertido, por lo sincera que es. No le quito la razón.

—Es... —Frunce el ceño, pensativa—. Es elegante y fría.

—¿Tú crees?

—Pero tú no eres frío.

—¿No? —Mi sonrisa se amplía.

—Creo que no.

La he hecho dudar. Bien.

—¿Crees? —Me acerco a ella y, despacio, rodeo su cintura. Apoya las manos en mi pecho, suspirando de manera entrecortada—. ¿Sabes qué creo yo? —Me inclino hacia su boca.

Niega con la cabeza, mirándome los labios.

—Creo que deberías comprobarlo para estar segura.

—¿Con un beso?

—Para empezar.

A la vez, nos damos un beso casto y suave. Me humedezco los labios, suplicando para que no desaparezca de mi boca.

—No es suficiente —murmura, alzando las manos a mi nuca.

Nos damos otro beso, un poco más largo.

—Más... —susurra, antes de enterrar los dedos en mi pelo y tirar de mí.

Nuestras bocas ahora se abren y encajan a la perfección; nacieron para estar unidas, desde el zoo lo tengo clarísimo.

—James... —No abre los ojos.

—Dime. —Mi voz es áspera y grave.

—Tienes que ducharte y vestirse ya. —Tira más de mi pelo—. Tenemos los pasajes del London Eye.

La aprieto contra mí y la beso con lengua incluida, robándole un largo gemido que me incendia por dentro. Se arquea de puntillas y ladea la cabeza, necesita más, un beso más profundo.

Pero me aparta de golpe.

—No llegaremos a tiempo. En la noria, nos besamos más.

Arrugo la frente, sintiéndome incómodo. Demasiado.

—Estás en tu casa —le digo, y subo a mi habitación.

La ducha no logra relajarme, ni los veinte minutos que paso solo hasta que me reúno con Julia donde la dejé, en el vestíbulo. Sonríe al verme, pero no le devuelvo el gesto.

—¿Nos vamos?

Comprueba el reloj y asiente. Nos montamos en mi coche, un todoterreno de gama alta y color verde. El trayecto es silencioso. Ella, ajena a mi seriedad, lo observa todo con ilusión a través de la ventanilla.

El London Eye está en South Bank. Gracias a los numerosos turistas y a la feria internacional

de comida que hay en Jubilee Gardens, se respira muy buen ambiente, mucha gente joven, sobre todo gente con ganas de disfrutar. Al llevar las entradas, no tenemos que esperar cola, entramos directamente en una de las grandes cabinas de la noria. Julia camina decidida hacia el fondo. Yo la sigo, pero mantengo la distancia. No estoy enfadado, solo... No sé cómo me siento. ¿Rechazado? Escuece un poco.

Quizás más que un poco.

Comienza el vuelo. De noche, Londres es muy bonito, pero ahora mismo las vistas son impresionantes, con el sol reflejado en el Támesis. Ella no deja de sonreír y de hacer fotos con el móvil.

—Mira. —Me muestra la pantalla—. Salimos tú y yo reflejados en el cristal con el Big Bang de fondo. Me gusta mucho.

—Sí.

Me mira, pero yo fijo los ojos en el exterior, sin ver nada.

—¿Qué es lo que he hecho mal? —me pregunta en voz baja.

Ahora sí la miro.

—Nada.

—¿Y por qué estás... diferente? —Abre y cierra las manos sin parar.

Respiro hondo y le susurro, no quiero que nos oigan:

—Quería besarte más. En mi casa.

—Pero no hubiéramos llegado a tiempo.

—Ya.

Frunce el ceño, confusa, hasta que me dice:

—Lo siento. Teníamos las entradas, no podíamos no usarlas, hubiera sido rechazar el detalle de Jana. Eso es feo.

—Le hubiera devuelto el dinero a Jana o hubiéramos cambiado el pasaje.

—¿Por qué? —Está más confusa—. ¿No querías montar en la noria hoy a las seis y media?

—La noria me da igual, quien no me da igual eres tú. —Se me ha disparado el pulso—. Quería besarte más en mi casa, te separaste de golpe. Fue un poco brusco.

—Lo siento. —Sus manos se mueven más rápidas e irregulares.

—No lo sientas, es solo que... —Suspiro, nervioso—. Olvídalo.

—Sí que lo siento. Me esforzaré más. —Agacha la cabeza—. Estaré más atenta.

«Soy un completo gilipollas».

—No quiero que te esfuerces conmigo. —Entrelazo mis manos con las suyas y, automáticamente, se relaja—. Soy un idiota, olvida esto, ¿vale? Estás muy guapa, por cierto, no te lo había dicho. —Hoy lleva también un mono, pero este es blanco, ceñido en la cintura y con lazos en los hombros; lo combina con una blusa de manga corta y abombada; sus Converse no faltan.

—Gracias. —Se ruboriza, observando mi boca, que sonrío sin poder evitarlo.

—¿Quieres besarme ahora? —Mi voz es ronca, muy ronca.

—Sí, pero estás enfadado.

—Y lo hemos hablado, ahora toca la reconciliación.

—Y en la reconciliación, ¿hay besos?

—Oh, sí, muchos.

—¿Puedo contarlos?

—¿Estás nerviosa?

—Puede.

—Pues aquí va el primero...

Capítulo 19

Jana

—Madre mía con tu hermana y James... —comenta Mary, con un cóctel en la mano, bebiéndolo a sorbitos—. ¿No necesitarán respirar un poco? El jefe sí que sabe usar bien la lengua, ¿eh?

—¡Mary! —Me echo a reír.

Julia y James, a pocos metros de nosotros, se besan muy abrazados, sin un solo centímetro de espacio entre ellos, sentado él en el césped con ella entre sus piernas. Estamos en la feria de los Jubilee Gardens, son las diez de la noche y, desde que llegué hace una hora, no han parado. Y les da igual estar con gente de la editorial presente. Sonrío. Parecen dos chicos de instituto que acaban de empezar a salir juntos. Mi hermana se lo merece. Nunca ha vivido nada de esto, y se lo está tomando bien, está muy ilusionada con todo lo nuevo que está sintiendo, no tiene miedo, estoy muy orgullosa de ella.

—¡Con todos vosotros, un homenaje a The Beatles de la banda Los 60's! —anuncian desde el escenario.

Las ovaciones y los aplausos inundan el espacio al aire libre. Un grupo de cuatro chicos, vestidos como The Beatles, se colocan en sus posiciones y comienzan a tocar *She loves you*. Mary pega un salto y se cuelga de mi cuello, moviéndonos al ritmo y cantando la mítica canción.

—¡Jana! —Mi hermana se cuelga también de mí, por el otro lado, y nos imita.

Al abuelo Víctor le encantaban los Beatles y como en casa siempre había música alta los fines de semana y se ponía de todo tipo, nos sabemos de memoria las que van tocando.

Un rato después, voy con Mary y Julia a por algo de beber a uno de los puestos que hay alrededor. Noto que me vibra el móvil dentro del bolso bandolera. Lo saco y veo que es un mensaje de Joel.

—Todavía estoy esperando a que me aclares los rumores —me dice Mary.

—¿Qué rumores? —pregunta mi hermana, arrugando la frente.

—Ayer, Joel y ella salieron de la editorial cogidos de la mano.

—Llegaste a casa empapada con la sudadera de Joel —me recuerda Julia.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Mary, agarrándome de los brazos—. ¡Estáis juntos de verdad!

Me pongo tan colorada que doy gracias de que sea de noche y haya poca luz.

No lo niego, tampoco lo afirmo, tengo que preguntarle al respecto. Desbloqueo la pantalla.

Joel: Me gusta tu sombrero.

Se me acelera el corazón. Miro por todas partes, girando sobre mis pies, hasta que le veo al final del césped, delante del paseo de South Bank, con el London Eye a su espalda, moviendo el monopatín con un pie encima. James está con él.

Mi corazón frena en seco cuando me sonrío, tocándose la corta barba que cubre su mandíbula.

Le escribo de vuelta:

Jana: Estamos varios de la editorial. Hay rumores sobre nosotros.

Joel: ¿Te molestan?

Jana: ¿Y a ti?

Joel: No. Que piensen lo que quieran. Llevo auriculares todo el tiempo.

Jana: Pero no quieres que nadie sepa que eres sordo.

Joel: Creo que ha llegado el momento.

Jana: ¿De qué?

Joel: De que sigas practicando más la lengua de signos, vas a usarla mucho a partir de ahora.

Voy a preguntarle por qué, cuando alguien me hace sombra. Alzo la mirada del móvil.

—Hola —dice Joel, sonriendo—. Hola, Mary.

Ha hablado muy alto, pero la música está muy alta.

—Hola, Joel —le responde ella, sonriéndome a mí con travesura—. ¿Te apetece algo? —
Paga la botella de agua de Julia y nuestros cócteles.

—No, gracias.

Oírle hablar es... No sé. Me hace tragar saliva. Con fuerza.

—Pues vamos con los demás.

Seguimos a Mary unos metros y nos sentamos en el césped con editores *juniors* y algún publicista. Saludan todos a Joel.

Me toca el hombro. Giro el rostro hacia él.

«¿Qué tocan?».

¡Me acaba de signar! Así, de repente. Observo alarmada a mi alrededor, solo Mary se ha dado cuenta, los otros están atentos a la banda de Los 60's.

—¿Eres sorda, Jana? —me pregunta ella, acercándose a mí—. ¡Perdóname, no me di cuenta!
—Vocaliza mucho y habla despacio y a gritos...

—¿Por qué...? —comienzo, aturdida—. ¿Por qué crees que soy sorda?

—¡Porque él —le señala— te ha hablado en lengua de signos! ¡Y eres un poco torpe, ahora lo entiendo! —Sonríe—. ¡Oye, no pasa nada! —Rodea mis hombros con cariño—. ¡Chicos! —Nos miran—. ¡Nuestra Jana es sorda, ¿vale?!
Ellos se miran entre sí, interrogantes.

Ellos se miran entre sí, interrogantes.

—¡Mary!

—¡Cuanto antes lo sepan, mejor! ¡No es algo de lo que avergonzarse!

—¿Qué pasa, Jana? —se preocupa Julia—. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—¡Que no, Mary! —Me pongo de rodillas—. ¡Que no soy sorda, deja de hablarme a gritos!

—¿Jana? —Mi hermana pierde el color del rostro—. ¿Qué les pasa a tus oídos?

Joel estalla en carcajadas.

—¡Tú no te rías! —le regaño, ruborizándome. Y le signo, esforzándome en que me entienda
—: «¡Primero novios y ahora soy sorda!».

Se ríe más fuerte.

—¿No eres sorda? —pregunta Mary, confundida.

—¡No, el sordo es él!

Me tapo la boca enseguida.

«Perdóname, por favor...», le signo, sintiéndome fatal. ¡Soy una bocazas! Y, encima, ha parecido como un insulto, o peor: como si para mí ser una persona sorda fuera algo malo...

Pero Joel me sonríe con los ojos brillantes. Juraría que hay ternura en su mirada.

—¿Tú? —Mary está atónita.

Él asiente.

—Por eso hablas tan alto y tan poco... —No sale de su asombro—. Y miras a la boca... Y yo

que creía que siempre tenía comida entre los dientes. —Se ríe.

«No controlo el volumen de mi voz y leo los labios», signa y me mira para que se lo interprete, pero se me ha revuelto el estómago, me levanto y me alejo. Necesito respirar...

Alguien me sujeta del brazo cuando alcanzo el paseo de South Bank y me da la vuelta. Es Joel.

«¿Qué te pasa?», me signa, serio.

Niego con la cabeza, soltándome, pero me sujeta de la mano y tira de mí hacia la barandilla de hierro, junto a la noria, cuyas farolas iluminan el paseo. Se apoya, de espaldas al río, cruzándose de brazos y clavando los ojos en mis labios.

—No sé qué decirte... —Se me forma un nudo en la garganta. Me esfuerzo sobremanera en que tenga mi cara visible, pero me cuesta mucho mirarle—. No he querido insultarte... Yo no... Lo... lo siento... —Me pongo a gesticular con rapidez—. No pasa nada si eres sordo, y si yo lo fuera..., pues tampoco pasaría nada... Es que Mary me ha puesto muy nerviosa y...

No sigo porque se incorpora, acorta la distancia y me toma de las mejillas, acariciándome con los pulgares. Su mirada brilla más que antes.

—No llores por mi culpa.

Suspiro entrecortadamente. Puedo oler su colonia, por primera vez, huele a algo más que a él y la mezcla me provoca una agitación en el vientre muy intensa. De fondo, la banda de música continúa homenajeando a The Beatles, pero no logro adivinar la canción, sus caricias me distraen.

Y hacen que mi corazón quiera escapar para sumergirse en el río y perderse entre las corrientes.

—Lo siento mucho...

Se aparta para sacar el móvil del bolsillo de su vaquero negro y escribir algo, que me muestra a continuación.

—No. —Tapo la pantalla—. Háblame con las manos. —Mis mejillas arden otra vez—. He practicado un poco más, yo sola.

«No lo sientas», me signa. «Ha sido divertido». Sonríe con travesura.

Intento no reírme al recordar lo que ha pasado con Mary, pero acabamos los dos haciéndolo.

«¿Puedo pedirte algo?», me signa de nuevo.

Asiento.

«Quiero que esta noche sea de primeras veces».

Frunzo el ceño, extrañada.

«Hacía diez años que no iba a un concierto», signa y señala con la cabeza los Jubilee Gardens.

—¿Cuál es tu grupo favorito?

—Coldplay.

Sonrío. No ha pensado la respuesta.

—Te pega más Imagine Dragons.

«También me gusta».

Sonreímos los dos.

«¿Me acompañas a un sitio?», signa y me tiende la mano.

Asiento, aceptando. Entrelazamos nuestros dedos y me guía hacia el césped.

—¿Os vais? —nos pregunta James, entregándole el monopatín.

«Sí —le signa Joel—, y cuidado con lo que vas a decir, ya sabe lengua de signos, y tu chica es su hermana».

Su amigo se echa a reír.

—¿Estás bien? —Julia se acerca a mí.

—Lo estará en cuanto se vayan de aquí —bromea Mary—. ¡Adiós, Joel!

—No hace falta que grites —le digo entre carcajadas ya—. Es sordo, por más que grites no te va a oír mejor. Actúa como hasta ahora, él leerá tus labios.

—Vale. —Se sonroja, sonriendo—. Lo siento.

Abrazo con fuerza a las dos.

—¡Adiós, chicos! —me despido de los demás.

—¡Adiós!

Joel vuelve a cogerme de la mano y nos dirigimos al metro. No sé adónde quiere que le acompañe, pero me da igual, su mano entrelazada a la mía se siente tan bien que el resto carece de importancia.

Media hora después, salimos a la calle y andamos hacia la Brixton Academy, una de las salas de conciertos más importantes del país. Estamos en el sur de Londres, donde no hay turistas; no es peligrosa esta zona, pero sí diferente de donde venimos.

A medida que rodeamos el edificio, escucho música *hardcore* cada vez más fuerte. Entreabro la boca al entrar, detrás de la academia, en una pista de *skate* muy grande, de color rosa, con grafitis, subidas y bajadas por las que practican varios chicos; la música proviene de unos potentes altavoces que hay en una esquina de la pista.

Continuamos hacia el extremo opuesto a los altavoces, siendo los protagonistas de muchas miradas curiosas, como si fuéramos forasteros. Nos sentamos en el suelo.

—Creía que preferías los altavoces —le comento cuando me mira.

«No los necesito contigo», me signa, guiñándome un ojo.

Vale... Me tiembla todo...

«Y sé que puede ser molesto para ti», añade.

—Gracias. —Sonrío, muy tímida.

Él me coloca el sombrero un poco hacia atrás y se toca la barba, sonriendo, como si le gustara lo que ve.

—¿Haces *skate* aquí? —le pregunto, a ver si consigo tranquilizarme cambiando de tema.

«Nunca lo he hecho a esta hora», me signa. «Vengo al amanecer».

—¿Por qué?

«Porque no hay nadie».

Frunzo el ceño, no lo entiendo.

«Me escondía, Jana», me aclara al entender mi gesto. «Llevo diez años escondido. No más».

—¿Por qué? —repito, fallándome la voz. En mi mente surge su ataque de pánico, la discusión entre James y él, lo que dijo...

«Por qué, ¿qué?», me signa.

—¿Por qué no quieres esconderte más?

Se encoge de hombros, sin perder la sonrisa.

«Es el momento», me dice con las manos.

No sé de qué momento me está hablando, pero mi pulso no se estabiliza.

«¿Un beso para desearme suerte?», me signa y se inclina.

Abro los ojos sobremanera y le empujo. Joel estalla en carcajadas.

«Qué fácil es ponerte colorada, niña miedosa».

—No me llames así. —Me bajo el sombrero.

Él lo levanta otra vez. Se incorpora y me signa:

«Necesitas verme bien. ¿Preparada?».

Apoya el monopatín en el suelo y sale disparado hacia el centro de la pista, sorteando con destreza a los *skaters* con los que se cruza.

No es difícil de imaginar que haya estado diez años escondido: por el accidente en el que murieron sus padres y su hermana; busqué la noticia en Internet esta tarde, cuando se marcharon James y Julia; estuve un rato llorando, sin poder mitigar las lágrimas.

Lo que no sé es por qué hoy ha decidido salir del escondite, pero ha querido que yo le acompañe, así que saco el móvil del bolso y le grabo. Las primeras veces merecen ser immortalizadas, por si nos volvemos a caer, este vídeo le recordará a Joel por qué tiene que levantarse otra vez.

Entonces, flexiona las piernas, presiona el pie de detrás, salta sobre un montículo, girando en una vuelta, y se desliza hasta bajar a la pista de nuevo con una destreza y habilidad increíbles. Apago el móvil, me pongo en pie de un salto, ¡ha sido genial!

Joel regresa a mí y se echa a reír al verme gritar como una loca.

«Sabes que no puedo oírte, ¿no?», me signa, respirando agitado por la adrenalina.

«Eres idiota». Frunzo el ceño, cruzándome de brazos.

Sus ojos sueltan chispas que van directas a estremecerme.

«¿Sabes otra cosa? —me signa de nuevo—, eres muy *sexy* cuando te picas».

«Yo no me pico», le respondo con las manos.

«Y me encanta verte hablando en lengua de signos. Mi superheroína cada vez es más... —ladea la cabeza— encantadora».

Por los *encantos* que me dibujó en el manga...

Sofocada, le quito el monopatín. Subo un pie y voy a impulsarme, pero Joel me sujeta de la cintura. Respiro de manera irregular por el calor que siento por sus manos. Temblorosa, me sujeto a sus hombros con un brazo, el otro lo extiendo para mantener el equilibrio. Camina junto a mí, empujándome con suavidad para que yo me deslice sobre el *skate*, alrededor de la pista. Le miro y le cuento:

—Me encantaba patinar.

Arquea las cejas, interrogante.

—Hace mucho que no lo hago. —Me esfuerzo en continuar mirándole, sin detenernos con el monopatín. Todavía me duele recordarlo—. Me caí haciendo un doble *flip*.

Joel frena, concentrado en mis labios.

—A mi hermana le estaba dando una sobrecarga sensorial mientras hacía mi coreografía, me desconcentré al ver a mis padres salir corriendo del auditorio con ella, y apoyé mal el pie. Era la primera vez que Julia venía a verme competir, fue demasiado para ella. —Me bajo al suelo y me siento en un bordillo. Me quito la zapatilla derecha y le muestro la cara interna del pie, donde está la cicatriz; en el centro de esta, mi tatuaje—. Tu superheroína —sonríó con tristeza— no tiene tantos encantos ya. Por eso soy un poco torpe a veces.

«Mi superheroína es perfecta, solo tiene que creérselo», me signa despacio.

Y yo... Yo me olvido de respirar en cuanto sus dedos rozan mi tatuaje.

Capítulo 20

Joel

Me siento eufórico el lunes al llegar a la editorial.

Una vibración en mis oídos me pone alerta en cuanto entro en el ascensor, lleno de gente. Descubro a Jana al fondo. Todos, observándome de manera extraña, me hacen hueco hasta ella.

Sonriendo con timidez, me saluda con la mano. Le devuelvo el signo. Tiro de una de sus trenzas de raíz y me acaricio la barbilla, sonriendo como un niño travieso porque no sabe lo que estoy haciendo, algo que no puedo evitar. Quiero gritarle lo guapa que es para que empiece a creérselo.

«¿Qué tal tu fin de semana?», le signo.

«No ha estado mal —su sonrisa se amplía—, ¿y el tuyo?».

«No ha estado mal».

Ha sido jodidamente bueno. El sábado no nos marchamos de la pista de *skate* hasta las tres de la madrugada, y porque estábamos muertos de hambre, si no, hubiéramos seguido allí, ella aprendiendo *skate*. Y qué *sexy* estaba subida en mi tabla...

Amanecía cuando la acompañé a su casa y nos despedimos con un beso en la mejilla que hoy todavía siento en la piel. El domingo me desperté tan inspirado que estuve todo el día dibujando a mi superheroína favorita.

El ascensor se va despejando hasta quedarnos solos. Me apoyo en la pared de espejo que tengo detrás y la miro. Ella arquea las cejas.

«Solo te miro», respondo signando a su muda pregunta.

Se ruboriza.

—¿Tienes reunión con James?

—No.

—¿Y por qué subes hasta la última planta?

El ascensor se va deteniendo lentamente.

«Porque quería acompañarte», le signo.

Entreabre la boca formando un «oh» adorable.

—¡Qué bien! —exclama James, frente a nosotros—. Justo iba a buscarte —me dice—. Por cierto, Dylan quiere hablar contigo, me ha preguntado por ti hace un momento.

Salimos del ascensor y nos dirigimos a su despacho.

Jana se quita la cazadora para mostrar uno de mis conjuntos favoritos: el vaquero corto y deshilachado, la camiseta blanca ajustada y la camisa de cuadros atada en la cintura, a juego con sus zapatillas sin cordones.

Haley irrumpe de pronto. Es tan brusca la ráfaga de aire que tengo que abrir las piernas para estabilizarme.

—¿Reunión de los marginados? —Me sonrío con malicia—. Solo falta Julia.

Confirmado: ya lo sabe todo el mundo, por eso me miraban raro en el ascensor.

Jana clava los ojos en mí, alarmada, pero niego con la cabeza, sonriendo. Me he quitado un peso de encima, la verdad, y todo gracias a ella.

—Fuera de aquí, Haley. —A James se le ensombrece el semblante, apretando la mandíbula—. Y es la última vez que faltas al respeto a cualquiera de ellos.

—Vengo por trabajo, no para tomarme un café que me dure toda la mañana —ladea la cabeza hacia Jana—, así yo también soy becario de James.

Gruño, y parece que he sido muy sonoro porque Haley entorna la mirada hacia mí.

—Qué calladito te lo tenías —me dice—, nunca mejor dicho. —Lanza una carpeta a la mesa y la señala—. Repite las promos y que sean totalmente opuestas a esta basura.

Me acerco y abro la carpeta. Son las promos que diseñé para la novela de Julia. Como James no me puso ninguna pega, estoy haciendo más, por si acaso, pero se me acaban de quitar las ganas.

Niego con la cabeza.

—Tú solo eres un trabajador más en plantilla, algo de lo que no se me ha informado —me asesina con la mirada—, y vas a diseñar unas promos nuevas.

—No —contesta James—. Son perfectas para la novela.

—Son igual de infantiles y estúpidas que la autora, si es que se le puede llamar así...

—Cuidado con lo que dices —sentencia Jana, cerrando las manos en dos puños.

—Qué miedo —se burla Haley—. Si queremos vender esa historia, supuestamente adulta —levanta la mano para acallar a Jana, que iba a contestarle otra vez—, las promos deben ser adultas. ¿Quién anuncia una novela con dibujos? —Hace una mueca—. Ni hablar.

—No son dibujos infantiles, y no lo entiendes porque no te la has leído. Da igual lo que digas —suspira James.

—Por desgracia para ti, no da igual. Soy la editora jefa, te guste o no, y se necesita mi beneplácito para publicar cualquier cosa en la editorial, también te guste o no. —Señala la carpeta de nuevo—. Esto es un fracaso desde antes de empezar.

—Y la última palabra la tengo yo —zanja él, cabreado—. Basta ya. Eres agotadora.

—Joel —me mira ella—, repítelo todo, incluida la portada. —Y añade hacia James—: No me obligues a iniciar una guerra. Fuera de la editorial, haz lo que te dé la gana, pero dentro somos dos. Y lo mismo sucede con esa colección estúpida que estás empeñado en sacar. —Y se marcha, airada.

«¿Una guerra?», pregunto.

—Ignoradla. —Se revuelve el pelo—. Disfruta siendo una verdadera zorra.

«Sería todo más fácil si no estuviera en la editorial», signo.

James respira hondo.

—Jana, empecemos. —Saca una carpeta de un cajón del escritorio—. Son currículums de escritores que quieren publicar con nosotros. Échales un vistazo y comprueba datos. Separa los que más te gusten y, cuando acabes, los vemos.

—Voy a la sala de reuniones.

—Necesitas una mesa para ti, perdona, siempre se me olvida.

—Tranquilo. —Le sonrío y se marcha, diciéndome «adiós» con la mano.

—Bien. —James me mira, sonriendo—. ¿Algo que quieras contarme?

«Algo como, ¿qué?», le signo.

—Algo como que Jana y tú estáis juntos. —Arquea las cejas varias veces seguidas, divertido.

«No estamos juntos». Sonrío.

—Como Jana y tú os fuisteis de la feria, y el viernes os vieron marchándoos de aquí cogidos de la mano...

«Me ayudó a espantar a Cadence, y sabes que lo que piensen los demás de mí me da igual».

—Ya, pero en los rumores incluyen a Jana, no estás solo en esto.

«¿Están prohibidas las relaciones entre empleados en la editorial?». Me mosqueo ya.

—No.

«¿Y cuál es el problema?».

—No quiero que juegues con Jana. —Se pone serio.

«Me conoces», signo, frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero me quedo más tranquilo si te lo digo. Es buena persona y...

«... es la hermana de tu chica».

—Suená bien... —murmura, sonriendo distraído—. Mi chica. Suená muy bien.

Suelto una carcajada.

«Menuda cara de idiota», le signo.

—Pues anda que la tuya...

Nos reímos.

«¿Querías verme por esto?», le pregunto con las manos.

—Quería pedirte un favor. ¿Podrías cuidar de Jana el fin de semana?

Enarco una ceja, sonriendo.

—No me refiero a cuidarla como si fuera una niña —se sonroja, gesticulando con rapidez—, es que quiero invitar a Julia a Bibury y no quiero que tenga excusa para negarse, y lo que la retendría sería su hermana en una noche de tormenta. Hay tormenta el fin de semana.

«Están muy unidas». Asiento, pero enseguida le miro interrogante.

—Tiene pánico a la oscuridad, y el viernes hubo un apagón en Little Venice —me aclara.

«Y en Camden». Vuelvo a asentir y añado: «No te preocupes por Jana. De todas formas, tengo planes con ella, pero todavía no lo sabe».

—¿Planes como hacer *skate* a una hora decente y con la pista llena de gente?

Me encojo de hombros y le signo: «Por ejemplo».

Se acerca y extiende el puño. Se lo choco, sintiendo una emoción muy intensa al ver el orgullo en sus ojos brillantes.

«Es como si me hubiera quitado un nudo del pecho, como... —mis ojos se pierden en el infinito, recordando la adrenalina que experimenté cuando me lancé a la pista sin miedo— como si me hubiera liberado».

—Jana le enseñó un vídeo a Julia y me lo contó.

«¿Quedasteis ayer también?», le pregunto, sonriendo.

—Quiero verla todos los días, aunque sea poco tiempo. —Arruga la frente—. Ayer asistí a una presentación de un posible autor para nosotros, acabé tarde y Julia estaba muy cansada cuando me acerqué a su casa. —Sonríe—. Mereció la pena esa media hora.

«¿Pudisteis respirar?», bromeo. «El sábado cuando llegué a la feria tenías la lengua en su campanilla y ella parecía encantada. Disteis un buen espectáculo».

Se pone muy colorado, dándome un puñetazo en el brazo que me hace reír con ganas.

—Ya te gustaría a ti no poder respirar con Jana, lo niegues todo lo que quieras.

«No sé de qué me hablas».

—Dios... —Se pasa las manos por la cara—. Es que Julia besa tan bien...

«No quiero detalles, gracias», me burlo.

—Perdona. —Se sonroja otra vez.

Niego con la cabeza, rodeando sus hombros.

«Me alegro mucho por ti».

—¿Qué tendrán estas hermanas? —suspira, sonriéndome con intención.

No lo sé, pero son especiales, eso está claro.

Me doy la vuelta, pero, antes de marcharme, las luces se encienden y se apagan. Miro a

James.

—¿Qué sentiste?

«Por primera vez desde el accidente, no tuve miedo a nada», le contesto, despacio.

—Gracias a Jana.

Sonreímos.

Salgo del despacho y me acerco a la sala de reuniones. Me apoyo en el marco de la puerta abierta y miro a Jana, mordiéndome el labio. Está muy concentrada leyendo los currículums, de perfil a mí, retorciéndose el final de una de las trenzas entre los dedos, con las piernas cruzadas y agitando el pie derecho en el aire, el del tatuaje. Tiene unos auriculares inalámbricos de color negros, iguales que los míos, y comienza a mover los hombros, así que está escuchando música, por eso no se ha dado cuenta de mi presencia.

Voy al despacho de James y le robo un folio y un boli. Regreso al pasillo y escribo: «Tengo una sorpresa para ti, pero hasta el viernes no te la daré». Hago un avión de papel y lo lanzo hacia Jana, escondiéndome para que no me vea, pero me asomo un poco para no perderla de vista.

Da un respingo. Lo coge y lo desdobra. Sonríe. La veo escribir, hacer una pelota y arrojarla al pasillo.

«Espero que la sorpresa sea que me enseñes a saltar con la tabla de *skate*», leo.

Me acerco a ella para sentarme a su lado.

«Antes de correr, hay que aprender a andar, niña impaciente», le signo.

—No me llames así. —Pero no frunce el ceño.

Tampoco se quita los auriculares, pero sí apaga la música en el móvil.

«Coldplay», le signo de nuevo.

«No eres el único con buen gusto musical», me responde.

Una intensa vibración recorre todo mi cuerpo, no solo mis oídos. Cada vez que me habla en lengua de signos, el suelo se abre a mis pies, pero para impulsarme hacia las alturas con una fuerza sobrenatural, como cuando eres niño, te pones una capa y crees que puedes volar. Es una sensación que nunca quieres que acabe y no te importa que no sea real.

Mueve las manos despacio y concentrada en hacerlo bien, pero ya ha aprendido rápido:

«¿Y bien?».

Sonrío, inclinándome hacia ella con los codos en la mesa. Un rubor adorable colorea su rostro. Se toca las trenzas, nerviosa.

«Ya lo descubrirás, pero todavía no estás lista para aprender a saltar», le signo, levantándome. «Por cierto —continúo—, eres mía todo el fin de semana».

El rubor se hace más intenso. La tomaría de las mejillas ahora mismo y chuparía sus labios uno a uno, lentamente, hasta que me suplicara que continuara por el resto de su cuerpo.

«¿Te acompaño luego a casa?», le sugiero.

Asiente tan tímida que mi autocontrol se agrieta.

Me marcho con rapidez. En cuanto se cierran las puertas del ascensor, suelto el aire que estaba reteniendo.

De camino a mi mesa de trabajo, mis compañeros, todos, y Cadence desde la puerta de su despacho, analizan cada uno de mis movimientos. ¿En serio? ¿Ahora soy un extraterrestre?

Y como estoy de perfil a la cocina, cada vez que alguien va a comer algo allí o a tomarse un café, me miran y parece que cuchichean. Sabía que esto pasaría. No me importa, la verdad, es normal que tengan curiosidad. El problema es que soy el foco de atención durante todo el puto día. A las seis de la tarde suspiro con fuerza, aliviado porque ha terminado la jornada laboral, una muy incómoda jornada laboral.

Voy a buscar a Jana, una planta más arriba, pero su mesa está vacía.

—No está —me dice Haley, de pie frente a mí—. ¿Y las promos que te pedí?

Me encojo de hombros con indiferencia.

—Mira, Joel —sonríe con frialdad—, me da igual que seas el mejor amigo de James, trabajas aquí y tienes que pasar por mí antes que por él. Si no quieres prescindir de tu sueldo, mañana a primera hora me darás las nuevas promos de la novela de esa loca. Y si tienes que quedarte trabajando toda la noche, problema tuyo, no mío, que soy tu jefa.

«¿Cómo puedes ser tan zorra?», le signo, pero como no sabe interpretarme, se pone nerviosa.

—A mí háblame normal —se defiende, entornando la mirada.

«Esta es mi normalidad», vuelvo a signar, sin alterarme lo más mínimo.

—Joel, que me hables. —Se toca la boca—. Hablar. H. A. B. L. A. R.

Arqueo una ceja, provocando que chille de frustración. Qué fácil es irritarla.

—Yo sé lengua de signos —dice uno de los editores *juniors*, apareciendo en mi campo de visión.

Le conozco. No recuerdo su nombre, no se relaciona con nadie y tampoco ha salido nunca con gente del trabajo, pero sé que está coladito por Mary, todos lo sabemos, incluida ella. Es moreno, de ojos oscuros, con gafas, alto y delgado. Lleva unos pantalones grises igual que los que usa mi abuelo, una camisa por dentro que parece de los años cincuenta y una americana. Aburrido, no me extraña que Mary le ignore, este tío necesita sacarse la camisa de los pantalones y comprarse unos acordes a su edad, y también a su altura. No obstante, ya me cae bien solo por saber lengua de signos.

«Despídeme si quieres, pero las promos son las que son». El editor le interpreta lo que voy signando. «Y por mucho que haya que pasar por ti, el director editorial es James».

Avanza para rodearme, pero la freno interponiéndome en su camino.

«¿No te cansas?», inquiero. «¿Por qué eres así con él?».

—No me extraña que os llevéis tan bien —bufa—. Sois unos marginados los dos.

¿Está enfadada? Genial, yo ya estoy cabreado.

«Lo ha pasado muy mal los últimos dos años, lo sabes, Haley, él te contó lo que le hizo Ivy», le increpo. «Te dejó al mando, confió en ti y has convertido la editorial en una del montón. Pues un manuscrito ha logrado sacarle de ese bucle y gracias a ese manuscrito se está esforzando en arreglar tu error. Eres rica, Haley, y eso sumado a lo que él pagaría por comprar tu parte, te puedes montar tu propia editorial, y ya de paso dejar en paz a James y publicar tú lo que te dé la puta gana, los dos felices, tú y él». Resoplo y continúo: «Pero no lo harás porque disfrutas haciéndole daño a los demás». Me acerco a ella. «La gente como tú pisotea cuando la miran y se hunde en su propia mierda cuando no la miran».

—¡Yo no me hundo en mi propia mierda, retrasado! —me ataca, llena de rabia—. ¡Tengo una vida perfecta!

«¿Y por qué la heredera de los Davies se fue a vivir con sus abuelos a los dieciocho años?».

Fue algo muy sonado que hoy todavía la prensa sensacionalista sigue sacando a la luz.

«Y que yo sepa —añado—, solo ves a tu madre en las reuniones trimestrales que hacéis con James y Astrid. ¿Y tu padre?».

Diana: se le ha cruzado el semblante. A ver si esto consigue que nos deje a todos en paz, aunque sea unos días.

Capítulo 21

Julia

—¡Hola! —exclamo, corriendo hacia el coche de James, que acaba de parar en doble fila frente a mi portal. Estoy tan ansiosa por ir a Bibury que he bajado a la calle para esperarle.

Él se ríe, saliendo para ayudarme con mi equipaje y abrirme la puerta del copiloto.

—¿Hace mucho que bajaste?

—Treinta y siete minutos. —Me pongo el cinturón.

Entreabre la boca, sorprendido. Se sienta frente al volante y se incorpora a la calzada.

—Los nervios fueron superiores a mí —le aclaro—, y llegas diez minutos tarde.

—Lo siento, los viernes a esta hora hay mucho tráfico. La gente aprovecha, sobre todo en verano, para ir a sus residencias de fuera de la ciudad.

—Como nosotros. —Mi sonrisa es enorme, y no paro de abrir y cerrar las manos.

James toma una mía y la besa, pero me suelto enseguida, necesita las suyas frente al volante.

—¿Qué tal ha ido hoy en la editorial? —me intereso.

—Muy tranquilo. —No sonrío.

—Desde el martes, me respondes lo mismo, pero no pareces feliz por ello. —Frunzo el ceño.

—Es que no sé cómo tomarme que Haley esté tan callada desde el martes.

—Eso es bueno.

—No, que Haley no grite no es bueno. La conozco desde que éramos pequeños. Cuando no se la oía, estaba organizando algún lío.

—¿Tú la... quieres? —Entorno la mirada, intentando entender su relación con ella—. ¿Es importante para ti?

—No. —Suspira—. No quiero que le pase nada malo, pero si a partir de mañana no vuelvo a verla, me alegraría. Haley no es buena persona, Julia, es superficial, egocéntrica, prepotente, elitista, mentirosa, interesada, falsa, caprichosa, fría... —Se pone muy serio al añadir—: Y si tiene que hacerte daño para lograr algo, te lo va a hacer.

—¿Te hizo *bullying* en el colegio? —le pregunto con suavidad.

—Ella, directamente, no, pero se reía cuando sus amigos me lo hacían, y nunca me defendió.

—¿Sabe lo de tus cicatrices? —Trago saliva.

—Fue Haley quien me encontró.

—¿Cuándo...? —Agacho la cabeza—. Perdona. Soy demasiado curiosa.

—No pasa nada. —Sonríe otra vez—. Quiero que lo sepas, pregunta todo lo que quieras. —Respira hondo y comienza—: Fue el día de mi graduación. Estudiamos en el mismo colegio, desde los tres años hasta los dieciocho. A mí me encantaba leer y estudiar, así que desde pequeño se metían conmigo. En secundaria, ya no les valía insultarme o darme algún empujón por los pasillos: me vaciaban la taquilla para llenarla de comida podrida, me rompían los libros, me metían la cabeza en el váter después de que alguno de ellos... orinase —añade con delicadeza.

Contengo el aliento. Nunca viví nada de esto, pero mamá y papá tenían mucho miedo de que me hicieran *bullying* por mi condición. Fui afortunada, James no...

—Un día gané a uno de ellos en la clase de esgrima —continúa—. Cuando el profesor se marchó, me arrastraron a los vestuarios, me desnudaron a la fuerza y me grabaron en vídeo

mientras me pegaban en las duchas. —Se toca la diminuta cicatriz de la nariz.

Me tapo la boca, horrorizada.

—Con eso ya no pude más —confiesa, conduciendo tranquilo. Creo que hemos salido ya de Londres, pero no puedo dejar de mirar a James—. Todo el colegio vio ese vídeo, todo el mundo se reía de mí cuando se cruzaba conmigo... Empecé a faltar a clase, dejé de estudiar, no dormía, vivía con miedo y recibía amenazas diarias al móvil.

—¿Tenían tu número?

—Lo tenía Haley. A quien gané en esgrima fue a su novio, Charlie Thomson, un controlador que la manipulaba lo que le daba la gana, y ella se dejaba por amor.

—Eso no es excusa. —Me tiembla todo el cuerpo.

—No, no lo es. —Me mira un segundo—. Cuando alguien saca lo peor de ti, tienes que cortar y empezar de nuevo o termina destruyéndote. —Chasquea la lengua—. Haley no estaba bien en su casa, nunca lo estuvo, su madre es buena persona, pero su padre la maltrataba psicológicamente desde que era pequeña. Tenía las dos opciones: aguantar, como su madre, o atacar, como su padre. Cualquiera de las dos es una mala opción: el amor no es aguantar, el amor es entrega, compromiso, confianza, lealtad... El amor te inspira a ser buena persona, y debería ser recíproco. Si hace daño, es que no es amor.

—¿Crees que por eso ella es así de mala?

—Lo que creo es que nunca tuvo un buen ejemplo. Y por eso, cuando terminó el colegio y cumplió la mayoría de edad, se mudó con sus abuelos, pero ya era tarde: ellos eran muy mayores y ella tenía un bloque de hormigón como corazón. Sus abuelos, que sí la querían mucho y sabían el maltrato de su hijo para con su nieta, aunque nunca hicieron nada ni se enfrentaron al padre de Haley, la nombraron única heredera en el testamento.

—Podía haber montado su propia editorial —murmuro, pensativa.

—Pero eligió suceder a su madre en McArthur Publishing House.

—¿Por qué?

—Porque es cobarde y muy insegura.

—Papá dice eso de los que hacen daño gratuito.

—Tu padre tiene razón. —Asiente.

—¿Y qué pasó después de que empezaras a faltar a clase?

—Una semana más tarde, llamaron a mis padres; era un colegio muy estricto con la asistencia. No quería que se sintieran mal por mi culpa, así que me tragué el miedo y volví a clase, pero el día de la graduación, el novio de Haley y dos amigos suyos me encerraron en los vestuarios otra vez, después de la clausura, querían despedirse de mí.

—¿Te pegaron otra vez?

—Me obligaron a arrodillarme y a... —Traga saliva.

—... hacer cosas malas —adivino, en un susurro ahogado.

—Sí.

—¿Lo...? —Siento una presión muy fuerte en el pecho, no puedo terminar la frase...

—No dio tiempo, un profesor nos pilló y los echó de allí. Le pedí que me dejara un momento solo, necesitaba respirar, pero no quería estar solo para respirar. —Su mirada al frente está llena de recuerdos muy dolorosos, puedo sentirlos...—. Algunas baldosas de las paredes estaban rotas, cogí una y me rajé las muñecas. Haley me estaba buscando porque su familia y la mía eran íntimas e íbamos a celebrar la graduación juntos y ya nos marchábamos al restaurante. Estaba casi inconsciente cuando me encontré.

Entonces, James se mete en una salida de la carretera y detiene el coche en el arcén. Se quita

el cinturón, me quita el mío y me atrae hacia él, acunándome entre sus brazos. Estaba sollozando sin darme cuenta...

—Ya está, preciosa —me susurra, acariciándome la espalda con mucho cariño.

—¡Fue horrible lo que te hicieron! —Me clavo las uñas en las palmas de las manos, temblando.

—Pero ya pasó. —Me besa en el pelo.

—¡No es justo, eres tan bueno...!

—La vida no siempre es justa, pero a veces —me toma de las mejillas para que le mire, está sonriendo— alguien muy especial se cruza en tu camino y todo lo malo que has vivido deja de doler. Cuando te enseñé las cicatrices, dejé de sentir vergüenza por ellas. Julia —me da un beso muy tierno en los labios—, es una parte de mi vida que nunca voy a olvidar, y quería contártelo, pero no para hacerte sentir mal, sino porque quiero que lo sepas todo de mí, porque quiero empezar de cero contigo, quiero descubrir la otra cara de la vida, esa que, gracias a ti, promete ser maravillosa.

—¡Oh, James! —Le abrazo con fuerza—. ¡Te mereces todo lo mejor del mundo!

Su sonrisa es tan bonita que le beso en los labios, queriendo guardarla para siempre dentro de mí.

—¿Los has visto alguna vez después de la graduación? —le pregunto, secándome la cara con las manos, él no me suelta.

—No. Se mueven en el círculo de Haley y yo no salgo donde sale ella. —Se ríe—. No salgo, directamente.

—Sí sales —sonríe—, estuvimos en la feria de los Jubilee Gardens.

—Salgo contigo. —Su voz se convierte en un susurro ronco—. E iré adonde tú quieras ir. —Se echa hacia atrás, serio—. ¿Voy muy rápido?

—No te entiendo. —Frunzo el ceño.

—Con nosotros. ¿Voy muy rápido? Vamos a pasar el fin de semana juntos.

—No sé qué es ir rápido en una relación. —Me encojo de hombros—. Lo único que sé es que me gusta estar contigo. Y quiero pasar el fin de semana juntos. —Sonríe, encantada con el plan—. Es un cambio en mi rutina, me da miedo y, a la vez, estoy ansiosa. Me cuesta poco adaptarme a los cambios, siempre y cuando pueda saber lo que va a ocurrir.

—Soy un poco despistado, pero me esforzaré en ir un paso por delante por ti.

—Despistado y desordenado. —Señalo los asientos traseros, con carpetas gruesas en desorden.

—También. —Se ríe, revolviéndose el pelo.

—Estoy acostumbrada, vivo con Jana. —Se lo peino con los dedos, disfrutando de lo suave y abundante que es—. Y no quiero que te esfuerces. —Niego con la cabeza—. Quiero que sigas siendo tú: despistado y desordenado. —Le acaricio la cara, incapaz de dejar de tocarle—. ¿Nos vamos ya? Estoy deseando ver las primeras ediciones que tienes en tu casa de Bibury.

No me contesta, se queda mirándome sin dejar de sonreír, pero no es una sonrisa divertida, me provoca cosquillas por todo el cuerpo.

—Quieres algo —murmuro, pensativa.

—Sí. —Sus ojos descienden a mi boca.

—Un beso.

Asiente, inclinándose. Mis labios se entregan a los suyos a mitad de camino. Nuestras manos se enredan en el pelo del otro y nuestras bocas se abren para que nuestras lenguas se muevan juntas despacio, muy despacio... Oh, cielos... Gimo, arqueándome hacia él, pero el coche es muy

incómodo y me clavo el cambio automático.

—Vámonos —anuncia, con la voz ronca.

Los siguientes minutos de trayecto los hacemos en silencio. No sé si James está callado por el mismo motivo que yo: necesito besarle más y no es ni el momento ni el lugar. Nerviosa, empiezo a abrir y cerrar las manos, removiéndome en el asiento. Él, entonces, me tiende un cable conectado al coche.

—¿Te apetece un poco de música? Queda una hora todavía de camino.

Sonrío. Conecto mi móvil y busco una lista de reproducción. Comienza a sonar *You can't hurry love*, de Phil Collins, y me pongo a cantar, me la sé de memoria. Después de esa canción suena otra. Y otra más. Y otra. Las canto todas y James no se queja, sino que me mira de vez en cuando siempre sonriéndome. Parece que con él no necesito ponerme auriculares a todo volumen y encerrarme sola en casa para sentirme bien al hacer algo que me encanta. Estaría un buen rato a diario cantando bien alto, pero eso no le gusta a todo el mundo, mucho menos a los vecinos, les molestaría, a mí me relaja, me ayuda a autorregularme y disfruto haciéndolo.

—La música es el mejor invento del mundo —le digo, feliz.

—Después del chocolate.

—Cierto.

Nos reímos.

Entonces, se detiene la música porque alguien le llama. Descuelga desde el manos libres.

—Hola, Kora.

—¡Ya era hora! —exclama ella al otro lado de la línea—. No sé cuántas veces he llamado a mi hermano las últimas dos semanas...

—Lo siento. En agosto cerramos la editorial y el mes de julio es el más estresante.

—Estamos en casa de papá y mamá, vente a cenar.

—Voy de camino a Bibury.

—Pues mañana.

—Tengo el fin de semana completo. —Carraspea.

—Completo.

—Sí.

—¿Y el domingo?

Me mira y dice:

—Tampoco creo que pueda.

Mi sonrisa es enorme, abro y cierro las manos, controlándome para no brincar en el asiento. Él me guiña un ojo.

—Vale... —contesta Kora, y añade a gritos—: ¡Mamá, James por fin está saliendo con alguien! —Y suelta un chillido de alegría—. Por favor, dime que esta vez no es una relación tóxica y clandestina...

—¡Kora! —Se sonroja—. No es una relación tóxica y clandestina. —Me mira de nuevo y añade—: No he conocido a nadie tan especial como ella.

—¡Oh, Dios mío!

Las cosquillas en mi cuerpo son tan intensas que aprieto mis piernas. Él se fija en el gesto y aprieta las manos en el volante.

—Tengo que dejarte, voy con ella en el coche —le dice a Kora.

—¡Uy! ¡Perdona! No sé ni cómo te llamas, pero si mi hermano está tan ilusionado contigo, ya estamos encantados de conocerte.

—¡Kora! —se queja James.

—Para mí también es un placer —le digo.

—¡Ay, me encanta su voz, James!

—Se acabó, Kora —zanja él, abochornado—, te llamo la semana que viene. Dales un beso a todos. —Y cuélgala—. Lo siento.

—No pasa nada. —Le sonrío—. Me gustaría conocer a tu familia.

—¿De verdad?

—¿Por qué no? Es tu familia, igual que los antisociales, porque la familia es de sangre y corazón, todos son muy importantes para ti, claro que quiero conocerlos a todos.

—Joder, Julia... —Suspira con fuerza.

—¿Qué pasa? —me preocupo.

—¿Dónde has estado toda mi vida? —me susurra.

No entiendo su pregunta, pero a mi cuerpo le gusta porque las cosquillas ahora mismo no me dejan respirar...

La música nos acompaña el resto del viaje, pero ya no canto, los campos verdes de la campiña inglesa roban mi atención. Es un paisaje tan bonito... y tan perfecto, todo son cuadrados de distintas tonalidades del verde, algunos a rayas, otros lisos. Y gracias al contraste con el cielo encapotado y gris, la imagen es extraordinaria. Saco el móvil y hago fotos a través de la ventanilla. Se las mando a Jana y a mis padres al grupo de chat que tenemos los cuatro. Las dos me desean un feliz finde; papá, en cambio, me pide que le llame si me siento incómoda o nerviosa, sin importar la hora.

Pocos minutos después, entramos en el pueblo de Bibury, del que dicen que tiene la calle más bonita de Inglaterra, Arlington Road. No obstante, en lugar de meternos de lleno en el pueblo, James callejea entre los preciosos *cottages* que visten Bibury, rodeándolo. Se detiene frente a una verja alta y negra que cerca una pequeña propiedad, en el centro de un jardín muy cuidado, con flores alrededor y un paseo de piedra desde la verja hasta la casa, de tejado oscuro y triangular y ladrillo claro. ¡Qué bonito!

Aparcamos a la izquierda de la casa, en un porche techado. No lo aguanto más y salgo del coche antes de que apague el motor. Salto sobre mis pies. Me da la sensación de que estoy en una película de Jane Austen. ¡Es maravilloso! Hace un poco de frío y está chispeando, pero me da igual.

James, haciéndose cargo de su maleta y la mía, me indica que le siga hacia la puerta principal.

—Hemos llegado justo a tiempo —me dice al entrar en el *cottage*.

De repente, comienza a llover fuerte, pero el sonido se difumina en mis oídos al ver una chimenea encendida frente a nosotros. Me acerco y me quedo embobada con el fuego.

—Un matrimonio mayor cuida de la casa una vez a la semana —me cuenta—. Antes de ir a recogerte, les llamé para que encendieran la chimenea.

Giro sobre mí misma lentamente para admirar la decoración: madera oscura, mantas verdes, cojines rojizos, sillones marrones, alfombras mullidas... La cocina, antigua, está a la izquierda del salón, y es abierta, aunque hay un pasillo invisible entre ambas estancias que conduce a la escalera de piedra por la que se sube a la segunda y última planta, según me explica James. A la derecha de la chimenea, caminamos por un pasillo y nos topamos con dos puertas que corresponden a dos dormitorios, pequeños de tamaño, pero muy cálidos, me roban una sonrisa, sobre todo el de la izquierda, cuya ventana ofrece las vistas de la parte trasera del jardín. Huele a él... ¡Acabo de llegar y no quiero que llegue el domingo!

Y lo entiendo, lo que me dijo en el coche, porque dónde ha estado James toda mi vida...

Capítulo 22

James

Le enseñé la biblioteca hace unos minutos, en la otra planta, y, sencillamente, se perdió entre libros. Estoy calentando la cena que Katherine nos ha dejado en la nevera, pastel de carne y puré de patatas; le pregunté a Julia qué comidas le gustaban cuando le propuse pasar el fin de semana en Bibury. Es tarde, debe de estar hambrienta, pero no baja. Preparo todo en la mesa que hay junto a la ventana que da a la fachada, a la izquierda de la cocina, y subo a buscarla.

Es un piso abuhardillado con vigas de madera, ventanas de techo y estanterías de madera ocupando las paredes al completo, llenas de primeras ediciones que me ha costado años conseguir. En el centro, donde hay una alfombra enorme y mullida, un sofá cama oscuro y una pequeña mesa a juego con una lamparita, está Julia sentada con las piernas flexionadas, frente a mí, con una sonrisa preciosa en la cara, los ojos brillantes y contemplando los libros.

Me siento, sonriendo.

—No saldría de aquí —me dice en voz baja—. Es impresionante. Si mamá viera esto... —Suspira, feliz.

Para cualquiera que no es amante de la lectura, esta habitación podría ser normal y corriente, pero para alguien como ella o yo, es un rincón muy especial, donde se respiran historias de cualquier género, ambientadas en cualquier lugar y dispuestas para ser devoradas. Supuse que le encantaría, así que le pedí a Katherine que encendiera también esta chimenea al fondo.

—A mediados de agosto —le digo—, hay una feria de libros antiguos en St. Yves que dura una semana —me pongo nervioso—, ¿te gustaría ir conmigo? Voy todos los años.

Se le borra la sonrisa.

—En agosto estaré en España.

«Eh... Espera...».

—¿No vas a estar aquí en todo el mes?

—No lo sé seguro todavía, no he vuelto a hablarlo con Jana. El alquiler del ático está pagado, pero papá cierra el restaurante en agosto y todos los veranos nos vamos a casa de la tía Carolina. Vive en Altea, un pueblo costero de Alicante, en el Mediterráneo. —Sonríe de nuevo, con ilusión.

—Suenas muy bien. —Me esfuerzo en sonreír.

—No suena. —Frunce el ceño.

Ahora sí sonrío sin esfuerzo.

—Tiene muy buena pinta tu mes de agosto —le aclaro.

—Sí.

—Entonces, ¿en agosto no nos veremos? —me atrevo a preguntar.

—Tengo que hablar con Jana. —Duda, mirándome—. A lo mejor no quiere ir todo el mes.

—¿Y tú?

—Es la única vez al año que veo a mis tíos y mis primos. —Arruga la frente—. Ah, no, en noviembre vendrán a Londres. —Mira alrededor y vuelve a clavar los ojos en mí—. Podría ir contigo a la feria de St. Yves.

—¿Quieres ir?

—¿Por qué me haces tantas preguntas? —Se retuerce las manos en el regazo.

—Perdona. —La tomo de las manos, acariciándoselas. Ella suspira de manera entrecortada —. Jana es tu hermana —le digo con delicadeza—, pero con quien quiero estar es contigo, por eso la opinión que me importa es la tuya.

—Pues... es lo que hacemos todos los años. Me encanta ir a Altea.

Captado.

«¿Qué esperabas?, ¿campanas de boda a la semana de empezar a salir juntos?».

La suelto y me levanto.

—La cena ya está lista, ¿vamos? —Le indico la escalera y descendemos.

Bajamos en silencio. De repente, el silencio es pesado, demasiado.

Nos acomodamos en la mesa, pero yo solo doy un bocado a mi trozo de pastel, se me ha cerrado el estómago.

—James. —No me mira, está rodando el tenedor en su trozo, despacio—. ¿Qué he dicho para que estés como en la noria?

—Nada malo.

—¿Seguro?

Estoy callado unos segundos, hasta que me mira. Hay mucha incertidumbre en sus ojos.

—Este fin de semana es un cambio en tu rutina —comienzo—. A lo mejor podrías hacer también un cambio en tu rutina de agosto.

—Puedo ir contigo a la feria.

—Yo quiero que lo hagas, pero porque te apetezca estar conmigo compartiendo algo juntos —le susurro, me tiembla la voz—, no que «puedas ir, sino que «quieras ir». —Bebo un poco de agua, tengo la garganta seca.

Ella se incorpora y se acerca a mí, con la cabeza agachada. Parece una niña pequeña perdida... por mi culpa. Echo la silla hacia atrás y la tomo de las manos para que se siente en mis piernas.

—Te estoy agobiando —afirmo, sintiéndome fatal.

—No me agobias tú, me agobia el hecho de no saber —me habla muy bajo.

—A mí no me hace falta que sepas nada, solo que disfrutes conmigo, que te sientas siempre bien, que quieras estar conmigo y...

—Quiero estar contigo —me interrumpe, mirándome a los ojos—. Pero no sé nada de relaciones, tampoco entiendo por qué siento estas cosquillas tan diferentes cuando me tocas o me besas, o lo poco que me gusta despedirme de ti, o lo mucho que me gusta verte, o que pienso en ti todo el día y no dejo de sonreír. —Suspira, irregular otra vez—. No entiendo qué me pasa desde que te conocí, suena una canción en mi cabeza según cómo me siento contigo, y me siento siempre como si sufriera un tsunami, pero nunca he vivido un tsunami —abre los ojos sobremanera—, ni quiero, jamás, eso es horrible.

»Y pronuncias mi nombre como si fuera inglesa, pero he descubierto que me encanta. Entonces, no entiendo toda esta... revolución dentro de mí, y no la puedo controlar, me mantiene alerta, pero, a la vez, quiero más, quiero lanzarme sin saber qué hay, y eso es nuevo para mí porque no soporto no saber, pero contigo siento que todo irá bien y... —Se detiene, observando a mi izquierda—. Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis..., siete..., ocho... Son nueve y...

—¿Nueve? —Parpadeo, confuso, el corazón me golpea el pecho con fiereza.

—La ventana tiene nueve cuadrados, tres en cada fila y columna, y he contado siete ventanas iguales en esta planta, lo que suman un total de sesenta y tres cuadrados de cristal. —Suspira con fuerza—. Uno..., dos..., tres..., cuatro...

«Qué rápido me he enamorado de ella...».

—Cinco..., seis..., siete..., ocho..., nueve... —sigue, mirándome a los ojos, asustada, confusa, nerviosa, temblando...

La beso en los labios, abrumado por la ternura, el deseo y el amor que despierta en mí.

—En el coche me has dicho que querías conocer a mi familia porque son importantes para mí —le recuerdo, susurrando—. Yo quiero conocer a la tuya porque es importante para ti. Podría ir unos días a... —Arrugo la frente—. Al pueblo de tu tía, no me acuerdo del nombre.

—Altea.

—Me quedaría en un hotel, por supuesto, y...

Julia contiene el aliento y, de pronto, chilla, arrojándose a mi cuello.

«Acabo de rejuvenecer diez años».

Su alegría me contagia y termino riéndome. Se acomoda en su asiento y cenamos, ahora relajados. Se come todo en orden y alternado: primero un trozo del pastel de carne y luego un poco de puré.

—Sigue lloviendo —comenta, observando la entrada del *cottage* a través de la ventana.

—Ponía lluvia todo el fin de semana, por eso te pedí que trajeras un chubasquero.

—No tengo chubasqueros, pero sí una chaqueta para la lluvia. Me encanta la lluvia, pero odio que la ropa que llevo puesta se moje y me roce la piel. Me compré unas botas antes de venir a Londres. —Sonríe—. Pero no las he estrenado. Lo haré mañana. Son como las que uso para montar a caballo.

—¿Montas? —Sonríe.

—Empecé haciendo equinoterapia cuando tenía cinco años, me ayudaba mucho, tenía una muy baja tolerancia a la frustración. A los doce, aprendí a montar, y hace dos años participé en una competición de doma.

—¿En serio?

—Salió mal. —Traga saliva—. Había tanta gente, algunos sentados en las gradas, otros alrededor, niños corriendo, los caballos estaban nerviosos... que me bloqueé, y eso que era en una de las pistas de la finca al aire libre donde solía montar —hunde los hombros—, pero no siempre reacciono igual a algo conocido. No he vuelto a montar. Volví a la semana siguiente, pero no pude bajarme del coche. —Se le va apagando la voz—. Mi profesora insistió, pero mamá dijo que, si yo no quería, no quería, punto.

Me levanto y me arrodillo a su lado, tomándole de una mano para besársela con cariño.

—Oye, no pasa nada, lo intentaste, eso es lo que cuenta. Ya volverás cuando te sientas preparada.

Me sonrío con timidez, ruborizándose. Me inclino y la beso en los labios con mucha dulzura.

—Me gusta montar —me confiesa—, quiero montar a caballo, pero no allí.

—Pues mañana nos vamos a montar a caballo por la mañana aquí, ¿te apetece?

Entreabre la boca, sorprendida.

—El matrimonio que se encarga del *cottage* tiene un establo y alquila caballos para pasear por la campiña. Yo monto siempre que vengo.

—¡Vale! —Me agarra de la cara y me besa en los labios.

Se separa para seguir comiendo, pero la sujeto de la nuca y le devuelvo el beso, cruzando los dedos para que no me frene. Y mi beso es lento, acaricio su boca, la saboreo muy despacio. La respiración de los dos se hace pesada, rápida y discontinua.

—Podemos... terminar de cenar... luego... —me susurra, entre beso y beso.

Me levanto, tirando de ella, y la alzo por la cintura. Julia enreda los dedos en mi pelo y su lengua, ansiosa, busca la mía, que no tarda ni un segundo en salir a su encuentro. Camino a

ciegas hasta el sofá, donde me dejo caer, con ella a horcajadas. Mis manos aprietan su culo y Julia se arquea, gimiendo.

Ladeo la cabeza para profundizar el beso y le hago el amor con la boca, sin apresurarme, es que me vuelve loco escuchar lo mucho que le gusta que nos besemos... Y lo mucho que deseo llevarla a mi cama y acariciar la curva de su cintura, besar sus caderas ligeramente anchas, morder sus muslos, apretar sus pechos redondos, chupar sus pezones en punta...

Una semana juntos y me muero por acostarme con ella durante horas... Maldita sea, si besa tan bien, no puedo imaginarme cómo será tenerla en mi cama, desnuda, retorciéndose bajo mis caricias, suplicándome más...

Puedo esperar. No hay prisa. Solo quiero que esté a gusto, que se quede.

Que elija quedarse siempre conmigo, pero sin darle yo a elegir.

—James...

—Julia...

Nos detenemos, respirando con fuerza. Alza la cara hacia el techo.

—Quiero más.

—¿Más?

Si ella quiere más, no soy nadie para quitarle la idea... ¡Quiero aullar de felicidad!

—He estado... investigando —me dice, mordiendo el labio inferior, muy concentrada en las vigas de madera.

—¿Investigando... sobre nosotros? —No sé cómo logro controlarme tanto, la llevaría corriendo a la cama, no me hago de rogar.

—Esta semana me he leído dos novelas románticas de mamá —me mira avergonzada—, pero ella no lo sabe.

—¿Por qué?

—Porque papá dice que mamá es muy explícita con algunas escenas y prefiere que no las lea. Hay una que sí he leído y lo saben los dos.

Me trago una carcajada al adivinar a qué escenas se refiere.

—Mamá escribió su historia con papá cuando a mí me diagnosticaron TEA —me cuenta, sonriendo—, la llamó *Trastorno del Espectro del Amor*.

Sonríoyo también, maravillado por el título.

—Pero nunca la publicó —continúa, sentándose a mi lado. Le coloco las piernas sobre las mías y se las acaricio de manera distraída mientras habla—. Es una historia sin final porque la continúa de vez en cuando. Dice que incluso cuando se muera, su corazón seguirá amando a papá. —Se emociona. A mí se me eriza la piel—. Papá me regaló el manuscrito la noche antes de venirme a Londres con Jana. Me dijo que yo ya estaba preparada para leerla. Me encantaría que la leyeras.

—¿No les importará a tus padres?

—Ahora es mía, pero les avisaré. ¿Sabes qué creo? —Se inclina para contarme un secreto, baja la voz—. Creo que me la regaló para que la continuara con la historia de Jana y mía. ¿Y sabes qué he hecho esta semana, además de leer dos novelas de mamá?

—¿Qué has hecho? —le susurro, inclinándome también.

Se tapa la boca, riéndose.

—¡He escrito unas páginas! —Aplaude.

—¿Has empezado una novela? Eso es genial, Julia. —Mi sonrisa es innegable.

—No sé si será una novela, es mi vida desde que vine a Londres. —Se ruboriza—. Sales tú.

Me la como... La rodeo por la cintura, pegándola a mí, y le doy un beso muy sonoro en el

cuello, haciéndole cosquillas, se retuerce entre carcajadas, contagiándose.

—Es liberador —me confiesa, con la mirada perdida en el infinito—. Escribir sobre mí, sobre lo que estoy viviendo, es liberador, me hace darme cuenta de que sigo cumpliendo pequeños logros, yo sola, sin mis padres ni la psicóloga protegiéndome desde cerca. —Recuesta la cabeza en mi hombro, entrelazando las manos con las mías—. Se siente muy bien.

La beso en el pelo.

—Mi pequeña escritora... —suspiro, apoyándome en ella—. Si necesitas un lector cero, cuenta conmigo.

Incorpora la cabeza y asiente repetidas veces.

—Contaré contigo.

«Ya estoy deseando leerla...».

—Y... —comienzo, enarcando una ceja—. ¿Qué has estado investigando sobre nosotros?

—Lo que pasa entre dos personas que están juntas, como tú y yo. —Se arrodilla en el sofá y enumera con los dedos—: Los besos, las llamadas y los mensajes, las citas, el sexo... Todo eso. —Se le ha alterado la respiración y se está poniendo colorada—. Tengo preguntas.

—Pregunta. —De repente, me sudan las manos.

—¿La penetración duele?

Necesito un momento para asimilar la pregunta...

—La primera vez, sí, pero no puedo asegurártelo. —Carraspeo, me ha fallado la voz.

—A mí no me gusta el dolor. —Se echa hacia atrás, horrorizada—. Tengo pánico a las agujas y en Internet dice que la primera vez es como un pinchazo que escuece. ¿A ti te dolió?

—A los hombres, no... —Vuelvo a carraspear—. No, Julia, no me dolió.

—¿Cómo puede gustar algo que duele? —Hay tanta incertidumbre en sus ojos que sonrío con ternura—. En las novelas de mamá, a una le duele, pero quiere repetir. —Arquea las cejas—. Muchas veces. Hay un capítulo que no paran de hacer el amor. Y... —Se humedece los labios—. Nos imaginaba a nosotros.

—¿Nos has imaginado haciendo el amor? —pregunto de manera ahogada.

—Sí. —Se sonroja de nuevo, mucho más que antes—. Pero no mientras leía, sino después, cuando me iba a dormir o pensaba en ti en algún momento del día.

—¿Y qué imaginabas?

—Que me besas mucho —sus ojos viajan hasta nuestras manos—, que me acaricias mucho... Tus manos... me tocan por todo el cuerpo, despacio, provocándome esas cosquillas tan intensas que hacen que no pueda alejarme de ti. Y yo también te toco.

—Ah, ¿sí? —Acabo de marearme.

—Sí —frunce el ceño—, pero tengo otra pregunta.

—Dime... —No sé cómo soy capaz de seguir hablando.

—¿Cuándo se da ese paso en una relación? Porque yo quiero ya, pero si tú no quieres, tenemos un problema: mi nivel de paciencia es mínimo cuando deseo algo. Puedo esperar a mañana como mucho.

Mañana... ¿Su nivel de paciencia es mínimo? No conoce el mío en este momento...

Capítulo 23

Jana

No para de llover, así que la sorpresa de Joel de hoy la ha retrasado para otro día. Me acompañó a casa después de trabajar, se marchó a cambiarse de ropa y volvió una hora después con una bolsa de un restaurante chino.

Acabamos de cenar, ha comprado tanta comida que estoy a punto de reventar, estaba todo riquísimo. Me ayuda a recoger y se dirige a mi cuarto. Le sigo, nerviosa como llevo toda la semana, pero ahora más porque estamos solos...

Se ha remangado la camiseta negra, el tatuaje del brazo es visible, parece una enredadera, ¿dónde acabará?

Se coloca en el lateral de la cama, de frente a la pared, donde están las chapas que forman el yin y el yang.

«Todavía no he visto todas tus chapas», me signa.

Me agacho y saco las bolsas de debajo de la cama donde las guardo. Al agacharse él, ladea la cabeza y extiende una mano, sacando un libro: el de su padre. Me lo muestra, interrogante.

—Me dijo James quién era tu padre —le cuento, con el corazón acelerado—. Tengo toda la colección de *Joel y Daisy por el mundo*, pero solo me traje este, es mi favorito. —Este cómic trata sobre la caza de un tesoro que los hermanos tienen que hacer por toda Inglaterra—. ¿Te... molesta?

Niega con la cabeza despacio. Se sienta en el suelo, con la espalda apoyada en el lateral de la cama, y me signa, despacio:

«Daisy quería recorrer el mundo en busca de objetos rotos para que luego yo los convirtiera en obras de arte imperfectas, decía que mis dibujos convencerían a cualquiera de que un jarrón roto sigue siendo un jarrón, a pesar de que le falte un trozo, solo es un jarrón diferente».

Sonrío.

—Me gusta la visión de tu hermana.

«Le hubieras caído genial, el gruñón soy yo, ella es...», bromea, pero se detiene al darse cuenta del tiempo verbal que acaba de utilizar. «Ella era la simpática y alegre, muy alegre». Respira hondo y añade: «Éramos mellizos».

Siento una presión horrible en el pecho. Dicen que los mellizos y los gemelos tienen un vínculo especial.

«Lo siento tanto, Joel...», le signo yo ahora.

—Si me faltara Julia... —Suspiro con fuerza.

«Terminas acostumbrándote a que tu corazón no bombee del mismo modo —me responde—, como si le faltaran varias piezas irremplazables». La inmensa tristeza que siente no desaparece de su mirada.

—Igual que un jarrón roto —susurro— que solo necesita unas manos nuevas para tener una segunda oportunidad.

Sus ojos me ciegan, de repente, soltando fogonazos de luz azul que impactan en los míos y alcanzan mi corazón, deteniéndolo con brusquedad. Su intensidad me abruma...

Le voy enseñando las chapas, a ver si logro relajarme, aunque lo dudo, con él nunca estoy tranquila, es como si algo dentro de mí luchara por salir, pero no sé lo que es ese algo.

«Cuéntame la historia», me pide.

—¿Qué historia? —Arrugo la frente.

Señala las chapas.

—Mi madre empezó a coleccionarlas cuando estuvo un verano trabajando aquí, en Londres —empiezo—. Las guardó y nunca las sacó hasta que se divorció de mi padre.

«¿Tu padre no es el hombre que conocí?». Frunce el ceño, confuso.

—Sí, es mi padre. Se divorciaron, pero volvieron juntos a los pocos meses —le explico—. La noche antes de que el divorcio fuera oficial me concibieron.

«¿Se reconciliaron porque tu madre se quedó embarazada de ti?», me pregunta despacio y con delicadeza.

—Mi padre dice que hubiera encontrado cualquier otra excusa para reconciliarse con ella. —Sonrío—. La chica más guapa del mundo, así la llama.

«Se lo noté. A los dos», me signa. «La forma en la que se miraban... Me gustó mucho. Me recordaron a mis padres». Su sonrisa es preciosa.

—Empezaron a salir juntos a los dieciocho años, muy jovencitos. —Me río.

«Llevan mucho tiempo».

—Y han pasado por mucho. —Asiento, observando las chapas—. Mi madre colgó las chapas que tenía de Londres cuando se dio cuenta de que haberse quedado embarazada era una señal, una buena señal, para empezar de nuevo algo distinto. Me llamaron Jana porque mi nombre significa «regalo de Dios», siempre dicen que llegué a sus vidas cuando tenía que llegar y por un motivo: mantenernos unidos. —Me emociono—. Empecé a coleccionar chapas porque... —Trago saliva.

«Porque las chapas son la excusa de mantenernos unidos si las cosas van mal», me signa.

—Sé que suena estúpido e infantil. —Desvío la mirada.

Me toca la pierna con suavidad. Sonriendo, mueve las manos para decirme:

«No es estúpido ni infantil, demuestra lo mucho que amas a tu familia y todo lo que estarías dispuesta a hacer por ellos, pero creo que soportas un peso demasiado grande en tus hombros, Jana». Suspira y añade: «¿Por qué te quitaste los auriculares?».

—No te entiendo.

«Cuando tu hermana vino a Londres, empezaste a llevar unos auriculares en el cuello, pero el día que le vendiste a Mike la chapa de Coca-Cola ya no los llevabas, y no has vuelto a llevarlos. ¿Por qué?».

«Los llevaba por mi hermana», le signo, incapaz de mirarle a la cara.

—No —me dice.

Le miro enseguida. Niega con la cabeza y se señala la boca.

—Quiero leerte.

Su voz ha sido un poco brusca, sé que no es aposta, pero me pongo muy nerviosa.

«Pues yo no quiero que me leas ahora», le signo.

—Mala suerte. —Se ríe.

Me enfado.

«Eres idiota».

«Y tú, una cobarde».

—¡No soy una cobarde! —Me levanto, indignada.

«Entonces, ¿por qué no me dices con palabras por qué te quitaste los auriculares?», insiste, incorporándose. «¿Quieres que te ayude?».

Me cruzo de brazos, a la espera.

«Los llevabas por tu hermana —continúa, sonriendo, pero no es una sonrisa demasiado tierna, me pone mucho más nerviosa—, y te los has quitado también por ella». Apunta con el dedo hacia la pared. «Pero tienes un montón de chapas sin colgar, ¿por qué?».

—Eso no te importa —rechino los dientes—. Eres un impertinente, ¿no te cansas de hacer preguntas personales?

«Soy un *tocahuevos*, no un impertinente». Me guiña el ojo, pero no me hace gracia.

Aguanto callada, temblando cada vez más.

«Está todo relacionado», me signa, serio. «Vamos, Jana, dilo en voz alta».

—¿Porque me da miedo, ¿vale?! —grito—. ¿Contento?

—¿Por qué? —me exige con gravedad.

—¿Porque si cuelgo el resto de las chapas sería empezar algo nuevo, dejarlos a todos atrás, y no sé hacerlo, lo probé al venir sola a Londres y sigo sin encontrarme, ¿entiendes?! ¡Tenía posibilidad para hacer unas prácticas en Madrid, pero elegí la editorial de James porque creía que necesitaba alejarme de ellos, y me equivoqué! —Sollozo, dejándome caer sentada en la cama. Joel se arrodilla a mis pies, sin perder de vista mis labios—. Estaba agobiada... Estaba... —Cierro los ojos con fuerza—. Pero los quiero con toda mi alma...

«No te sientas mal por querer volar lejos, es totalmente normal», me signa con delicadeza.

—Mi familia no es normal, Joel... —Las lágrimas bañan mis mejillas, pero no me molesto en secarlas—. Julia nos necesita. No puedo sentirme bien por haberme venido sola a Londres... Lo hice, pero tengo remordimientos..., muchos... Julia es mi responsabilidad... Así le quito carga a mis padres. Lo han pasado tan mal...

«Y por eso sigues sin encontrarte», me signa de nuevo.

—Pero la culpa no es de Julia ni de mis padres —digo enseguida—. Por favor, Joel, no creas que les culpo de nada, no...

Me detengo, incapaz de continuar. Agacho la cabeza, escondiendo la cara en mis manos. Joel tira de mí y me sienta en su regazo, donde me hago un ovillo. Sus brazos a mi alrededor son tan reconfortantes que lloro hasta quedarme seca. No sé cuánto tiempo pasa hasta que me calmo, pero él no se mueve, ni se queja, ni se aparta, sino que me abraza más cuando tiemblo y me besa en el pelo cada pocos segundos. Fuera llueve sin parar.

Me gira la cara para que pueda ver sus manos, que comienzan a hablarme:

«No te encuentras porque nunca has vivido tu propia vida, Jana. Y cuando has visto la oportunidad, no has podido vivirla porque te sentías mal por querer hacerlo». Sonríe, ladeando la cabeza. «Pero dejaste de llevar los auriculares, eso es un paso de gigante». Me pellizca la nariz, robándome una pequeña sonrisa. «¿Qué tal si das otro paso ahora?». Señala la pared.

Respiro hondo.

«No creo en Dios, Jana —añade—, pero sí creo que eres un regalo para cualquier persona que tenga la suerte de conocerte».

Vale... Necesito oxígeno...

Joel sonríe, mordiendo el labio inferior.

«Me encanta cuando te pones colorada, niña dulce», me signa.

—No me llames así. —Me pongo en pie, deseando huir de todo lo que me hace sentir.

Se ríe, levantándose con una bolsa de chapas.

—¿Cuál? —me pregunta—. Tu favorita.

Saco una en forma de escaleta de cine abierta.

—Me la regaló mi padre en Navidad cuando estaba preparando las maletas para venir a Londres —le cuento, rozando mi nombre—. No sé dónde la consiguió personalizada. —Sonrío

—. No es antigua y esta no la voy a vender nunca. Me dijo que ahora me tocaba rodar mi propia historia y que empezar en Londres sería una gran idea, Londres fue muy especial para ellos, pensó que para mí podría serlo también.

«¿Y lo es?».

Le miro a los ojos.

—Puede.

Nos reímos.

«Quiero verlo», me dice con las manos.

—¿El qué?

«El segundo paso de gigante que vas a dar. Me perdí el primero, ninguno más».

Cruzo los dedos para no sonrojarme otra vez, pero mi cara va por libre, la noto arder.

—La cuelgo ahora, pero con una condición.

—¿Cuál?

«Quiero ver tu tatuaje», le signo.

«¿Estás preparada para verme sin camiseta?». Enarca una ceja.

Intento asesinarle con la mirada, pero mi cara de nuevo va por libre... ¡Y, encima, Joel estalla en carcajadas para avergonzarme más!

Pero se quita la camiseta. Eso sí: lo hace despacio, muy despacio, al mismo ritmo a como mi corazón quiere latir en este momento, cada vez más lento hasta colapsar cuando Joel se desabrocha los pantalones y se los baja un poco en la cadera derecha, dejando a la vista unas perfectas ingles en uve que me provocan un hormigueo de lo más interesante en el vientre...

Entonces, extiende el brazo izquierdo y va girando sobre sí mismo para que lo vea al completo. Es una enredadera, comienza en la muñeca izquierda, continúa todo el brazo, el hombro, la espalda entera hacia la cadera derecha y luego sube por el abdomen musculado hacia el corazón.

Entrecierro los ojos, retrocediendo. No es una enredadera: son iniciales entrelazadas como si le abrazaran. Desde lejos se ve mejor.

—A... L... —Le miro a los ojos—. D... —Su familia—. Te lo hiciste hace diez años.

Está muy rígido de repente. Hay mucho dolor en sus ojos azules, tanto que me cuesta respirar.

Me acerco y, con el corazón acelerado al máximo, le doy un beso muy suave en su pecho. Gime, pasmado. Yo también me sorprendería, ¿de dónde he sacado el atrevimiento para hacer lo que acabo de hacer? Pero ese sonido me distrae de arrepentimientos. Ha sido gutural, profundo, me ha erizado la piel por completo.

Suficientes emociones por hoy. Me aparto.

—La chapa la cuelgo mañana, no quiero molestar a los vecinos a esta hora con el martillo.

Asiente, serio.

«Es hora de que me vaya», me signa y se pone la camiseta. «¿Nos vemos mañana?», me pregunta, dudoso.

Acabo de espantarlo... No me extraña.

«Qué remedio —le signo yo, encogiéndome de hombros—, me debes una sorpresa».

Dibuja una sonrisa increíble en su rostro y me contesta:

«Si llueve, tendremos que retrasar la sorpresa otra vez».

—Llevo toda la semana esperando la sorpresa, aunque llueva, mañana la quiero.

«Muy bien, niña impaciente».

—No me llares así.

Se ríe, contagiándose.

Le acompaño a la puerta.

«Si me necesitas, avísame y vengo corriendo», me dice con las manos, antes de acercar una a mi mejilla y retirarme un mechón detrás de la oreja. A continuación, se toca la barba y se marcha.

Apenas duermo. No paro de pensar en Joel, en todo lo que hemos hablado, en todo lo que he sentido con él. Me gusta mucho. Pero mucho. Con Joel siento que soy más que la hermana de Julia... No cambio a mi hermana por nadie, pero sentirme Jana, a secas, aunque sea un ratito, es... Me encanta.

Al día siguiente amanece lluvioso. Yo lo hago con una sonrisa al descubrir un mensaje de Joel.

Joel: Buenos días, niña impaciente. ¿Preparada para la sorpresa?

Jana: ¡Sí!

Joel: Vamos a patinar, así que ponte cómoda. Te recojo en media hora.

¡No me da tiempo!

Me levanto tan deprisa de la cama que me caigo al suelo enredándome con las sábanas. Corro a la ducha. Me visto con unas mallas negras por debajo de la rodilla, una camiseta blanca y larga con la boca de The Rolling Stone, a juego con una sudadera *oversize* con capucha y mis zapatillas negras sin cordones. Me delineo los ojos, me echo rímel, convenciéndome de que no lo hago por él, y, cuando me estoy recogiendo el pelo en una coleta alta y tirante, Joel llama al telefonillo. Me cuelgo mi mochila de piel negra a la espalda y salgo de casa.

Lleva también una mochila, su fiel monopatín, unos vaqueros claros con rotos que le quedan de muerte, una sudadera negra y ancha, unas zapatillas iguales que las mías y una gorra hacia atrás. Sus ojos azules se iluminan al verme, haciendo que me tiemblen las piernas.

Me tiende la mano, que acepto enseguida, y tira de mí hacia el metro. Apenas chispea. Mejor, tengo muchas ganas de seguir practicando *skate*.

No nos hemos dicho nada, pero no dejamos de mirarnos sonriendo. Nos bajamos en Hyde Park. Atravesamos el parque hasta alcanzar la orilla norte del Serpentine. Me pide que me siente en un banco de piedra. Entorno la mirada.

—¿Qué estás tramando?

Se sienta a mi lado, colocando su mochila entre los dos, y la señala.

«La sorpresa está dentro», me signa.

Abro despacio la cremallera. No sé qué voy a encontrarme, de Joel podría esperarme cualquier cosa...

Menos esto.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos, pero, por primera vez en no sé cuánto tiempo, son lágrimas de felicidad... ¡Me ha comprado unos patines de ruedas! Son preciosos, de color blanco y nuevos, tienen hasta la etiqueta.

—Joel...

Pone un dedo sobre mis labios, pero se lo quito y chillo, de repente, con todas mis ganas. No puede oírme, pero mi expresión es lenguaje universal, estalla en carcajadas.

Me los pongo sin dudar y le signo: «A ver si puedes seguirme, chico *skater*».

Capítulo 24

Joel

Jodidamente buena. Así es Jana sobre ruedas. Los patines son prolongaciones de sus pies volando. Siento temblar la calzada bajo mi tabla de *skate*, impulsándome con rapidez para alcanzarla. Va pasando a gente corriendo y familias paseando, sorteándoles con destreza y agilidad, sin molestar a nadie.

Cuando gira la cara para comprobar por dónde voy, se tropieza, intenta mantener el equilibrio, pero aterriza de culo, haciendo una mueca.

—¡Jana! —Me detengo con brusquedad y corro lo que me queda hasta llegar a ella, un par de metros.

«¿Estás bien?», le signo, muy preocupado.

—Me he roto las mallas. —Se toca en la parte de atrás del muslo.

Me agacho y veo una rozadura con sangre en su piel.

«Te has quemado con el asfalto», le digo, moviendo las manos con rapidez.

La cojo en brazos y la dejo de pie junto a un banco de piedra, donde me siento, colocando a Jana entre mis piernas, de espaldas a mí.

Me indica que espere, apoyándose en los frenos de los patines. Agarra las mallas y las raja a la altura del roto. Saco una botella de agua de mi mochila y se la vierto en la herida para limpiársela.

«Gracias», me signa, sonriéndome con timidez.

«¿Quieres quitártelos?», le pregunto.

Niega con la cabeza. Me levanto y le acaricio la coleta, dándole un beso suave en la frente. Se estremece... Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no sujetarla de la nuca y besarla en los labios para sentir el gemido que sé que le acabo de robar, también lo he sentido. Mierda... Me gusta demasiado sentirla...

Nos incorporamos de nuevo a la calzada y patinamos uno al lado del otro durante un rato, hasta que comienza a llover. Nos refugiamos en un pequeño porche, donde Jana se pone las zapatillas. La lluvia cada vez es más fuerte. La tomo de la mano y corremos hacia Hyde Park Corner, para entrar en The Lodge, una cafetería muy bonita que seguro que le encanta. Y no me equivoco, su sonrisa mientras observa el local cálido y acogedor lo demuestra.

Aquí viene lo complicado... Me acerco a la barra e intento pedir café para los dos. Intento, siempre lo intento, pero casi nadie sabe lengua de signos. Podría pedir con la voz, pero sé que sueno diferente, a gritos y de forma entrecortada, me lo dijo James hace tiempo, no quiero hacer el ridículo. No delante de ella.

El camarero no me entiende. Estoy a punto de abrir la boca cuando Jana aparece a mi lado. ¡No!

«No quiero nada, pide tú», le signo sin mirarla y me siento en torno a una mesa junto a la cristalera por la que se accede a la terraza de la cafetería, soltando la mochila en la silla de al lado.

Cierro los ojos con fuerza al sentir una leve vibración en los oídos de lo más familiar ya. Me levanto y salgo a la calle. Lo hago tan deprisa que me choco con un hombre al poner un pie en la acera.

—Lo siento. —Aprieto la mandíbula.

—¡Mira por dónde vas, gilipollas! —me grita, empujándome.

Jana, detrás de mí, me agarra del brazo, pero me suelto.

«Tengo que irme, lo siento», le signo y me largo, casi corriendo.

La frustración y la impotencia me impiden respirar bien, tengo un nudo en el pecho cada vez más tenso. ¿Qué clase de tío soy si no puedo invitarla a un puto café?

Camino sin rumbo, sin fijarme por dónde voy, con la mirada empañada, la capucha de la sudadera puesta y las manos en el bolsillo delantero. Soy un cobarde de mierda. No puedo enfrentarme a algo así con ella... El restaurante chino de anoche lo pidió mi abuelo por teléfono, yo solo lo recogí antes de ir a casa de Jana. Odio tener miedo, pero más odio que ese miedo salga a la luz delante de ella. No lo soporto. Se merece a alguien que la cuide, lleva toda su vida cuidando de los demás.

Suspiro con fuerza, deteniéndome. Mierda... Yo quiero ser ese alguien. ¿Qué coño estoy haciendo? ¿Por qué he huido de ella? Es lo mejor que me ha pasado en los últimos diez años. Es el rayo de luz que necesitaba para desterrar mi oscuridad...

Me fijo en que estoy en una esquina de Picadilly, está lleno de gente, hay muchos turistas y mucho tráfico. Me doy la vuelta para regresar a la cafetería, sacando el móvil para escribirle, pero mis pies se clavan en el suelo al verla a unos metros de distancia, sujetando mi tabla de *skate* contra el pecho y llevando a la espalda su mochila y la mía, cada una colgada de un hombro. No hay pena ni compasión en sus ojos, tampoco dolor, lo que está es perdida... Le da miedo acercarse, pero ha estado todo el rato detrás de mí, sin abandonarme, a pesar de haber sido un completo idiota al huir de ella. No es culpable de nada...

Salvo de lo rápido y fuerte que me late el corazón ahora mismo.

Y de las ganas que tengo de estrecharla entre mis brazos.

Y de lo loco que estoy por ella...

Avanzo un paso entre los paraguas abiertos de la gente. Y otro. Paro. Cuando Jana da uno hacia mí, aunque dudosa, suelto el aire que estaba reteniendo. Acortamos la distancia a la vez, sin dejar de mirarnos a los ojos. Le quito mi mochila, pero aprieta la tabla. Sonrío, alzando las manos, toda suya.

«Te acompaño a casa —le signo—, no quiero que te resfríes».

—¿Te quedarás conmigo? —Está adorablemente ruborizada.

«¿Quieres que me quede contigo?».

Asiente despacio.

No hay más que añadir. Le indico la boca de metro y nos vamos a su casa.

Nos descalzamos en la entrada. De la mochila, saco una camiseta blanca de manga corta y un pantalón de chándal negro. Ella me mira interrogante.

«James me dijo que tienes pánico a la oscuridad —le explico—, lo guardé por si pasábamos el día entero juntos y hubiese un apagón igual que el fin de semana pasado».

—Cámbiate en mi cuarto, yo lo haré en el baño —me indica.

Unos minutos después, los dos en chándal y camiseta, de repente, Jana abre mucho los ojos.

—Un trueno —me aclara, rodeándose a sí misma.

Es mediodía, hay luz de sobra, pero parece que no solo tiene pánico a la oscuridad, sino también a las tormentas, se ha quedado pálida.

«¿Preparamos algo de comer?», le sugiero para que se mantenga ocupada en otra cosa.

Cotilleo la nevera y el congelador. Hacemos patatas fritas y *fingers* de pollo. Nos sentamos en el sofá del salón a comer, pero no prueba bocado, está cada poco temblando. Ojeo Internet en

el móvil: hay avisos para Londres y los alrededores de que no salgamos de nuestras casas ni usemos los coches, y que el transporte público irá cerrando en la próxima hora por riesgo a inundaciones; también aseguran que solo durará unas horas. Mejor no le digo nada a Jana.

La siento temblar de nuevo. Me llevo los platos a la cocina y me vuelvo a sentar en el sofá. Le coloco en los oídos mis auriculares. Se sorprende, pero me deja hacer. En mi móvil, busco Coldplay en Youtube, una selección de canciones subtitradas y tumbo a Jana para que apoye la cabeza en mi pierna. Suspira, cerrando los ojos.

Observo su perfil mientras se queda dormida, con mi mano en su cintura. Me pongo más cómodo, medio tumbado, y la subo para que descansa sobre mi pecho. Se estira como un gatito y me abraza. Me muerdo el labio inferior, dejando caer la cabeza hacia atrás. Se está convirtiendo en mi fin de semana preferido...

Yo también me quedo dormido sin darme cuenta. Cuando abro los ojos, me encuentro solo en el sofá. Me froto la cara y me incorporo. Está anocheciendo y sigue lloviendo fuerte, según veo a través de los balcones. ¿Y Jana?

Me giro hacia la cocina y ahí está, bailando mientras prepara algo dulce que huele muy bien. Lleva mis auriculares y mueve las caderas, alternando con algún saltito. Arqueo las cejas, divertido. Me acerco y me apoyo en la barra, hacia ella, cruzado de brazos, observando su culo. No estoy muerto, Jana tiene un culo increíble. Aunque el chándal es ancho, con el baile se le marca bien. Se ha cambiado la camiseta por otra, una que le deja la mitad de la espalda y el ombligo al desnudo. Suspiro con fuerza.

«Mi niña tiene un cuerpo tremendo...».

Se da la vuelta y se detiene de golpe al verme. Abre mucho los ojos, se tapa la boca, muy colorada, y rompe a reír de la vergüenza. Me uno a sus carcajadas.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —Se toca un auricular, supongo que bajar el volumen o parar la música, ojalá lo supiera.

Me encojo de hombros. Me arroja el trapo a la cara, haciendo que me ría más.

—¿Tortitas?

Asiento. Compruebo la hora en el móvil.

«¿No deberíamos cenar?», le signo, sonriendo.

—Me apetecen tortitas. Podemos cenar después de las tortitas.

«Me gusta», le respondo.

Su sonrisa es tímida, preciosa... Saca dos platos y coloca dos tortitas en cada uno.

Nos las comemos en la barra.

«¿Qué escuchabas?», le pregunto.

—*Timber*, de Pitbull y Kesha. ¿Quieres tus auriculares? —Va a quitárselos, pero la sujeto de la muñeca.

«Contigo no me hacen falta».

Se humedece el labio al interpretarme.

—Me ayudan con la tormenta. —Señala el exterior—. Si no la oigo, no me pongo nerviosa.

«¿Estás escuchando algo ahora?», le pregunto.

—*Cuando nadie ve*, de Morat, un grupo colombiano. Es una canción preciosa. Espera. —Coge su móvil y busca la canción en YouTube subtitrada.

La voy leyendo, pero me doy cuenta de que Jana la está cantando, la vibración en mis oídos me lo confirma. Reproduzco la canción desde el principio y me fijo en sus labios, ni necesito ni quiero la pantalla. Está ruborizada, sin embargo, mi niña valiente sigue cantando: «Soñé un verano que se hiciera eterno, desde el momento en que vi tu mirada, me derretiste con esa

mirada... Y ahora entiendo cuál es mi papel, nos queremos cuando nadie ve...».

Cuando nadie nos ve, como hoy, como ahora.

—«Te miro, me miras, y el mundo no gira... Y cuando no haya testigos, mi vida entera te daré, cuando nadie ve... Cuando nadie ve...».

Me toma de una mano para ponerla en el centro de su pecho. Jadeo, no solo por la intensidad de la vibración, es que su corazón late muy rápido. Me quito la camiseta enseguida, desesperado, y pongo su mano en mi pecho, necesito su piel con mi piel, no quiero obstáculos. Entonces, Jana se quita la suya, quedándose en un sujetador negro de triángulos. Trago saliva con esfuerzo, sin poder apartar la mirada de sus pezones erguidos, la tela que los cubre es demasiado fina, perfecta.

Y vuelve a sorprenderme al bajarse de su taburete y sentarse en mi regazo a horcajadas. Teclea en el móvil, buscando *Stay* de Justin Bieber, pero no canta, no abre la boca, solo... respira conmigo.

La abrazo, temblando los dos. Se siente genial... Es cálida. Su cuerpo encaja con el mío como si hubieran nacido para estar juntos. ¿Cómo será su voz?, me pregunto por primera vez. No lo echaba de menos, quedarme sordo es mi penitencia por haber llevado a mi familia a la muerte, aunque fuera el camión quien se saltó el *stop*, pero en este instante daría mi vida por escuchar la voz de Jana.

Sus manos acarician mi espalda lentamente de arriba abajo. Suben por mis brazos y rodean mi cuello. Nos miramos. Sus ojos oscuros brillan tanto... Su boca está tan cerca de la mía...

Sin embargo, arruga la frente, tocándose un auricular. Observa el móvil y dice:

—Me está llamando Julia. —Baja al suelo y descuelga—. ¿Julia? —Frunce más el ceño—. ¿Estás...? ¿Estás bien? —Su rostro, de repente, se ilumina—. ¿En serio? ¿Has montado a caballo? ¡Ay, Julia, qué bien!

Permanece frente a mí para que pueda leer sus labios, cosa que le agradezco, pero desconecto. Estoy a mil revoluciones por segundo. Me estoy comiendo su boca con la mirada. Mi mente se llena de escenas que me provocan un aumento considerable de la temperatura corporal.

—Vale —continúa hablando con su hermana—, mañana nos... ¿Qué? —Frunce el ceño de nuevo—. ¿Me estás preguntando por...? —Se gira para que no me entere, es algo privado.

No me importa, me entretengo observando la parte baja de su espalda, esa curva arqueada va a volverme loco. Me levanto y pongo una mano justo ahí, la otra la coloco en su cadera. Jana se vuelve hacia mí, mis manos la acarician siguiendo el movimiento hasta que una de ellas se sitúa debajo de su ombligo y rozando el pantalón en el vientre. Subo esa mano lentamente por su abdomen plano, muy lentamente.

—Es normal que estés nerviosa, Julia... —Le cuesta respirar—. Sé que te da miedo lo desconocido, lo que no puedes controlar... —Jadea al parar entre sus dos pechos y abrir la mano hasta rozarle los pezones con mis dedos—. Pero... pero te prometo que... Oye, esta conversación es mejor tenerla en persona...

No se aleja, sino que se curva hacia mí, con la boca entreabierta y el pulso disparado.

—Vale... vale, mejor, yo también tengo que colgar... Mañana nos vemos. Un besito.

Deja caer el brazo y el móvil se desliza hasta aterrizar en la moqueta.

—Joel...

Cierro los ojos al leer mi nombre en sus labios. Mi otra mano tira de Jana y la pego a mí.

Y las luces de casa tintinean un par de veces y se apagan de pronto.

Mierda.

Ella se paraliza. Su respiración entrecortada ahora es por el miedo a la oscuridad. Rápidamente, me agacho y acciono la linterna del móvil. Por si acaso, hago lo mismo con el mío, dejando los dos en la barra.

Voy a asomarme al balcón de la cocina, pero me agarra del brazo, clavándome las uñas. Su expresión es de terror.

«¿Confías en mí?», le signo.

Tarda unos segundos en asentir. La tomo de las manos y retrocedo hacia el balcón. La calle entera está sin luz. La lluvia es fuerte y constante, golpeando el cristal; los rayos fulguran en el cielo una y otra vez. Ella tiembla, encogiéndose, pero la coloco frente al balcón, situándome a su espalda con las manos en su cintura. Le retiro el pelo hacia un lado y, en cuanto vuelve a iluminarse el cielo, mi boca besa su cuello de manera prolongada.

Jana contiene el aliento.

Otro rayo... con otro beso más arriba y mi boca entreabierta.

Otro rayo... con otro beso detrás de su oreja.

Y la luz vuelve, tan de pronto como se fue.

Pero no es eso lo que rompe la magia: ella gira el rostro hacia mí y frunce el ceño, tocándose el auricular.

—¿Sí? Sí, Julia, estoy bien, tranquila. Se ha ido la luz, pero ha vuelto. —Está unos segundos callada y se aparta—. ¡Por supuesto que no vas a volver! ¡Que no, Julia! ¡Julia! —Me mira, alucinada—. Me ha colgado.

Se acerca a la barra, quitándose los auriculares, y la llama desde el móvil.

—Julia, pásame a James, por favor. —Me mira—. James, ni se os ocurra volver, Joel está conmigo.

«Dile que no me voy a ir a ninguna parte», le signo.

Jana se ruboriza.

—Te lo prometo, Julia. —Aprieta la mandíbula y me aproxima el móvil—. Quiere saber si es verdad que estás conmigo.

—Hola, Julia —la saludo.

Jana se pega el móvil de nuevo a la oreja.

—¿Contenta? —Está enfadada—. ¡Julia! —Se pone colorada—. ¡Adiós! —Cuelga.

«¿Qué te ha dicho?», quiero saber, muerto de la curiosidad.

—Que James es una distracción muy buena para todo, que pruebe contigo si se va la luz otra vez.

«Ya lo he sido», le signo, arqueando las cejas.

Entorna la mirada.

—No te lo creas tanto. Me han dado muchos besos.

«Pero ninguno de esos tíos era yo». Mi sonrisa es de lo más arrogante. «Ellos no están aquí contigo, yo, sí, por algo será».

—Te recuerdo que dentro de unos meses me iré.

Acorto la distancia, devorándola con los ojos, no voy a esconderme más:

«Dentro de unos meses, serás tú quien se quede conmigo».

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —inquieta, cruzándose de brazos, muy nerviosa, muy ruborizada.

«Porque eres la única canción que puedo escuchar y quiero que sea eterna».

Capítulo 25

Julia

No soy capaz de relajarme. Me sudan las manos. Me tiembla todo el cuerpo. No puede darme una crisis sensorial ahora mismo. Parece que se me va a salir el corazón por la boca.

Hoy sí hemos cenado. Acabo de dejar a James en el sofá, donde llevábamos un ratito sin parar de besarnos y, en cuanto he sentido su mano por dentro de la camiseta, el miedo me ha paralizado. El miedo a lo desconocido. A lo que no puedo controlar. Su caricia ha sido tan... tan... tan... que he reaccionado de la peor manera: huyendo al baño.

—¿Julia? —me llama con suavidad desde el otro lado de la puerta, en la que estoy apoyada—. ¿Puedo entrar?

—No... No es... No es buena idea... —Trago con fuerza, caminando hacia los lavabos, a la derecha.

—Déjame entrar, por favor. —No hace ni el intento de mover el picaporte.

Su voz suena ronca, baja... Hasta su voz eriza mi piel y me provoca esas cosquillas tan diferentes en el vientre, en la espalda, en mis pechos... Cierro los ojos, poniendo una mano en mi cuello. Mi respiración se entrecorta todavía más al recordar su mano en mi cintura, su boca sobre la mía, su lengua acariciando la mía con una lentitud tan ardiente que me mareé...

Claro que me da miedo, no sé por qué me siento así, solo sé que quiero más. Más de James. Más besos. Más caricias. Más tiempo entre sus brazos... Entonces, ¿por qué he huido de él? Jana me ha dicho que es mejor hablarlo con ella en persona, pero no puedo esperar más...

—Julia. —Ha entrado.

Me olvido por completo de mi hermana. James tiene el pelo revuelto, la camisa arrugada y está descalzo, como yo. Observo, a través del espejo, que se va acercando despacio hasta que me toma de la mano. Adoro su tacto... Gimo, cerrando los ojos otra vez.

—Mírame —me pide, más ronco.

Le obedezco enseguida. Me gira hasta quedar frente a él.

—Lo siento, es que... es que... —balbuceo, retorciendo mis dedos—. Siento como si quisiera volar, como si sintiera que puedo volar, pero eso no es posible, no es real, entonces voy a caerme en cuanto lo intente.

Me toma de las mejillas y me besa en la frente de manera prolongada.

—Me pasa lo mismo. —Su sonrisa es tan bonita en este momento...

—Pero tú ya sabes lo que es esto.

—No, Julia. Nunca he sentido lo que siento por ti ni lo que siento estando contigo.

—Sabes lo que es un orgasmo, sabes lo que es el sexo.

—Sí, pero no contigo, y quiero descubrirlo y vivirlo contigo.

—Eso quiere decir que te gusto, al menos físicamente. Leí en Internet que el sexo es bueno si dos personas se atraen. Tú me atraes... —suspiro, irregular, con fuerza—. Muchísimo.

—Tú a mí me vuelves loco, pequeña. —Su voz envía un dardo de placer al interior de mis muslos.

Y le beso, arrojándome a su cuerpo. Jadea como si mi beso acabara de aliviarle, y me abraza por la cintura, me sienta entre los lavabos y nos besamos con rapidez, con muchas ganas, apretándonos contra el otro. Me arqueo, rodeando sus caderas. Gimo. Gime. Le toco los

hombros, los brazos, la espalda... Me gusta tanto, pero tanto... que le desabrocho los botones de la camisa, necesito su tacto y el mío sin nada que lo impida.

Y a James también le gusta, porque desabrocha los cuatro botones que tiene mi vestido en el pecho y me baja la tela por los hombros hasta mostrar mi sujetador. No siento miedo, quiero... sentirle. No sé por qué, pero lo necesito.

Nos detenemos, respirando con dificultad. Apoyo las manos en sus pectorales, esto lo necesito más. Está tan caliente... Me inclino e inhalo lo bien que huele. Respiro sobre su piel, retirándole la camisa, dejándola caer al suelo y, por primera vez, no me importa si se queda arrugada.

Por primera vez, el desorden a mi alrededor y la anarquía de mi interior cobran sentido, aunque no lo comprenda.

Por primera vez no quiero entender, quiero volar...

—Tus ojos... —susurro, hipnotizada—. Se han oscurecido.

—Porque te deseo... muchísimo. —Suspira él ahora con fuerza—. El deseo hace que las pupilas se dilaten.

—Es fascinante...

—Los tuyos también.

—¿En serio? —Me giro hacia el espejo—. Es verdad...

—Puedo hacer que se dilaten más —me dice al oído, provocándome un escalofrío en todo el cuerpo—. Pero no aquí.

—¿Dónde?

—En la cama.

Me coge en brazos y me lleva a la cama donde dormí anoche, que resulta que es la suya, por eso este cuarto huele a él, me lo dijo esta mañana mientras paseábamos a caballo por la campiña de Bibury.

Me deja de pie junto a un lateral y se agacha para quitarme el vestido del todo. Al besar mi muslo, me recorre un intenso escalofrío.

—James...

Me besa el otro muslo y se pone en pie.

—Dime qué tengo que hacer —le pido con la voz temblorosa.

—Solo tienes que dejarte llevar. —Me toma de las mejillas—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—No, solo hasta mañana.

Se ríe y me besa los labios con la boca entreabierta.

—¿Y cómo me dejo llevar? —le pregunto, frunciendo el ceño—. Si me dejo llevar, no sé cómo voy a reaccionar y a veces mis reacciones son...

Cubre mi boca con un beso... delicioso. De puntillas, le abrazo por el cuello. Sus brazos me estrechan contra su cuerpo, gimiendo los dos a la vez. Nos besamos despacio. Me acaricia la espalda, bajando hacia mi culo, que abarca con las manos por dentro de las braguitas, sin apresurarse. El escalofrío de ahora me asusta, es demasiado... poderoso. Retrocedo.

James, entonces, se deshace de los pantalones, quedándose en calzoncillos. Otro gemido se escapa de mi garganta al verle así.

—Eres... —le digo, tragando saliva—. Eres perfecto...

Él sonríe, un poco avergonzado, cosa que no entiendo, es tan atractivo que no me hartaría nunca de mirarle.

De repente, tengo mucho calor. Voy a desnudarme, pero me distrae al avanzar hacia mí.

Rodea mi cintura y me tumba en la cama, con él encima de mí, pero sin aplastarme, se sostiene en los antebrazos.

—Te prometo que esto no va a dolerte ni será algo malo —me susurra, con la boca en mi hombro.

—Pero duele la primera vez. —Pongo las manos en su pecho. Su piel me quema, pero no voy a dejar de tocarle.

—Antes, haremos otras cosas.

—¿Qué cosas?

Apoya la barbilla en mi hombro y me responde:

—Quiero besarte por todo el cuerpo.

Lo pienso un segundo y respondo:

—Suená bien.

James me guiña un ojo y añade:

—Y también quiero acariciarte con mis dedos aquí. —Baja una mano por mi cadera hacia mi intimidad.

Jadeo, alucinada al sentirle justo ahí.

—Y solo he puesto la mano encima... —jadea también, escondiendo la cara en mi cuello—. ¿Tienes miedo?

—Ahora no. —Me arqueo hacia su mano—. James...

—A ver ahora... —Me acaricia el borde de las braguitas hasta colarse por dentro y empezar a moverse en círculos.

Grito, clavándole las uñas en la espalda. El placer que siento es demasiado grande. Mis piernas se abren todo lo que pueden, se me cierran los ojos, se me seca la garganta...

—Julia... —Besa mi cuello mientras sus dedos queman cada milímetro de piel que van tocando.

Pero sollozo cuando se detiene.

—Primero dije que quería besarte por todo el cuerpo —me susurra, sonriendo.

—¿Es tan bueno como lo que estabas haciendo? —Me falla la voz.

—¿Lo comprobamos?

Asiento con rapidez y baja la boca hacia uno de mis pechos, al mismo tiempo que me quita la tira del sujetador y lo descubre.

—¡Oh, Dios! —exclamo, aturdida, mareada...

Clavo los ojos en él. Me está... Me está chupando el pezón. Lo rodea con la lengua. Succiona. Acaricia el otro con la mano.

—James... —Me siento mareada.

Entrelaza las manos con las mías, por encima de mi cabeza, haciendo que me curve hacia su boca.

—Siente, Julia... Solo siente...

—Es... demasiado...

—Pues esto es solo el principio.

—¡Oh, Dios! —repito cuando resbala con los labios y la lengua hacia mi vientre, soltándome las manos para retirarme las braguitas—. ¡James!

Su boca me arruina por completo... Solo siento. Dios mío, solo puedo sentir, ni siquiera puedo pararme a pensar qué son estas sensaciones tan nuevas. Una espiral del placer más carnal que he sentido jamás domina mi cuerpo, mis pensamientos... Me arqueo hacia James, enterrando los dedos en su pelo, no sé por qué, pero necesito tocarle mientras su lengua y sus labios se

toman todo el tiempo del mundo conmigo, ahora lo entiendo...

Y él gime como si estuviera comiendo el manjar más dulce, me saborea, está disfrutando tanto como yo, y es extraño, esto provoca que la espiral crezca.

No duele, claro que no duele, pero parece una tortura. Y cuando comienzo a ahogarme, sus dedos se unen a su boca, penetrándome lánguidamente. Y el placer es mayor. Mucho mayor.

—Estás a punto, pequeña... —me susurra, rozando mi rincón más sensible con su cálido aliento.

—James... —Me estremezco—. No... No me sueltes... Siento que voy a caer...

—Vuela a lo más alto que puedas, no dejaré que te caigas.

Cierro los ojos y el orgasmo se apodera hasta de mi alma. Nada de lo que he leído me preparó para esto. Es... indescriptible...

James continúa acariciándome, con más suavidad, estoy muy sensible, rodeo mis brazos, temblando. Él se tumba a mi lado y me hago un ovillo en su costado. Me abraza con tanto cariño que sonrío, regresando a la realidad. Nos miramos. James también sonríe.

—Quiero volar otra vez. —Me levanto para sentarme a horcajadas en su regazo—. Oh... —pronuncio al notar entre mis piernas lo duro y grande que está su miembro.

Me muevo otra vez para quitarle los calzoncillos. Quiero ver. Quiero tocar. Quiero más.

—Julia... —gime, se incorpora hasta sentarse y me coloca de nuevo a horcajadas en su regazo. Los dos contenemos el aliento—. Cabálgame despacio —me pide en un hilo de voz, sujetándome las caderas.

—¿Así? —Muevo las caderas hacia delante y hacia atrás.

—Sí... —Se muerde el labio inferior.

—Esto... —Pongo las manos en sus hombros—. Esto también me gusta y no duele.

Gime, aterrizando en el colchón, pero lleva sus manos a mi culo y me incita a que no pare, que siga moviéndome... Que le cabalgue.

Lo que pasa es que a mí me gusta cabalgar rápido, y me dijo que me dejara llevar, ¿no?

—Suficiente —zanja apenas veinte segundos después, tumbándome en la cama. Saca un preservativo de un cajón de la mesita de noche y se lo pone.

—¿Lo he hecho mal? —Rodeo sus caderas y le clavo los talones en las nalgas—. Cabalgarte.

—Lo has hecho tan bien que necesito dar un paso más. ¿Y tú?

—¿Volaré contigo esta vez?

Sonrío.

—Sí, pequeña. Volaremos juntos. —Y comienza a penetrarme con su miembro.

Me encantaron sus manos, pero creo que esto es mejor.

Sale de mi interior.

Entra un poco más que antes.

Oh, sí, mucho mejor.

—James... —Se me entrecorta la respiración—. No... No duele...

Él parece estar sufriendo, una fina capa de sudor moja su frente. Le acaricio las mejillas, pero me tiemblan las manos en cuanto me embiste hasta el final, encajándose nuestras ingles. Es... raro. Me siento invadida, pero es una invasión...

—¡Oh, Dios, James! —grito cuando se retira y me embiste más rápido.

¡Infinitamente mejor!

Me sujeta del culo y me besa, penetrándome otra vez.

Y otra.

Cada vez más deprisa.

Me quema. No quiero que pare. Quiero explotar de calor y de placer.

Se arrodilla y tira de mí, sentándose encima sin salir de mi cuerpo. Me agarra del pelo, enredo mis dedos en el suyo y nos besamos entre gemidos que me vuelven loca, porque esto que siento tiene que ser locura y desenfreno. Escuchar nuestros cuerpos chocar, sentirle dentro de mí, llenándose... Es demasiado. No aguanto más. Quiero volar con él ya, por favor...

Entonces, James gruñe mi nombre, apretándose contra él, y, por segunda vez, me dejo consumir por el placer, pero ahora es diferente, el orgasmo es muchísimo más crudo, me consume en fuego, entre sus brazos, sin soltarme, conmigo.

Caemos en la cama, entre temblores y jadeos irregulares.

Observo el techo de la habitación, intentando asimilar lo que acaba de pasar.

—No me extraña que repitan en las novelas... —murmuro.

James se echa a reír, flexionando un brazo debajo de la nuca.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta en voz baja.

—Muy bien, la verdad. —Sonríe—. Relajada y feliz. ¿Y tú? —Giro mi cara hacia él.

—Relajado y feliz, pero no me importaría estar más relajado y feliz.

—¿Quieres... repetir?

—Muchas veces. —Se inclina y me besa en el cuello, erizándose la piel—. Muchas muchas muchas veces. —Se tumba encima de mí—. El sexo es muy beneficioso, ¿no lo has leído en Internet? —Acaricia mi rostro con sus labios.

—Hay algo que tienes que saber de mí antes de seguir. —Pongo una mano en su pecho, seria.

—¿Y es...? —Me quita la mano para poder besarme en el cuello con la punta de la lengua.

—James... Soy... soy muy intensa cuando algo me gusta...

—Y te ha gustado el sexo. —Me mordisquea la oreja, robándose un gemido.

—Me ha gustado practicar el sexo contigo —le corrijo.

Me mira. Sus ojos brillan.

—¿Eso quiere decir...? —Su sonrisa es la de un niño travieso.

—Que me encanta besarte, pero quizás a partir de ahora cuando me beses siempre quiera más. Sé que hay otros lugares donde hacerlo además de la cama, como la bañera, por ejemplo.

—Por ejemplo. —Creo que quiere reírse otra vez. Se levanta y tira de mis manos para que le imite, caminando hacia el baño que hay dentro de la habitación, enfrente de la cama.

—Y otras posturas, como la del perrito, por ejemplo.

—Por ejemplo. —Sonríe abiertamente y empieza a llenar la bañera, echando jabón para que salga espuma.

—Pues es que como me guste algo, no tengo fin.

—Yo no quiero tener fin contigo en nada, Julia. —Su voz vuelve a ser ronca.

—¿Seguro? Porque...

Me besa, sujetándose de la barbilla. Me pega a su cuerpo y nos metemos en el agua caliente, cuya temperatura compite con la de nuestra piel.

Las novelas románticas explícitas están muy bien, pero no lo cuentan todo, no pueden, esto hay que vivirlo.

Y yo me muero por vivirlo todo con James.

Capítulo 26

James

Me ha costado tanto despedirme de Julia cuando la he llevado a su casa que no soy capaz de dormir más de dos horas. El lunes soy un zombi y estoy muy despistado en el trabajo, no me concentro, solo pienso en ella.

«¿Comemos juntos y me cuentas tu fin de semana romántico?», se burla Joel, signando.

Estamos en mi despacho, de pie, junto a la ventana.

—He quedado a comer con Julia. ¿Y Jana?

«¿Qué pasa con Jana?». Sonríe como un canalla.

—Come con ella.

«No puede, tiene una videoconferencia con un escritor. Tú eras mi segunda opción».

—Gracias. —Resoplo, pero me río—. ¿Y bien?

«Y bien, ¿qué?».

—¿Qué tal tu fin de semana?

«No tan bueno como el tuyo». Me da una palmada en la espalda.

—Ha sido... —dejo la mirada perdida en la calle— perfecto. Ella es perfecta. —Suspiro con desgana—. El sábado se va a España.

«Lo sé —asiente, serio—, me lo dijo Jana ayer».

—¿También estuviste con ella ayer? —Enarco una ceja, divertido—. Te tomaste al pie de la letra cuidarla mientras Julia estuviera conmigo en Bibury, ¿eh?

«Si hago algo, lo hago bien».

Me río otra vez.

«Me voy —me avisa, caminando hacia la puerta—, tu chica no tardará en llegar».

Se marcha, cruzándose con mi hermana al salir.

—Hola, James.

—¿Qué haces aquí? —Nos damos un abrazo.

—Interrogarte, por supuesto, tú invitas a comer. —Señala el portátil—. Apágalo, nos vamos. Suelto una carcajada.

—No puedo, he quedado. Esta noche cenamos en casa de papá y mamá si quieres.

Alguien nos interrumpe llamando a la puerta, que no está cerrada. Se me acelera el corazón al ver a Julia. Se ha puesto un vestido largo en degradado desde el rosa hacia el turquesa, con tirantes atados con lazos en los hombros, muy veraniega; a pesar de la tormenta del fin de semana, hoy hay un sol tremendo y ni una sola nube en el cielo. Sus Converse no faltan y se ha recogido el pelo en una coleta alta y tirante. Abraza una carpeta en el pecho.

—¡Hola! —exclama, ignorando a Kora, solo tiene ojos para mí.

—¡Eres tú! —exclama ahora mi hermana, acercándose a ella—. Reconocí tu voz.

—Soy Julia. —Le tiende la mano con una sonrisa preciosa.

—Yo, Kora. —Se la estrecha—. Espera —arruga la frente—, ¿Julia López, la escritora?

—Sí. Y tú eres su hermana. Os parecéis un montón.

Kora gira la cara hacia mí, atónita.

—Bueno —zanjo, bajando la tapa del portátil—, Julia y yo hemos quedado, así que...

—Mamá está abajo esperándonos.

—¿Mamá está aquí?

—Y ha reservado una mesa en el restaurante de la esquina. —Mira a Julia.

—No creo que... —comienzo, nervioso.

—Por mí, vale —contesta ella, acercándose a mí—. Toma. —Me tiende la carpeta.

La abro: es un manuscrito; en la primera página se lee *Trastorno del Espectro del Amor*, de Lucía Martín. Sonrío.

—Es una semana complicada, pero en cuanto empiece agosto, me pongo con ello.

Se alza de puntillas y me da un beso en la mejilla.

—No me dijiste «hola». —Suspira, con la mirada muy verde.

—Hola, pequeña. —Le devuelvo el beso.

Nos miramos unos segundos, cada uno a la boca del otro, y juraría que está recordando el increíble fin de semana que hemos pasado, se le están dilatando las pupilas...

—Qué bonitos sois... —suspira Kora.

Carraspeo.

—Vamos, que mamá está esperando. —Tomo de la mano a Julia y bajamos en el ascensor.

Mi madre está en la calle, hablando con Haley. Esta se fija en que Julia y yo vamos de la mano y entorna la mirada.

—Un placer verte, Astrid —se despide—. Que os lo paséis muy bien. —Sonríe con falsedad y detiene un taxi.

—Hola, cielo —me saluda mi madre y se para delante de Julia—. Tú eres Julia, es un honor conocerte. He visto fotos tuyas en el perfil de Instagram de tu madre.

—Encantada, señora McArthur, el honor es mío, usted fundó la editorial que va a publicar mi novela, y es la mamá de James.

Ella le sonrío con cariño y le da un abrazo.

—Llámame Astrid, por favor, y tutéame.

—Gracias. —Asiente con timidez—. Eres igual que ella —añade hacia mí.

Nos dirigimos al restaurante de la esquina andando y en silencio. Me pongo tan nervioso por tener a mis mujeres favoritas juntas que me tropiezo con el felpudo del local. No había imaginado que mi familia conociera a Julia así, de sorpresa, pero parece muy cómoda hablando con ellas, así que comienzo a relajarme cuando pedimos la comida y la bebida al camarero.

—Eres preciosa, Julia, y muy dulce —le obsequia mi madre, colocándose la servilleta de tela en el regazo—, no me extraña que tengas embelesado a mi hijo.

—Mamá... —Mi cara arde de vergüenza.

—No he dicho nada malo. —Me guiña un ojo—. Ahora entiendo por qué casi no hemos sabido nada de ti las últimas semanas.

—¿Por mi culpa? —pregunta Julia, preocupada.

—En el buen sentido. —Mi madre le aprieta la mano—. Cuéntanos, Julia, ¿hasta cuándo te quedas?

—En Londres, hasta Navidad, pero el sábado me voy con mi hermana unos días a la casa de mi tía Carolina, en España, volveré a mediados de mes para ir con James a la feria de libros antiguos de St. Yves. —Me sonrío—. Ya avisé a mis padres, y también les dije que vas a venir. El 10 de agosto es San Lorenzo, esa semana son fiestas y el sábado habrá fuegos artificiales, ¿vendrás para esa fecha?

—¿Quieres que vaya para esa fecha?

—Altea se viste de gala y es mi segundo hogar. —Se muerde el labio inferior.

Quiero chupárselo, besarlo y adorarlo hasta que pida un paso más...

—Entonces, el día 3 me tendrás allí.

—No te veré durante tres días, el sábado es 1 de agosto y el vuelo sale temprano. —Agacha la cabeza.

Le alzo la barbilla con un dedo.

—Os llevo al aeropuerto, me da igual la hora.

—¿De verdad? —Da un brinco, emocionada—. ¡Así nos veremos el día 1 también! —Se arroja a mí, haciéndome reír.

—Sois tan monos... —suspira Kora.

Con la cara ardiendo, asesino a mi hermana con la mirada, pero ella ni se inmuta, está encantada con nosotros.

—Julia, ¿te gustaría cenar en casa el viernes? —la invita mi madre—. Así conoces al padre de James.

—Mejor el jueves —sugiere Kora—, el viernes necesitarán despedirse. —Me guiña un ojo.

—Kora... —la avisa mi madre, sonriendo con picardía.

Ahora las asesino con la mirada a ambas, provocando que se echen a reír.

—Iré si a James le parece bien —dice Julia, ajena a la broma.

—¿Te apetece? —le pregunto aposta, enarcando una ceja.

Ella sonríe, iluminándose su rostro, y asiente.

—Así me gusta, pequeña —le susurro antes de inclinarme y darle un beso muy dulce en los labios.

—Ay, por favor... —suspira mi hermana otra vez—, quién eres y qué has hecho con mi hermano.

Ahora sí sonrío, entrelazando una mano con la de Julia.

—Solo necesitaba conocer a la chica perfecta.

Compartimos una sonrisa muy especial.

El camarero nos trae el pedido y charlamos de la novela de Julia mientras comemos, mi madre se muestra muy interesada, se leyó el manuscrito después de hacerlo mi padre y quedó encantada.

—¿Ya está todo listo, hijo?

—Casi —le respondo—. Falta cerrar la gira.

—La presentación será en Hatchards el día que sale a la venta, como siempre, ¿no?

—Será en la librería Alicia Through the Looking Glass.

Julia gira el rostro hacia mí, atónita.

—Me encanta esa librería.

—El primer libro mío que cogiste fue el de Lewis Carrol. —La tomo de la mano, serio—. Julia, creo en tu novela, pero, sobre todo, creo en ti. Eres justo lo que McArthur Publishing House necesita. Contigo habrá un antes y un después, lo sé.

—¿Cómo estás tan seguro? —Su voz es baja, insegura.

—Porque tienes un don. —Le sonrío con ternura—. Transmites emociones desde la primera línea, y lo haces de una manera tan cruda y delicada a la vez que resulta impresionante. Algo así merece la mejor campaña de publicidad que hayamos hecho hasta ahora, y un lugar diferente para que tu novela empiece a volar al mundo. Siempre hemos hecho todas las presentaciones en Hatchards. —Sonrío—. A ti te veo en Alicia, no en Hatchards.

—Porque soy diferente. —Hunde los hombros.

—Porque tu historia lo es. Y cuando cogiste mi libro, dijiste que todos teníamos una historia. —Sonrío—. Me diste una idea: a partir de ahora, cada escritor presentará sus novelas en la

librería que más se amolde a él y a su historia.

Sonríen las tres, mi madre, además, lo hace con orgullo, robándome una carcajada.

Una hora después, Julia y yo nos despedimos de ellas, prometiendo verlas el jueves para cenar en casa de mis padres.

Regresamos a la editorial.

—¿Quieres subir un rato? —le sugiero, entrelazando una mano con la suya—. Tenemos media hora hasta que la gente se incorpore a sus puestos de trabajo. Podemos... —ladeo la cabeza, observando su boca—, besarnos un rato.

—¡Vale!

Como dos adolescentes, corremos hasta el ascensor. En cuanto las puertas se cierran, nos besamos con rapidez e impaciencia, sujetándonos de la nuca. El largo gemido que suelta cuando mi lengua encuentra la suya me pone tanto que la empujo contra una de las paredes, le subo el vestido y le aplasto el culo en mis manos. El temblor que recorre su cuerpo me roba un gruñido.

El ascensor se detiene y corremos otra vez para encerrarnos en mi despacho. Nos besamos con desesperación contra la puerta. Su bolso no sé dónde acaba, pero no le importa.

—¿Otra... postura? —pregunta, desabrochándose la camisa con torpeza por las prisas.

Pone las manos en mi pecho, las arrastra hacia mis hombros y me clava las uñas.

—Y será rápido.

—¿Me dolerá?

Una de mis manos bordea sus braguitas hacia el interior de sus muslos.

—James... —Se le cae la cabeza hacia atrás y se le cierran los ojos.

—No, pequeña —jadeo, acariciándola—, no te dolerá nada, estás tan mojada...

—Eso es... —Traga saliva, mirándome—. He leído que eso es...

—Una puta maravilla... —Gimo, notando cómo se abre para mí.

—James... —repite, levantando una pierna hacia mi cadera.

—Desabróchame el pantalón, no quiero dejar de tocarte.

Lo hace enseguida, bajándose los calzoncillos a la vez. Sin embargo, me toma en sus manos y a mí se me cae la cabeza en su hombro.

—Más fuerte... —le ruego de manera entrecortada—. No tengas miedo. Sube y baja con fuerza..., por favor...

—¿Así?

—Mierda... Me estoy mareando...

—¿Estás bien? —Me coge de la cara—. James.

—Sí, sí... Es...

Ahora mismo no puedo explicarle nada, de verdad que no puedo... Tiro de sus braguitas hasta quitárselas, la agarro del culo, flexiono un poco las piernas y la penetro de una embestida dura y tremendamente húmeda.

—¡Oh, Dios! —grita, arqueándose.

—Por eso estoy mareado.

Y la beso con fuerza, saliendo de su interior para volver a enterrarme profundamente, con desenfreno, desesperado, ansioso... Julia me recibe y me besa con el mismo deseo que siento yo, que me va a explotar en cualquier momento. Me tiene flotando en una puta nube de lujuria ahora mismo, la acaricio entre los muslos con la misma rapidez y, en cuanto la noto tensarse alrededor de mi miembro, me dejo llevar por el placer más primitivo que he sentido jamás. Es diferente esta vez, no sé si será porque nunca he follado como un animal, pero me vuelvo loco. Dios..., no quiero parar...

Por desgracia, el orgasmo termina demasiado pronto y, cuando bajo de esa nube, me doy cuenta de que no he usado protección. Por eso sentía distinto.

—Julia, yo... —Me aparto con delicadeza.

—Necesito ir al baño.

—Claro.

Recoge sus braguitas y el bolso y se encierra en el baño.

—¿James? —me llama, segundos después.

Con la ropa colocada, me acerco a la puerta.

—Estoy aquí.

—Oye, es que... Bueno... Tengo preguntas.

Me pongo nervioso.

—¿Puedo abrir?

—No, mejor así.

Me pongo más nervioso.

—Vale. —Apoyo las manos en la puerta—. No he usado un preservativo.

—Me he dado cuenta.

—¿Cuándo te has dado cuenta?

—Cuando hemos terminado.

—Lo siento, Julia, te prometo que la próxima vez...

—Tomo la píldora —me corta enseguida—. Necesito controlar mi regla.

Comprensible, dado que necesita anticiparse a las cosas. La regla tiene que ser una revolución para las mujeres.

—Pero la píldora no es efectiva al cien por cien —añade.

—¿Y eso te preocupa?

—No. Mis preguntas tienen que ver con... otra cosa.

—Vale... —Contengo el aliento. Nunca sé qué esperar...

—¿Es...? ¿Está bien... que me guste... tenerte... entre mis muslos? Es decir... —Le está costando mucho—. Quiero limpiarme, *necesito* —recalca— limpiarme, pero... no quiero hacerlo. Pero sí quiero hacerlo.

Sonrío como un idiota, mezcla de orgullo de macho alfa y ternura.

—Tengo una idea. ¿Puedo pasar?

La escucho suspirar y abre la puerta. Su bolso y un pequeño neceser están junto al lavabo. Está muy nerviosa, se retuerce los dedos, mueve los pies y respira deprisa.

—¿Puedo limpiarte yo? —le susurro, ronco, no puedo evitar estar excitado, primero, porque la sigo deseando muchísimo, y segundo, por lo que quiero hacer.

Traga saliva y asiente, sacando un paquete de toallitas del neceser. Despacio, me arrodillo y, delicado y tierno, no me nace ser de otra manera en este momento, le limpio el interior de los muslos sin subirle el vestido. Ninguno respiramos cuando tiro la toallita y acaricio sus piernas lentamente.

—James... —Se estremece.

Me levanto y la beso, perdiéndonos en otra postura y en otro lugar...

Capítulo 27

Jana

—¡Por fin! —exclama Mary, apagando el ordenador.

Está la editorial revolucionada, es viernes y las vacaciones quedan oficialmente inauguradas. Han quedado para ir al *pub* de enfrente. Me apetece mucho, quiero despedirme de todos, en especial de ella.

—Dime que Haley se apiadó de ti y te deja terminar hoy a tu hora —me pide, rodeando mis hombros.

—No sé nada de ella desde que se fue hace una hora.

—¡Bien! —Nos abrazamos con fuerza—. Vamos a exprimir lo que queda de día y la noche, ya dormirás en el avión mañana.

Me río.

—¿Tienes todo preparado?

Asiento.

—¿Y tu hermana?

—Ha quedado con James para cenar y creo que tenían despedida privada porque me ha dicho que nos vemos en el aeropuerto a las siete y media, cuando nos toca embarcar. —Sonrío con travesura.

—Qué pareja más bonita son. —Suspira, soñadora—. ¿Y Joel? —Arquea las cejas—. ¿Hoy será el día?

Meneo la cabeza, ruborizada. Ya sabe que no estamos juntos, pero está convencida de que la culpa es mía y que los rumores se harán realidad cuando sea valiente y me lance a sus brazos, que él me está esperando.

—Me escribió antes —le cuento—, tenía que ir a casa, no me dijo nada de acercarse luego.

—Y no quieres besarle hasta quedarte seca, claro —ironiza, señalándome con el dedo—. Menuda cara de decepción se te acaba de quedar...

—Vámonos ya, que estoy deseando empezar las vacaciones. —La empujo para que deje de ponerme nerviosa.

—Antes, toma. —Saca un pintalabios rojo del bolso y me lo tiende, Mary ya se los ha pintado.

¿Por qué no? Me agacho frente a la pantalla del ordenador y me los pinto.

—Espera —me dice, colocándose detrás de mí—, te falta algo. —Me recoge el pelo en un moño alto y desenfadado. Se coloca frente a mí, me desabrocha un botón de la camisa de cuadros que tengo atada a la cintura, por encima de mi minifalda vaquera negra, y sonrío—. Ahora sí. ¡Estamos de vacaciones!

Entre carcajadas, nos dirigimos al *pub*, donde está casi toda la editorial festejando que hasta dentro de un mes no volverán a ver a Haley, hasta brindan por ello. Nos unimos y comenzamos a bailar al ritmo de Adele con una pinta en la mano.

Cuando me quiero dar cuenta, son las diez de la noche y estoy muerta de hambre. Cuatro horas bebiendo cerveza, riendo y bailando es mucho. Mary y yo nos sentamos en unos taburetes en una esquina de la barra, situada en el centro del local, y pedimos unas alitas de pollo y patatas fritas con mucho ketchup.

—Ay, no... —murmura, al ver acercarse a Stephan.

Iba a darle un trago a la botella de agua que me acaban de servir, pero escupo al reírme.

—¡Jana! —Entre carcajadas, afectadas las dos por la cerveza, se limpia la blusa blanca con una servilleta.

—Hola —nos dice él, con las manos en los bolsillos de su serio pantalón de pinzas.

—Hola, Stephan —soy la única que le responde, Mary ni siquiera le mira.

—Hola, Mary —lo intenta.

Ella hace un gesto con la mano. Stephan suspira derrotado y se aleja.

—No seas mala —la regaña, pellizcándole la pierna, justo donde la falda de tubo tiene una abertura lateral—. Ha estado las últimas cuatro horas armándose de valor para decirte algo. Le he pillado, no te quitaba la vista de encima. Le ha costado mucho y le ignoras. Muy mal, Mary —bromeo.

—Los prefiero un poco más... de mi edad.

—Los dos tenéis veintiocho años.

—Pues parece un abuelo.

Tiene razón, viste como si fuera muy mayor, pero es atractivo.

—Las gafas le quedan bien —pruebo, antes de atacar una alita de pollo como si no hubiera un mañana—. Son acordes a su estilo de los años sesenta. Eso es bueno. Sabe lo que le gusta.

—¿Tú le has visto a él y me has visto a mí? No pegamos ni con cola, Jana. —Se come una patata despacio, pensativa.

—Eso ha sido muy Haley. —Arqueo las cejas.

—Tienes razón, lo siento. —Hace una mueca, tamborileando los dedos en la mesa. Estaba hambrienta, pero no come.

—¡Te gusta! —La señalo con el dedo.

—Oye, no... Vale. —Suspira con fuerza—. Me escribe *e-mails* —aclara, roja como un tomate—. Desde hace tres años.

Abro los ojos sobremanera.

—¿Te escribe *e-mails* desde hace tres años? —Estoy atónita—. ¿Románticos?

—Obviamente. —Carraspea, estirándose en el asiento—. Solo... solo los leo. Son... —agacha la cabeza— preciosos.

—Ay, madre... Estás enamorada de él. —Entorno la mirada—. No lo entiendo. ¿Cuál es el problema?

No contesta.

—Mary.

—Es que... —Se desinfla—. Intentamos quedar a los dos meses de escribirme el primer *e-mail* y salió mal.

—Eso quiere decir que al principio sí le contestabas.

—Sí. —Desvía la mirada a su pinta, apoyada en la barra—. Vino a buscarme a casa vestido de traje y pajarita y con un ramo de flores. No me lo esperaba, habíamos quedado en Hyde Park para dar un simple paseo, para hablar fuera de la editorial. Fue tan... romántico que... me asusté.

—Vale. Espera. —Levanto una mano—. ¿Te asustaste porque desde el primer momento te trató con respeto y fue detallista? Mary, tú eres muy romántica.

—Por muy romántica que sea, ¿quién va a una primera cita de traje y pajarita, Jana? —Frunce el ceño—. Y con un ramo enorme de doce rosas rojas. Y otro para mi madre, aunque más pequeño, para presentarle sus respetos. Que no. —Chasquea la lengua—. Si al principio va tan fuerte, la caída será muy fuerte, y cuando quiera darme cuenta, me habrá dejado plantada en el

altar por haberse fugado con mi prima a Hawaii, la luna de miel que yo le regalé por la boda.

Lo ha dicho de carrerilla y sin respirar. Suelta el aire con fuerza.

—Mary... —La tomo de la mano—. Lo siento mucho.

—Pasó hace cuatro años, cuando era la secretaria de mi futuro suegro. —Sonríe con tristeza—. Lo he superado. Los veo juntos y me da igual, pero me hizo mucho daño, no puedo confiar en ningún hombre.

—Stephan no parece de los que se fuguen con otra. —Pillo a Stephan, en la otra esquina de la barra, sin dejar de contemplar embobado a Mary—. Salió mal vuestra cita y ha seguido escribiéndote durante tres años. —Le hago un gesto muy discreto para que se acerque.

Él da un respingo y, en segundos escasos, está junto a nosotras otra vez. Le guiño un ojo a Mary. Ella, ruborizada y tímida, le dice:

—Hola, Stephan.

—Hola, Mary. —Su sonrisa está llena de ilusión—. ¿Puedo sentarme con vosotras?

—Yo tengo que ir al baño, siéntate en mi sitio —me excuso, levantándome.

—Jana... —me avisa Mary.

Le doy un abrazo y le susurro al oído:

—¿No querías exprimir la noche? Hasta septiembre no vas a verle, lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas.

Me aprieta para que no me mueva.

—Si yo lo hago, tú también.

Me separa de ella. Me retoca el pintalabios y me gira para quedar frente a la puerta del *pub*: Joel acaba de entrar.

Guau... Se me ha salido el corazón del pecho. Se ha hecho algo en el pelo, seguro, lo lleva hacia arriba en un desaliño muy *sexy*. La cazadora negra de cuero y con hebillas le hace más *sexy* todavía. Y los vaqueros claros con un roto en una de las rodillas. Y las zapatillas negras sin cordones. Y...

Barre el local con la mirada hasta que me encuentra... y sonríe.

Vale, ya puedo desmayarme, él no permitirá que toque el suelo.

Se humedece los labios a medida que va acortando la distancia conmigo. Se muerde el inferior al fijarse en mi boca. Sus ojos son dos llamaradas de fuego, creando un incendio en mi interior.

No obstante, no sé si será por la cerveza, porque estoy de vacaciones o porque mañana me voy y no vuelvo hasta dentro de un mes, pero frunzo mis labios aposta.

«¿Te gustan?», le signo.

Joel ladea la cabeza hacia la derecha y se toca la mejilla izquierda. Me inclino y le beso, marcando mis labios rojos en su piel, ligeramente áspera por la corta barba, que se acaricia a continuación al hacerme un repaso de la cabeza a los pies.

Hemos estado tonteando toda la semana, desde la tormenta ahora somos... amigos que se rozan muy de vez en cuando y se hablan con las caras muy cerca. Una amistad sana y sin peligro, ¿a que sí? Solo que, si antes se me disparaba el pulso, ahora hay que añadir que me tiemblan las piernas continuamente en su presencia, esta semana me he tropezado más de lo habitual y él ha estado ahí siempre para sujetarme, regalándome su sonrisa más canalla, esa que desprende partículas de testosterona listas para desintegrarme.

Entrelaza una mano con la mía y me guía hacia la barra. Le pide una pinta al camarero, yo tengo la mía todavía, y nos quedamos apoyados en la barra. Se sorprende por algo, detrás de mí. Al girarme para ver qué es lo que le ha llamado la atención, se me desencaja la mandíbula: Mary

y Stephan se están... ¡Se están comiendo la boca, literalmente!

«¿Sabías algo de esto?», me pregunta Joel, alucinado.

Asiento, sonriendo. Me alegro mucho por ellos. No conozco a Stephan, es un solitario, no se relaciona con nadie. Bueno, con casi nadie, porque le encanta mandar *e-mails* románticos a cierta secretaria... Pero lo poco que la gente habla de él es para decir que es muy educado y responsable. Ahora sé que además es detallista, romántico y respetuoso.

«Sabe lengua de signos», me cuenta Joel. «Le dije un par de cosas a Haley hace dos semanas, él se lo iba interpretando».

—¿Discutiste con Haley? —Frunzo el ceño, pensativa—. Hace dos semanas que no ha vuelto a meterse en la novela de Julia o en la nueva colección que estamos preparando. ¿Qué le dijiste?

Se encoge de hombros.

«Que dejara a James en paz».

—Pues parece que te hizo caso.

«Haley tiene mucha mierda encima, aunque solo sé lo que dice la prensa sensacionalista, James no me ha contado nada de ella».

A mí Julia sí...

Arquea las cejas, interrogante ante mi cambio de expresión.

—Sé lo de... —comienzo, tocándome las muñecas—. Sé que fue ella quien le encontró.

«Fue por su culpa», signa con rabia, apretando la mandíbula. «Eran el novio de Haley y sus amigos los que le hacían la vida imposible a James. Fue ese hijo de puta quien le obligó a...». No continúa la frase. «Haley es tan culpable como ellos porque los que se quedan mirando sin hacer nada son tan culpables como los que pegan, insultan y humillan».

Pongo una mano en su brazo, está rígido. Julia me aseguró que James lo había superado, pero Joel parece que no.

—¿Los conoces?

Niega con la cabeza.

Entonces, hay algo más.

«Yo también quise hacerlo», me confiesa, signando.

Me paralizó.

«Así fue como conocí a James». Me lo dice mirándome fijamente a los ojos. «Acababa de salir del hospital. Me operaron varias veces por el accidente, estuve dos meses ingresado. En su momento, creí que eran los peores de mi vida, hasta que volví a casa. La encontré tan sola y tan fría, sin mis padres ni mi hermana, aunque ellos estaban en cada centímetro de la casa..., sentí que me ahogaba entre esas cuatro paredes».

No me atrevo ni a respirar... ¿Joel... intentó suicidarse?

«Mi abuelo se mudó conmigo», continúa, despacio. «Un día, no lo soporté más. Me daba igual no poder escuchar, lo que no me daba igual era la culpa». Desvía los ojos a la barra. «Quise tirarme desde la Tower Bridge».

Se me caen las lágrimas. Siento tanto dolor en el pecho...

«Un martes de noviembre salí de casa cuando mis abuelos se quedaron dormidos. Caminé directo a la Tower Bridge, le encantaba a mi hermana. No lo pensé, ni siquiera les dejé una carta de despedida a mis abuelos, simplemente, me senté en la barandilla del puente y observé el río, las corrientes del agua, lo rápida que se movía, lo oscura que era... Todavía recuerdo ese momento como si hubiera pasado ayer». Respira hondo con la mirada perdida. «Hasta recuerdo ver el reflejo de mi familia como una luz en esa oscuridad».

Me estrujo la camisa en el pecho, imaginar a Joel allí, queriendo acabar con su vida...

«Me sujeté con las manos, quería esa luz, Jana, les echaba tanto de menos, me sentía tan culpable...». Le cuesta respirar. «¿Por qué yo había sobrevivido y ellos no?». Inhala una gran bocanada de aire. «Pero alguien me agarró del brazo con fuerza y tiró de mí».

Entonces, me mira y se asusta al verme llorar. Me toma de la cintura y me pega a su pecho, pero me aparto. Necesito saberlo todo.

—Era James —afirmo, secándome la cara con rapidez.

Asiente y sigue: «No podía oírle y tampoco entendía nada de lo que me decía, no sabía leer los labios. Le dije que me dejara en paz, que no tenía ni idea de lo que me pasaba, que en el accidente tenía que haber muerto yo, no mi familia, que quedarme sordo era una penitencia muy pobre para lo que les pasó a ellos». Sonríe. «Me escribió en su móvil que llevaba un rato pidiéndome que retrocediera y diciéndome que de todo se sale, aunque se vea muy negro, que ahora entendía por qué actuaba como si no le oyera». Amplía la sonrisa. «Y que tendría que hacer yo algo al respecto porque hablaba a gritos».

Me echo a reír.

«Nunca ha tenido ningún problema en dejarme las cosas claras». También se ríe. «Lo que pasa es que de James nunca te sienta mal lo que te diga».

—Es cierto. ¿Y qué pasó?

«Seguí gritándole que no tenía ni idea». Se le apaga la sonrisa. «Y me enseñó las cicatrices de sus muñecas».

—¿Te contó lo que le pasó?

Asiente de nuevo, despacio, suspirando.

«James es una de las personas más buenas que existen en este mundo de mierda —aprieta la mandíbula mientras signa—, quiero cruzarme un día con esos hijos de puta y reventarles con mis propias manos». Cierra las manos en dos puños.

Pongo las mías en sus mejillas.

—El día que te cruces con ellos, si quieres reventarles y yo no estoy contigo, llámame y voy corriendo para curarte las heridas.

«Ellos saldrán heridos, no yo», me contesta, cuadrando los hombros.

—Lo digo porque tus nudillos se resentirán por los puñetazos que les darás.

Su sonrisa canalla hace su aparición, provocándome un cosquilleo en el vientre de lo más placentero.

«¿Y cómo me curarás?», me pregunta.

Le cojo una mano y le beso los nudillos con la punta de la lengua, uno a uno, lentamente. Joel bebe un largo trago de cerveza y añade:

«Los dos sabemos que más temprano que tarde ocurrirá», me signa.

—¿El qué? —Se me ha detenido el corazón. ¿Por qué está tan serio de repente?

«Nosotros, Jana. Este juego que nos traemos terminará». Se aparta de mí. «¿Vamos con los demás?». No espera mi respuesta, se marcha con los demás compañeros.

¿Terminará? ¡No!

El miedo me invade. No quiero perderle. No puedo perderle...

Voy tras él, le agarro del brazo y le digo:

—Ni siquiera hemos empezado.

Ahora soy yo la que no le deja responder... Ni me molesto en pensar en las consecuencias. Me arrojo a Joel, de puntillas, y le beso en la boca delante de todo el mundo.

Capítulo 28

Joel

Sujeto a Jana de los brazos y la separo de mí, cabreado.

«¿Te das cuenta de que mañana te vas un mes a España?», inquiero, signando con rapidez. «¡No puedes hacerme esto hoy, Jana!».

—Pues ya lo he hecho. —Se rodea a sí misma, vulnerable—. Pero no te preocupes que no lo repetiré, entiendo perfectamente lo que es un rechazo. —Se gira y huye de mí, algo que me cabrea todavía más.

Voy tras ella. La sujeto de la muñeca en cuanto pisa la calle.

—No. —Niego con la cabeza, tajante.

—Déjame, Joel. —Se suelta.

«¿Qué coño acabas de hacer?», le signo, acelerado.

—Besarte, pero me he equivocado. —Se cruza de brazos, muy ruborizada y seria.

«¿Por qué hoy, joder? ¡Te vas mañana!».

—¡Ya lo sé!

«¿Encima te enfadas?».

—¡Porque eres idiota! —Gesticula mientras me grita—. ¿Qué coño hiciste tú en mi casa el fin de semana pasado? ¡Me besaste y me acariciaste!

«¡Te estaba distraiendo de la tormenta!».

—¡Y una mierda! —Me empuja, pero ni me inmuto—. ¡Lo hiciste porque te gusto, que es exactamente lo que acabo de demostrar yo ahora! ¿Por qué hoy sí te molesta? —Me empuja de nuevo.

«¡No te besé en la boca porque tu boca es sagrada, Jana! ¡Si te beso en la boca, es porque quiero más que un beso, joder, y no me refiero al sexo, y tú el otro día no estabas preparada para ese más! ¡Y me has besado ahora porque no me has entendido cuando te he dicho que nuestro juego iba a terminar, te has acojonado! ¡Y a lo que me refería era a estar juntos de una puta vez, joder!».

Se queda boquiabierta, formando un adorable «oh» con sus labios rojos. Mierda... Jodido pentalabios. Me está volviendo loco y no quiero. Hoy no. Voy a estar un mes entero sin verla.

«¡Lo has estropeado todo!», le recrimino.

Frunce el ceño.

«¡Ahora voy a estar todo el puto mes soñando con tu boca, joder!», continúo signando deprisa, cada vez más nervioso. «¡Que hasta septiembre no vuelves! ¡Esto no se hace!».

—¡Pues no haber dicho que nosotros terminaríamos! —Me apunta con el dedo—. ¡No haberme besado ni acariciado el otro día! —Me empuja por tercera vez—. ¡Y a ver por qué tuviste que cuidarme cuando me torcí el tobillo, mi vida era mucho más sencilla cuando solo te veía en la editorial y te odiaba por lo mucho que me molestaba que tontearas con todas menos conmigo! ¡Empezaste tú! —Hace un mohín con los dichosos labios pintados de rojo—. ¿Qué esperabas, Joel? ¡No soy de piedra, joder!

¡Mierda, yo tampoco!

La agarro de la nuca y la beso con fuerza, con rabia, quiero castigarla por ser tan tonta. ¡¿Tenía que dejarse llevar precisamente esta noche?!

—¡No! —grita, apartándose de golpe—. Ahora soy yo la que no quiere. —Se da la vuelta y regresa al *pub*.

Me froto la cara, controlándome para no gritar de frustración.

Vuelvo al local, pero me sitúo junto a uno de los altavoces, no por sentirme normal, sino porque soy capaz de estrangular a Jana como la tenga cerca. Me muevo para que esté en mi campo de visión, por supuesto, para torturarme, está tan *sexy* con esa minifalda, ese moño deshecho y los labios rojos... La veo bailar con algunos compañeros, beber cerveza y buscarme entre la gente. La leve vibración en mis oídos se acentúa cuando me encuentra.

Entorna la mirada.

Entorno la mirada.

Me da la espalda y sigue bailando.

He venido por ella. ¡Si hasta me he peinado, joder!

Me acerco a la barra y pido una pinta. Desde el altavoz, mi cabreo se va transformando en un deseo asfixiante. Me quito la cazadora, gesto que capta Jana, me mira cada cinco segundos, los tengo contados.

Continúa bailando, y yo, comiéndomela con los ojos.

Unos minutos después, se dirige a la barra y pide una cerveza. Un editor *junior* se acerca a ella y se ponen a charlar. Yo lo que me pongo es enfermo de celos al verle a él acariciar la cintura de Jana y ella reírse de lo que sea que le estará contando, algo aburrido, seguro; me he convertido en un maestro en leer las caras, no solo los labios, y su risa es falsa.

Sonríó al recordar que se supone que estamos juntos. Avanzo hacia ellos, colocándome detrás de Jana. Rodeo sus hombros, pegando su espalda a mi torso. Contiene el aliento, puedo notarlo.

—Hola, Calvin —le saludo desde mi metro noventa frente a su metro ochenta.

—Joel. —Comienza a sudar—. No estaba... —Traga saliva—. Voy con los demás. —Y se marcha.

Jana se gira, arqueando las cejas, pero solo se aparta unos centímetros.

«Solo lo he hecho por los rumores», le signo.

—¿Y si me gusta Calvin? —inquiére, sonriendo igual que yo.

«¿Y si nos dejamos de juegos?».

Se le acelera la respiración, sus pechos golpean la camisa a cuadros con rapidez.

«Creía que esta noche no podíamos hacer nada», me contesta en lengua de signos, mi niña no puede gustarme más en este momento...

«Agosto, sin ti, va a ser una puta mierda». Me encojo de hombros. «Ya que voy a sufrir, mejor que sea por haberte besado toda tu última noche aquí».

«¿Toda mi última noche? Eso son muchas horas». Se muerde el labio inferior, tímida y ansiosa a la vez.

«Solo hay una manera de saberlo».

Y la beso. Ella se ríe en mi boca, una risa de verdad, llena de ilusión, y se arroja a mi cuello para besarme deprisa e impaciente. Rodeo su cintura y la estrecho entre mis brazos. Su boca no solo parece jugosa, es un puto bombón de crema y cerveza.

Cuando por fin su lengua y la mía se conocen, nunca he temblado tanto en mi vida... Y mis oídos están vibrando como jamás lo han hecho en diez años, como si estuviera en un concierto al aire libre de mi grupo favorito, saltando al ritmo de *Something just like this*, de Coldplay y The Chainsmokers. Como dice la canción, no estoy buscando un cuento de hadas, solo quiero a alguien a quien besar, algo como esto..., como este beso y esta chica que me están volviendo loco. Por primera vez en mucho tiempo, hay música en mi cabeza, y joder lo que la echaba de

menos...

Me siento eufórico, hambriento y cachondo perdido, tal cual. Se arquea sin parar, me aprieta las tetas en el pecho, la camisa y el sujetador que lleva deben de ser muy finos porque sus pezones en punta me están provocando un dolor punzante en mi miembro. Jodido beso. Jodida Jana. Bajo a su culo y se lo aplasto, ladeando la cabeza para besarla con más profundidad, a este paso me la como de verdad... O ella a mí, porque me tiene las mismas ganas.

Cuando nos detenemos, sin aliento, me doy cuenta de que la estoy empujando contra la barra. Nos separamos, alejándonos hacia la pared de la derecha, donde apoyamos el hombro, uno enfrente del otro.

«Perdona», le signo, sonriendo.

Ella niega con la cabeza, mordiéndose otra vez el labio. Se me borra la sonrisa... Me inclino, se lo chupo y lo suelto lentamente. Se estremece, sujetándose a mis brazos, clavándome las uñas.

Y la beso de nuevo, apoyándola en la pared. Suspira de manera entrecortada y me abraza, besándonos ahora despacio, saboreando la lengua del otro con un morbo alucinante. Si con un beso de Jana el placer que siento es tan intenso, me voy a desmayar cuando por fin me acueste con ella...

—Joel... —Se detiene—. Tenemos que parar. —Se ríe, avergonzada.

Suspiro con fuerza, frotándome la cara para espabilarme. Tiene razón, menudo espectáculo estamos dando, la gente de la editorial no nos quita el ojo de encima, sonriendo abiertamente hacia nosotros.

—Los rumores se han hecho realidad —comenta Jana, divertida.

«Ya era hora», le respondo, signando.

—¿Tantas ganas tenías de besarme?

«Las mismas que tú». Le dedico mi sonrisa más satisfecha.

—No ha estado mal para ser un primer beso. —Finge indiferencia.

Me golpeo el pecho simulando haberme clavado un puñal.

«Eso ha dolido, niña mala», le signo, haciendo un puchero.

—No te preocupes —pone las manos en mi pecho y las sube despacio hacia mi cuello, pegándose a mí—, tienes el resto de la noche para practicar.

Me separo de ella y le respondo:

«En otro sitio, no aquí». Le guiño un ojo.

Nos acercamos a Mary y al chico que sabe lengua de signos. Se llama Stephan, me lo presenta Jana oficialmente. Las dos chicas se dan un largo abrazo; él y yo nos estrechamos la mano, deseándonos unas felices vacaciones. Después, decimos adiós con la mano a los demás y salimos del *pub*.

Paro un taxi.

—¿Adónde vamos? —quiere saber cuando nos sentamos dentro del coche.

—A Covent Garden —pronuncio para que el conductor lo sepa también.

«¿Nunca has ido de noche?», le pregunto a Jana, signando.

—No. —Sonríe con ilusión.

Quince minutos después, entramos a pie en la Piazza de Covent Garden, llena de flores, farolillos, músicos callejeros, malabaristas, un pequeño y bonito puesto en forma de autobús que sirve *fairy cakes*, algodón de azúcar, helados...

—¡Quiero algodón de azúcar! —Tira de mí hacia el puesto de comida—. ¡Vamos!

Compramos el más grande que tienen, de color rosa. Paseamos por la *piazza*, comiéndonoslo entre los dos, y dándonos algún que otro beso de lo más dulce. Casi no hablamos, pero no nos

hace falta, las miradas dicen más que cualquier palabra y la suya no para de gritar lo encantada que está. Creo que nunca la he visto tan feliz. Esta es Jana, terriblemente sexy cuando disfruta de la vida, pobre de mí...

Ahora que lo pienso, en el último mes y medio hemos hablado mucho, hoy toca callar, para besarnos todo lo que nos apetezca, como ahora mismo, al terminar el algodón de azúcar. Rodeo su cintura, se pone de puntillas y nos damos un beso que ya quisieran grabarlo para Hollywood... Nos quedamos temblando, con los labios hormigueando y sin aliento.

Da un respingo al escuchar algo. Sonríe y tira de mí hacia un pequeño círculo de personas que se ha formado en un rincón de la *piazza*.

—¡Es un mago! —exclama Jana, mirándome.

En el centro del círculo, hay un chico joven vestido entero de negro y una chica del público a su lado. El mago hace desaparecer las llaves de ella. Como él se va girando, no logro leerle bien los labios y me pierdo, pero no me importa, al lado de Jana no hay espacio para el miedo, no me siento desubicado y tampoco necesito los auriculares, esta noche los he dejado en casa.

Todo el mundo aplaude cuando las llaves aparecen en el bolsillo de la chaqueta de la chica. Unos segundos más tarde, se giran hacia mí.

«Te ha escogido para su siguiente truco», me signa mi niña lista para que el mago se dé cuenta de que soy sordo.

Miro al chico y este, para mi sorpresa, me signa también, a la vez que habla en alto:

—¿Te animas?

Asiento. Jana, loca de contenta, me estampa un beso en la boca.

Camino hacia el centro del círculo.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta el mago, extendiendo la mano para estrechársela.

—Joel.

—¡Un aplauso para Joel!

Al girarse un poco para dirigirse al público, como tiene el pelo muy corto, le veo algo incrustado detrás de la oreja, es circular y pequeño, ¿un implante coclear?

Saca una baraja de cartas de póker y la enseña moviendo las cartas para que veamos que es limpia.

—Haremos un truco muy sencillo. Elige una, Joel, y muéstrasela a todos menos a mí. —Sonríe.

Cojo una cualquiera: el tres de picas. La muestro y me ofrece la baraja abierta para que la meta entre las demás cartas. A continuación, las mezcla, girándose para que todos vean lo que está haciendo.

—Dime un número del uno al tres.

Levanto tres dedos de una mano. El mago alza la tercera carta: diez de corazones.

—Uy, creo que esta no es —bromea—. Probemos con la siguiente.

Y sale el tres de picas. Sonríe mientras el resto aplaude. Sí que ha sido muy sencillo y rápido, pero no sé cómo coño lo ha hecho.

—Muchas gracias, Joel.

Nos estrechamos la mano otra vez y regreso con Jana. Caminamos un poco y nos sentamos en el suelo empedrado, con la espalda apoyada en la pared de un edificio.

—Me encanta Londres —me confiesa, ruborizada—. Hoy por fin entiendo a lo que se refería mi madre con esta ciudad.

«¿Tiene magia?», le signo, guiñándole un ojo.

—Sí. —Se ruboriza—. Mi madre pasó un verano aquí haciendo unas prácticas en The

Guardian.

«¿En serio? Es un gran periódico». Me sorprende.

—La obligó mi abuelo. —Se ríe, meneando la cabeza—. Mi abuelo era muy elitista y mi padre provenía de una familia muy humilde, no era el príncipe azul que deseaba para su hija, así que intentó separarles muchas veces, una de esas veces fue el verano que la obligó a trabajar en The Guardian.

»En esos tres meses que estuvo aquí, vio a mi padre solo cinco días, veinticuatro horas en julio y los otros cuatro días a principios de septiembre. —Suspira, con los ojos brillantes—. Lo pasaron fatal por lo mucho que se echaron de menos, pero para los dos fue el mejor verano de su vida y Londres es su ciudad favorita del mundo, de lo mágicos que fueron esos cinco días. —Se inclina hacia mí—. Joel —sus mejillas se colorean mucho más—, si no te volviese a ver más, siempre recordaría esta noche como la más especial de mi vida. Londres tiene magia, pero hay que saber encontrarla y esta noche yo lo he hecho gracias a ti.

Apoyo la frente en la suya. Suspiro tembloroso, igual que late mi corazón.

Me toma de la nuca y me besa con una ternura que me mata. Siento abrirse el suelo y tragarme, pero para lanzarme hacia las estrellas con una capa de superhéroe, y eso que la superheroína es ella.

Porque la magia es Jana.

De repente, algo me golpea la pierna: una pelota amarilla. Un perro enorme y muy peludo corre hasta atraparla.

—¡Perdonad! —exclama el mago de antes, acercándose—. Joel, ¿verdad?

«Y ella es Jana, mi novia».

Jana se ruboriza, acariciando al perro, que se tumba a sus pies para reclamar más atenciones, no es tonto...

El chico, que parece de la edad de Jana, se agacha entre los dos.

«¿Has terminado el espectáculo?», le pregunto.

—Sí. —Se ríe—. Solo hago trucos básicos, estoy aprendiendo.

Tengo que preguntárselo...

«¿Eso es un implante?», le signo, señalándole lo que tiene detrás de la oreja.

—Sí, es un implante coclear. Tú no llevas nada.

Niego con la cabeza, mirando a Jana, muy entretenida con el perro.

Él, entonces, me signa:

«Mañana también estaré aquí por la noche».

Nos dice adiós con la mano y se marcha con su fiel amigo.

—¿Qué quieres hacer? —me dice Jana, devolviéndome al presente, por un momento recordé el accidente, y algo más.

«Ver amanecer contigo antes de que te vayas», le signo.

Sus ojos oscuros brillan muchísimo.

—Quedan tres horas —me responde después de comprobarlo en el móvil—. ¿Qué haremos hasta entonces?

«Besarnos, por supuesto, tengo que seguir practicando». La cojo como si no pesara nada y la siento en mi regazo.

—Pues no desperdiciemos más segundos, que ni el tiempo ni las oportunidades vuelven...

Capítulo 29

Julia

Jana y Joel aparecen corriendo hasta nosotros, junto al control de aduanas. Compruebo el reloj en el móvil. Le dije que viniera a las siete y media y son casi las ocho.

—¿Nos hacemos una foto? —sugiero, sonriendo.

—No hay tiempo para... —comienza mi hermana—. ¡Lo has hecho otra vez! —Me apunta con el dedo.

—Ya me conoces, Yin.

«¿Qué pasa?», pregunta Joel.

—El vuelo sale dentro de una hora —le contesta James entre risas.

—Dentro de una hora y cuatro minutos —le corrijo. Me arden las mejillas—. Perdona —me disculpo enseguida, avergonzada.

Él me toma de la barbilla y me besa en los labios. Suspiro, recordando todos los besos que nos hemos dado desde que James empezó ayer las vacaciones. Tampoco los he contado esta vez. De hecho, últimamente, no cuento nada. Nunca me había sentido así, sin la necesidad de tener el control de todo para anticiparme a lo que vaya a suceder. Con él, no sé lo que va a pasar, si me dará un beso en el cuello o en los labios, si me acariciará en los pechos o en la mejilla, si me hará el amor en el sofá o en la cama... ¿Por qué esta incertidumbre es... relajante?

—Jana, te quiero mucho —le digo, apretándole las manos con cariño—, pero reconoce que eres un desastre precioso.

—Al trabajo llego siempre sin correr —refunfuña.

—Porque te adelanto todas las mañanas la alarma en el móvil, y como te acuestas muy tarde, estás tan dormida que ni te das cuenta de que te despiertas una hora antes.

Los chicos estallan en carcajadas al ver su cara de estupor.

—Bueno —preparo el móvil—, ¿nos hacemos una foto? Tenemos que embarcar ya.

Nos juntamos los cuatro, pero es James quien hace la foto, su brazo es más largo que el mío. Me besa en la mejilla. Le miro y nos besamos en los labios, recorriéndome esas cosquillas tan diferentes en todo mi cuerpo.

No es suficiente. Guardo el móvil, tiro del polo que se ha puesto y le beso en la boca con lengua incluida. Me encierra entre sus brazos, apretándome con fuerza. Adoro eso, que esté tan desesperado como yo por besarnos.

—Tenemos que irnos ya. —Hundo los hombros.

—Te voy a echar mucho de menos, pequeña —me susurra, serio.

—Y yo a ti. —Le aprieto con fuerza seis..., siete segundos y me suelto.

Parece que vuelvo a contar.

—Jana, vamo... —empiezo a llamarla, pero me quedo atónita.

—Va a ser divertido cuando le lleve a su casa ahora —me dice James.

Se refiere a Joel, obvio, ese mismo Joel que está devorando la boca de mi hermana como si fuera el manjar más exquisito que ha probado en su vida. Me tapo los ojos con una sonrisa enorme. James le da un empujoncito a su amigo, que gruñe por la interrupción.

«Vete a la mierda», le signa, rodeando los hombros de una Jana un poco aturdida.

Ahora sí nos vamos.

En el control de aduanas no me entero de nada, es Jana quien se encarga de entregar los billetes y colocar mis cosas en una bandeja para pasarla por el escáner, no puedo apartar los ojos de James, están tan apagados... Se me encoge el pecho, me cuesta respirar.

Corro hacia él. Sonríe el instante antes de levantarme por la cintura y besarnos.

—Sé que solo son dos días... —Suspiro, entrecortada.

—Me pasa lo mismo. —Su sonrisa es tan bonita...

—No sé cómo lo has hecho, James, pero mi vida ya no es igual desde que tú estás en ella. — Enredo mis dedos en su pelo—. Es muchísimo mejor. Y no quiero volver a estar sin ti.

Me besa en la frente, prolongado, tan suave...

—Me gustó dormir en tu cama anoche —le confieso, sonriendo—. Me encanta tu olor. Me encanta oler a ti, es como si me abrazases todo el rato.

—Te abracé las pocas horas que dormimos. —Se inclina y me roza los labios con los suyos.

Gimo muy bajito.

—Vete ya —me susurra, ronco—, o nos encerramos en un baño cualquiera y pierdes el vuelo.

No sería mala idea...

Gruñe y me besa con fuerza en la boca.

Jana y yo agitamos la mano para despedirnos de ellos y volamos rumbo a Alicante.

—¿No te alegras de ir a casa de la tía Carolina? —le pregunto, dudosa, después de que el avión despegue.

—Sí. —Desvía los ojos a la ventanilla—. ¿Y tú?

No soy buena mintiendo, opto por no contestar.

—Julia. —Me mira—. Creo que volveré con vosotros cuando acaben las fiestas de San Lorenzo. —Sus mejillas se colorean—. No quiero estar un mes entero sin Joel.

—James me dijo que se encargaba de organizar el viaje, pero me traje ropa de entretiempo por si íbamos directamente a Cornualles. No me ha dicho nada, luego le pregunto cuando aterricemos, ¿vale?

Asiente.

—No me gusta verte así. —La abrazo con ternura.

—Ay, Julia... —Suspira—. Me he enamorado de Joel. Esto es una mierda...

—¿Cómo lo sabes? —Entorno la mirada.

—¿Que me he enamorado de él? —Asiento—. No lo sé. —Se echa a reír. Sus ojos brillan como una estrella fugaz eterna—. Me late el corazón muy rápido cuando le veo o cuando pienso en él. Y cuando estamos cerca el uno del otro, o simplemente hablamos, o me escribe un mensaje, es como si todo mi interior sufriera...

—¿... un tsunami?

Ladea la cabeza, pensativa.

—Pues sí.

Vale. Se me dispara el pulso.

—¿Y cuánto dura? —quiero saber—. Los tsunamis tienen principio y fin.

—Se supone que el amor no tiene fin. —Arquea las cejas de manera significativa.

—Mamá y papá. —Sonríe—. Pero, Jana, ¿cómo se sabe si es amor? —añado, confusa.

—Después de romper con Fran, mamá me dijo que cuando encontrase al indicado lo sabría porque mi mundo daría la vuelta y mi vida empezaría a tener sentido. Fran no lo era.

Vale. No entiendo nada.

—Y creo que Joel sí lo es. —Suspira de nuevo, recostando la cabeza en el asiento—. Con él,

siento que puedo hacer cualquier cosa.

—¿Por ejemplo? —Me encanta su sonrisa de este momento.

—He vuelto a patinar.

—Jana... —Me emociono, tapándome la boca—. Pero ¿cómo...? ¿Cuándo...?

—Me regaló unos patines blancos preciosos.

—¿Joel? ¿Por qué no me lo has contado?

—Porque no quería que recordaras lo que sucedió. —Me acaricia la pierna.

—Por mi culpa, dejaste de patinar. —Hundo los hombros.

—¿Lo ves? —Chasquea la lengua—. No, Julia, no lo dejé por ti y tampoco me caí por tu culpa. Caerse en patinaje artístico es muy común, pero da mucho miedo retomarlo cuando te rompes un pie. Dejé de patinar por miedo a caerme otra vez. No estaba concentrada en la competición, y no era por ti, sino por mí. —Me toma de la mano—. Julia, estas últimas semanas me he dado cuenta de que, durante toda mi vida, cada vez que te miraba, lo único que veía era tu autismo, no a ti. —Hay mucha tristeza en sus ojos—. Te he controlado, agobiado y tratado por lo que más odio en el mundo: una etiqueta.

—Pero porque estabas preocupada por mí —le hablo en voz baja, sintiendo su dolor.

Se le caen las lágrimas, pero sonrío, serena.

—¿Sabes cuándo te miré como lo que eres: Julia? Mi hermana, a secas.

—¿Cuándo? —Me falla la voz.

—Cuando James y tú os besasteis por primera vez.

Sé a qué se refiere... Nos abrazamos con fuerza. No la culpo, jamás podría hacerlo. No sé lo que se siente al otro lado, pero no me imagino una vida mejor que la que he tenido, con etiqueta incluida. ¿Qué más da? Se cogen unas tijeras y se corta.

—Creía que te estaba dando una sobrecarga sensorial cuando llegaste a casa después de estar con él en el zoo. —Suelta una carcajada.

—Yo también creo que me va a dar una sobrecarga sensorial cada vez que nos besamos o... —me arden las mejillas— hacemos el amor.

Suelta otra carcajada, más fuerte.

—Te lo prometo —insisto—. Es tan intenso lo que siento con James... Creo que nunca me acostumbraré.

—No lo hagas. —Sonríe con los ojos brillantes—. La rutina apaga el amor, eso dicen.

—Eso dicen en Internet. —Me quedo pensando unos segundos.

—Me caí patinando con él, por cierto. ¿Y sabes qué? Que seguí patinando. Y fue increíble... —Suspira—. Me sentí libre. Sentí que podía volar. Joel me hace sentir así. Para mí, el amor es creer que puedes alcanzar imposibles.

—Pero volar no es real —murmuro.

—Ahora mismo estamos volando.

—Porque estamos en un avión.

—Pero estamos volando.

Sonrío.

—Todo depende de la perspectiva.

—Exacto, Yin. —Me pellizca la nariz—. Pues cuando patiné el otro día en Hyde Park, creí que estaba volando. —Me guiña un ojo.

—¿Y por qué has dicho que es una mierda? —le pregunto, confusa de nuevo.

—Porque cuando acabe las prácticas, me ascenderán a editora *junior* y Haley es la editora jefa, seguiría siendo mi jefa. Así que enamorarme de Joel complica las cosas. Si mañana

terminasen mis prácticas, aceptaría mi nuevo puesto en McArthur, pero no estoy a gusto en la editorial por culpa de Haley. Lo aceptaría porque quiero estar cerca de Joel, y tampoco quiero dejar tirado a James con la nueva colección.

—¿Y si buscas trabajo en otra editorial de Londres? James lo entenderá.

—El problema es que me encanta trabajar con él y para él, estoy aprendiendo un montón y tengo buenos compañeros. ¡Ay, Julia! —exclama de pronto—. Lo que tengo que contarte...

—¿Qué pasa? —Me asusto, dando un brinco en el asiento.

—¡Mary y Stephan se liaron ayer delante de todos!

—¿Quién es Stephan? —Frunzo el ceño, haciendo memoria.

Ella se echa a reír.

El resto del vuelo se nos pasa, valga la redundancia, volando.

Recogemos las maletas de la cinta transportadora y salimos en busca de papá y mamá.

Hace mucho calor, tenía que haberme puesto un vestido sin mangas o con la espalda al aire, pero hacía fresco en Londres esta mañana, y yo no puedo resfriarme.

Hay bastante gente esperando la llegada de pasajeros, agosto es el mes más concurrido en Alicante para veranear, pero los veo enseguida: mamá está saltando, colgada del cuello de papá. Mis manos se cierran y se abren repetidamente. Me giro hacia Jana, que está detrás de mí.

—¿Qué haces ahí escondida? —le pregunto, extendiendo una mano hacia ella.

Mi hermana, entonces, sonrío emocionada, no tengo ni idea de por qué, y acepta mi gesto, situándose a mi lado. Nos reímos y echamos a correr.

—¡Mis niñas! —exclama mamá, abrazándonos—. ¡Por fin! —Llora entre carcajadas entrecortadas—. ¡Cuánto os he echado de menos! —Pone una mano en la mejilla de cada una y, por un momento, entorna la mirada, tampoco sé por qué, pero ahora mismo lo único que me importa es que estamos los cuatro juntos.

Papá nos estruja con fuerza a la vez, también emocionado.

Cuarenta minutos en coche después, llegamos a Altea y aparcamos en un garaje para residentes en pleno casco histórico. Caminamos por suelo empedrado durante unos minutos, cuesta arriba, hacia el antiguo barrio de los pescadores, donde viven mis tíos en una casa preciosa de color blanco, con dos farolillos en la fachada, que engaña, es pequeña, pero la vivienda es todo lo contrario; las contraventanas son marrones y un marco azul celeste está pintado alrededor de las ventanas y de la puerta de madera vieja principal.

Entramos al enorme patio, en torno al cual se distribuyen las habitaciones en forma de corrala en la siguiente y última planta. Hay una gran maceta en cada esquina, de flores fucsias y amarillas, y una fuente en el centro que tiene peces de numerosos colores, a los que mi prima Blanquita está dando de comer.

—¡Julia! ¡Jana! —grita, loca de contenta.

Nos abrazamos las tres, saltando sobre nuestros pies. Es dos años mayor que yo, menuda y bajita, morena de pelo largo que se ha recogido en una coleta alta y tirante, como siempre, tiene los ojos verdes más oscuros que los míos y es muy bonita. Además de ser idéntica a su madre físicamente, ha seguido sus pasos: es enfermera, ahora lleva puesto el uniforme blanco.

—¿Sales o entras? —le pregunto.

—Salgo, tengo guardia de veinticuatro horas. —Nos señala con el dedo—. Pero mañana, en cuanto vuelva del hospital, soy toda vuestra, tengo la semana entera de vacaciones por las fiestas de San Lorenzo. —Nos da un beso—. ¡Mamá! —grita hacia arriba—. ¡Las primas ya están aquí! —Y se marcha.

La tía Carolina se asoma desde la barandilla de la corrala y chilla. Jana y yo la imitamos.

Es casi mediodía, el tío Andrés y el primo Benjamín son pescadores, seguramente estén terminando su jornada, que comienza de noche para pescar lo que luego venden en la lonja.

—Ay, no, qué blancas estáis, necesitáis bajar a la playa ya. —Hace una mueca, pero enseguida sonrío—. ¿Y bien?

Mi hermana y yo nos miramos con la frente arrugada.

—Quiero verlos —aclara la tía—. Enseñadme una foto, venga.

—Ya empezamos... —gruñe papá, llevándose nuestras maletas—. Espera... —Se da la vuelta—. ¿Verlos? ¿En plural? —Mira a Jana, que se pone muy colorada—. Joder con los ingleses... —Se aleja escaleras arriba.

Mamá y la tía rompen a reír. Yo saco el móvil del bolso y busco la foto.

Fotos. Me doy cuenta de que James tiró varias fotos de los cuatro y, en la última, estamos las dos parejas besándonos en la boca, mejor que esta no la vea papá.

—¡Guau! —exclama la tía, abanicándose la cara—. ¿Todos los ingleses son tan lindos? Os juro que no sé cuál me gusta más.

Subimos a nuestra habitación, a la derecha, con un balcón al fondo que comunica con la habitación de mis padres y una de invitados. Salgo y respiro hondo, contemplando el mar Mediterráneo. ¡Qué ganas tengo de que venga James, le va a encantar!

Le voy a escribir un mensaje, pero me fijo en que tengo uno suyo sin leer.

James: Disfruta mucho del reencuentro con tu familia, pequeña.

Le mando un *selfie*, con el mar de fondo y el texto:

Julia: Aquí te espero.

James: Dios, Julia... Eres una preciosidad...

Me sonrojo, sonriendo encantada con las cosquillas que recorren mi cuerpo.

James: Tengo que retrasar el viaje...

Julia: ¿El de Cornualles?

James: El de Altea... Lo siento muchísimo, ha surgido algo y no voy a poder ir hasta el sábado, pero te prometo que te compensaré.

—No...

—¿Qué pasa? —se preocupa Jana, acercándose a mí.

—James no viene hasta el sábado que viene.

—¿Y eso?

—Le ha surgido algo. —Me dirijo a mi cama, enfrente de la de Jana, y me tumbo, abatida.

—Si te sirve de consuelo, no voy a ver a Joel hasta dentro de dos semanas. —Se tumba a mi lado, cogiéndome de la mano—. Con Blanquita no nos aburriremos.

—Tenías razón. —Suspiro—. Esto es una mierda...

Nos miramos y estallamos en carcajadas.

Capítulo 30

James

—No has dado ni una hoy —se burla Oliver de mí, sentándonos en la hierba.

—Eso es porque Julia ya se ha cansado de él —bromea Malcolm, dándome una palmada en la espalda.

—¿Cómo sabes que estamos juntos? —Enarco una ceja.

—Tuve que borrar un rato de vídeo de la cámara de seguridad de la cueva de los pingüinos —añade.

—¿Qué?!

—¡UH! —exclaman todos.

—Tío —me dice Malcolm, arqueando las cejas—, no veía a una pareja liándose de ese modo desde el instituto.

Estallan en carcajadas, avergonzándose.

—¿Por qué no ha venido hoy? —me preguntan.

—Está de vacaciones en España, ya sabéis que la editorial cierra en agosto.

—Y no has dado ni una hoy por eso.

—Se suponía que mañana iba a ir yo y quedarme hasta el 15, luego nos vamos a una feria de libros en St. Yves, pero me ha surgido algo y hasta el sábado no la veré.

—¿Qué es tan importante para no verla hasta el sábado, en lugar de mañana? —inquieta Malcolm.

—Un amigo necesita un compañero de viaje, aunque no me lo haya pedido, de hecho, no tiene ni idea de que he cambiado mis planes por él.

Sonríen al entenderme.

—Joel no necesita ayuda —adivina Malcolm con delicadeza.

—Lo sé, pero es muy importante lo que va a hacer, no voy a dejarle solo.

—Siempre te quedará el sexo telefónico hasta que volváis a veros —suspira Stuart.

Le empujo y me levanto.

—Vamos a comer algo.

Como cada primer domingo de mes, hemos jugado al *rugby* en Regent's Park y nos dirigimos al Frank's a por unas hamburguesas.

Sin embargo, tengo a Julia en la cabeza y no presto atención a nada. ¿Es normal echarla tanto de menos? Si la vi ayer...

—Te llevo a casa —me dice Malcolm cuando pagamos la comida y salimos a la calle.

Nos despedimos de los demás y caminamos unos metros hasta llegar a su coche, una ranchera negra.

Pero no arranca, se queda quieto.

—¿Qué pasa? —me preocupo.

—Harry no volverá a salir con nosotros.

—Por mí. —Frunzo el ceño, cabreándome—. Por mí, se largó el mes pasado en pleno partido, y por mí, hoy, directamente, no ha venido.

—Mira, James, sabes que no me he metido nunca entre vosotros, pero esto hay que solucionarlo. El primer domingo de cada mes es sagrado para los antisociales, lo prometimos

cuando nos graduamos. Y, en este rato con vosotros, siento que mi vida no solo es trabajar y pagar facturas. Me encantan los animales, pero sigue siendo un trabajo. —Arquea las cejas—. Puede parecer una tontería, pero estas quedadas me insuflan energía para el resto del mes.

—No es ninguna tontería —le contesto en voz baja—. A mí me pasa lo mismo.

—Tú fallaste varias veces cuando nos ocultaste lo de Ivy. No es un reproche —levanta una mano—, pero, por desgracia, nos sigue salpicando. A todos.

—Y hoy Harry también ha faltado por el mismo motivo.

Asiente despacio.

—No quiso escucharme hace dos años —le recuerdo—, ¿por qué va a hacerlo ahora?

—¿Por qué no? Si las oportunidades no aparecen, habrá que buscarlas, pero ya basta con esta situación. Harry tiene que superar su mierda, y tú y él, reconciliaros. Y como Harry no va a mover un dedo porque a orgulloso y cabezota no le gana nadie... Te toca mover ficha.

Suspiro, desviando la mirada hacia la ventanilla.

—¿Damos un paseo de dos horas? —me sugiere—. Habrá tráfico, es domingo.

—Tú pagas la gasolina. —Me encojo de hombros.

Suelta una carcajada y arranca por fin, en dirección a Cambridge.

Dos horas más tarde, entramos en el campus de la universidad, donde vive Harry, es doctor en Historia.

—No ha cambiado nada este sitio —comenta Malcolm, saliendo del coche.

Sonreímos. Cambrigde es preciosa, emblemática y nos trae recuerdos lo suficientemente buenos como para hacer desaparecer los malos. Los antisociales se conocieron aquí, eso ya convierte a esta ciudad en una de nuestras favoritas.

Harry vive en una de las casas de piedra destinadas a los profesores, al final del campus. Son adosadas y de dos plantas, la suya es la segunda de la izquierda. Llamo al timbre.

Julia me ha pegado lo de contar cuando me pongo nervioso... Veintidós segundos tarda Harry en abrirnos, en pijama y las gafas puestas.

Su perro sale disparado hacia Malcolm, que le saluda encantado.

—Dame su correa —le pide—. Este grandullón y yo nos vamos de fiesta un rato.

Harry, con el ceño fruncido, le da la correa y yo entro en su casa sin ser invitado.

No pasamos de la entrada.

—Es suficiente, ¿no crees? —hablo serio, conteniendo el enfado, no puedo evitarlo al tenerle delante

—No, no lo creo. —Se cruza de brazos, a la defensiva—. Eres un traidor. Esta situación es por tu culpa, aprende a asumir las consecuencias de tus actos.

—Esa es buena... —Me río, sin una pizca de alegría—. Se supone que tú y yo somos amigos, Harry, pero la creíste a ella, ni siquiera dejaste que me explicara, no quisiste escucharme.

—La creí porque nos lo ocultaste, James. —Me señala con el dedo—. Si no hubiera habido nada malo en tu relación con ella, no la hubieras escondido.

—¡Porque soy un idiota que no pierde la esperanza en que el mundo sea un lugar mejor, creí que podía cambiar a Ivy, joder! —estallo, pero respiro hondo, y continúo, más calmado—: No eres el único que lo pasó mal. Estuve toda la carrera acostándome con ella cuando le apetecía porque me tenía amenazado con ir a por ti otra vez. Accedí para que te dejara en paz, Harry. Me creas o no, esta es la verdad.

Se queda pasmado.

—Pero... ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque te dejó muy jodido lo del *e-mail*. —Aprieto la mandíbula—. Porque sé lo que es

estar jodido, Harry, sé lo que es que te hagan creer que de verdad eres una puta mierda día sí y día también, sé lo que es levantarse cada mañana con miedo. —Avanzo un paso—. Y también sé lo que es buscar desesperadamente una solución para dejar de sufrir y que esa solución no sea otra que acabar con todo. —Le muestro mis muñecas.

Se le acelera el pulso.

Nunca les he hablado de mi intento de suicidio, pero tampoco he escondido mis cicatrices ni ellos me han preguntado. Y lo agradecía, sentía vergüenza. Gracias a Julia, ya no.

—Me dio miedo que quisieras hacer lo mismo —le confieso, bajando los brazos—. Me dejé manipular por Ivy, pero al menos logré que no se volvieran a meter contigo.

Traga saliva.

—¿Y por qué volviste con ella años después? —me pregunta con la voz rota.

—Porque creí que podía cambiarla —repito, negando con la cabeza—. Cuando me la encontré por casualidad, me pidió tomar un café. No quise, pero insistió y, como yo soy así, cedí. —Frunzo el ceño, enfadado conmigo mismo por haber sido tan imbécil—. Lo primero que me dijo fue que la perdonase por haber sido tan mala contigo y conmigo.

—Y la creíste.

—Creo que nunca la creí, pero sí quería creerla. En el fondo, algo dentro de mí no se fiaba, quizás por eso dejé de quedar con vosotros. Algo que no es sano tarde o temprano termina explotando. —Me quedo un momento callado, recordando. Le miro con fijeza—. Harry, llevo los últimos dos años pagando las consecuencias. No fue Ivy quien me dejó hundido, fue el dolor que vi en tus ojos cuando creíste sus mentiras y no quisiste escucharme. —Levanto una mano—. No te estoy culpando, la culpa es mía, yo he provocado esto. Cometí un error, pero no soy un traidor, jamás traicionaría a los que quiero. —Me falla la voz.

No dice nada, no se mueve. Sus ojos están clavados en un punto infinito.

—Espero que me perdones algún día —concluyo y me acerco a la puerta para salir.

Cuando estoy a punto de cerrar tras de mí, le escucho decir:

—Podríamos... —Carraspea—. Podríamos quedar algún día. —Nos miramos—. Tengo un libro de Historia en español que se me está resistiendo. Quizás Julia y tú podríais ayudarme con él.

También es traductor de textos históricos, sabe cinco idiomas a la perfección, el español entre ellos. Sonrío.

—Cuenta con ello.

Llamo a Malcolm para que venga con el perro. Nos despedimos de Harry y volvemos a Londres.

—¿Y bien? —me dice Malcolm, en el coche—. ¿Veremos a Harry el primer domingo de septiembre?

—Sí.

Suelta un grito de júbilo que me hace reír.

Tres horas después, tirado en el sofá de mi casa, intento leer un libro, pero no paro de pensar en Julia. Me arreglo y me dirijo en taxi a casa de mis padres para cenar con ellos.

—¿Qué tal Julia? —se interesa mi madre, dándome un beso en la mejilla—. Se fue ayer, ¿no?

—¿No le ves la cara de cachorro abandonado? —me pica Kora, sonriendo con travesura.

—¿Tú no tienes casa? —Entorno la mirada.

Ella rompe a reír. Se cuelga de mi brazo y, caminando hacia el salón, me dice:

—Mañana ya la ves, te queda poco sufrimiento.

—Mañana, no. Hasta el sábado no puedo.

—¿Y tienes algún plan hasta entonces que no sea morirte de la pena por no ver a tu amada? Básicamente, ese es mi plan.

—¡No me digas! —exclama, encantadísima, leyendo mi expresión—. ¡Ezra, reserva el viaje, ya tenemos canguro!

—Espera, ¿qué? —Me detengo.

—Queríamos irnos unos días sin los niños, pero ya los conoces, son muy inquietos y agotan a mamá y papá, además, se van a Inverness mañana hasta final de mes, como siempre.

Un retiro a Inverness haciendo de canguro de mis sobrinos no es mala idea para pasar estos días hasta que me vaya con Julia. El castillo es una belleza de piedra ubicado en lo alto de una colina frente al lago Ness.

—¿Y si me llevo a los niños a Inverness? —le propongo a mi hermana.

—¡Les encantará! —Me da un beso sonoro en la mejilla—. Voy a avisarles, están...

—... en el desván. —Nos reímos—. Mamá, los niños y yo nos vamos con vosotros, ¿vale?

—Muy bien, hijo. —Sonríe, ilusionada—. Hace mucho que no vas a Inverness.

—Dos años. —Arrugo la frente.

—Lo pasado, pasado está. —Me acaricia la mejilla—. Dile a Joel que nos acompañe. Hay sitio de sobra en el avión de tu tío.

Tampoco es mala idea. Saco mi móvil del bolsillo trasero del vaquero y le escribo un mensaje a Joel.

James: Haz las maletas, te vienes mañana a Inverness conmigo.

Joel: ¿Y qué se me ha perdido en tu castillo de leyenda?
Espera... Pero ¿tú no te vas mañana a ver a Julia?

James: Cambio de planes.

Joel: ¡No me jodas, James! ¡Ni de coña!

James: Ya cambié el billete.

Escribe y deja de escribir. Escribe y deja de escribir... Nervioso, le mando otro:

James: Solo quiero acompañarte, no hacer de niñera. No pienses que yo creo que no puedes.

Está en línea, pero no escribe nada. Casi un minuto me tiene en ascuas, hasta que, por fin, me responde:

Joel: ¿A qué hora estoy listo mañana?

Suelto el aire que estaba reteniendo.

—Joel también viene.

Mis padres sonríen.

Después de cenar, me voy a casa a preparar las maletas, al final estaré fuera de Londres casi todo el mes.

Cuando me meto en la cama para dormir, le deseo buenas noches a Julia en un mensaje. Me envía una foto suya en la playa, de noche, con la luna reflejándose en el mar a su espalda. Parece que intenta sonreír, pero no llega a ser una sonrisa de verdad, y sus ojos no brillan. Está triste.

La llamo.

—Hola —me saluda al descolgar, con una voz tan débil que me alarma.

—¿Qué te pasa?

—Que te echo de menos.

—Y yo a ti, pequeña... —suspiro, cerrando los ojos, con un brazo flexionado detrás de la nuca—. Me voy mañana con mis padres a Inverness.

—¿Inverness, Escocia?

—Mi padre es escocés, de Inverness.

—¿Eres mitad escocés?! —exclama.

Me río por su repentina ilusión.

—Al ser mi padre el primogénito —le cuento—, heredó el castillo McArthur cuando mis abuelos murieron. Es adonde se escapan mis padres siempre que pueden y donde se han casado todos mis primos.

—¿Tienes un castillo en Escocia? ¡OMG! Cuando se lo cuente a mamá...

Estallo en carcajadas.

—Es pequeño pero muy bonito, de piedra. Está en una colina con unas vistas increíbles al lago Ness, te encantaría.

—¡Ya me encanta! ¡Cuéntame más!

—Estaba casi derruido cuando mi bisabuelo lo compró. Construyó uno y se lo regaló a mi bisabuela cuando cumplieron cincuenta años de casados.

—Qué romántico...

—Se amaban mucho, sí. Ya eran mayores y él estaba enfermo, así que se mudaron allí. Mi bisabuela murió un mes después que él, se quedó dormida una noche y al día siguiente no se despertó. Todos creemos que murió de pena porque ese mes no se levantó de la cama.

—Pobrecita...

—Sí. —Sonríó—. ¿Quieres ir a Inverness después de Cornualles lo que quede de agosto?

—¿No les importará a tus padres?

—Claro que no. —Chasqueo la lengua—. Pero hay un problema.

—¿Cuál? —se preocupa.

—Que si vamos a estar juntos tres semanas —mi voz se vuelve ronca—, el 1 de septiembre voy a morirme de pena.

Silencio.

—Julia, es una broma —le digo con ternura.

—Perdona, las bromas me cuestan. Por un momento pensé... —Suspira con fuerza.

Si la tuviera frente a mí ahora mismo, la besaría durante horas...

—Me refería —le aclaro— a que vamos a dormir juntos muchos días seguidos, luego echaré de menos despertarme contigo.

—Y yo... Bueno, en realidad, dormiremos juntos desde St. Yves, en Altea estaremos en habitaciones distintas —refunfuña—. Papá no quiere.

—Es normal, pero no te preocupes, nos daremos muchos besos antes de irnos a dormir.

—¿Y dónde y cuándo haremos el amor?

—Recuerda que hay más sitios que la cama. —Me trago una carcajada.

—Aquí va a ser complicado buscar un sitio.

—Pequeña, cuando se quiere, se puede.

Suspiramos a la vez, deseando que llegue ya el sábado...

Capítulo 31

Jana

Altea está preciosa vestida de gala en honor a San Lorenzo. Hay más flores de lo habitual por las calles, banderitas que cuelgan entre los balcones de las casas y tanta gente feliz que estar de fiestas debería alegrarme, pero el viernes ya no lo soporto más: necesito ver a Joel...

Me subo por las paredes de casa de mi tía, estoy de mal humor, no disfruto ni de la playa, y eso que me encanta tostarme al sol como las lagartijas, pues este año he cogido color sin buscarlo. Y Julia está igual que yo.

Estaba, me corrijo. Hoy, en cambio, lleva todo el día sin parar de hablar y de moverse: James aterriza mañana en Alicante y no puede estar más nerviosa.

—Una no para y la otra ni se mueve —dice mi prima al entrar en nuestra habitación—. ¿Estáis listas? —Ella, sí, con un vestido blanco ibicenco que le queda genial.

—No salgo esta noche —le contesto, poniéndome los auriculares inalámbricos.

—No te vas a quedar escuchando canciones trágicas por mucho que echas de menos a tu chico *skater*. —Me da una palmada en el culo.

—No me vas a convencer.

—Jana. —Me hace cosquillas, levantándose de un salto de la cama—. No nos vemos desde el año pasado, estás insoportable, y este año, en vez de quedarte todo el mes, solo estarás la mitad. —Arquea las cejas—. Y Julia lo que parecía hasta hoy era un alma en pena. —La mira, riéndose—. Os quiero a las dos con el vestido blanco más *sexy* que tengáis. ¡Venga!

—No tengo un vestido blanco.

—Mamá nos compró ayer uno a cada una —me cuenta Julia.

Esta noche hay fiesta en la playa con varios DJ hasta el amanecer. Todos los años nos vestimos las tres de blanco para esta noche, pero solo estamos un rato pequeño, cuando mi hermana se agobia, nos vamos a tomar un helado y regresamos a casa.

—¿Te apetece ir? —le pregunto.

—No voy a poder dormir hoy. —Sonríe con los ojos brillantes—. ¡Mañana viene James! —Se arroja a mí, apretándome con fuerza—. ¡Por fin! —Pero se aparta enseguida, entristecida—. Perdóname, tú no vas a ver a Joel hasta el finde que viene.

—No es tu culpa. —La beso en la mejilla—. Mejor nos vamos a la playa —zanjo—. Aquí me voy a subir por las paredes.

—¡Bien! —exclama mi prima, corriendo al armario en busca de los vestidos.

Los dos son con la espalda al aire, aunque el de Julia tiene una tira bordada en el centro de esta y en los hombros en forma de volante, romántico y corto; el mío es totalmente ajustado y tiene dos aberturas en los laterales, muy pero que muy corto.

Sonreímos al ponérmolos.

—¡Guau! —Blanquita se tapa la boca al mirarnos—. Labios rojos, tú —me señala con el dedo—, y tú —señala a Julia—, párpados ahumados.

Media hora después, salimos de casa, los tíos y mis padres se fueron a cenar al casco; el primo Benjamín está desaparecido desde hace unas horas.

El escenario está en el paseo marítimo, donde un DJ está pinchando *Nochentera*, de Vicco. Mucha gente joven baila y bebe en la arena, algunos están metidos en el agua y hay antorchas

altas por la playa, en torno a las cuales otros charlan. Me gusta el ambiente, y a Julia también, enseguida se descalza y se pone a bailar alrededor de una antorcha, donde deja sus alpargatas de cintas. Mi prima y yo la imitamos.

—¿Va a venir Juanan? —le pregunto a Blanquita por su novio al verla teclear en el móvil con una sonrisa. Es de Alicante.

—Luego. ¿Bailamos?

Cinco canciones más tarde, cuando el DJ pincha *Mama*, de Jonas Blues, mi hermana, de repente, se detiene, cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, inhalando aire.

—Huele a James. —Nos mira.

—Alguien usará su colonia. —Me encojo de hombros.

—No. Huele a él, no es su colonia.

Blanquita sonrío de un modo extraño y señala algo detrás de nosotras. Nos damos la vuelta: James, con una camisa de lino blanco remangada en los antebrazos y unas bermudas a juego, está frente a nosotras, a unos metros de distancia.

Julia chilla, corriendo hacia él. La levanta de la arena, ella le abraza la cintura con las piernas y se besan, riendo, muy nerviosos, muy contentos.

—¿Qué haces aquí? ¡Hoy no es sábado! —le dice Julia.

—Sorpresa, pequeña.

—¡Ay! —Le aprieta con fuerza y se lo come a besos.

—Íbamos a ir a buscarte mañana a Alicante. —Suelto una carcajada.

—Hola, Blanca. —Baja a Julia a la arena y saluda a Blanquita, dándose un abrazo como si ya se conocieran.

—¡Tú lo sabías!

—Contacté con vuestra madre por Instagram —nos cuenta James—. Le dije que queríamos daros una sorpresa viniendo un día antes. Nos ha recogido Benjamín en el aeropuerto para traernos aquí. Acabamos de dejar las maletas en vuestra casa.

—¿Lo sabíais todos? —le pregunto a mi prima—. Espera. —Frunzo el ceño—. Has hablado en plural... —Se me acelera el corazón—. ¿Quiénes?

Entonces, signa:

«Joel y yo».

—Hola, niña *sexy* —pronuncia una voz entrecortada y alta que reconozco de inmediato, detrás de mí.

Me giro con tanta rapidez que me tropiezo con los pies, pero Joel me sujeta para que no me caiga.

—Joel...

Tiro de su camiseta blanca y le beso en la boca con todas las ganas que llevo guardando desde la última vez que le vi. Me rodea por la cintura, pegándose a él, y me devuelve el beso con el mismo ímpetu. Temblamos. Gemimos. Dios... Seis días sin Joel y me han parecido seis años...

—¿Hasta cuándo te quedas?

«Vuelvo a Londres con ellos, el día 15», me signa. «Me quedaría contigo hasta el 31, pero creo que no le haría mucha gracia a tu padre». Sonríe con picardía.

Los demás se ríen; es que mi padre está muy gruñón desde que se enteró de que yo también estoy saliendo con alguien, aunque ayer me preguntó por Joel, me hizo un interrogatorio, más bien, y yo... pues le dije que el amor complicaba mis planes profesionales, planes inexistentes porque no tengo ni idea de lo que haré cuando acabe las prácticas, pero quiero vivir ese amor

«complicado» con Joel sin pensar en el mañana. No comentó nada, ni me dio un consejo, solo me escuchó.

—Yo también vuelvo a Londres con ellos el día 15 —le cuento, mordiéndome el labio.

Me mira, pasmado.

«¿En serio?», me pregunta.

—Adoro a mi familia, me encanta estar en Altea con ellos, pero estos días sin ti... —Suspiro—. Quiero pasar el resto de mis vacaciones contigo. —Me arden las mejillas, pero quiero que lo sepa.

Tira de mis manos y caminamos hacia la orilla, ambos descalzos, alejándonos para tener un poco de intimidad.

«Cuando James me llevó a casa después de despedirnos de vosotras, compré un billete de avión a Alicante», me signa, sentándonos en la arena. Solo quiero estar entre sus brazos, pero necesito ver sus manos. Y continúa: «El único vuelo libre que encontré era para hoy. Se lo dije y el muy idiota —sonríe— canceló el suyo y compró otro para venir conmigo».

—Por eso no vino cuando lo tenía previsto... —Entreabro los labios—. Guau...

Él asiente despacio.

«Es la primera vez que viajo desde el accidente», me confiesa, sin perder la sonrisa, pero ahora es tan tierna que me derrito. «Y ha sido por la mejor de las razones: para poder ver a mi niña, que me ha dejado soñando con su boca desde que se le ocurrió besarme el día antes de marcharse un mes fuera».

Su niña...

Me siento en su regazo, rodeando su cuello con mis brazos, y nos besamos muy despacio. Es un beso suave pero electrizante, logra que un rayo atraviese mi interior. Quiero abrazarle con mis piernas también, pero el vestido es tan ajustado y corto que enseñaría el culo y el tanga, y eso solo deseo que los vea Joel, hay mucha gente por la playa.

—Jana...

Mi nombre con su voz... suena tan bien...

No sé cuánto tiempo nos besamos, ni siquiera paramos para tomar aire, tampoco lo hacemos deprisa. Lo único que sé es que los besos de Joel son calientes y tiernos al mismo tiempo. Él es lujuria y cariño a la vez. Me siento tan deseada y protegida... Me abraza como si yo fuera lo más importante de su vida. Me besa como si estuviera haciéndome el amor.

No puedo más... Me levanto y le pido que me acompañe a por nuestras zapatillas y mi bolso.

—Nos vamos —les digo a mi prima y a mi hermana al oído—. Necesito estar a solas con él.

—Id a casa —me sugiere Blanquita—. Voy a escribir a mi madre. Te avisaré cuando vayan ellos para que no os pillen.

Miro a Joel. Sus ojos azules me devoran...

Entrelazamos nuestras manos y casi corremos hasta casa, a apenas cinco minutos del paseo marítimo.

Entramos en el patio. No enciendo las luces, la gran luna llena alumbra más que suficiente. Cierro con llave la puerta principal. Entonces, Joel me empuja contra ella, quedándonos en las sombras, y me besa, echándose encima de mí. Mi bolso aterriza en el suelo. Meto las manos por debajo de su camiseta, clavándole las uñas en la espalda, bajando hacia su culo, prieto, delicioso..., y la pasión surge con una fuerza imparable.

Su lengua encuentra la mía, se enredan, se acarician con desenfreno. Sus manos me aplastan el culo, suben mi vestido hasta la cintura y vuelven a aplastar mi culo. El gemido que suelta provoca que me duelan muchísimo los pechos, que mi vientre se contraiga y que se me doblen

las piernas de lo mucho que le deseo dentro de mí...

Me sujeta por la cintura con un brazo. Su otra mano va directa al interior de mis muslos. Ahora soy yo la que gime, aturdida. Joel sabe lo que quiere. Siempre lo ha sabido. Siempre lo sabe. Siempre ha ido a por ello. Y no pide permiso porque también sabe que soy suya. Siento que le pertenezco. Siento que he estado toda mi vida esperándole, preparándome para él. Y con él es todo tan fácil...

—Joel... —Dejo caer la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos.

—Mírame —me exige, ronco y entrecortado, más de lo normal, le cuesta respirar.

Lo hago enseguida.

No para de acariciarme, lento, muy lento..., de arriba abajo..., en círculos..., con sus dedos dentro de mí..., fuera de mí... Pero es su mirada la que me consume, la que me grita cuánto desea no ser su mano la que me lleve al infierno, porque este calor que siento es tan intenso...

Y yo tampoco quiero que sea su mano. Le desabrocho el pantalón con rapidez.

Pero me detiene, retrocediendo un par de pasos para salir de las sombras y que pueda verle bien.

«No tengo preservativos», me signa, con manos temblorosas.

Acorto la distancia y le agarro del cuello.

—No te hace falta ninguno. —Y le beso.

Gruñe, tirando de mi tanga hasta quitármelo. Me levanta y me empotra contra la puerta, sujetándose del culo y enterrándose en mi interior de una embestida tan desesperada que me arranca un grito de puro placer.

Se queda quieto. Pone una de mis manos en su corazón. Late tan fuerte y rápido que gimo más alto que antes.

Se retira despacio, casi del todo, y vuelve a penetrarme.

Y nos extraviarnos en un sexo alucinante que nos deja tiritando cuando el orgasmo llega sin avisar y arrasa con todo.

Nos besamos, jadeando, sin salir de mí, con su miembro palpitando en mi interior. Baja las manos a mis pechos y los aprieta. Yo me arqueo, clavándole los talones en el culo. Joel me da un empujoncito tan sensual con las caderas que me roba un largo gemido. Desliza los dedos por mis hombros, retirándose el vestido hacia abajo, y su boca resbala hacia mis pezones, que le reciben tan erectos que me duelen, pero es un dolor tan delicioso cuando su lengua se apodera de ellos...

No ha sido suficiente. Necesitamos más. Horas. Muchas horas juntos, desnudos, acariciándonos, aprendiendo el cuerpo del otro... Quiero que sus manos toquen cada centímetro de mi piel. Quiero que su boca bese y chupe cada centímetro de mi piel. Quiero tocarle y besarle yo. Quiero mi boca sobre él. Quiero que nos volvamos locos de tanto sentirnos...

Quiero que me enseñe lo que he estado perdiéndome mientras le esperaba.

Quiero...

Mi móvil suena dentro del bolso. Joel me baja al suelo con cuidado. Me agacho y descuelgo.

—¡Ya están casi en casa! —me grita mi prima.

—Joder... —Cuelgo—. Tenemos que irnos ya.

Nos colocamos la ropa con rapidez y nos marchamos corriendo hacia la playa.

En el paseo marítimo, paramos para tomar aire y estallamos en carcajadas.

«De repente, soy un adolescente liándome con mi novia a escondidas de sus papis», me signa, divertido. «A ti te queda muy cerca esa época».

—Y a ti, muy lejos, *papi*. —Le doy un golpecito en el brazo.

«Un papi que te acaba de hacer tocar las estrellas, niña mala», añade, humedeciéndose el labio inferior con deliberada lentitud.

—No recuerdo haber tocado las estrellas. —Sonrío—. Tendrás que esmerarte más la próxima vez.

Gruñe, rodea mi cintura y me besa con fuerza, yo riéndome porque me encanta provocarle.

Buscamos a los demás, pero no hay rastro de James y Julia, solo vemos a mis primos, sus parejas y sus amigos.

—Se fueron a por un helado —me cuenta ella.

—¿Te apetece? —le pregunto a Joel, que asiente.

Nos despedimos con la mano y nos dirigimos a la heladería favorita de mi hermana, en el paseo marítimo, cerca del puerto.

Encontramos a Julia y James sentados en el poyete que separa el paseo de la playa, enfrente de la heladería, comiéndose un... No. Cada uno tiene un cucurucho en la mano, pero lo que hacen es comerse la boca con ganas. Joel y yo soltamos una carcajada, interrumpiéndoles.

—Estaréis cansados del viaje —comento, sentándome en el regazo de Joel, junto a mi hermana.

«Ya dormiremos», signa él, pellizcándose la nariz.

—A mí me duele un poco la cabeza —dice Julia, pero no hace una mueca, sino que sus ojos viajan por todas partes sin control.

—Papá, mamá y los tíos ya están en casa. —Enarco una ceja, divertida.

—Pero la casa de la tía es grande —susurra, poniéndose colorada.

—Y el oído de papá, muy agudo, fue lo único que me dijo ayer cuando me hizo el interrogatorio.

Se desinfla, haciendo que nos riamos con suavidad. James se levanta y le ofrece la mano.

—Demos un paseo por el puerto. —Nos mira a todos.

—La semana que viene podríamos ir a navegar —propongo.

—Podríamos ir a una cala de Tabarca y hacer *snorkel*. —Se ilusiona Julia, dando un saltito sobre sus pies.

Paseamos por el puerto mientras planeamos lo que haremos hasta irnos a Londres.

Un rato más tarde, entramos los cuatro en casa. Nos descalzamos para no hacer ruido y subimos las escaleras. Nada más pisar la siguiente planta, mi padre, en pijama, sale a la corrala, cruzado de brazos y una expresión tan seria que Julia se asusta y los chicos tragan saliva, yo intento no reírme.

—¿Qué haces despierto? Es muy tarde —le digo, acercándome para besarle la mejilla.

—Eso digo yo. James, Joel. —Ellos asienten y le tienden la mano—. Bienvenidos a Altea. — Se la estrecha con más fuerza de lo normal.

Mis hombros empiezan a convulsionar.

—Buenas noches —añade, señalando la habitación de invitados.

James y Joel obedecen, pero antes de cerrar la puerta, nos guiñan el ojo.

Yo, feliz, estallo en carcajadas al escuchar gruñir a mi padre. Muy pero muy feliz. Todo es tan normal...

Capítulo 32

Joel

—Se acabó, Tiago —regaña Lucía a su marido cuando entramos en el patio, apestando a pescado, agotados, a las tres de la tarde—. Déjales respirar.

—Respiran, Lucía —refunfuña—, si no, estarían muertos.

—Como si lo estuvieran.

No habría podido describirlo mejor... Vaya paliza llevamos James y yo en el cuerpo. Nunca habíamos trabajado tanto y tan duro.

—Se marchan el viernes —sigue ella, sin variar el tono serio de su voz—, hoy es martes. No van a volver a pescar ni a trabajar en la lonja un solo día más. Andrés, por favor —le pide ayuda a su cuñado, que se está riendo—. No puedo con vosotros... —Nos mira a James y a mí—. Id a ducharos, la comida está casi lista.

«¿Y Jana?», signo, y James me interpreta, añadiendo a Julia en la pregunta.

—Están en la playa, no tardarán. Hoy habéis llegado media hora antes, toda una sorpresa —ironiza, asesinando a Tiago con los ojos.

Él, orgulloso, la rodea y sube a cambiarse. Ella le sigue y se encierran en su cuarto. James da un respingo y me signa:

«Lucía está gritando».

—No os preocupéis, mañana o pasado mañana estarán enamorados otra vez, ellos son así —nos asegura Andrés, riéndose más que antes—. Y no se lo tengáis en cuenta a Tiago. —Me da una palmada cariñosa en la espalda—. Que estéis aquí hace real que sus niñas ya no sean tan pequeñas y eso, cuando seáis padres, lo entenderéis.

Sonreímos. Claro que lo entendemos, lo hablamos ayer, por eso no nos hemos quejado una sola vez y le quitamos importancia cuando Julia y Jana nos preguntan al respecto, muy preocupadas.

Subimos a nuestro baño, dentro de la habitación donde estamos durmiendo, junto a la de ellas, compartiendo balcón, aunque de nada nos sirve porque también compartimos balcón con Tiago y este se instala en una silla, con el móvil en mano, cuando llegamos de dar un paseo después de cenar por ahí.

Estoy muy a gusto en Altea, a pesar del calor, estamos a cuarenta grados húmedos, pero la playa es genial, y la actitud de Tiago la comprendo. No obstante, estoy deseando volver a Londres con Jana para tenerla para mí solo el resto del mes. La de cosas que vamos a hacer... en la cama, por supuesto.

Primero se ducha James, luego, yo.

Cuando salgo con la toalla anudada en la cintura, no hay rastro de él, pero sí de Jana... sentada en el borde de la cama, sonriendo como una niña a punto de hacer una trastada.

Se levanta y, muy despacio, se quita el vestido negro con flecos que ha usado para ir a la playa, enseñándome el diminuto bikini de triángulos y lacitos en las caderas, de cuadros negros y blancos, que la cubre lo justo y necesario; las tetas sobresalen un poco, suficiente para ponerme duro como una piedra en un jodido instante.

Avanza hacia mí, también muy despacio.

—He echado el pestillo. —Señala la puerta—. Y cerrado el balcón. —Señala el balcón, con

las cortinas corridas.

«Como no bajemos ya, subirán a buscarnos para comer», le signo, con el corazón a mil por hora.

—Lo que tardemos dependerá de ti.

Se arrodilla en el suelo al alcanzarme. Retira mi toalla lentamente. Mi miembro la saluda con mucho entusiasmo, hasta llora... Me agarra de las caderas y lo besa, chupando esa «lágrima» que se me ha escapado, sin apartar los ojos de los míos. Mierda... Me froto la cara, suspirando con fuerza.

Me vibra la garganta cuando besa toda mi longitud, ayudándose con las manos, esas manos suaves, de dedos largos, que deciden masajearme para no estar un solo segundo sin atenciones... Y cuando abre la boca y comienza a introducirme en ella... Me mareo, retrocedo, quedando apoyado en la pared.

—Jana...

Sus ojos brillan intensamente, sin detenerse, sin acelerar el ritmo, haciendo que pierda el sentido de la realidad. Me chupa, me besa y me saborea como si fuera el mejor helado que ha probado jamás. Puta mierda... Le vibra también la garganta, puedo notarlo, y le vibra cada vez que juega con la lengua alrededor de mi miembro. Son gemidos... Está disfrutando tanto como yo, y eso me pone todavía más duro. Los espasmos recorren todo mi cuerpo.

Le deshago el nudo de la tira del bikini en el cuello, necesito ver sus tetas, que rebotan por los movimientos. Joder... Entierro los dedos en su pelo suelto y, con cuidado de no hacerle daño, marco el ritmo, entrando y saliendo de su boca. Sus preciosos pezones están erguidos, sus pupilas dilatadas y sus labios hinchados. Entonces, me clava las uñas en el culo y no lo reprimo más.

El orgasmo es... bestial. Llega y arrasa, dejándome seco, sin fuerzas y tembloroso.

Despacio, continúa besándome unos segundos más. Estoy demasiado sensible, pero por nada del mundo me aparto, su boca es el puto paraíso.

—¿Lo he hecho bien? —me pregunta, muy tímida, con las mejillas encendidas.

«Jodidamente bien», le signo con esfuerzo.

Tiro de sus brazos para que se levante y poder besarla, pero me frena, sonriendo.

—Nos están avisando de que bajemos y como me beses... —Niega con la cabeza.

«Tu padre me manda a Londres de una patada en el culo».

—Me gusta mucho tu culo, así que voy a cambiarme, nos vemos abajo.

Me giro, pero doy un respingo al sentir un azote en el culo. La miro, entornando los ojos.

«Esta me la guardo», añado.

—Cuando tú quieras me la cobras —me da otro—, y las veces que te apetezca. —Me guiña un ojo y se marcha corriendo al verme ir a por ella.

Me duele la cara de lo grande que es mi sonrisa.



Parece que la discusión entre Lucía y Tiago ha surtido efecto porque, nada más sentarnos a comer, se disculpa con James y conmigo delante de todos. Lo hace a regañadientes al principio, pero termina sincerándose de corazón.

—No me culpéis porque crea que no hay hombre lo suficientemente bueno para vosotras —les dice a sus hijas, emocionado.

Jana es la primera que se levanta y le abraza con mucho cariño y la mirada vidriosa. Julia la sigue y su padre acaba ruborizado pero encantado.

Lucía carraspea intencionadamente. Él, entonces, añade:

—Pero reconozco que me he pasado. Espero que disfrutéis de los días que os quedan aquí, sin pescar y sin vigilaros constantemente.

Nos miramos entre todos y estallamos en carcajadas.

—¡Mañana nos vamos a Tabarca! —anuncia Julia, entusiasmada.

Y eso hacemos al día siguiente.

Salimos a las nueve para aprovechar el día. Benjamín nos lleva en el barco a la isla, tardamos menos de dos horas.

Nada más pisar Tabarca, las chicas nos guían a una cala muy bonita, donde hay un chiringuito, varias personas tomando el sol y un pequeño establecimiento en el que alquilamos los equipos de *snorkel*.

Guardamos nuestras pertenencias en unas taquillas y corremos hacia el mar, deseando meternos en las aguas cristalinas con las gafas, el tubo y las aletas.

Impresionante...

Acabamos tirados en la arena dos horas después, agotados pero queriendo repetir. Se me ha pasado el tiempo volando entre arrecifes, peces y cuevas. Julia, previsora, llevaba una funda acuática para el móvil y hemos hecho un montón de fotos.

Vamos al establecimiento a por nuestras mochilas y extendemos las toallas en la arena, muy cerca de la orilla.

«Hacía diez años que no me iba de vacaciones», le signo a Jana cuando James y Julia se acercan al chiringuito a por unos bocadillos y unos refrescos. «Y hasta pescar y trabajar en la lonja me ha gustado mucho».

Nos reímos.

—Siento que mi padre se haya comportado así, pero... —Alza los hombros y los baja, suspirando—. Pero una parte de mí se ha sentido... normal. —Sonríe con dulzura.

«Por Julia», adivino enseguida.

—Toda nuestra vida ha estado centrada en ella. —Fija los ojos en el mar, frente a nosotros—. La comida, las compras, el colegio, las vacaciones, las fiestas de cumpleaños, las reuniones sociales... —No pierde la sonrisa—. Estuve dos años saliendo con un chico en la universidad, pero mi padre nunca se comportó como ahora. Si cuando estuvieron en Londres quería saber si me veía con alguien... —Se ríe—. Fue justo antes de caerme y que te acercaras a mí. —Sus mejillas se colorean.

«Ya me gustabas, pero me negaba a reconocerlo». Me inclino para darle un beso en la nariz. «Me resultaba confuso sentir vibraciones en los oídos solo contigo. En cuanto apareces donde estoy, las siento. ¿Por qué?». La miro con intensidad. «Ahora sé que es porque estás destinada a mí».

—Qué romántico —bromea, avergonzada.

Me echo encima de ella, tumbándola en la arena. Le retiro el pelo de la cara, contemplándola como si fuera la chica más guapa que he visto en mi vida.

Y desde luego que lo es.

La beso hasta hacerla temblar. Pero acabo empalmándome enseguida, tenemos que parar, James y Julia caminan hacia nosotros.

«Empezad vosotros», les signo antes de llevarme a Jana al mar, está tan vulnerable y yo la necesito tanto en este momento que no vamos a quedarnos a medias.

El agua nos cubre hasta el pecho cuando nos escondemos detrás del espigón de rocas que delimita la cala a un lado.

—Joel... —Me aprieta la cintura con las piernas.

«Estate atenta», le pido, apoyándola con cuidado en las rocas, no quiero que se haga daño. Y tampoco quiero que nadie la vea así. Ni de coña.

Me besa, buscando mi lengua desesperadamente, aplastándome las tetas en el pecho.

Sé que es arriesgado, hay lanchas y barcos, aunque estén a gran distancia, pero la isla es pequeña, puede aparecer alguien en cualquier momento.

Y eso lo hace mucho más excitante.

Me bajo el bañador lo justo para liberarme. Le quito el lacito de una de sus caderas y me entierro en su interior muy despacio. La primera vez la sentí tan apretada, tan resbaladiza y tan sensible que creí que iba a desmayarme de placer. Ahora es más intenso por el agua. La vibración en mis oídos es ensordecedora, joder.

Detiene el beso. Su boca está entreabierta, conteniendo el aliento. Sus ojos, casi negros, me suplican más, pero estoy jodidamente bien quieto dentro de ella. La suave corriente del mar es lo que hace que nos movamos un poco. Bajo una mano y presiono donde más lo necesita. Entonces, pronuncia mi nombre, se arquea y aprieta mi miembro.

Presiono más. Me aprieta más. Una y otra, y otra, y otra vez...

No hay besos, no hay embestidas, pero es tan fuerte lo que sentimos...

Mi garganta vibra mucho cuando el orgasmo acaba conmigo. Y Jana me sigue unos segundos después. No me pierdo cómo sus pezones luchan por romper la tela del bikini, ni cómo su cuerpo se curva hacia mí, ni cómo mueve los labios, pero ahora no soy capaz de entenderla, ojalá pudiera escucharla...

Nos quedamos sin saber qué decir. Ha sido diferente para los dos, puedo leerlo en su mirada, está tan asombrada como yo.

—Joel... —Se acurruca contra mí, escondiendo la cara en mi cuello.

La abrazo, respirando sobre su pelo.

Nadamos de vuelta y nos encontramos con que James y Julia no están, ni tampoco sus equipos de *snorkel*, pero sí nos han dejado nuestros bocadillos y los refrescos debajo de las toallas.

Comemos en silencio, sonriéndonos cada pocos segundos. Parecemos adolescentes, más yo que ella, aunque no aparente lo joven que es por su madurez.

Después, nos tumbamos al sol.

—¿Me echas crema? —me pide Jana.

Se tumba bocabajo, con los brazos flexionados debajo de la mejilla. Me siento a horcajadas en su culo y le doy un pequeño azote que le hace reír.

«El primero», le signo al mirarme. «Te voy a cobrar los dos que me diste con intereses. Y el interés será alto, estás avisada».

Le quito la tira del bikini y me echo crema en las manos. Masajeo su espalda, sus hombros, sus costados..., tomándome mi tiempo. Le bajo las braguitas unos centímetros, pero mis manos quieren más que esa porción de piel, así que le doy otro azote, provocando que se sobresalte, y le aplasto el culo, pegándome a él, para que sepa cuánto la deseo y cuánto tengo que esforzarme en controlarme, hay parejas jóvenes a nuestro alrededor. Le ato el bikini y me tumbo a su lado, rodeando su cintura con un brazo.

No sé cuánto tiempo después, abro los ojos. Me quedé dormido.

Alguien me toca el brazo y, seguidamente, me ofrece el puño. Es James, un muy sonriente

James, hasta parece satisfecho y... saciado. Se lo choco, sentándome.

«Lo habéis hecho», le signo, sonriendo con picardía.

—Julia se conoce esta isla de memoria, sabe dónde poder estar solos. —Arquea las cejas de manera insinuante.

Me río.

—¿Qué planes tenéis para el resto de agosto? —se interesa.

Me encojo de hombros, sonriendo.

«Lo que surja, pero no me importaría quedarme en la cama con Jana hasta el 1 de septiembre, ya sabes, para descansar, nuestro jefe es un explotador».

James suelta una carcajada.

«¿Dónde están?», le pregunto.

Señala un punto enfrente: Jana y Julia están saliendo del agua, nos miran y corren hacia nosotros, mojándonos.

—¿Ya te has despertado? —Jana me toma de la nuca y me besa en los labios.

«¿Qué hora es?», quiero saber, signando.

—Ni idea —contesta Julia, en el regazo de James—, pero me muero de hambre. —Suspira, contenta—. ¿No es genial? No tengo ni idea de qué hora es, pero me da igual. ¡Ay! —Rodea su cuello para besarle en la boca.

Él la aprieta con fuerza, dándole muchos besos por el cuello hasta que ella rompe a reír.

—Voy a ver. —Jana saca su móvil de la mochila—. Son las siete. Benjamín nos dijo que vendría a por nosotros cuando le llamásemos, y son casi dos horas de viaje, voy a avisarle ya.

Recogemos y nos dirigimos al chiringuito a comer algo. Pedimos unas tapas y unas cervezas, menos Julia, que solo bebe agua y zumos, y regresamos a Altea, cabizbajos los cuatro de la pena que nos da irnos de Tabarca, y eso que solo hemos estado unas horas, pero han sido muy especiales.

Julia, emocionada, enseña las fotos a sus tíos y a sus padres, en el jardín trasero de la casa, donde están los cuatro tomándose una copa mientras charlan.

—Os lo habéis pasado bien —afirma Tiago, sonriendo.

—¡Muy bien! —exclama ella, abrazándole.

Sube con Jana a quitarse el bikini; Carolina y Lucía las acompañan. Andrés y Tiago, presidiendo la mesa blanca cada uno en un extremo, nos ofrecen una copa de vino.

—Joel —me dice Tiago—, ¿me acompañas a por otra botella?

Asiento y le sigo a la cocina, atravesando el patio. Saca una de la despensa y se detiene frente a mí.

—Quería pedirte perdón otra vez, reconozco que contigo he sido un poco más duro que con James.

Le hago un gesto para restar importancia, sonriendo.

—Sé que no es excusa, pero... —Traga saliva—. Sentí miedo. Me di cuenta de que nunca había visto ese brillo de felicidad en los ojos de Jana. —Se le empaña la mirada—. Siempre había preocupación por si su hermana sufría alguna crisis, dolor por vernos sufrir a los tres, esfuerzo en ser nuestra fortaleza en los peores momentos... Tú eres el culpable de que ella por fin esté viviendo su propia vida, y parece que le encanta. —Sonríe—. Sigo pensando que no hay hombre lo suficientemente bueno para ninguna de mis hijas, pero puedo hacer una excepción con James y contigo.

Pongo una mano en el corazón, que me late con fuerza y rapidez, para que me entienda.

Lo logro, asiente.

Nos damos la vuelta para regresar al jardín, pero Jana está en el hueco de la puerta: lo ha escuchado todo. Con los ojos llenos de lágrimas, se acerca a su padre y le abraza, pero cogiéndome de la mano a mí. Hacía tanto que no me sentía parte de alguien...

El mejor verano de mi vida.

Capítulo 33

Julia

—¡OMG! —Salto sobre mis pies, emocionada, extasiada, impresionada...

Acabamos de llegar al castillo McArthur, en Inverness, y parece sacado de un cuento. Es tan bonito... De piedra gris, con cuatro torres, una en cada esquina, y el blasón de la familia encima de la gran puerta principal.

—¿Qué es pequeño para ti? —le pregunto a James, confusa, rodeándome los brazos por la brisa que corre—. Creo que tenemos realidades distintas.

Él se ríe, sacando las maletas del coche con la ayuda del taxista.

Astrid y Allan salen a recibirnos.

—¡Hola! —Les abrazo.

—¡Pero qué morenos estáis! —exclama ella.

Hace una semana que nos fuimos de Altea, pero en St. Yves nos ha hecho un tiempo magnífico, tenemos las mejillas coloradas.

—Pasad, que hace frío aquí fuera —nos indica Allan.

Nada más entrar, vuelvo a saltar sobre mis pies.

—¡Esto es precioso!

Los tres se ríen.

Los muebles son antiguos y oscuros y los cuadros que cuelgan de las paredes son paisajes de Escocia. Hay una chimenea de piedra enorme, encendida, caldeando el gran salón.

—Id a deshacer las maletas, Bonnie está preparando chocolate caliente.

Son las cuatro de la tarde y el cielo está encapotado, me apetece mucho ese chocolate.

Sigo a James por la escalera que hay a la derecha, continuamos por un pasillo, otra escalera, una puerta de madera antigua que abre con una llave antigua y otra escalera, más estrecha que la primera, que conduce a una especie de desván, abuhardillado y circular.

—¿Estamos en una de las torres?

Asiente, dejando las maletas en el suelo.

Es una habitación con una cama con dosel, un diván junto a una de las ventanas, una chimenea encendida y... ¡libros por todas partes! ¡Me encanta!

—El baño es esa puerta —señala la que está a la izquierda de la cama— y la otra es el vestidor. —A la derecha de la cama.

Me acerco al diván y me siento, observando el lago Ness a través de la ventana.

—Esto es increíble... —susurro, con el corazón latiendo a mil por hora—. Ahora entiendo por qué la gente viaja tanto. Para mí viajar es un caos, necesito estudiar el sitio antes, ver fotos, saber si hay una clínica o un hospital cerca de donde me voy a alojar...

—¿Un hospital? —Frunce el ceño.

—Tengo que evitar enfermarme. —No le miro, aunque no le haya mentado—. Mi sistema nervioso es... complicado. —Se me acelera el pulso.

—¿Por eso llevas la pulsera morada? —Se arrodilla a mi lado y me acaricia las dos pulseras de goma que no me quito de la muñeca ni para dormir.

Aprieto la mandíbula, soltándome. Ojalá no llevara esa pulsera, la azul me da igual, pero la morada la odio con todas mis fuerzas.

—Solo he ido a Altea antes de mudarme a Londres con Jana. Todos los años, siempre en agosto.

—¿Investigaste St. Yves antes de ir? —me pregunta en voz baja.

—No. —Le sonrío—. Contigo solo investigo sobre sexo. Contigo todo es fácil, menos eso.

—¿El sexo no es fácil conmigo? —Arquea una ceja, divertido.

—No lo calificaría de fácil. Un tsunami no es algo fácil. —Amplío mi sonrisa—. Los tsunamis provocan desastres. Tú me provocas un desastre emocional, físico y sensorial.

—Hay una clínica cerca de mi casa.

—A cuatro minutos andando. Eso sí lo investigué.

—No te hará falta, yo te cuidaré.

Le tomo de las mejillas y le doy un beso en los labios. Como siempre, las cosquillas recorren todo mi cuerpo, pero son sus ojos los que me dejan sin aliento, hay tantas emociones en ellos... Buenas, todas buenas, porque hacen que las cosquillas se multipliquen por infinito.

Ha sido una semana de ensueño en St. Yves, nunca me han mimado y consentido tanto. James es maravilloso... Es atento, muy cariñoso, tierno, tranquilo, generoso, paciente, me cuida y, encima, es guapo. Con él no me siento diferente, con él siento que he encontrado esa silla con mi nombre grabado, una silla que es prolongación de la suya, porque mi sitio es junto a James.

—A lo mejor escribo —le digo—. Aquí, en el diván.

—¿Te apetece ahora? —Le brillan los ojos.

—Primero, el chocolate, pero antes hay que deshacer las maletas.

Se ríe y se levanta.

—Voy a por la plancha.

—Gracias. —Se me enciende la cara.

—De nada. —Se inclina y me da un beso en la boca con los labios entreabiertos.

Se me escapa un suspiro de resignación al verle bajar las escaleras en busca de la plancha. En momentos como este odio la manía que tengo de planchar la ropa al sacarla de la maleta, no soporto ponérmela con una sola arruga por pequeña que sea.

Un rato más tarde, bajamos al salón a por la taza de chocolate caliente.

—¿Habéis traído ropa de abrigo? —nos pregunta Astrid, sentados los cuatro en dos sofás—. Aquí da igual que sea verano, la temperatura es de quince grados, más o menos, y el viento es fuerte a finales de agosto. El año que viene os venís antes.

¿El año que viene?

De repente, me pongo nerviosa, se me cierra el estómago. Dejo la taza en la mesa rectangular frente a mí.

—Voy al baño.

—Hay uno nada más pasar la escalera, la primera puerta a mano derecha.

—Gracias. Perdonadme.

Casi corro hasta estar dentro del servicio. Me apoyo en la puerta, poniendo una mano en el pecho. El año que viene estaré en España, Jana no quiere seguir trabajando en McArthur después de la beca, y yo la entiendo, Haley es mala. Entonces, ¿esto quiere decir que en diciembre tendré que despedirme de James? Ya no viviremos en la misma ciudad. Seguiremos en contacto por mi novela, pero ¿qué pasará entre nosotros? Ya me puse nerviosa cuando lo hablé con mi hermana en el avión de camino a Altea, pero como cambió de tema para contarme lo de Mary y Stephan, no he vuelto a pensar en ello.

Me echo agua en la cara, a ver si logro calmarme. Respiro hondo varias veces seguidas.

No lo consigo, pero tengo que salir, me están esperando, son sus padres...

Al abrir la puerta me topo con James, quieto frente a mí, tan serio que se me acelera más el corazón.

—Vamos arriba. —Me indica con la mano la dirección de la torre.

—Pero tus padres...

Comienza a andar. Le sigo, cabizbaja.

En cuanto estamos en su habitación, me pregunta qué me pasa.

—Nada. —Mis ojos viajan por todo el espacio.

—Julia, mírame. —Me toma de las manos—. Estás fría, dime qué ocurre.

—Es que... —Cierro los ojos un instante—. El año que viene estaré en España. Bueno, no lo sé con seguridad.

—¿Te refieres a...?

—Jana no quiere seguir en la editorial después de su beca.

—Por Haley.

—Sí, pero no quiere abandonarte, está aprendiendo mucho contigo, y...

—¿Te quieres ir? —me corta, con voz grave—. Cuando Jana termine la beca y decida volver a España, ¿te quieres ir con ella?

—Querer, no.

Sonríe.

—¿Y por qué estás tan nerviosa? —Me retira un mechón de pelo detrás de la oreja.

Abro la boca para responder, pero la cierro.

—Si no quieres irte de Londres —añade, acariciándome la cara con los nudillos—, no te vayas.

—Podría... podría quedarme —balbuceo—. En Londres, aunque ella se vaya..., ¿no?

—Podrías. —Me toma de las mejillas, alzándome la cara hacia él—. Podrías quedarte conmigo en Londres.

—Me... me gusta Londres. —Se me va a salir el corazón del pecho—. Me gusta también tu casa, aunque no parece un hogar. La casa de Bibury sí lo parece y me encanta. —Trago saliva—. Y me gustó ir a la feria del libro de St. Yves contigo. Y...

Roza mis labios con los suyos en un beso tan suave que se me debilitan las piernas.

—Y el primer domingo de cada mes juegas al *rugby* con los antisociales —continúo, susurrando—, y... y me gustó la vez que fui, podría ir a todos.

Otro beso. Más largo.

—Y tú... —Entierro las manos en su pelo, suspirando del mismo modo que antes—. Tú eres lo que más me gusta...

—Eso es bueno —sonríe con tanta ternura que suspiro otra vez—, porque yo estoy loco por ti.

Otro beso más. Su lengua busca la mía y se enredan, provocando el inicio del tsunami.

—¿Estás... —no sé cómo logro pronunciar palabra ahora, no encuentro mi voz— enamorado de mí? He leído que el amor es una locura y es la segunda vez que me dices esto.

Asiente tres veces muy despacio.

—Pues yo también —le susurro, temblando—. Yo también estoy enamorada de ti y...

Gime y me besa otra vez, estrechándome entre sus brazos. No queda un solo milímetro de espacio entre los dos. Me pierdo en su boca. Acabo desorientada cuando nos detenemos.

—Quieres quedarte conmigo en Londres —me susurra él ahora, muy ronco— y yo quiero que te quedes conmigo en Londres.

—¿Ves? Contigo todo es fácil menos el sexo.

Comienza a andar hacia atrás, llevándome con él.

—¿Quieres que complique un poco tu vida ahora? —Me agarra el borde del vestido y lo va subiendo por mi cuerpo lentamente.

De pronto, en mi cabeza resuena el inicio de *Let's get it on*, de Marvin Gaye.

—James... —Mi piel se eriza.

—¿Tienes frío? —pregunta, escondiendo una sonrisa.

Me desabrocha el sujetador a la espalda y lo retira muy despacio por mis brazos, descubriendo mis pechos.

—Puede.

Se arrodilla para descalzarme. Bordea mis braguitas, cuela la punta de los dedos y las desliza por mis piernas.

—Aquí hace calor. —Se levanta, mirando mis pechos. Se le entrecorta la respiración—. Yo tengo mucho calor. —Se desnuda sin dejar de recorrerme con la mirada.

—Puede que mi frío sea porque estás tardando.

—¿En tocarte? —Sonríe, dando una vuelta a mi alrededor para impacientarme más—. A veces me gusta tomarme mi tiempo contigo. Eres tan preciosa... —Desde atrás, me besa la clavícula con la punta de la lengua.

—James... —Se me cae la cabeza en su hombro.

Sus manos acarician mis caderas, subiendo hacia mis pechos, que masajea con reverencia, muy despacio...

—¿Mejor?

—Puede... —Estoy a punto de derretirme.

Me coge en brazos y me lleva al baño.

—En la ducha, el agua te mantendrá caliente mientras te miro, te acaricio y te beso hasta que me harte.

—¿Será mucho tiempo? Tus padres...

—Les dije que no nos esperasen, que a lo mejor tardábamos...



Inverness es maravilloso. Es una ciudad tranquila, perfecta para mí. Situada en el corazón de las Highlands, su mayor tesoro es el río Ness. El agua y la naturaleza me relajan, y teniendo a James a mi lado, la felicidad está asegurada.

La semana se me pasa volando entre paseos, tazas de chocolate caliente, leyendas de Inverness y charlas con Astrid y Allan sobre libros, son dos grandes lectores, ¡me encanta! Me entristezco cuando estoy preparando la maleta para marcharnos al día siguiente; volaremos los cuatro juntos en el avión privado del hermano de Allan, dueño de una compañía aérea escocesa.

—Podíais —comienza Astrid, sentada en la cama, acompañándome— venir a cenar los viernes a casa a partir de ahora, juntos.

—Claro. —Sonrío, pero me preocupa al ver su mirada vidriosa. Me siento a su lado—. ¿Estás bien?

—Muy bien. —Me toma de las manos y me las besa—. Eres un ángel, Julia, estoy tan contenta de que estés con mi hijo... Lo ha pasado muy mal. Se merece ser feliz, y nunca le había visto tan feliz como estos días aquí contigo. Llevaba dos años sin venir a Inverness.

—¿Por qué? —Arrugo la frente.

—Porque estaba con esa mala mujer que le alejó de todos, sus amigos y su familia. —Su rostro se ensombrece—. Ivy. ¿Recuerdas cuando comimos Kora y yo con vosotros cerca de la editorial?

Asiento.

—Pues cuando os marchasteis, la vimos con Haley en la calle. Yo no la había visto nunca, pero Kora, sí.

—¿Ivy es amiga de Haley?

—No tengo ni idea, pero lo parecían.

Se me acelera el corazón de manera desagradable. No quiero a Ivy cerca de James. Tampoco a Haley, sinceramente, pero la editorial es de los dos, no se puede hacer nada al respecto.

—¿Qué os pasa? —nos pregunta él, surgiendo ante nosotras por la escalera.

—Nada, hijo. —Le sonrío su madre, poniéndose en pie—. Voy a ver qué nos está preparando Bonnie para cenar. —Me da un beso en la mejilla, otro a James, y nos deja solos.

—¿Julia?

—Dime. —Continúo con la maleta.

Pero él la cierra, deteniéndome.

—¿Has vuelto a ver a Ivy? —le suelto, seria.

—¿A Ivy? —Frunce el ceño—. No, ¿por qué?

—Tu madre y tu hermana la vieron cerca de la editorial con Haley.

—Tienen amigos en común, Haley conoce a mucha gente.

—Me dijiste que te encontraste con Ivy por casualidad cuando estuvisteis esos meses juntos.

—Hace tres años, sí. —Se cruza de brazos.

—¿Siempre te has llevado mal con Haley?

Suspira, dejándose caer sentado en la cama.

—O no nos llevamos o nos llevamos fatal. Lo de Ivy se lo conté, necesitaba alejarme de todo, incluida la editorial. Me fui un mes a Bibury. Cuando volví, Haley ya había hecho lo que le había dado la gana en McArthur y yo seguía hundido, así que dejé la editorial en sus manos. Un error. —Frunce el ceño más profundamente.

—¿Te pasó algo con Haley antes de que te encontraras con Ivy? —Mi mente va a toda pastilla, se llena de preguntas y necesita respuestas.

Se queda pensativo unos segundos. Me mira.

—A mí, no, pero a ella, sí. Rompió con su novio. —Su expresión es de desaprobación—. Se enteró de que su padre le estaba pagando para que la sedujera y la desplumase.

—¿Por qué haría algo así? —Abro los ojos sobremanera.

—Porque quería hacerle daño. Porque Jeffery Davis es así. —Se encoge de hombros—. Haley, cuando cumplió los dieciocho, se fue a vivir con sus abuelos y, cuando estos murieron, lo heredó todo. Sabían lo que hacía su hijo con su nieta, así que le desheredaron. Jeffery planeó su venganza, pero le salió mal porque ella les pilló comiendo juntos y hablando de ello. La encontré llorando en el baño de su despacho. Estaba tan dolida que hasta me culpó.

—¿A ti?

—Intenté hacerle entender que era lo mejor que le había pasado, que, si hubiera seguido en la ignorancia, hubiera sido peor. Me gritó que no tenía ni idea de nada, que todo era por mi culpa.

—Me mira, confuso—. ¿Qué tiene esto que ver con Ivy?

Eso mismo quiero saber yo.

Capítulo 34

James

Son las doce de la mañana del lunes y ya estamos desbordados de trabajo, y eso que nos hemos incorporado hoy tras un mes cerrados. Mañana lanzamos la primera promo de la novela de Julia, estoy tan nervioso que no soy capaz de concentrarme en nada de lo que me dicen Jana, Joel o Dylan.

—Me muero de hambre —comenta Dylan—, creo que todos necesitamos parar un rato, sobre todo tú. —Se ríe, dándome una palmada en la espalda.

—Vamos, jefe. —Jana tira de mi brazo para que me levante de la silla—. Necesitas comer algo, estás pálido.

«Lo que está es acojonado», se burla Joel, entre carcajadas.

—Necesito que salga bien —murmuro, dejándome guiar hacia el ascensor.

—Va a ser un éxito.

Él asiente, corroborando las palabras de su chica. Yo estoy muerto de miedo.

—Las fotos...

—Julia estará a las seis en punto en Hyde Park —me asegura Jana.

Hoy le hacen una sesión de fotos para las redes sociales y la web, a ella sola, y a la luz del crepúsculo; la semana que viene, una entrevista en vídeo, también para las redes sociales y la web, y en octubre, otra sesión de fotos con el libro ya en sus manos. La semana que viene me mandan las pruebas de imprenta. Quiero que salga todo perfecto, que ella esté feliz y a gusto, y que su novela sea un éxito desde el principio. Se lo merece.

Jana, Joel y yo comemos en el *pub* de enfrente, junto a más empleados de la editorial. Después, volvemos a reunirnos con Dylan en mi despacho, pero sin Jana.

Antes de marcharme a Hyde Park, me paso por el despacho de Haley, cuya puerta está abierta.

—¿Tienes un momento? —le pregunto.

—Hola, James. —Está tecleando en el ordenador—. Pasa y siéntate.

—Estoy bien de pie, gracias. —Cierro tras de mí—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Qué pasa de qué? —Baja la tapa del portátil y me mira con el ceño fruncido.

—No te he visto en todo el día, hemos estado un mes cerrados. —Me cruzo de brazos, desconfiado.

—¿Me has echado de menos? —Se ríe.

—Sabes a qué me refiero.

Suspira, recostándose en su majestuosa silla de piel azul, tan fría como sus ojos.

—No te entiendo —me dice—. Querías que te dejara en paz, y te dejo en paz, pero tampoco te gusta. Ni comes ni dejas comer, James.

—Quiero que te comportes como una editora jefa, que es lo que, supuestamente, eres. Que te involucres en cada libro que publicamos, que luches por esas historias que hacemos realidad, Haley. Quiero que te esfuerces conmigo en que McArthur Publishing House se distinga en el mundo editorial. Y también quiero que me dejes a Jana hasta que termine su beca.

—¿Que te deje a Jana? —Arquea las cejas—. Creía que eras el director editorial y que la última palabra la tenías tú.

—Yo te respeto, al contrario que tú a mí, Jana es tu becaria.

Se pasa la lengua por el labio inferior.

—Jana es toda tuya —cede, sin discutir—, pero Mary es muy lenta y solo es una secretaria, necesitaré a alguien más, y no me refiero a un becario, sino a un nuevo editor, llevo pensándolo un tiempo.

—Tenemos suficientes editores para que elijas al que te apetezca. Y todos son buenos.

—Ninguno vale para ser mi mano derecha. —Hace una mueca—. Quiero a alguien nuevo, con la suficiente experiencia e inteligencia como para estar a mi altura.

—Contrata a quien quieras, pero involúcrate en...

—¿... la novela de tu novia? —Sonríe con frialdad—. Y la nueva colección, claro.

—Exacto.

Se levanta. Su altos y finos tacones resuenan con seguridad en el suelo hasta quedar a unos centímetros de mí.

—Prepararé la presentación —accede, extrañamente tranquila—. Sabes que soy buena en esas cosas y manejo muy bien a los medios. Mándame un *e-mail* con el lugar.

—¿Cómo sabes que no se hará en Hatchards?

—No lo sabía, pero lo estás cambiando todo por esa novela, espero que valga la pena.

—La valdrá. —Me giro para salir.

—Esto no funciona, James.

La miro. Se sube con elegancia a su escritorio, balanceando las piernas.

—No podemos trabajar juntos, tú no estás a gusto conmigo y yo no estoy de acuerdo con ninguna de tus decisiones, decisiones que tomas sin contar conmigo. Trabajamos en direcciones opuestas, eso no es bueno ni para ti, ni para mí, ni para la editorial. Me culpas de que ya no dejamos huella, de que he llevado a la editorial a lo común y corriente, cuando resulta que quien intentó sacar la editorial adelante fui yo, sola, mientras tú te comportabas como un crío, no como un adulto, no como el director de McArthur Publishing House. Metiste en el mismo saco lo personal con lo profesional. No eres nadie para juzgarme.

Aprieto la mandíbula.

—No, James, esto no funciona —continúa, cruzando las piernas—. No puedes negarlo. Hay que asumir las consecuencias de nuestros actos. Para mí, cometiste un grave error al estar dos años desentendido de la editorial. Para ti, lo cometí yo al no saber dirigir la editorial en esos dos años. Lo justo es hacer algo al respecto.

—Y ya tienes pensado el qué.

Ladea la cabeza y añade:

—Si la presentación de Julia sale bien, te haré una oferta por mi parte de la editorial y podrás deshacerte de mí, que lo estás deseando. —Por un momento, veo dolor en sus ojos, pero es tan fugaz que creo imaginármelo—. Si la presentación sale mal, la novela será un fracaso desde el principio, y eso me dará la razón, así que me harás una oferta tú a mí, James.

Me quedo paralizado.

—No pienso venderte mi parte.

—Yo tampoco quiero venderte la mía. —Se baja de un salto y camina hacia su silla—. Pero me niego a seguir así.

—En algo estamos de acuerdo. —Respiro hondo, pensando con rapidez—. Si accedo a este trato, no boicotearás la presentación de Julia.

—Que no esté de acuerdo en publicar su novela no significa que vaya a echar piedras sobre mi tejado. —Junta las manos debajo de su barbilla, apoyando los codos en la mesa—. Firmé el

contrato con ella. Me guste o no, es una escritora de McArthur Publishing House, yo soy McArthur Publishing House, quiero el éxito, no el fracaso.

—Pero si la novela tiene éxito, te vas de aquí.

—Tengo dinero y contactos de sobra para montar mi propia editorial.

—¿Y por qué no lo haces ya?

—Porque me encanta el dinero, ya me conoces. Si la novela de Julia es un éxito, serán muchos ceros para la editorial y te venderé mi parte a proporción, no creas que voy a regalártela. Y si fracasa, la editorial será exclusivamente mía. Salgo ganando en los dos casos.

Acorto la distancia hasta toparme con el escritorio.

—Será un éxito, Haley.

—Será lo que tenga que ser, James. —Se levanta—. Entonces, hay trato, incluido el nuevo editor que quiero contratar.

—Tienes mi palabra.

Nos estrechamos la mano.

¿Qué coño acabo de hacer?



«¿Qué coño has hecho?», me signa Joel, frenando en seco, antes de llegar al río Serpentine, dentro de Hyde Park, cerca de Knightsbridge. «¡Estás loco!». Se lleva las manos a la cabeza.

Tiene razón, estoy loco. Haley no es de fiar.

—Ya está hecho.

«¡Pues te retractas!», signa con brusquedad, muy cabreado.

—No lo haré. —Estiro los hombros—. He dado mi palabra. Y la novela de Julia será un éxito.

«¿Y si no lo es? Sabes perfectamente que en el mundo editorial nunca se puede estar seguro al cien por cien de nada. No todos los libros de Ken Follet son *bestsellers*».

—No dudes de Julia. —Rechino los dientes.

«¡Estamos hablando de Haley! ¡Acabas de firmar un pacto con el diablo! ¡Va a encargarse de la puta presentación! ¡Por supuesto que va a ser un fracaso!». —

¡No lo va a ser! ¡Confía en ella!

«¡En Julia, confío, por supuesto que confío, en quien no confío es en Haley! ¡Va a destrozar su novela nada más salir al mercado y, encima, se va a quedar con la editorial!». —

—Parece que tampoco confías en mí. —Se me forma un nudo en la garganta. Hacía mucho tiempo que no me sentía como ahora mismo: inseguro, vulnerable—. Vamos a invertir mucho dinero en publicidad para esta novela y...

«James —me corta—, he leído el manuscrito, sé que la historia es una puta pasada —se golpea el pecho con el puño—, yo he diseñado todas las promos y también son una puta pasada, pero por mucho que seamos la mejor editorial de Inglaterra, Julia es una escritora virgen, en todos los sentidos, porque nadie sabe quién es».

—A partir de mañana lo sabrán. —Frunzo el ceño—. Todo lleva su tiempo, Joel.

«Mientras tú luches por su novela, Haley luchará en contra. No quiere a Julia y tampoco te quiere a ti en la editorial».

—Yo tampoco la quiero a ella, pero en algo tiene razón: no podemos seguir así.

«Te vas a jugar el destino de la editorial y el éxito de Julia al azar, pero Haley esconde un as

bajo la manga, ella es así».

—Pues que gane el mejor —zanjo, incómodo, y me doy la vuelta.

Unos metros más adelante, encontramos a Julia, apoyada en la barandilla del río, observando el agua con una sonrisa preciosa, como embelesada, de perfil al fotógrafo, que se mueve a su alrededor y le va indicando qué hacer. Jana charla con la maquilladora y la peluquera que contratamos siempre para estas sesiones con los demás escritores de la editorial.

Y no solo su sonrisa es preciosa. Ella lo es. Y hoy lo está más que nunca, con un vestido largo y de manga larga, bohemio, en tonos tierra, acentuando el verde de sus ojos, que brillan de ilusión al verme. Corre hacia mí.

—¡Hola! —Me da un beso en la boca muy sonoro, entre risas—. ¡Estoy emocionada! ¡Es real! —chilla, me suelta y regresa a por más fotos.

—¿Y esa cara? —le pregunta Jana a Joel, preocupada.

Él me mira con el ceño fruncido. Le ignoro e intento centrarme en Julia.

Pero Haley no sale de mi cabeza. Me obligo a estar alegre por ella, está tan ilusionada...

«Me has hecho dudar», le signo a Joel, caminando detrás de las hermanas para ir a cenar los cuatro fuera de Hyde Park.

Él suspira.

«Lo siento, tío, olvida lo que te he dicho». Me ofrece el puño.

Demasiado tarde, pero se lo choco.

—¿Te apetece que durmamos juntos hoy? —me pregunta Julia, colgándose de mi brazo—. Te he echado de menos estos días. —Su expresión es triste—. Sé que te dije que quería estar con mi hermana después de haber estado dos semanas sin verla, pero... —Agacha la cabeza—. Me arrepentí nada más marcharte.

Llegamos de Inverness el sábado por la tarde y ayer Jana y ella vinieron a Regent's Park a vernos jugar al *rugby* a mis amigos y a mí, era el primer domingo de septiembre. Se quedaron a comer con nosotros y luego pasamos la tarde con Joel; las acompañamos a casa y nos fuimos porque tenían videollamada con sus padres. Claro que la echo de menos.

—Me apetece muchísimo dormir contigo. —La beso en la sien.

—¿Te importa si... solo dormimos? Es que casi no lo he hecho desde Inverness.

—Yo tampoco. —La beso en los labios—. ¿Te pasa algo?

Mira a todas partes menos a mí, pero no insisto, no estamos solos.

Al día siguiente, me despierto con una belleza pelirroja a mi lado, dormida con un camisón de Minnie Mouse enrollado en la cintura. Sus braguitas blancas de diminutos lunares negros me provocan unas ganas tremendas de quitárselas a mordisquitos. Necesita dormir, cayó en el sofá en cuanto llegamos a casa, la llevé en brazos a la cama y ni se enteró, así que me ducho... con agua fría, a ver si consigo bajar la tremenda erección que tengo.

Un error. Algún que otro escalofrío sacude mi cuerpo a lo largo de la mañana. De hecho, no me quito la americana.

—¿Estás bien? —se preocupa Jana, antes de irnos Joel, ella y yo a comer—. Estás más serio de lo normal.

—Sí, tranquila.

—Pues vamos, necesito reponer fuerzas para la tarde con Haley. —Hace una mueca.

—Se me ha olvidado decírtelo. —Le sonrío—. Ya no trabajarás más con Haley.

—¿Me quedo contigo?

—Sí.

Chilla y se lanza a mí, loca de contenta.

—¡Gracias, gracias y gracias!

Joel y yo soltamos una carcajada ante su entusiasmo.

—Ahora, sí que sí, tendrás una mesa para ti. —Le sonrío avergonzado.

Después de comer, obligándome a hacerlo porque mi estómago no colabora, vamos al almacén de la editorial, en la planta principal, detrás de la recepción, y entre los tres subimos una mesa y una silla de escritorio para Jana. La colocamos junto a la estantería, dentro de mi despacho.

Y retomamos el trabajo.

No me concentro en nada, y no es por los nervios de la novela de Julia.

Al final de la jornada, me siento tan mal que me cuesta mantener los ojos abiertos, me pincha la garganta y los escalofríos son constantes. Esto no puede ser por la ducha de esta mañana...

—Tienes fiebre —afirma Jana, tocándome la frente—. Te acompaño a casa.

—Llamaré a un... —estornudo sin poder evitarlo— taxi.

—¿Seguro?

Asiento, cada vez con menos fuerzas.

—Voy a avisar a tu hermana —añado, desbloqueando la pantalla—. Me dijo que no podía enfermarse y... —Toso de forma seca—. Está en mi casa.

—Es mejor evitarlo, sí —murmura distraída y con la frente arrugada.

—Mira qué bien —comenta Haley, entrando en el despacho sin llamar—, todavía te pillo aquí.

—Me voy ya, hablamos mañana.

—Solo serán unos segundos. —Ladea la cabeza—. ¿Te encuentras bien?

—Me siento como una puta mierda, así que, si no te importa...

Pero entra alguien más que me deja mudo y petrificado.

¿Qué coño...?

—¿Qué haces tú aquí? —pronuncio en un hilo de voz. Miro a Haley—. ¿Qué coño hace ella aquí?

—Te dije que necesitaba una mano derecha y...

—No. —Miro a la recién llegada—. Vete.

Pero no se mueve.

—No hay que mezclar lo personal con lo profesional —canturrea Haley, disfrutando enormemente—. Ya lo hiciste durante dos años y el resultado fue desastroso.

—¿Cómo puedes ser tan hija de puta, Haley? —le suelto, lleno de rabia.

Jana retrocede, impactada.

—Me diste tu palabra —me recuerda, con una sonrisa enorme—, y eres tan noble que jamás faltarás a ella, ¿verdad? Además —mira a su amiga—, no debería ser un problema que trabajéis bajo el mismo techo, sois adultos y ambos queréis lo mejor para McAthur Publishing House, ¿no?

Ella asiente, yo no puedo apartar los ojos de los suyos.

—Ha firmado un contrato de dos meses —añade Haley—, se quedará hasta la presentación de la novela de Julia, después se renovará según lo que acordamos ayer tú y yo, James. Vámonos, Ivy.

Y se marchan.

—James... —comienza Jana, alerta—. ¿Esa era Ivy..., tu ex?

—Sí.

Aquí está su as bajo la manga...

Capítulo 35

Jana

—James me ha echado de su casa —dice Julia, nada más entrar en el ático. Se le llenan los ojos de lágrimas—. Jana, me ha echado...

—Seguro que lo ha hecho para no contagiarte, estaba hecho polvo, con fiebre, y tú no puedes ponerte mala. —La abrazo con cariño, sentándonos en el sofá—. No sabe por qué, ¿verdad? No se lo has contado.

Niega con la cabeza.

—Julia...

—No —me corta y se levanta—. Lo retrasaré todo lo que pueda.

—Tiene que saberlo. —Frunzo el ceño.

Me ignora, encerrándose en el baño. Escucho la ducha.

Media hora después, sigo escuchando la ducha. Suspiro y me acerco. La encuentro desnuda, sentada en el centro del plato de la ducha, con la mirada perdida y las piernas flexionadas contra el pecho, debajo del chorro del agua. Cojo su albornoz y cierro el grifo. La cubro con él. La seco con cariño, le pongo ropa interior limpia y la llevo a su cama para echarle crema.

Cuando tiene el camisón puesto, limpio también porque no soporta dormir dos días seguidos con el mismo, se pega a mi costado y comienza a llorar en silencio. Me tumbo con ella entre mis brazos. No decimos nada.

Y no me muevo hasta que se queda dormida.

Al día siguiente, James está peor, no para de temblar y está más caliente que ayer, Joel y yo le obligamos a irse a casa.

Por la tarde, en cuanto entro en el ático después de una larga jornada, veo a Julia deambular por todo el espacio, entre murmullos y estereotipias. No recuerdo la última vez que las hizo... Me acerco a ella y la tomo de las manos. Da un respingo, como si despertara en la realidad.

—Voy a ir con él —anuncia, tajante—, y me da igual que me eche otra vez. ¡No soporto esta situación! Le he llamado y no podía hablar porque no paraba de toser, Jana. Está solo.

Hay tanta desesperación en su voz...

Es solo una gripe, pero para Julia es todo un mundo ver sufrir a alguien a quien ama.

—Ve con él.

Me aprieta con fuerza y corre a preparar su bolsa de viaje. Le escribo un mensaje a Joel, habíamos quedado en cenar juntos, pero quiero acompañar a mi hermana y comprobar cómo sigue James.

Se une Joel a nosotras, tiene una copia de la llave. Paramos antes en un supermercado y compramos alimentos saludables, Julia quiere preparar sopa y algunas cosas más para que su novio se recupere pronto. Está asustada, muy callada y muy «en su mundo».

Nada más cruzar la puerta, ya huele regular.

—Abrid las ventanas —nos pide Julia—, hay que ventilar. ¿James? —Se dirige a las escaleras.

Entre Joel y yo ventilamos y comenzamos a preparar un caldo de pollo y verduras.

—¡Jana! —grita mi hermana desde el piso de arriba.

Me asomo al *hall*.

—¿Hay algún botiquín por ahí abajo? —me pregunta, apoyada en la barandilla.

—No he visto nada.

—Pues ve a comprar un termómetro y algo para bajarle la fiebre. Y dile a Joel que me suba la cacerola más grande que haya, con agua fría y paños limpios, está demasiado caliente.

Asiento.

La farmacia más cercana me pilla lejos y como en Londres puedes comprar medicamentos de baja intensidad en los supermercados, me acerco al de antes y compro un termómetro y paracetamol.

Corro escaleras arriba. Hay cuatro puertas a lo largo del pasillo, solo una está abierta, la del fondo a la derecha: James tose con mucho esfuerzo, está tiritando, hecho un ovillo, intentando cubrirse con el edredón, pero Julia no se lo permite y Joel intenta quitarle la sudadera que lleva encima del pijama.

—No, James —le susurra con ternura—, hay que quitarte capas. Cuanto más abrigado, peor.

—Te... ten... tengo... frí... frío... —Le rechinan los dientes.

—Lo sé, pero confía en mí, por favor...

La mira, con ojos vidriosos. Ella le sonrío, acariciándole la mejilla. Él, entonces, intenta incorporarse. Su amigo le ayuda y, finalmente, se desprende de la sudadera. Julia sumerge un paño en la cacerola de agua, lo escurre y se lo coloca a James en la frente, que gimotea como si le doliera.

—Tómate esto —le dice con mucho cariño, mostrándole una pastilla y una botella de agua que hay en la mesilla de noche.

Obedece, pero el movimiento parece que le marea.

Ella, entonces, se desnuda, quedándose en ropa interior, y le rodea, tumbada a su lado. Él vuelve a gemir, buscándola, desesperado, con los ojos cerrados. Poco a poco, se va calmando entre sus brazos, quedándose dormido.

Joel y yo les dejamos solos, regresamos a la cocina y continuamos con la sopa.

Es una noche muy larga. Queremos hacer turnos con Julia, necesita dormir, más que ninguno, últimamente, no lo ha hecho y es muy importante en ella una rutina de sueño, pero se niega a separarse de él.

Al día siguiente, no hay cambios en James, sigue con fiebre alta y escalofríos. Le subo una taza de leche caliente con miel antes de irnos Joel y yo a trabajar, pero no quiere tomar nada.

En la editorial, Joel se instala conmigo en el despacho de James; puede trabajar en línea desde cualquier ordenador. Lo agradezco, estoy preocupada, y sé que él también, me sonrío cada vez que me pilla mirándole, pero sus ojos no brillan.

Alguien llama a la puerta y, seguidamente, abre. Solo una persona actúa así: Haley.

—¿Qué haces tú ahí sentado? —le exige a Joel, entornando la mirada—. ¿Dónde está James?

—Se ha tomado el día libre —le respondo, seca.

—No me ha dicho nada.

«No tiene que darte explicaciones, es tu jefe de momento, no al revés, zorra de mierda», signa él.

Escondo una sonrisa. Me guiña el ojo.

—¿Qué has dicho, estúpido? —sisea Haley.

—¿Querías algo? —le pregunto.

Se larga dando un portazo.

—¿Por qué has dicho «es tu jefe de momento»? —inquiero, confusa.

«Porque la presentación de Julia decidirá quién de los dos le vende su parte al otro», me

contesta, signando despacio.

—¿Qué?!

A continuación, me cuenta el trato al que han llegado James y Haley.

—Pero... ¡está loco! —Me llevo las manos a la boca, de pie frente a él.

«Eso mismo le dije yo». Se ríe sin una pizca de humor.

—Julia no puede enterarse de esto. —Niego con la cabeza, solemne—. Ya está nerviosa por hablar en público ante desconocidos, y emocionada porque dentro de nada va a tener su primera novela en las manos. Quedan dos meses hasta la presentación, cada día estará más nerviosa y más emocionada, si se entera del trato de Haley, se bloqueará.

«Creía que habías superado ya eso», me signa con delicadeza.

—Me refiero a que será mucha más presión para ella, Joel. —Me sienta en una esquina de su mesa, él continúa sentado, girado hacia mí—. Sabe lo importante que es la editorial para James, sabe lo mucho que se está volcando en su novela, sabe que él se enfrenta a Haley cada dos por tres por defender su novela, y sabe que ella es mala.

«Tan mala que ha contratado a esa hija de puta para hacerle daño a James», sus manos chocan con dureza al signar ahora.

No conozco a Ivy, pero Joel me contó que es periodista deportiva e *influencer*, además de que su padre forma parte de la junta directiva del Manchester United. ¿Qué pinta una periodista deportiva en una editorial? Obviamente, está aquí por James. No sé qué pretende Haley, pero nada bueno, eso seguro.

«¿Le has dicho que Ivy está aquí?», me pregunta, signando.

Niego con la cabeza.

Mi hermana me contó lo que habló con James en Inverness, sospecha que Haley quiere hacer daño a James a través de Ivy. ¿Por qué? Ni idea. Le dije que no se preocupara, le quité importancia y logré que se relajara, pero no va a tardar en enterarse, algún día que venga a la editorial se cruzará con ella.

Continuamos trabajando, tranquilos porque pasamos solos el resto de la jornada, Haley no vuelve a aparecer.

Sin embargo, James continúa sin cambios cuando llegamos a su casa, donde Julia está histérica, tirándose del pelo y sin fijar la mirada.

—Tiene que verlo un médico. El paracetamol no le hace nada. Sigue con cuarenta de fiebre.

Joel le zarandea con suavidad el hombro. James le mira, sus ojos siguen vidriosos y entornados.

«Vamos al hospital, tío, o a tu chica le da un ataque, venga», le signa. «Apóyate en mí, ¿vale?».

Él asiente, sentándose en el borde de la cama. Le cuesta tragar, tose mucho, sujetándose el estómago, debe estar lleno de agujetas. Joel le ayuda con las zapatillas y la sudadera. Nos dirigimos en taxi a la clínica que hay cerca de su casa, Chelsea Medical Centre.

Un médico se acerca en cuanto entramos por la puerta de Urgencias y se lo llevan en silla de ruedas. Julia llama a Astrid para avisarles y su familia no tarda en aparecer.

—¿Os han dicho algo? —pregunta Allan.

—Siempre se pone malo con los cambios de temperatura. —Astrid chasquea la lengua.

—En Inverness hacía frío —comenta Julia mirando a todas partes menos a la persona que habla.

Voy a cogerla de la mano para que se tranquilice, pero rehúye de mi contacto.

—No te preocupes, cariño —le dice Astrid—, serán solo placas en la garganta, nada más, eso

da mucha fiebre.

—¿Familiares de James McArthur? —pronuncia el médico de antes, un chico joven vestido entero de verde con una bata blanca.

—¡Nosotros! —exclama Julia, corriendo hacia él.

—El paciente presenta principio de absceso periamigdalino —nos informa—, hemos tenido que rajarle la garganta para limpiarle, eso es muy doloroso y hay que tenerle vigilado. Se quedará cuarenta y ocho horas en observación. Si responde bien al tratamiento pasado ese tiempo, podrá irse a casa.

—¿Puedo estar con él? —le pregunta mi hermana, retorciéndose las manos.

—Lo lamento, pero no es posible. Váyanse a casa, si surge alguna complicación, les llamaremos. Mañana a esta hora les daré el parte de las primeras veinticuatro horas.

Si creía que la noche de ayer fue larga, las siguientes veinticuatro horas parecen una eternidad.

Julia, muy angustiada, ni siquiera se marcha de la clínica. Astrid se queda con ella mientras yo estoy trabajando. Mary y algunos compañeros que aprecian a James aparecen por la tarde, aunque nadie pueda verle, pero nos acompañan un rato.

—Toma. —Le doy un sándwich y una botella de agua—. Cómetelo, por favor.

Asiente y mastica, con la mirada perdida, pero me lo devuelve sin haberse comido ni la mitad. No insisto, yo estaría igual si fuera Joel.

A las ocho de la tarde, el doctor nos informa de que James está mejor, le ha bajado la fiebre y acaba de cenar un puré de verduras que ha tolerado bien.

—¿Quieres verle? Eres Julia, ¿no?

Ella contiene el aliento.

—No se puede, pero han sido unas horas muy críticas y no ha parado de preguntar por ti —añade el médico, sonriéndole.

La ilusión en su mirada nos hace sonreír a los demás.

Esta noche, Julia se viene a casa a dormir conmigo, feliz por haber estado unos minutos con James y comprobar que se encontraba mucho mejor.

Para mi tranquilidad mental, cena en condiciones un buen plato de espaguetis a la carbonara y de nuevo fija la mirada en mí cuando le hablo, aunque no al cien por cien, pero algo es algo.

—Tengo las llaves de su casa, mañana iré. Necesita un ambiente sano y limpio. —Frunce el ceño—. Quizás compre algún cojín para el salón. Es una casa muy... de revista.

—Es un poco perfecta. —Me río, tumbándome en el sofá con la cabeza en su pierna.

—Demasiado perfecta, necesita convertirse en un hogar. —Empieza a acariciarme las puntas del pelo de manera distraída—. No hay fotos. Por eso es tan fría. ¿Eliges conmigo algunas? —Se inclina para coger su móvil—. Las imprimo mañana y compro también algún marco, ¿qué te parece?

—Me parece genial. —Me siento otra vez, sonriendo con travesura—. Al final te mudas con él.

—Lo haré si te vas a España.

—¿Qué significa eso? —le pregunto despacio.

—Quiero quedarme con él en Londres. Y él también quiere. —Sus ojos brillan con intensidad y su sonrisa es preciosa.

—No. ¿Qué significa eso de «si te vas a España»? Julia, no puedes basar tu relación con James en una decisión mía —le digo con delicadeza—. Ni mía ni de nadie, salvo de vosotros dos.

Me mira.

—Pero vine a Londres...

—Por tu novela, no por mí. —Sonríó—. Si la editorial fuera de Madrid, ¿te hubieras venido a vivir a Londres?

Niega con la cabeza.

—Otra cosa es que yo estuviera viviendo donde van a publicar tu novela y tú aprovecharas y te quedaras conmigo para que papá y mamá respirasen un poco. No todos los escritores que hay en McArthur son británicos, y con esos hacemos todo por *e-mail* y videoconferencias.

Se queda pensativa.

—Entonces..., ¿podría mudarme con James mañana?

—Bueno, creo que mañana es un poco pronto. —Suelto una carcajada—. Tendrías que hablarlo con él antes. Y convertir esa casa de revista en un hogar. —Suelto otra carcajada—. Vais un poco rápido.

—¿Por qué es rápido? —Se encoge de hombros—. Yo lo tengo claro, no quiero una vida sin James, ¿para qué esperar? ¿Tú no quieres vivir con Joel?

—Antes quiero saber qué va a pasar con mi vida profesional. Se necesita un sueldo para pagar un alquiler, comida, gastos...

—Pero ya no eres la becaria de Haley, sino de James.

Pero puede que James tenga que marcharse para siempre de la editorial.

Por supuesto, esto me lo guardo.

—¿Sabes? —Le quito el móvil para ver las fotos—. Por muy desordenada que sea, he estado toda mi vida planificando. Ha llegado el momento de vivir el presente y descubrir adónde me lleva. —Le muestro una foto en la que salimos los cuatro en Tabarca, debajo del agua mirando hacia la cámara—. Me encanta esta.

—Y a mí. Ha sido el mejor verano de mi vida.

—Y el mío...

Le entra una videollamada de nuestra madre. Ayer también llamaron, están preocupados por James.

Descuelga enseguida y aparece junto a nuestro padre.

—¡Hola! —les saludamos a la vez, echándonos a reír.

—¡Qué bien veros tan contentas! —exclama ella—. Eso significa que James está mejor.

—Sigue en observación —les cuento yo—, pero está respondiendo bien al tratamiento, mañana le dan el alta.

—¡Y me han dejado verle! —Da un saltito en el sofá—. Compraré mañana algunas cosas para poner en su casa y que sea más agradable. Cosas que sepa que le gusten y que me gusten a mí, claro, como voy a vivir con él...

Mi padre empalidece.

—¿Tiago? —le llama mi madre, zarandeándole, pero no reacciona.

—¡Papá! —grita Julia, pretendiendo meterse en el teléfono.

Yo no me aguanto más, estallo en carcajadas.

Capítulo 36

Joel

Es sábado y James ya está en su casa recuperándose desde ayer, al cuidado de su chica.

«He estado trabajando desde tu mesa, no quería dejar a Jana sola quedándose Haley al mando en tu ausencia», le signo, sentándome en una esquina de su cama, donde él está semitumbado.

Julia y Jana están abajo, preparando la comida.

—¿Qué tal se ha portado? —Enarca una ceja.

«No nos ha hecho ni caso». Fruncimos los dos el ceño.

—¿Y habéis visto a...? —Traga con esfuerzo, todavía le duele la garganta.

Niego con la cabeza, sabiendo a quién se refiere.

—No se lo he dicho a Julia.

«Jana tampoco. Pero deberías decírselo ya, porque se va a encontrar con ella».

—El lunes me mandan las pruebas de imprenta, vendrá Julia a echarles un vistazo conmigo y luego nos iremos a comer.

«Pues tienes todo el fin de semana para decírselo».

—Ya. —Desvía los ojos hacia la ventana, a la izquierda de la cama, que ofrece las vistas al Physic Garden.

Le toco la pierna para que vuelva a mirarme.

«¿Sigues sintiendo algo por Ivy?».

—¡No! —Hace una mueca de horror y le sobreviene un ataque de tos.

«Entonces, dime por qué no se lo has dicho a Julia ya».

Se masajea la garganta.

—Me estuvo haciendo preguntas sobre Ivy. La noté inquieta.

«¿Celosa?».

—No creo que fueran celos. —Ladea la cabeza, pensativo—. Me hizo una pregunta extraña... Quería saber si cuando apareció Ivy en mi vida después de la universidad me pasó algo con Haley.

¿Por qué le preguntaría algo así?

¿Y por qué Haley ha traído a Ivy a la editorial? Vale, por James, pero está enamorado de Julia, mucho, todo el mundo lo sabe, todo el mundo es testigo, si se comen a besos siempre que pueden... Haley es una zorra malvada e Ivy es una manipuladora, no saldrá nada bueno de ellas.

«Bueno, intenta descansar este fin de semana y déjate cuidar por tu chica, que está encantada de hacerlo», le signo, guiñándole un ojo.

—¿Has visto el cojín que ha comprado para uno de los sofás del salón? —Dibuja una sonrisa de embeleso en el rostro—. De Minnie y Mickey dándose un beso con la Tower Bridge detrás.

Me echo a reír. No he visto el cojín, pero acaba de describir la camiseta blanca que lleva puesta.

—No te rías, que Jana y tú vais siempre conjuntados. —Va a empujarme, pero le da otro ataque de tos.

Le tiendo un vaso de agua de la mesilla de noche.

«Jana y yo tenemos el mismo estilo urbano —le contesto—, pero tú y Julia vais a ser como esos matrimonios que salen vestidos iguales que sus perfectos hijos en la típica foto navideña de

familia».

Su sonrisa se amplía, orgulloso de ello.

Acabamos en carcajadas que le provocan más tos.

Después de comer los cuatro en la habitación de James, le dejamos descansar, y Jana y yo nos vamos a patinar por el paseo de Waterloo, ella con sus patines y yo con mi tabla de *skate*. Cruzamos el puente Golden Jubilee, recorremos Embankment y nos sentamos un rato en Trafalgar Square, a los pies de uno de los leones. Hay turistas por todas partes.

Jana aprovecha para hacernos un montón de fotos poniendo caras ridículas. Ella pide y yo obedezco solo por ser el culpable de la increíble sonrisa que tiene en la cara desde hace horas.

De pronto, una imagen... aterradora cruza mi mente.

«Si fuera Navidad —le signo—, ¿te gustaría que nos comprásemos el mismo pijama de esos rojos con copos de nieve, por ejemplo?».

Hace tal mueca de espanto que suspiro tremendamente aliviado.

—No tengo nada en contra de las parejas que hacen eso, pero mejor se lo dejamos a Julia y James.

Rompemos a reír.

Nos levantamos y paseamos cogidos de la mano hacia Westminster. Nos comemos unos *creppes* que compramos en un puesto enfrente del Big Ben.

—¿Vamos a mi casa? —me propone, sonriendo, pero se le marcan las ojeras.

«¿Película y manta?». Rodeo sus hombros, la atraigo hacia mí y la beso en la sien.

—Suenan perfecto. —Me agarra de las solapas de mi cazadora de cuero y me besa en la boca.

Mi lengua busca la suya, y mis manos, su culo, cubierto por unas mallas que me han tenido babeando todo el puto día; la sudadera que lleva es corta y con los movimientos al patinar mostraba su ombligo, delicioso...

Nos dirigimos en metro hasta Little Venice.

«¿Mañana comemos con mi abuelo después del paseo?», le pregunto, signando.

Le conoció cuando volvimos de Altea y él se quedó encantado con ella, tanto que Jana se ha apuntado al paseo que doy con mi abuelo los domingos.

—Claro. —Suspira, apoyándose en mí—. Estoy agotada —me dice al salir del metro—. Han sido muchas emociones esta semana.

Hay diez minutos andando hasta el ático, así que me coloco delante de ella y me agacho, esperando a que se suba a mi espalda. Cuando lo hace, extiende las manos y signa: «A Jana, Joel gustar mucho ahora».

—A Joel, Jana también gustar mucho ahora —pronuncio, importándome una mierda cómo sueno. Le aprieto el culo varias veces seguidas para que me entienda.

Sus convulsiones por la risa hacen vibrar mis oídos y me contagian.

Nos descalzamos nada más entrar, una costumbre que hago ya sin pensar. Me gusta esta casa, aunque pintaría en la pared del salón a mi superheroína, por ejemplo; todas las paredes son blancas, les falta algo.

—Me gustaría ver a Mike.

«¿Tienes problemas de dinero?», le pregunto directamente, preocupado.

—Mi sueldo es un poco escaso, Joel, soy becaria y Londres es muy caro. —Nos sentamos en el sofá—. Del alquiler de este piso, hasta diciembre incluido, se encargó Julia, pero tengo que pagar los gastos y también tengo que comer. —Sonríe con tristeza—. Vuelvo a vivir sola, pero tú y yo estamos juntos y quiero que me dejes invitarte alguna vez a algo, o hacerte un regalo —se ruboriza—, o...

«Espera. ¿Qué pasa con tu hermana?», la corto.

La tristeza de su sonrisa es reemplazada por una súbita alegría.

—Se va a vivir con James.

«Él no me ha dicho nada», signo, sonriendo.

—Porque no lo sabe todavía. —Suelta una risita—. Los dos quieren que Julia se quede cuando acabe mi beca, yo le dije que no tenía que esperar hasta entonces, mucho menos por mí.

Se me acelera el corazón. Cuando acabe su beca...

—Si James pierde su parte en la editorial, Haley me despedirá, seguro, me odia, no solo yo a ella —bufa—; y si no lo hace, presentaré mi renuncia, con ella no quiero estar —niega, tajante.

«¿Quieres volver a España?», me tiemblan las manos al signar.

Se abraza las piernas contra el pecho.

—No sé qué quiero hacer cuando termine mi contrato en McArthur. —Pero no me mira.

—Jana.

Da un respingo y ahora sí me mira.

«Contéstame». Y añade: «Por favor».

Creo que no estoy respirando.

—No sé qué quiero hacer —me confiesa, hundiendo los hombros—. Quiero estar contigo, pero del aire no se vive, y no voy a permitir que te encargues de mí. —Frunce el ceño—. El problema... —suspira con fuerza—, es que creo que la edición no es lo mío. —Sus mejillas arden... ¿de vergüenza?

No. Es miedo lo que siente.

Vuelvo a respirar. Está tan asustada en este momento... Lo que yo creo es que es la primera vez que dice esto en voz alta. Y enfrentarse a algo así da mucho miedo.

—Creo que elegí la carrera de Lengua y Literatura no por mí —continúa, obligándose a mirarme para que pueda leer sus labios. Toma una gran bocanada de aire y la expulsa lentamente—. No creo, lo sé.

Mi niña valiente...

—Julia no estudió una carrera, pero sí hizo cursos de escritura creativa y de novela, tenía muy claro lo que quería ser —sonríe—: escritora. Aprendió a leer cuando tenía once años y, a partir de ahí, se inventaba un montón de historias que yo iba escribiendo según me dictaba, ella todavía no sabía hacerlo. Y me encantaba que me lo pidiera. —Se emociona sin perder la sonrisa—. Me encantaba que recurriera a mí, que me dejase formar parte de algo que le gustaba tanto. Y como mi madre también es escritora y le brillaban los ojos cada vez que nos veía con una historia nueva, no me planteé otra cosa, mi presente y mi futuro era Julia, y si Julia quería ser escritora, yo sería la editora que publicase sus novelas.

Mierda... Esta chica va a matarme...

—Lo que pasa es que ahora no sé qué quiero. —Se ríe, tímida—. Me gusta ser editora, pero no me llena. No es el camino que quiero recorrer y creo que por eso no me encuentro a mí misma.

«Estás en ello», le signo, convencido. «Acabas de dar otro paso de gigante. Estoy muy orgulloso de ti». Le pellizco la nariz.

Se muerde el labio inferior, avergonzada. La cojo en brazos y la llevo a la cama, tumbándonos vestidos e iluminados solo por la luz de la calle filtrándose a través del balcón, detrás de nosotros. Alzo una mano hacia la pared y señalo la chapa que le regaló su padre: su historia no ha hecho más que empezar.

Jana suspira, se acurruca en mi costado y dibuja un corazón en mi pecho. Yo dibujo el

símbolo del infinito.

Porque voy a amarla siempre, en Londres, en España o en cualquier rincón del mundo.



—Nunca me has enseñado tus mangas —me dice Jana, en mi habitación, después de comer con mi abuelo—. Quiero verlos.

«Te envío lo que hago por fotos». De repente, me siento inseguro.

—No es lo mismo. —Se descalza y se sienta en la cama, a la espera.

Respiro hondo y de un cajón de mi escritorio, frente a la cama, saco un cuaderno negro y del tamaño A5. Me siento a su lado y se lo tiendo.

—¿Por qué te pones nervioso? —Entorna la mirada—. Sé cómo diseñas y...

Pero se calla al abrir el cuaderno. Son todos dibujos de ella vestida de superheroína, con capa negra, su pelo oscuro —en algunos, suelto al viento, y en los últimos, recogido en un moño alto y deshecho de forma muy sexy—, sus labios pintados de rojo, zapatillas sin cordones y en el pecho de su uniforme —un mono ajustado de cuadros negros y blancos y una capa negra; no hay antifaz, Jana es guapísima, no lo necesita—, el símbolo del yin y el yang.

—Guau... Es más impresionante en persona.

Mierda, me late el corazón a la velocidad de la luz.

Lee los diálogos, página a página. Sonríe, se ríe, me mira...

—No tiene nada que ver con los cómics de tu padre. Los dos son estilos muy diferentes entre sí, y muy marcados.

«Eres la única que los ha visto», le confieso con manos temblorosas. «Nadie sabe que hago mangas, ni siquiera James».

—¿Y tu abuelo?

Niego con la cabeza.

—Quiero ver el primero —me pide—. ¿Nunca has pensado en publicarlos?

«La verdad es que no, pero si alguna vez me lo replanteo, elegiría la editorial Graphic Dreamers. Es la mejor».

Menos nervioso, saco otro cuaderno del cajón de la mesa. Este es más grande, viejo y usado. Hay páginas arrancadas, muchos tachones, mucho dolor.

Jana contiene el aliento cuando lo abre y ve el rostro de mi hermana dibujado en la primera hoja. Daisy parece un ángel, con su dulce sonrisa y un sueño bonito en sus ojos.

Pasa las páginas lentamente, acariciando el papel donde los trazos son fuertes, llenos de rabia e impotencia, hasta que llega al primer manga que hice: el accidente. Pero en mis dibujos, los cuatro salimos del coche sin ningún rasguño y convertidos en superhéroes.

Jana coge mi mano y la aprieta, mirándome con los ojos vidriosos. Es cuando me doy cuenta de que ya no me siento culpable por haber sido el único superviviente. Por primera vez, observo este cuaderno en las manos de ella con la sensación de que puedo continuar.

Necesito continuar.

«Sé que no te sirve de consuelo —me signa despacio—, pero...».

«Quiero escuchar tu voz», la interrumpo.

Asiente y pronuncia:

—Como te decía, sé que no te sirve de...

Pongo un dedo sobre sus labios.

«Quiero escuchar tu voz», le repito.

Entreabre la boca al entenderme.

«Quiero escucharte, Jana», le signo, con el corazón en mis manos. «¿Sabes cómo imagino tu voz? Llena de amor, valentía y fuerza, porque tú eres así. Tienes tanto que dar... Y no tienes ni idea de lo fuerte y valiente que eres. Y el cambio que estás dando...».

—Estaba perdida. —Suspira de manera irregular—. He vivido una vida que no era para mí, conformándome porque sentía que... —Mueve las manos, como sacándose algo del pecho—. Sentía que... —No puede seguir.

«Sentías que no había nada más para ti que cuidar de los tuyos», la ayudo, signando despacio, con cariño. «Y ese sacrificio tan grande explotó cuando decidiste venirte sola a Londres. ¿Qué pasó, Jana?».

Se queda pensativa unos segundos. Entonces, un recuerdo muy triste surge en sus ojos.

—Tomé la decisión cuando se murió mi abuelo Víctor, en junio del año pasado. Era muy mayor, tenía más de noventa años, pero no padeció demencia ni nada por el estilo, su cabeza estaba perfectamente. Empezó a dolerle el pecho, tuve que llamar a una ambulancia, estaba sola con él. Le ingresaron en el hospital y, horas después, ese mismo día, a las 03:37 de la madrugada, me desperté sobresaltada y el teléfono de casa sonó. La muerte dulce, la llaman.

«¿Vivía con vosotros?».

—Desde que murió mi abuela, cuando yo era un bebé. —Suspira—. Ese día, mis padres se habían ido a comprar y luego recogerían a mi hermana del curso de novela que estaba terminando. No dejábamos solo a mi abuelo, tenía mala circulación y pasaba más tiempo en la cama que caminando, le dolían mucho las piernas. —Clava la mirada en un punto infinito—. Me preguntó qué editorial iba a elegir para hacer las prácticas, si la de Madrid o la de Londres.

«¿Él sabía lo de McArthur?».

—Era el único que lo sabía. —Sonríe con tristeza—. Con él, yo era Jana, no solo la hermana de Julia. —Se humedece los labios y sigue—: Le contesté que la de Madrid, pero que todavía no había avisado a ninguna de las dos. Entonces —se le llenan los ojos de lágrimas—, se enfadó y me dijo que estaba harto de ver cómo yo perdía el tiempo viviendo una vida que no era la mía, que estaba agobiada, que lo reconociera de una vez, y que dejara de sentirme culpable por querer encontrar mi propia vida lejos de Julia. Y le empezó a doler el pecho. —Más lágrimas mojan su rostro, que yo le seco con mucha ternura—. Después del entierro, en cuanto llegué a casa, acepté las prácticas en McArthur. —Sonríe, ruborizándose—. Los seis primeros meses en Londres no encontré nada, solo a un *skater* maleducado que miraba a los labios en vez de a los ojos.

«Y tú creías que era porque estaba ligando, hasta con James». Mi sonrisa es enorme.

Se echa a reír, tapándose la cara con las manos. Se las retiro y le pregunto:

«Si pudieras volver a nacer, ¿cambiarías algo de tu vida?».

—Nada. —Ni siquiera lo piensa—. Todo pasa cuando tiene que pasar y como tiene que pasar, ahora lo sé. —Entrelaza las manos con las mías—. Londres me estaba esperando para enseñarme a escuchar desde el corazón. Todavía estoy aprendiendo, pero siento, por fin, que estoy en mi camino.

Capítulo 37

Julia

Me despierto el lunes con dolor de cabeza, pero enmascaro mi malestar, aprendí a hacerlo hace mucho, esta parte es la fácil. En el baño, nada más lavarme los dientes, me tomo mi pastilla diaria, a la misma hora, las 06:45. Escondo la caja al fondo de mi neceser y me meto en la ducha, en la que estoy trescientos cincuenta segundos. Los he contado, sí.

Preparo el desayuno mientras James se arregla.

—Es pronto para que vayas a trabajar —le digo, sirviendo huevos revueltos y fruta blandita en dos platos; hoy ya puede empezar a comer sólido.

—Pero tengo que ir. —Me besa en la frente—. ¿Estás bien?

—Sí —fuerzo una sonrisa—, ¿por qué?

—Estás un poco pálida.

—Saldré a tomar el aire, llevamos seis días encerrados, será por eso.

Nos sentamos en la isla, en el centro de la cocina, y comemos.

—¿A qué hora quieres que vaya a la editorial? —le pregunto.

—Vente un rato antes del almuerzo, ¿vale? Tengo muchas reuniones hoy, hay que recuperar los días que falté la semana pasada.

Le abrigo con una bufanda antes de que se marche.

—¿Seguro que estás bien? —insiste, preocupado—. No me miras.

Eso se me olvida cuando algo me inquieta, mis ojos vuelan por todas partes, aunque no pierdo de reojo a quien me habla.

—Seguro. —Vuelvo a forzar una sonrisa—. Estás muy guapo. —Se ha puesto un chaleco gris oscuro entallado encima de una camisa blanca inmaculada.

—Estoy horrible, me siento un poco débil, pero gracias, pequeña.

—El médico dijo que es normal y que tu garganta tardará en cerrarse.

Le acompaño al garaje, hoy prefiere irse en coche por si se siente mal regresar a casa sin tener que esperar un taxi o el metro.

Cuando estoy sola, me tumbo en la cama y cierro los ojos con la esperanza de que el descanso me quite la migraña.

No lo hace. Es un punto constante de dolor lo que siento en la frente. Compruebo mi temperatura al notar frío. No tengo fiebre, sin embargo, me tomo un analgésico, me traje de España por si acaso aquí no encontraba.

Odio el «por si acaso». Mi vida es un continuo «por si acaso».

Me pongo la fina chaqueta que he traído, necesito comprarme una más gruesa, estamos a veinte grados y con viento. Y, encima, hoy llueve y tampoco me traje las botas, hice la bolsa sin pensar en nada que no fuera cuidar a James, tengo que pasar por el ático, pero ya no me da tiempo, lo haré después.

Y me voy en metro a la City, abrazándome por el frío que se cuela por todo mi cuerpo.

Jana me pidió que la avisara cuando estuviera llegando a la editorial, así que le envío un mensaje en cuanto entro en la calle.

Me está esperando en la recepción principal. Frunce el ceño al verme, está preocupada.

—¡Hola! —exclamo, quizás demasiado efusiva.

—Vamos a tomarnos un café.

—He quedado con James.

—Está reunido. —Su ceño se profundiza.

—¿No deberías estar tú con él? Eres su becaria.

Suspira.

—Ivy está aquí —suelta.

Mi corazón se para de golpe.

—¿Ivy? —pronuncio tan bajo que ni me escucho.

—Es la nueva editora de McArthur. James intentó echarla, pero no puede, es la mano derecha de Haley hasta que presentes tu novela.

Mi corazón se reanima solo, con fiereza.

—¿Julia? —Me sujeta del hombro.

—Vamos. —Tiro de su brazo hacia los ascensores—. No podría tomarme un café ahora mismo, Jana.

Cuando quieres decir algo, lo dices; si no sabes o no quieres decirlo, es que ocultas otro algo, sé bien de lo que hablo.

Subimos en silencio a su despacho. Seguro que con quien está reunido es con ella.

Estoy tan nerviosa que los veintiocho segundos que tarda el ascensor en alcanzar la última planta del edificio parecen infinitos.

—Julia, espera. —Me sujeta la mano antes de abrir la puerta del despacho—. Sonríe. Y actúa un poco.

—No sé actuar.

—Pues inténtalo. Ni Haley ni Ivy, sobre todo Ivy, deben verte insegura.

Mal día para ello con el dolor de cabeza y la inquietud que siento hoy.

Respiro hondo y abro.

Y ahí están los tres: James, muy serio, en su silla, frente a mí y a las dos mujeres, una rubia y otra morena que giran sus rostros hacia mí, sentadas también en torno al escritorio.

—¡Julia! —exclama Haley, levantándose—. Qué bien que estés aquí.

¿Se alegra de verme?, ¿desde cuándo?

«Sonríe. Y actúa un poco».

Parece que James tampoco sabe actuar, no esconde ni finge el miedo en sus ojos. Miedo a mi reacción.

Vale. He leído sobre situaciones así, encuentros con exparejas malvadas. Jana tiene razón, Ivy no puede notar mi repentina vulnerabilidad, pero... es tan elegante, atractiva y segura en sus botas de cuero de tacón altísimo, a juego con sus pantalones ajustados, que mis ojos luchan por no mirar en todas direcciones... hasta que la estantería capta toda mi atención.

Uno..., dos..., tres..., cuatro..., cinco..., seis..., siete... ¡No! Uno..., dos..., tres...

No, por favor... Por primera vez en mi vida, detesto mi condición. ¿Por qué le resulta a la gente tan fácil mentir? ¡Yo no puedo!

Es tan... mujer. Yo soy... una niña a su lado, con mis Converse mojadas y sin maquillar hoy. Seguro que sus camisones no son de Minnie Mouse, ni su brillante reloj que corona su muñeca. Quiero salir corriendo de aquí. Quiero... De reojo, veo a mi hermana aproximarse.

¡No! ¡Yo puedo!

—Buenos días —saludo con educación.

—Hola, pequeña —me responde James, con suavidad, caminando hacia mí.

Y, de repente, oír de su boca mi apodo libera toda mi tensión. Ahora sonrío de verdad. Me

pongo de puntillas y le beso en los labios. El miedo en sus ojos se ha transformado en disculpa y arrepentimiento. Niego con la cabeza de manera muy discreta.

—La reunión ha terminado —anuncia él, señalando la puerta.

—Estábamos... —comienza Haley.

—Largo de aquí. —Entrelaza las manos con las mías.

—Encantada de conocerte por fin, Julia. —Ivy acorta la distancia conmigo, extendiéndome una mano.

Pero James no me suelta y yo no quiero soltarle. Tampoco quiero tocarla. Su mera presencia me provoca más dolor en la cabeza.

Ella aprieta la mandíbula, retirando la mano y sonriendo a la vez. No me gusta su sonrisa, es como la de Haley: vacía.

—Fuera de mi despacho, no lo repetiré —sentencia James.

Las dos se marchan.

—Voy a tomarme un café —dice Jana, dejándonos solos.

Me aparto de él, cruzo los brazos en el pecho y le rodeo en dirección a la ventana. La abro. Necesito ventilar. Necesito que deje de oler a Ivy. El aire frío me eriza la piel, pero lo aguanto.

—No siento nada por ella. —Hay desesperación en su voz ronca, acercándose a mí—. Te lo prometo.

—Una expareja que vuelve es porque quiere algo, lo he leído en Internet.

—Que quiera lo que le dé la... gana —contiene la rabia—, no quiero nada de ella. No la quiero aquí. —Me sujeta de los hombros.

—¿Por qué la aceptaste si no la quieres aquí?

—Porque la editorial no es solo mía. —No me mira ahora, está mintiendo.

El dolor de mi cabeza me recuerda que no puedo reprocharle tener secretos, pero saber que los tiene no me gusta, mi inseguridad crece.

—He venido por las pruebas de imprenta de mi novela. —Retrocedo tres pasos.

James suspira y coloca varias hojas de la maqueta en papel del libro, son dobles páginas con marcas de sangrado, diseño y demás.

—Están bien —me cuenta—, las he revisado todas, pero échales un ojo por si quieres modificar algo, es el momento.

Se me dispara el pulso.

—Voy a por un café —añade—, tómate el tiempo que necesites. —Y se marcha, con la mirada en el suelo.

Me masajeo el pecho ante el nudo que se me acaba de formar. Me da igual la novela, pero él, no.

Entonces, vuelve a entrar, sujetando el picaporte de la puerta con fuerza. Sus ojos son penetrantes, tiene la mandíbula apretada y las manos cerradas en dos puños de nuevo.

—Ni quiero el café ni quiero dejarte sola ahora mismo. Dime algo, Julia, y por algo no me refiero a más preguntas.

Respiro con rapidez.

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que te enfades, que me grites, que me empujes si eso te hace sentir mejor, que me exijas explicaciones... —Otra vez, la desesperación en su voz—. Quiero que reacciones...

—¿... como lo haría una persona normal?

Se queda callado. Rodeo el escritorio, abrazándome a mí misma.

—No estoy enfadada, no me nace gritar, jamás te haría daño físico ni psicológico, ni

consciente ni intencionadamente, y no puedo exigirte explicaciones de algo que no has querido contarme. Si quieres una reacción normal, lo siento, pero en mí no la vas a encontrar. —Trago saliva con esfuerzo, la cabeza me está palpitando—. Pídeme lo que quieras, menos eso.

Relaja las manos, entreabre la boca y me contesta:

—Y por eso te amo tanto...

—James... —Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Ven aquí, pequeña.

Corro hasta arrojarme a sus brazos. Le aprieto con fuerza, temblando, muerta de miedo por culpa de Ivy. No quiero perder a James. No puedo perderle.

—Perdóname —repite sobre mi piel, ha escondido la cara en mi cuello—. Te noté tan intranquila en Inverness cuando hablamos de ella que no sabía cómo decírtelo.

—Estaba intranquila porque sospechaba que esto pasaría. —Me aparto para poder mirarle a los ojos—. Es impresionantemente guapa.

—Pero tú eres preciosa. —Retira mi pelo suelto de los hombros.

—Tiene los ojos verdes, igual que yo.

—Pero no son iguales, los tuyos son los más increíbles que he visto en mi vida.

Intensas cosquillas recorren mi cuerpo, me erizan la piel, me pellizcan el vientre...

—Has estado con ella.

—Pero ahora estoy contigo.

—Trabaja aquí.

—Pero no conmigo, sino con Haley.

Suspiro, irregular.

—No me siento bien con ella aquí —le confieso en voz baja.

—Yo tampoco, pero, por desgracia... —suspira con fuerza, como si se preparase para algo malo—, se queda hasta tu presentación. Se van a encargar Haley y ella.

¡¿Qué?! Me aparto por completo de él, horrorizada.

—No.

—Julia, ojalá yo tuviera los contactos y el alcance social que sí tiene Haley. —Me toma de las mejillas—. Es tu primera novela, hay que agotar todas las vías para darte a conocer, a ti y a tu historia. No permitiré que salga mal.

—No puedes saber cómo va a salir, tampoco puedes saber si la novela será un éxito o un fracaso. Gracias por confiar tanto en mí, pero no todos los libros de mamá tienen el mismo éxito, y lleva años publicando.

—Julia... —Se frota la cara—. Si la editorial fuese mía... —Suspira de nuevo con fuerza.

—Pero no lo es. —Hundo los hombros—. ¿Te importa si me voy a mi casa?

—Íbamos a comer juntos. —Me coge de las manos, pero retrocedo otra vez—. No me hagas esto, por favor... —Lo intenta, pero vuelvo a retroceder—. Mi contacto te... te calma.

—Ahora no.

—Julia...

—Ahora no. —Me dirijo hacia la puerta, me va a estallar la cabeza, necesito otro analgésico.

—Lo siento... —Su voz es frágil y muy áspera.

—Podía ignorar a Haley —le susurro, de espaldas a él—, pero con Ivy no sé si podré. No quiero que toque nada mío ni tuyo, sus manos están sucias, porque ella es sucia, es mala. Tampoco quiero que esté a tu alrededor, eso... —Sufro un temblor—. Eso hace que tenga miedo. Si está aquí, es porque quiere recuperarte o hacerte daño otra vez. Necesito... necesito pensar. Nos vemos luego.

—¿En mi casa? —También hay miedo en su voz.

Asiento y me marchó.

Jana sale del ascensor cuando lo estoy esperando. Me agarra del brazo y nos encerramos en el baño.

—Estás helada —dice, apretándome las manos.

—No puedo perder a James...

—No vas a perderle.

—Pero las dos veces que ha estado Ivy en su vida...

—Ivy es su pasado, tú eres su presente y su futuro. —Sonríe con cariño—. Julia, Emma y Joel estuvieron juntos.

—¿Emma...?

—La secretaria de James, sí.

—Ay, Jana... —La abrazo, preocupada.

—Estoy bien con eso.

—Ah, ¿sí? —Arruga la frente—. Pero la ves todos los días, igual que Joel.

—Y ella sigue enamorada de él. —No pierde la sonrisa—. Pero sé que, si Joel sintiera algo por Emma, no estaría conmigo. Confía en James.

Asiento, haciendo una mueca ante una nueva palpitación en mi cabeza.

—¿Estás bien?

—Sí. —Fuerzo una sonrisa—. Solo estoy cansada.

—La semana pasada fue estresante. Ve a descansar, lo necesitas. —Me acompaña al ascensor.

James le está pidiendo algo a Emma. Me quedo embobada con él. Qué guapo está con ese chaleco...

El ascensor pita y abre sus puertas: Ivy y Haley surgen ante mis ojos.

James gira el rostro y las ve, pero también me ve a mí. Y sus ojos brillan, sorprendidos por encontrarme todavía aquí. Y el brillo se convierte en una calidez que me atrapa. Ni siquiera mira a Ivy, solo a mí... Solo me quiere a mí...

La canción *Todo contigo*, de Álvaro de Luna, suena en mi cabeza: «... de las mil y una dudas, ya no queda ninguna... Yo quiero todo contigo... Tú me has devuelto las ganas... Ya no me siento perdido...».

Voy hacia James, despacio al principio, pero corriendo después. Nos besamos con fuerza, con rapidez, temblando, apretándonos el uno contra el otro.

Me levanta del suelo y nos encerramos en su despacho sin dejar de besarnos. Escucho a Haley quejarse, pero él cierra la puerta y me empuja contra ella, sosteniéndome de la barbilla y de la nuca, echado sobre mí, sus caderas pegadas a las mías.

Alguien golpea la madera, deteniéndonos con brusquedad. Oímos a Jana discutir con Haley.

—Mejor me... me voy... —balbuceo, sin voz.

—Espera... —Me besa otra vez.

Suelto un largo gemido al sentir su lengua acariciando la mía como si estuviera haciéndome el amor muy lentamente. Me derrito por completo...

Cuando salgo del despacho, me agarra de la muñeca, me gira y me besa una última vez, incapaz de resistirse.

—Por favor... —bufa Haley, odiosa—. ¿Podemos seguir con la reunión?

La sonrisa que me regala James promete tenerme en una nube hasta que volvamos a vernos esta noche.

Capítulo 38

James

Como he perdido días de trabajo, el lunes es agotador y salgo tarde de la editorial, encontrándome a Julia dormida en uno de los sofás del salón, tapada con una manta. Con cuidado, la cojo en brazos y la tumbo en la cama. Tiene un escalofrío, así que la cubro bien con el edredón, besándola en el pelo.

Me descalzo, me quito la ropa y me pongo un pantalón de chándal azul y la camiseta que me regaló. Bajo a la cocina a cenar algo. Sonrío al ver una tortilla de patatas, sintiendo un regocijo en todo mi cuerpo. Hasta huele distinta mi casa. A ella. Y me gusta que haya algún marco de fotos. Julia tenía razón, era demasiado frío vivir aquí, pero va tomando calidez, va pareciéndose a un hogar, y todo gracias a ella. Como mi vida, que va llenándose de...

Un golpe seco proveniente del piso de arriba interrumpe mis pensamientos. Extrañado, subo.
—¿Julia?

Está en el baño de la habitación, buscando algo en su neceser.

—Es muy... tarde... —Le cuesta hablar, también moverse—. Se me... olvidó tomármela... Es... es muy tarde...

A través del espejo, veo sus mejillas coloradas, sus ojos caídos, sus movimientos son lentos, le cuesta también respirar... Le toco la frente.

—Dios, Julia... Estás ardiendo. Vamos a la cama.

—Ja... James...

Contiene el aliento, tocándose el estómago. Empalidece y, de pronto, sus labios se vuelven azules, sus ojos, negros, y se desploma, golpeándose con el borde del lavabo al caer al suelo.

Y comienza a convulsionar.

—¡Julia!

Voy corriendo a por mi móvil, me lo dejé en el pantalón, tirado en un rincón de la habitación. Llamo a Jana mientras coloco a Julia de costado para que no se ahogue.

—¡Jana! —grito en cuanto descuelga—. ¡Julia se ha desmayado y está convulsionando!

—Va... vale... —La escucho moverse con rapidez—. Colócala de costado.

—¡Ya está de costado! —Me tiemblan tanto las manos que se me cae el teléfono—. ¿Qué hago? ¿Qué le pasa?! ¿Por qué convulsiona?!

—Dentro de su bolso lleva un neceser pequeño en el bolsillo interior. Cógelo, date prisa.

—¡No puedo dejarla sola!

—¿Dónde está?

—En el suelo del baño.

—Asegúrate de que tenga algo en la espalda para evitar que cambie la postura, tápala con una manta y corre a por su bolso. ¡Ya! Y no intentes frenar sus convulsiones ni abrirle la boca, ¿de acuerdo?

—No me cuelgues, por favor...

—Aquí estoy, James, tranquilo. —Le tiembla la voz, está tan asustada como yo—. Estoy llamando a emergencias desde el móvil de Joel.

Busco el bolso de Julia por toda la casa, con el corazón latiéndome tan rápido que se me va a salir por la garganta. Está colgado en el perchero de la entrada. Subo otra vez, agarro la manta

que hay a los pies de la cama y cubro a Julia con ella, con cuidado. Sigue convulsionando, emite un murmullo constante y está completamente ida.

—¡Ya lo tengo! —Pongo el altavoz.

—Ábrelo y saca una pastilla. Date prisa, James.

No dejo que el pánico se apodere de mí. Hay una caja de un medicamento español; la tableta solo tiene cuatro pastillas, saco una.

—Y ahora, ¿qué?

—Ahora, del lado de la cara que tiene apoyado en el suelo —me indica Jana—, ponle la pastilla entre la mejilla y la encía, al fondo, dentro de la boca. Lo absorberá y...

Llaman al timbre.

—¡Emergencias! —grita alguien desde la calle.

Le meto la pastilla a Julia y corro de nuevo para abrirles la puerta.

Dos sanitarios con un maletín se arrodillan junto a ella. Les muestro la caja del medicamento y les digo lo que acabo de hacer.

Entonces, Julia deja de convulsionar, pero no vuelve en sí... Me tumbo a su lado, entrelazando una mano con la suya. No me aprieta, está inerte, y esto me mata... Apoyo la cara en el suelo, frente a la de ella.

—Pequeña... —Se me rompe el corazón. Las lágrimas surgen como dos ríos—. Mírame, vamos... —le suplico—. Julia..., por favor...

—Está en postcrítico —me informa, tomándole la tensión—. Es normal. Su hermana nos llamó y nos contó lo que pasaba. Las pulseras —le indica a su compañero.

El otro se fija en las pulseras de goma que Julia siempre lleva en la muñeca izquierda. Las gira, buscando algo. Al darles la vuelta, en la pulsera azul se lee «autismo» con letras blancas, y en la morada, «epilepsia».

Epilepsia... Tiene epilepsia...

—¿James? —pronuncia Jana desde el móvil, se me había olvidado—. Ábrenos, estamos aquí.

Corro otra vez a abrirles la puerta. Ella vuela a donde está su hermana. Se arrodilla a su lado y empieza a acariciarle la cara, el pelo...

—Julia, cariño... Ya está... Ya está... —La besa en la frente—. Está muy caliente.

—Tiene treinta y ocho y medio —le contestan al medirle la temperatura.

—Le va a dar otro ataque —avisa Jana, con la voz rasposa.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunto en un hilo de voz, con los pies clavados al suelo.

No... no puedo moverme...

—Porque ha dejado de convulsionar, pero no ha cerrado los ojos. No ha terminado.

—Tenemos que llevárnosla —anuncia uno de los sanitarios—, pero cuando se relaje.

—Voy a por la camilla —habla el otro antes de desaparecer.

Apenas unos segundos después, Julia emite un sonido extraño, una mezcla entre quejido y auxilio, estremecedor... Su cuerpo se pone rígido y vuelve a convulsionar, ahora con más ímpetu y rapidez.

—¡Julia! —grito, aterrado.

El sanitario le introduce otra pastilla con rapidez y precisión. Automáticamente, su cuerpo se detiene y, en esta ocasión, sus ojos se cierran.

—Es el momento. Vamos.

La tumban en la camilla con cuidado. Ella hace muecas, gimotea, extiende un brazo como si estuviera mareada, pero no alza los párpados. Jana se sube en la ambulancia sosteniendo la mano de Julia. Joel y yo corremos al garaje y las seguimos en mi coche, conduciendo deprisa.

Aparcamos en la misma puerta de la clínica, la que está cerca de mi casa. Corremos de nuevo, hacia la puerta de Urgencias, por donde se pierde Julia con un equipo médico que acude a ella de inmediato.

Me apoyo en la pared que tengo más cerca y me deslizo hacia el suelo, mis piernas no pueden soportar mantenerme de pie un segundo más. Jana me abraza con fuerza, de rodillas, y lloramos los dos en silencio, sin parar de temblar. Joel se sienta a su lado y nos cubre con un brazo.

Unos minutos más tarde, el médico pregunta por nosotros.

—Sus constantes todavía siguen un poco alteradas, pero está vigilada, quédense tranquilos.

—¿Duerme? —me atrevo a preguntar.

—Sí, cuando se sufre un ataque epiléptico, el paciente suele dormir muchas horas a continuación, depende del tiempo que dura el ataque. Mis compañeros me han dicho —mira a Jana— que la epilepsia de Julia es febril.

—Sí, solo le da cuando tiene a partir de treinta y ocho de fiebre.

—Estuve ingresado la semana pasada, por principio de absceso en la garganta —susurro, con voz ahogada—. Ella...

—No es culpa de nadie —me asegura el médico, intentando animarme, pero no sirve, la culpabilidad me consume—. ¿Cuándo le dio el último ataque?

—No me acuerdo —contesta Jana, abatida.

—¿Ha sufrido algún cambio últimamente o...?

—Ha dormido poco, ha estado nerviosa.

—Por mi culpa. —Aprieto la mandíbula, tirándome del pelo.

—El estrés es perjudicial, y que tenga una rutina de sueño es muy importante. ¿Y la medicación diaria? ¿Cuándo le hicieron la última analítica?

¿Medicación diaria?

No puedo escuchar más. Me doy la vuelta, largándome de aquí. Me meto en el coche y golpeo el volante, gritando con todas mis fuerzas. Hasta que rompo a llorar otra vez.

Alguien toca con suavidad la ventanilla: Joel. Me mira con tanta tristeza que no puedo frenar las lágrimas. Me las seco con rabia.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto, saliendo del coche.

Niega con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijo? —Me tiro del pelo otra vez—. ¡Tuvo oportunidad y me dijo...! —Recuerdo esa conversación—. Dios... Me dijo que su sistema nervioso era complicado... Y yo me lo tomé a... a broma. —Me apoyo en el lateral del coche—. Julia no entiende las bromas... Sí que me lo dijo... Pero, joder... —Suspiro.

«Es solo un nombre, James», me signa él.

—La has visto. —Rechino los dientes—. No es solo un jodido nombre.

«Tú también la has visto. Lleva una vida normal».

—¿Se medica a diario y nunca me he dado cuenta! ¡¿Qué clase de novio soy?! ¡Estas cosas no se ocultan, joder!

«James, tranquilízate, por favor...».

—¿No puedo! ¡Le ha dado un ataque por mi puta culpa! ¡Por lo de Ivy y por haber estado ingresado por el absceso! ¡Jana ha dicho que no se acordaba del último ataque y eso es porque hacía mucho que no le daba uno! ¡Es mi culpa, Joel!

—No es culpa de nadie —zanja Jana, sujetándome de los brazos—. No es culpa de nadie, James. Por desgracia, su cerebro tiene un nódulo irritado en la parte frontal izquierda que, cuando le da fiebre, hace una especie de cortocircuito y sufre ataques epilépticos. No siempre

que ha tenido fiebre le ha dado uno, solo cuando estaba en alguna época más estresante de lo normal.

—Esta mañana le vi mala cara... Y miraba a todas partes menos a mí... Me dijo que estaba bien...

—No te tortures. Julia tiende a enmascarar su malestar físico cuando no se siente bien, lo hace porque no quiere preocuparnos. Contigo, ha actuado igual. —Me acaricia el brazo—. Me ha dicho el médico que, al tener autismo, hacen una excepción y puedes quedarte con ella en observación. Te está esperando para llevarte con Julia. —Me sonrío.

Corro hacia la clínica otra vez. El médico, en efecto, me está esperando. Atravesamos varios pasillos hasta entrar donde estuve yo hasta hace solo tres días.

Julia está durmiendo en un box a un par de metros del control de enfermería. Conectada a monitores, se encuentra de lado en la cama articulada, cuya parte superior está un poco levantada. Cojo una silla y me siento frente a su rostro. El médico corre la cortina por completo, dejándonos intimidad.

—Dormiré mucho, no se asuste —me dice, en voz baja—. Le han hecho una analítica, no tardarán más de dos horas en estar los resultados —añade y se marcha.

La tomo de la mano, apoyando los codos en el colchón y mis labios en ella. Cierro los ojos, pero la imagen de Julia desplomándose y convulsionando me golpea en el pecho y alzo los párpados enseguida.

Dos horas después, el médico confirma que su analítica ha dado alterada, tiene infección, por eso le dio fiebre, así que comienzan a suministrarle antibiótico por vena.

Diecinueve horas después..., Julia se despierta por fin. No me atrevo ni a respirar.

Mira a su alrededor.

Me mira a mí, que no me he movido de su lado, excepto un rato a la hora de comer, cuando ha venido Jana y me he cambiado por ella.

Entonces, se tapa la cara y rompe a llorar.

Con cuidado por los cables, me tumbo a su lado, deseando tenerla entre mis brazos de una vez. Ella se aferra a mí, haciéndose un ovillo en mi costado, clavándose las uñas.

—Lo siento... Por favor, perdóname...

Siento tal alivio cuando la escucho, cuando me mira, cuando me abraza..., que se me caen las lágrimas de nuevo. Alza el rostro hacia mí. Le sonrío, secándome las mejillas.

—James...

Mi nombre...

La atraigo hacia mi pecho, escondiéndome en su cuello.

—Qué susto me has dado, Julia...

—Lo siento...

—No lo sientas. —Le retiro el pelo detrás de la oreja, viendo la pequeña hinchazón en la sien por el golpe con el lavabo—. No se te ocurra disculparte por algo así.

—Siento no habértelo contado, es que... es que...

Pero se queda con la mirada fija de repente.

—¿Julia? —Mi corazón frena en seco. Le toco la frente—. Estás caliente otra vez.

—Sí —contesta ella, pero parece... ida.

—Julia, pequeña, mírame.

—Sí.

Pero no me mira. Tampoco parpadea. Su mano derecha empieza a estirar los dedos.

Me bajo de la cama y corro hacia el control de enfermería.

—¡Le está dando un ataque, está muy rara!

Corren hacia Julia, que ha vuelto a la realidad, se está recostando en la cama con los ojos cerrados.

—Tiene treinta y siete con ocho —dice una enfermera—. Voy a por el antibiótico, le toca en media hora, pero se lo daremos ya para evitar una posible crisis.

Julia extiende una mano hacia mí. Me siento en la silla, junto a ella, y la entrelazo con la mía.

—Descansa, pequeña. —Se la beso, con labios temblorosos.

Se despierta tres horas después, hambrienta, pero no me calmo.

Tampoco me calmo cuando la suben a una habitación individual en neurología al día siguiente.

Ni cuando sonrío, otro día más tarde, al ver a sus padres, cogieron el primer vuelo libre que encontraron. Me dirijo al pasillo para dejarles a solas, necesitan su momento juntos.

—Gracias —es Lucía, me ha seguido—. Gracias por cuidarla, James.

Trago saliva con esfuerzo.

—¿Qué tal estás? —me pregunta con dulzura.

—Bien. —Su mirada es tan... reconfortante, que me derrumbo—. Estaré bien.

—Se pasará, pero nunca te acostumbrarás. —Suspira—. No lo sabías.

Niego con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijo? —murmuro, dolido, porque me duele que no haya confiado en mí, que no me haya contado algo tan fuerte e importante como esto.

—Hay algo que Julia jamás podrá controlar: lo mucho que ama a los suyos. No soporta vernos sufrir y hará cualquier cosa para evitarlo o retrasarlo cuanto pueda. Por eso no te lo dijo. Y su amor crece, y crece, y crece... —Sonríe, emocionada—. Siempre he creído que encontraría a alguien que la amase como ella se merece; lo creía incluso cuando todo el mundo nos decía que jamás sería autosuficiente ni independiente. Eres especial, James, no solo lo es Julia, tú también. —Me sujeta de las muñecas y acaricia las cicatrices—. No todo el mundo nace con un corazón como el vuestro. Gracias por ser su príncipe azul.

—Es ella mi princesa azul, no al revés. —Sonrío.

Recuerdo lo que me dijo Kora el día que conocí a Julia, que me merecía una princesa azul, y yo le contesté que eso solo existía en los libros.

Estaba equivocado: los personajes de una novela son prolongaciones del escritor.

—¡James! —me llama Julia, saliendo al pasillo—. ¿Te vas? —Se asusta.

—Huelo fatal —bromeo—. Necesito ducharme y tus padres necesitan disfrutarte.

—Otras veces has oído mejor, pero no me disgusta tu olor ahora. —Arruga la nariz al inclinarse hacia mí—. Sí, ve a ducharte, pero vuelve.

Por primera vez desde el lunes, me echo a reír, contagiando a Tiago y Lucía, que se meten en la habitación para darnos intimidad.

Julia, entonces, sonrío aliviada.

—Por fin...

—¿Por fin? —Me extraña.

—Por fin eres tú.

La sujeto de la nuca y la beso en los labios.

—No vuelvas a ocultarme nada, por favor...

No me responde con palabras, pero se acurruca entre mis brazos, de donde no quiero que se marche jamás.

Capítulo 39

Jana

A Julia le dieron ayer el alta, mis padres se alojan en casa de James y son las cinco y media de la tarde del sábado, Joel y yo, por fin, pasaremos una noche tranquilos, juntos y a solas. Vaya dos semanas hemos tenido de médicos, sustos y preocupaciones...

He preparado una quesadilla, unos burritos y unos nachos, ya está todo listo, lo calentaré después. Quedé con Joel a las seis, así que voy corriendo a ducharme. Luego, me pongo un vestido vaquero de color negro, de corte *midi*, abotonado, ajustado hasta las caderas y de tirantes anchos, que conjunto con una camiseta básica, blanca y de manga corta. Me recojo el pelo en un moño bonito y desenfadado en lo alto de la cabeza, con algunos mechones sueltos, y me pinto los labios de rojo. Hasta me he pintado las uñas de las manos y de los pies de negro, y llevo lencería nueva. No estoy nerviosa, qué va...

El timbre suena. ¡Ya está aquí! Respiro hondo varias veces seguidas... y abro la puerta.

Me muerdo el labio inferior al ver a Joel con una camisa negra debajo de la cazadora de cuero y el pelo hacia arriba en un desorden muy pero que muy *sexy*. Se ha arreglado para mí...

Su lenta sonrisa me desboca el corazón, después de hacerme el mismo repaso que yo a él. Le brillan los ojos cuando los posa sobre los míos. Entra y alarga una mano para que suelte mi labio. Se inclina y me lo muerde muy despacio, sin tocarme con las manos, dejándome sin aliento.

Ladea la cabeza, signándome: «Hola, niña bonita».

Noto mariposas recorriendo todo mi cuerpo bailando como locas.

Observo mis pies y me doy cuenta de que se me olvidaron las zapatillas. Frunzo el ceño y me giro para ir a por ellas, pero Joel me sujeta de la muñeca. Sin dejar de mirarme, se quita las zapatillas y los calcetines. Un calor maravilloso se instala en mi pecho.

—¿Quieres cenar ya? ¿Tienes hambre?

«¿Una cerveza antes?», me sugiere.

Asiento y nos dirigimos a la cocina. Abro la nevera. No hay cerveza, qué raro, si compré... ¡Ay, Dios! La cierro y abro el congelador. Me llevo las manos a la cara. También olvidé sacar la cerveza, ¡joder!

Joel abre la nevera y saca dos refrescos de naranja. Tranquilamente, sonriendo como si no pasase nada, me tiende una de las latas abiertas.

—Gracias —le digo, avergonzada—. Voy a calentar la cena.

«¿Te ayudo?», se ofrece.

Niego con la cabeza. Se sienta en uno de los taburetes de la barra mientras meto los nachos en el microondas para que se funda el queso de encima. Saco platos, cubiertos, servilletas, manteles individuales... Y me llevo por delante el pico de la barra al pasar por ahí para poner la mesa en el salón.

—¡Ay, joder! —grito, con las manos en la cadera. Se me llenan los ojos de lágrimas por el dolor punzante que siento.

Joel, rápido, me desabrocha el vestido para ver si tengo algo y, entonces, entreabre la boca, pasmado, rozando con los dedos mis braguitas nuevas, de tul negro semitransparente. Muy colorada, me aparto y me abrocho de nuevo el vestido.

Cuando estoy colocando las cosas en la mesa de los sofás, escucho un «pum» seguido de otro. ¡No! Corro hacia el microondas y lo paro. Se me olvidó tapar los nachos y está todo con trozos de guacamole, entre otras cosas, el queso fundido es lo único que se mantiene en el plato. Qué desastre...

Joel lo limpia todo y prepara unos nachos nuevos. Corto la cebolla roja para ayudarle, pero me corto el dedo con el cuchillo. La herida es pequeña, pero sangra mucho, no me sirve poner el dedo debajo del grifo de la cocina.

—¡Joder, joder y joder!

Joel, otra vez, se encarga de la situación: se lleva mi dedo a su boca y succiona donde me he hecho el corte, en un lateral del dedo índice izquierdo. Su lengua parece incendiar mi piel con toda la intención de provocar un desastre nuclear en mi vientre. Es tan erótico que tengo que apoyarme en la encimera con la otra mano...

«¿Por qué estás tan nerviosa?», me signa despacio cuando termina.

Quería que todo saliera perfecto y no he parado de meter la pata. Desvío la mirada, pero gira mi barbilla hacia él y me chupa el labio inferior sin cerrar los ojos.

Muy lentamente.

Con el dedo, traza una línea hacia el primer botón de mi vestido. Lo desabrocha. El azul de su mirada, clavada en la mía, se oscurece.

Otro botón.

Otro.

Y otro.

No se apresura. Va tan despacio que creo que el tiempo se ha detenido.

Otro botón más.

Y el último.

Desliza los tirantes por mis hombros y el vestido cae a mis pies. Sus ojos descienden a mis pechos y jadea al descubrir que no llevo sujetador; los pezones, erguidos, se marcan en la camiseta con tanta evidencia que me da vergüenza.

No me cubro. Tampoco puedo: las manos de Joel acaban de atraparlos. Sus dedos tiran, presionan, hacen círculos sobre ellos, retuercen, sueltan, pellizcan... Sin prisa. Es hasta cariñoso...

Cuando creo que voy a aterrizar sobre el vestido porque el intenso placer que siento amenaza con explotar, Joel me coge en brazos y me lleva a la cama, sentándome en el centro.

«¿Tienes aceite corporal?», me pregunta con una mirada tan penetrante que trago saliva.

—S... sí...

Se mete en el baño y regresa enseguida, pero antes apaga todas las luces de casa. Tira el bote de aceite en la cama. Las farolas de la calle, a través del balcón, le iluminan desde la nuez de Adán, bien marcada para impacientarme de deseo, hasta sus ingles; su cara y sus piernas quedan en las sombras, dándole un toque tan misteriosamente atractivo que junto mis muslos de manera inconsciente al sentir una oleada de placer.

Poco a poco, se desabrocha la camisa hasta dejarla caer al suelo. El tatuaje vibra en sus músculos por los movimientos al quitarse el cinturón. Nunca me cansaré de mirarle. Está tan pero tan bueno...

Se arrodilla junto a mí, levanta mis brazos, acariciándolos con las yemas de los dedos, y agarra mi camiseta para sacármela por la cabeza.

«Túmbate bocarriba», me dice con las manos, demostrando tener un control envidiable que hace que le desee muchísimo más.

—Pídeme lo que quieras —le susurro, tumbándome.

Sonríe con una arrogancia eléctrica y vierte aceite en una de mis piernas. Desde mi pie hasta mi cadera, sus manos extienden el aceite masajeándome muy despacio, quemando cada centímetro de piel que van tocando.

«Cierra los ojos», me signa de nuevo antes de continuar con la otra pierna.

«No puedo», le signo también, porque tampoco puedo hablar...

«Creía que podía pedirte lo que quisiera, niña mala».

Entonces, una de sus manos bordea mis braguitas por la cintura, colándose las puntas de sus dedos mientras la otra mano las bordea por el interior de mis muslos. Gimo, curvándome hacia sus manos, pero no llega a rozarme donde más lo necesito.

—Joel... —Le toco el brazo. Me mira—. Por favor...

«Déjame adorarte».

Un largo gemido brota de mi garganta. Y lo ha sentido... Su mirada centellea.

Sube por mis costados hasta el cuello. Sus manos se arrastran por mis brazos y vuelve a subir hacia el cuello, a masajear mis costados, a bordear mis braguitas... Vierte más aceite, pero ahora lo hace en mis pechos. Las gotas al caer en mí me provocan intensos pellizcos de placer en mi vientre. Cuando extiende el aceite..., mi cuerpo se arquea, arrugo la colcha entre mis dedos y gimo bien alto. No me oye, pero sí me siente, porque sus ojos se clavan en los míos al instante.

Yo sí le oigo... Se le ha entrecortado la respiración. Su control comienza a romperse, aunque aprieta la mandíbula, esforzándose en guiar la situación, pero, cuando toma mis pezones entre los dedos, aprieta y yo me curvo hacia él como si tirara de mí con hilos invisibles, Joel jadea con fuerza.

—Bocabajo —pronuncia, muy ronco.

Oh, Dios... Quiero su voz tatuada en mi piel...

Aturdida, me coloco bocabajo. Él lanza al suelo la almohada y recuesto la mejilla en la colcha. Noto gotas de aceite por todo mi cuerpo, en desorden y muy seguidas. Sus manos masajean mi espalda desde el cuello hacia la parte baja, rozando las braguitas. Esa zona...

Escondo la cara entre mis brazos, gimiendo, pero Joel los sujeta y los extiende por encima de mi cabeza. Se inclina hacia mí, girando mi rostro hacia él y me signa, con manos rápidas, bruscas:

«Siento todos tus gemidos, no vuelvas a esconderte de mí».

Y me da un azote en el culo. Pego un brinco por el repentino escozor.

Y gimo otra vez...

Joel gruñe, descubre una de mis nalgas y la besa con su lengua ardiente.

—Ay, Dios... —Me retuerzo.

Otro azote, en la otra nalga...

Otro beso ardiente...

—Joel...

Sus dedos se deslizan directos hacia el interior de mis muslos y, en esta ocasión, sí me acaricia justo ahí. Y el que gime ahora, fuerte y ronco, es él, yo... he dejado de respirar...

Oh, por Dios... Me toca con una languidez abrumadora hasta introducir sus dedos dentro de mí. Estoy sobrepasada. Sus jadeos, sus manos, él... Estoy a punto de caer... Mi vista se vuelve borrosa. Mi cuerpo entra en combustión.

¡Y se detiene! ¡No, no y no!

Me giro para suplicarle que continúe, pero las palabras se me atascan en la garganta al verle entre mis piernas, de rodillas, desabrochándose con rapidez el pantalón y bajándoselo a la vez

que los calzoncillos. Me sujeta de las caderas y las levanta. Me sostengo a la cama con las palmas de las manos. Me baja las braguitas de un tirón, pero no me las quita...

Y me penetra de golpe.

Grito. Fuerte. Muy fuerte. Se retira y me embiste de otro golpe duro y tan húmedo que el sonido de nuestros cuerpos al chocar me vuelve completamente loca.

Ya no para.

Y yo comienzo a consumirme muy pronto, hasta que estallo, apretando a Joel en mi interior y llevándomelo conmigo porque se tensa y...

—Jana...

No he escuchado nunca nada más *sexy* que mi nombre en sus labios.

Se desploma encima de mí. Mis brazos no nos sostienen más y caemos en la cama, sin aliento, temblando, sudorosos. Gira mi rostro hacia él y nos besamos con nuestras lenguas enredadas. Me doy la vuelta, Joel se mueve y seguimos besándonos, cada vez más despacio.

Mi estómago rugiendo hace que me detenga. Le señalo mi tripa y, riéndose, se levanta, se quita los pantalones y se coloca los calzoncillos. Me coge en brazos y me lleva al servicio.

«Date un baño mientras caliento la cena», me signa.

No tiene que repetírmelo...

Estoy disfrutando de un baño de espuma, relajada, cuando algo me roza la nariz. Abro los ojos. Joel está sentado en el suelo con los brazos apoyados en el borde de la bañera. Se acaricia la barba, sonriendo, sus ojos brillan sobremanera.

—¿Qué significa? —le pregunto—. Haces mucho eso. Es un signo, ¿a que sí?

«Preciosa», me deletrea signando.

Mi corazón hace un *boom* ensordecedor.

—Lo haces desde...

«... la feria internacional de comida en Jubilee Garden». Su sonrisa se amplía.

—¿Desde ahí soy preciosa? —Mis mejillas arden.

«Eres preciosa desde que aprendiste lengua de signos».

—Cuando le vendí la chapa a Mike, el día antes de la feria.

Asiente.

«Antes eras guapísima —me guiña el ojo y añade—, pero aprendiste lengua de signos por mí, así que tu belleza se disparó».

Entiendo lo que quiere decir...

Me inclino y le beso en los labios. Sonríe al verle traspuesto por mi beso y me lanzo a él, empapándole.

«Si querías que me bañara contigo —se levanta—, solo tenías que pedirlo, niña traviesa».

Se baja los calzoncillos lentamente. Yo me muerdo el labio inferior, arrodillándome. Joel se queda quieto, retándome a través de su mirada. No me hago de rogar... Apoyo las manos en el borde de la bañera y beso su miembro, totalmente erecto, duro y grande. Las ardientes chispas que sueltan sus ojos se clavan en mi vientre como dardos de puro deseo. Estaba hambrienta, ¿no?

Nos olvidamos de la cena por segunda vez...

Y después de cenar en la cama, besa y acaricia todo mi cuerpo hasta que un orgasmo crudo y salvaje me deja sin fuerzas. Sus labios, su lengua y sus dedos en mí son como una droga de la que no quiero desengancharme. Sus brazos me rodean cuando acabo temblando sin control, mi refugio favorito donde perderme el resto de mi vida...

El domingo no salimos de la cama. Joel le escribe un mensaje a su abuelo para decirle que le

compensará la semana que viene con un paseo doble, que yo no me encuentro bien y necesita quedarse conmigo. Su abuelo le responde que por supuesto no me deje sola y que me cuide. Yo también escribo a mis padres con la misma excusa, pero sí hablo un ratito con mi hermana.

Cuando cuelgo, Joel me dedica una sonrisa de lo más lujuriosa. Desnudo, se tumba sobre mí. Me besa un pecho, luego el otro, robándome el primer gemido. Creo que anoche desatamos el infierno en la Tierra...

El lunes nos comemos a besos en el metro, de camino al trabajo. Y en el ascensor cuando se vacía. Me acompaña hasta el despacho de James y nos besamos por última vez. Me tiembla hasta el pelo cuando le veo desaparecer por las escaleras.

Pero vuelve a aparecer a los dos segundos y me besa muy profundamente, apoyándose en la puerta, menos mal que ni siquiera está Emma... Dios... Me muero por este hombre...

«Ahora sí me voy», me signa, con las pupilas dilatadas y los labios enrojecidos. «Comemos juntos».

Asiento, con el corazón a mil por hora.

Lo que logra devolverme a la realidad son las ojeras de James cuando entro en el despacho y le veo frente a su escritorio, ya trabajando. Tiene muy mala cara.

—¿Estás bien? —le pregunto, acercándome a su escritorio.

—Sí. —Pero no sonrío.

—James...

—Ya se me irá el susto. —Está rígido.

Suspiro, entendiéndolo todo.

—Julia está bien —le aseguro—. Solo le dan las crisis cuando se pone mala, eso quiere decir que nos avisa. Aunque no siempre sucede, a veces está mal y no tiene ninguna.

—Dijiste que hacía mucho que no le daba una. —Traga saliva con esfuerzo.

—Le hicieron otra analítica, en cuanto estén los resultados, si el médico lo cree oportuno, le aumentará la dosis. —Me apoyo en la esquina, junto a él—. Lo hiciste muy bien, James. Sé que esto no te consuela, sé cómo te sientes, conozco el miedo que tienes en el cuerpo y nunca te acostumbras a algo así, pero se pasará, solo necesitas un poco de tiempo.

—Estoy muerto de miedo, Jana... —Suspira, muy irregular—. No duermo, prefiero estar toda la noche mirándola. ¿Y si me bloqueo en la siguiente crisis? ¿Y si le da una crisis estando sola? —Se frota la cara, agobiado—. La amo con toda mi alma, si le pasara algo...

—Se medica.

—Pero eso no evita que tenga crisis.

—Pero sus crisis siempre avisan. Por favor —le tomo de la mano—, intenta relajarte. Es difícil, pero lo que Julia y tú necesitáis ahora mismo es seguir adelante y olvidar lo que ha pasado. Ella lo que más necesita es que tú estés bien, que seas el James de siempre.

—No puedo... —Apoya los codos en la mesa y esconde la cara en las manos.

Mentiría si dijera que no me morí de miedo cuando me llamó gritando que Julia estaba convulsionando, pero para él ha sido la primera vez, y sin saberlo de antemano. Necesita tiempo para asimilarlo, y para darse cuenta de que todo irá bien.

—Sí puedes —le digo, sonriendo—, solo un guerrero es merecedor del corazón de mi hermana, y tú lo eres.

Capítulo 40

(Un mes después)

Joel

—¿Te importaría dejar de enrollarte con tu chica a todas horas? —me reprocha James, cabreado, junto al ascensor de su planta.

Sonrío, divertido. Acabo de acompañar a Jana al despacho, después de comer en el *pub* de enfrente, y nos hemos besado hasta que él ha aparecido.

«Que no te acuestes con tu novia no es mi problema, sino el tuyo», le pico, signándole.

«No tengo ningún problema con ese tema». Lo ha signado, está Emma en su puesto de trabajo.

Enarco una ceja. Ante mi reacción, me agarra del brazo y nos metemos en las escaleras.

—¿Qué te ha dicho?

«A mí, nada».

—Pues a Jana. ¿Qué le ha dicho Julia? —Está nervioso.

«Que le estás provocando estrés».

Empalidece, así que rápidamente niego con las manos.

«Era una broma», le signo.

—No tiene ni puta gracia. —Se cruza de brazos.

«Tienes razón, perdóname». Extiendo mi puño con la esperanza de que me lo choque. Tarda más de lo habitual, pero lo hace.

Se sienta en los escalones y hunde los hombros. Me siento también para poder mirar sus labios al hablar, está tan abatido que ha agachado la cabeza:

—Este mes está siendo una mierda, Joel... Me da pánico todo. Internet es una fuente de desgracias.

«Es lo peor que puedes hacer, buscar en Internet, y no has parado de hacerlo desde la crisis de Julia», le signo con suavidad.

—Necesito estar informado.

«Lo que estás es sobreinformado», le corrijo. «¿Y de qué te sirve? Te has alejado de ella por miedo a que le dé otra crisis». Sonrío con tristeza. «Tiene que ser horrible vivir algo así, pero ya te dijo el médico y su familia que su epilepsia está focalizada. Estás perdiendo el tiempo, James, por culpa del miedo».

—No puedo evitarlo... —Suspira, cerrando los ojos.

«Lo sé, pero ya ha pasado un mes, tienes que avanzar. Además, es cuando está mala, y ahora mismo está más sana que tú y yo juntos».

—El estrés influye. Queda un mes para que salga su novela, la imprenta no tardará en mandarnos los ejemplares, ya están casi listos, y, encima, Ivy y Haley la acaparan en cuanto saben que está aquí —gruñe.

«Pero esto que estás describiendo es estrés bueno. Son nervios buenos, James. Y lo de Ivy y Haley...». Me encojo de hombros. «La tratan bien y a ti Ivy no se te ha insinuado, ¿no?».

Niega con la cabeza. Me mira.

—¿No te parece extraño que la traten bien?, ¿y que Haley se esté volcando en su novela y me

ayude con la nueva colección?

«Por fin trabajar en la editorial no es un campo de guerra, alégrate. Quizás Haley necesitaba ese trato contigo para tener el empujón de montar su propia editorial. A lo mejor, no se atrevía».

—¿Ahora crees que la presentación será un éxito? —ironiza—. Me llamaste loco.

«Porque hacer tratos con el diablo no es de personas cuerdas». Arqueo las cejas. «Pero reconozco que Haley es hasta agradable conmigo desde que hicisteis el trato».

—¿De verdad no te parece extraño?

Me encojo de hombros otra vez.

«Tienes que relajarte, James. Estás volcando tu miedo por Julia en todo. Cógete unos días libres. Es miércoles, vete con ella a Bibury hasta el domingo».

Es muy atento con Julia, demasiado, a mí me resulta agobiante ser testigo de lo excesivamente preocupado que está por ella cada segundo, pero la tiene abandonada sentimentalmente hablando. Necesitan desconectar de todo, a solas, para volver a reconectar.

—No. —Se levanta. Le imito—. Este mes es el peor. El interés por Julia en las redes sociales está creciendo muchísimo, en septiembre la dimos a conocer, y su historia y ella están creando mucha expectación.

«Eso es muy bueno». Sonrío.

—Sí. La semana que viene grabaremos otro vídeo de ella, por cierto, una pequeña entrevista, y saldrán tomas de la imprenta creando el libro en papel. Haley cree que a Julia se la debería ver hablando, no solo en fotos.

Asiento, estoy de acuerdo.

—Y cuando nos lleguen los ejemplares, otra sesión de fotos y vídeo. ¿Ves? Estamos a tope.

«Y vas a colapsar como no pares cinco minutos».

—Ya he parado contigo ahora. —Me da una palmada en la espalda.

«James». Niego con la cabeza. «Estoy preocupado por ti».

—Me relajaré después de la presentación, solo queda un mes.

Le veo marcharse de vuelta a su despacho. Está más delgado, sus ojeras ya son parte de su día a día y sus ojos dejaron de brillar cuando a Julia le dio el ataque epiléptico. La ilusión que desbordaba James no hace acto de presencia por culpa del miedo. No puede seguir así, está amargado, serio y muy vulnerable, todo le afecta muchísimo. Y Julia está nerviosa, callada y no para de escribir. Jana también está preocupada, dice que su hermana está muy «en su mundo», y que eso no es bueno, le cuesta fijar la mirada y parece haberse olvidado de cómo interactuar con la gente, contesta con monosílabos si le hacen preguntas, si no, no habla.

Joder, ha pasado un mes. Hay que hacer algo. Ya.

Le escribo un mensaje a Jana para que se reúna conmigo en las escaleras.

Aparece a los pocos segundos.

—¿Qué pasa?

«Nos vamos a Bibury. Los cuatro», le signo, serio. «La situación no puede seguir así». Le cuento mi conversación con James.

—Pero la casa es suya y te ha dicho que no —me dice cuando termino—. A Bibury, no. A otro sitio. Y ellos dos solos.

«¿En qué estás pensando?», le signo, sonriendo.

—En comprar los primeros dos billetes de avión que encuentre para hoy. ¿Destino? —Sonríe—. Ni idea. Te aviso en cuanto lo sepa.

Suelto una carcajada.

«Me gusta tu improvisación, niña aventurera. Yo también quiero». Hago un puchero.

—Cuando presentemos la novela de Julia, nos vamos un fin de semana. —Se ruboriza.
«Pero me encargo yo de organizarlo».

Se muerde el labio inferior, asintiendo. La tomo de la nuca y la beso en la boca. Ella se alza de puntillas, entregándose a un beso que inmediatamente eleva nuestra temperatura corporal y me obliga a empujarla contra la pared y saborear su lengua con unas ganas tremendas de acostarme con ella aquí mismo, importándome una mierda si alguien nos pilla. Menudo mes llevamos, todo lo contrario a James y Julia...

Veinte minutos después, recibo un mensaje suyo. Desbloqueo la pantalla del móvil y leo:

Jana: ¡Ya está! El vuelo es a las 20:50, desde Heathrow. ¡Y también les he reservado un B&B precioso!

Joel: ¿Y el destino?

Me manda una captura de pantalla de uno de los billetes. Sonríó. Muy apropiado para dos lectores como ellos, y muy romántico.

Joel: Perfecto, mi niña.

Lo que no me hace gracia es que se haya encargado ella de pagarlo todo. Le ha vendido dos chapas más a Mike este último mes, y yo prácticamente vivo en su casa, dormimos todas las noches juntos, el otro día dejé algo de ropa por primera vez, Jana me lo pidió con esa timidez suya que a veces sale a la luz y que me vuelve loco.

No obstante, soy rápido, en cuanto veo que la nevera y el mueble que usa de despensa están casi vacíos, voy al supermercado y repongo, pero no me deja ayudarla con los gastos. No tengo problemas de dinero, es justo al revés, y ella sabe que mi sueldo en McArthur es muy bueno, que Mike me paga los diseños que le mando mensualmente para hacer tatuajes, que la editorial que continúa vendiendo los cómics de mi padre me transfiere el dinero que me corresponde dos veces al año —y se siguen vendiendo genial, traducidos en treinta y cinco idiomas—, y que tengo más de la mitad de la venta de la casa de mi familia.

Mi abuelo me aconsejó que hiciera algo, y en ello estoy, solo que Jana no lo sabe. Es pronto todavía para decirle nada, hasta diciembre quedan dos meses. Ojalá no me rechace, ya estoy cruzando los dedos.

Me manda otro mensaje:

Jana: Le acabo de decir a James que no me encuentre bien, me voy a por Julia, para preparar la maleta. Tienes que llevarte a James de aquí directo al aeropuerto. Llamaré a un taxi para que esté listo a las seis en punto, ¿vale?

A las seis en punto entro en el despacho de James sin haber llamado.

«Venga, nos está esperando un taxi», le signo, fingiendo una expresión de gravedad que me está costando mantener, me echaría a reír ahora mismo por el susto que veo en su cara, pero va a sufrir hasta que lleguemos al aeropuerto.

—¿Le ha pasado algo a Julia? ¡Joel!

—Vamos. —Mi voz le alerta más.

Recojo todo a una velocidad de vértigo. Cuando nos metemos en el taxi, le doy la dirección al conductor escrita en un papel, no quiero que James sepa nada.

Sin embargo, Heathrow no está de camino a su casa...

—¿Adónde vamos? —pregunta.

Le ignora, desviando la mirada hacia la ventanilla. Me da un golpecito en el brazo, pero no me muevo.

—¿Qué coño hacemos aquí? —inquire, al bajarnos del taxi.

Emprendo la marcha, cruzando un paso de peatones. Entramos en el aeropuerto y James me frena, interponiéndose en mi camino. Le señalo un punto detrás de él. Se da la vuelta. Corre hacia Julia.

—¿Estás bien?

—Sí. —Frunce el ceño, molesta.

Jana les entrega un sobre con papeles doblados en su interior.

—Julia solo sabe que os vais, había que preparar maleta para los dos —se ríe—, pero desconoce el destino. —Besa la mejilla de su hermana—. Te va a encantar, Yin. ¡Sorpresa!

Le guiño un ojo.

—¿Qué significa esto? —inquire de nuevo James, sacando los papeles—. ¿Verona? ¿Nos vamos a Verona? —No da crédito.

—¡Verona! —exclama Julia, alucinada—. ¡Oh, Dios mío, Jana! —Se arroja a su cuello.

—Hasta el domingo —les informa—. El vuelo sale en una hora. Pasadlo genial.

Agarro del brazo a James para apartarle, me coloco de espaldas a Julia y le signo, despacio, con delicadeza:

«No pretendo hacerte daño, pero creo que tu chica está cansada de tu intensa preocupación por ella».

La tristeza en sus ojos es innegable.

«Aprovecha esta escapada y vuelve a conectar con Julia —añado—, deja de perder el tiempo por culpa del miedo. Preocúpate cuando tengas que hacerlo, mientras tanto, vive sin pensar en mañana, cada día tienes veinticuatro horas de nuevas oportunidades».

Me abraza con fuerza, emocionado.

Esperamos a que pasen el control de aduanas y nos marchamos.

Al día siguiente, Jana se convierte en una directora editorial suplente. Y lo hace realmente bien. No solo es la becaria de James, es su mano derecha. Desde que nos incorporamos después de las vacaciones, me he fijado en que ahora mi amigo no da un paso sin Jana. Ella dice que no le llena editar libros, pero sé que disfruta haciéndolo, quizás, entonces, su sitio está en McArthur, pero en otro departamento que no sea el de edición.

—Jana —Dylan entra en el despacho, donde me instalo cuando James no está. Olivia, la publicista, le acompaña—, ¿le echas un vistazo, cuando puedas, al *booktrailer* de la novela de Julia? Hay algo que no nos convence. —Le entregan un *pen drive*.

—Claro.

Me acerco a su mesa y vemos el vídeo, aunque no soy de ayuda. Ella me cuenta que hay voz en *off* y música de fondo, yo solo puedo analizar los clips de vídeo y un par de frases que aparecen.

—La canción es *Claro de luna* —me dice, sonriendo.

Yo también sonrío, no podía ser otra, es la que el pianista toca una y otra vez en la historia.

Pero mi sonrisa desaparece al darme cuenta de que, por mucho que conozca esa canción de Beethoven, mi mente está acostumbrada a no oír nada desde hace diez años.

—¿Estás bien? —se preocupa Jana.

Me obligo a sonreír de nuevo.

Y me meto en mi propio mundo el resto de la jornada, esforzándome en que ella no se entere de mi malestar. Más bien, pesar, porque siento el cuerpo entumecido.

—¿Qué te apetece cenar? —me pregunta cuando terminamos.

«¿Te importa si ceno con mi abuelo hoy?», le signo.

Una fugaz decepción surge en su mirada, pero niega con la cabeza.

La acompaño a casa y deambulo por las calles de Londres, sin rumbo, sin dejar de pensar que siempre habrá algo que me recuerde lo que soy desde hace diez años. No lo olvido. Jamás podré olvidar el accidente, me acuerdo todos los días, pero en momentos como el de hoy me cabreo más que nunca con Dios, si es que existe.

Me choco con alguien. Levanto la mano para pedir disculpas y descubro que es el mago de Covent Garden. Estoy en Covent Garden.

«Joel, ¿verdad?», me signa, sonriendo. Lleva una mochila a la espalda y viste de negro como la otra vez. «Nunca me presenté, soy Luke».

Nos estrechamos la mano.

—¿Una cerveza? —me sugiere, señalando una terraza con calefactores.

¿Por qué no?

Nos sentamos en torno a una mesa cuadrada y pedimos una pinta cada uno.

—No volviste —me dice—, esperaba que lo hicieras.

«¿Por qué?», le signo, pero sé la respuesta.

Se señala el implante coclear. Diana.

—Te noté interesado. —Da un trago a su cerveza—. Lo pasé mal al principio. Soy sordo de nacimiento, pero mis padres guardaron el diagnóstico en un cajón. Aprendí desde muy pequeño a leer los labios por mí mismo. Cuando tenía diez años, mi madre murió y a mi padre le dio por beber, se desentendió de mí. El Estado le quitó la custodia y me mandaron a un centro de acogida.

«¿No tenías más familia?». Doy un trago a la mía.

Niega con la cabeza.

—Pasé por cuatro familias de acogida, hasta que di con los Mason. —Sonríe—. Me llevaron al mejor otorrino de Inglaterra y me operé.

«¿Por qué lo pasaste mal?».

—Me costó meses acostumbrarme al ruido y a las voces. —Arquea las cejas—. Mi voz fue lo peor de todo. No me oí nunca hasta que me pusieron los implantes. Tuve que ir a un logopeda para que me enseñara a hablar. No controlaba el volumen, hablaba a gritos y de manera entrecortada.

«¿Cuántos años tenías?».

—Catorce.

«¿Cuántos tienes ahora?».

—Veintitrés.

«Igual que Jana, mi novia». Sonrío.

—¿Y tú? —Da otro trago.

Suspiro y, sin saber por qué me siento tan cómodo con él, le cuento mi historia, sin omitir mi penitencia, esa que me impuse hace diez años y que, últimamente, comienza a agrietarse, en especial en días como hoy.

Capítulo 41

Julia

—¿Te duele la cabeza? —me pregunta James al verme tocarme la sien.

—Estoy bien.

—¿Seguro? Podemos ir a descansar, llevamos todo el día paseando y...

Suelto un grito de repente.

Retrocede un paso. Hay tanto dolor en sus ojos que siento que me ahogo.

—Necesito estar sola. —Me doy la vuelta y camino con rapidez huyendo de él.

No puedo más...

Son casi las seis de la tarde del viernes, no conozco la ciudad, pero me da igual, sigo caminando por las pequeñas calles del centro de Verona, llenas de gente y muchos turistas. Mis ojos están en mis pies, que se arrastran con esfuerzo ahora. Me apoyo en una pared de un edificio cualquiera, no me fijo. Tengo un nudo en el pecho que me impide respirar bien. Me deslizo hacia el suelo. Marco el móvil de mamá.

—Hola, cariño —me saluda al descolgar—. ¿Qué tal en Verona? ¿Es tan romántica como dicen?

Suspiro.

—Mamá... No puedo más...

Ella permanece callada.

—Quería sentirme normal con él... —le confieso—. Y ya me sentía normal dentro de lo diferente que soy. Me sentía genial a su lado, sin que mi autismo se interpusiera entre los dos, pero... —Se me caen las lágrimas—. No lo soy. No soy normal, mamá, y siempre me ha dado igual, pero ya no, no con él. El autismo no es un problema, pero sí lo es la epilepsia. Las últimas semanas han sido las peores de mi vida, igual que los dos días que llevamos en Verona... —Cierro los ojos con fuerza—. No quiero esto.

—Por eso no se lo contaste —me habla con mucha suavidad—, no solo para que no se preocupara por ti.

—Odio la epilepsia —me sincero como nunca lo he hecho—. La odio con todo mi ser. Odio tener que tomarme una pastilla diaria, pero más odio despertarme desorientada en un sitio en el que no me acuerdo haberme dormido y ver a las personas que más quiero llorando por el susto que les he dado sin ser consciente de ello, sin poder haberlo evitado... —Vuelvo a suspirar, con el nudo de tensión comprimiéndome mucho más—. Y lo que más odio es que esto nos haya alejado a James y a mí hasta creer que él se merece a alguien mejor. Se lo merece, mamá. No soy buena para él, le provocho tristeza, preocupación, dolor... Sus ojos son tan expresivos...

—Julia, no.

—Mamá, soy una carga para todos —hablo sin fuerzas—. Tú nunca has ido a ningún evento literario ni has publicado con una editorial porque no querías separarte de mí. Papá y tú habéis sacrificado toda vuestra vida por mí. Jana tuvo que cambiarse de país para poder respirar. ¿Y James? —Se me escapa un sollozo—. James solo ve la epilepsia, ha dejado de verme a mí... Yo... —Me tiemblan los labios—. Yo le amo, mamá, le amo tanto que solo quiero su felicidad, aunque sea sin mí, conmigo no es feliz... Nunca lo será. Algún día meteré la pata, me comportaré de un modo extraño, un ruido desconocido en una época de estrés me provocará una

crisis sensorial, o me pondré mala y tendré un ataque epiléptico. Siempre habrá algo. Siempre estará preocupado por mí. Llevo toda mi vida viéndoos a vosotros preocupados por mí, deteniendo vuestras vidas por mí.

—Julia... Cariño, eso no es así.

—Sí lo es, mamá. ¿Por qué crees que me fui a Londres? Lo hice para que papá y tú pudierais vivir. ¿Por qué crees que salí con los compañeros de Jana de la editorial? Para que ella pudiera vivir.

—Ay, mi vida... —Suspira—. Nunca ha sido ni será un sacrificio para ninguno. Nunca has sido ni serás una carga. Todo lo que hemos hecho y haremos es porque te queremos, porque nos nace, Julia. No nos esforzamos en esto, cariño.

—Pero el amor no tiene que doler, mamá... —Más lágrimas mojan mi cara—. Y todos sufrís por mi culpa. Y no quiero eso. Quiero que papá y tú recuperéis el tiempo perdido, que estéis tranquilos... Quiero que Jana sea la protagonista de su propia historia. Y quiero que James sea feliz.

—Julia... ¿Sabes cuántas veces me ha hecho llorar papá? —Se ríe—. Tantas que perdí la cuenta hace mucho. Y yo a él también. —Su voz se dulcifica—. Y hemos llorado mucho por Jana y por ti, sois nuestras hijas; lo más importante que tendremos nunca, desde que estuvisteis en mi tripa la preocupación por vosotras nació y sigue creciendo, pero esto no es malo, simplemente es inevitable, somos vuestros padres. Y por eso no nos arrepentimos de nada, no cambiaríamos nada. Lo que hace que el amor merezca la pena es poder levantarnos en los peores momentos porque hay alguien que nos impulsa a hacerlo.

»Cariño, James está asustado, esto también es inevitable, pero porque te ama, y tú estás asustada porque también le amas. Y mientras él se ha ido dejando vencer por el miedo y la preocupación, tú te has ido alejando también por el miedo y la preocupación. James siente que nada de lo que haga será suficiente para evitar que te pase algo, y tú sientes que él estaría mejor sin ti. ¿Y sabes qué? Que eso significa que estáis en el camino correcto, porque eso es amor, querer lo mejor para el otro.

—¿Qué hago? —le suplico—. No quiero perderle, pero...

—Habla con él.

Suspiro.

—Y hazlo ahora —añade—. Mándame un mensaje luego.

—Gracias, mamá.

—No me las des por esto, hija. —Se ríe de nuevo.

—No. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí papá y tú.

Escucho cómo contiene el aliento.

—No sería quien soy si no os hubieseis esforzado y sacrificado tanto —le digo, sonriendo—. He sido muy feliz. Hay cosas que he olvidado, pero no puedo imaginar una vida mejor que la que he tenido con vosotros y gracias a vosotros.

—Ay, Julia... —Se le rompe la voz.

—Os quiero mucho, mamá, y ojalá, si yo soy madre algún día, lo haga tan bien como vosotros lo habéis hecho con Jana y conmigo.

Solloza.

—Nosotros te queremos infinitamente más, monita —pronuncia mi padre a través del altavoz, emocionado.

—Papá...

—Hazle caso a mamá —añade—, habla con él.

Me despido de ellos, prometiendo escribirles después de hablar con James.

Me levanto del suelo. Al girarme para deshacer el camino hecho, mi corazón da un vuelco al ver a James a pocos metros de mí. En mi cabeza suena *You are the reason*, de Callum Scott...

Tiene el pelo revuelto y la nariz colorada, hace frío, pero yo no lo siento. En este momento lo que siento es que le necesito tanto como respirar...

Clavo la mirada en la suya, no la desvío por todas partes, y los ruidos y el jaleo se difuminan a mi alrededor, dejándome en una espiral de bienestar, hasta sonrío aliviada, solo estamos él y yo, lo echaba tanto de menos...

Y James también, lo siento al mirarnos a los ojos.

Cuando estoy a cinco centímetros de distancia...

—Uno..., dos..., tres..., cuatro...

—Bésame, por favor...

Y le beso. Me envuelve entre sus brazos lentamente. Gimo de lo arropada que me siento. Es un beso largo, tierno, lleno de amor...

—¿Qué contabas? —Me mira. Sus ojos brillan de una manera preciosa.

—Los segundos que tardarías en pedirme un beso. —Sonrío—. Uno...

Me besa sin permitir que llegue a dos, sin pedirlo ahora.

Me apoyo en su pecho, rodeándole la cintura. Él suspira sobre mi pelo.

—Mamá dice que tengo que hablar contigo —le digo.

—¿Y tú quieres hablar conmigo?

—No sé qué decirte, pero sí sé lo que no quiero.

No nos movemos de como estamos.

—¿Y qué es lo que no quieres? —Parece contener el aliento.

—No quiero perderte.

Suelta aire con fuerza. Me toma de las mejillas y me besa con mucha dulzura.

—Me da pánico que te pase otra vez...

—Me pasará. —Levanto las manos para acariciar su rostro—. James, he tenido una vida feliz, pero te conocí y esa felicidad ha ido yendo a más. —Sonrío—. Siempre creí que nunca me separaría de mi familia, que no encontraría nada mejor que ellos, pero estaba equivocada. Creo que ellos solo fueron el principio de algo grandioso. —Mi sonrisa se vuelve triste—. Cometeré errores. Seguramente, te haré pasar muchos malos momentos, por una crisis sensorial o epiléptica, porque no entienda algo o porque haga algo que te incomode sin darme cuenta, pero, si tú me aceptas como soy, te prometo que intentaré que el resto de los momentos sean tan especiales como tú me haces sentir.

—No tengo que aceptarte, pequeña. —Sube los hombros y los baja despacio.

—¿Eso significa...?

—Que te amo, así que va todo en el *pack*. —Sonríe con la mirada vidriosa—. ¿Y tú a mí, Julia?, ¿me aceptas con este miedo que me mata por dentro cada vez que recuerdo lo que pasó?

—Va a volver a pasar, pero hasta que pase no quiero que me trates diferente a como me has tratado hasta ahora. —Agacho la cabeza—. James, es... Verte tan preocupado y tan alerta me hace sentir... muy incómoda.

—Lo siento... —Se le cae una lágrima, que se seca enseguida—. Fue horrible... Y siento también decirte esto... —Otra lágrima—. Dios, Julia... Te amo mucho, pero mucho mucho. No puedo evitar preocuparme, aunque reconozco que he sido excesivo. Solo... —Suspira, entrecortado—. Solo tenme un poco de paciencia. Te prometo que se me irá el susto, pondré de mi parte.

—Yo a ti también te amo mucho mucho. —Y también lloro, pero lo hago sonora y abiertamente, al contrario que él.

—No llores.

—¡No llores tú, porque tú lloras y yo lloro!

Se ríe, tomándose de las mejillas. Besa mis lágrimas hasta hacerlas desaparecer, muy despacio, con tanto mimo que enredo mis dedos en su pelo, buscando su boca con desesperación.

Cuando nos separamos, los dos respiramos con dificultad. Me palpitan los labios y creo que a James también, se los toca sorprendido.

—¿Entramos? —Señala el edificio que hay a la derecha, la casa de Julieta.

Creo que lo hemos evitado en los dos días que llevamos en Verona, hemos pasado varias veces, nos mirábamos, pero ninguno decía nada ni intentaba entrar. Sin embargo, ahora, sonreímos, entrelazamos nuestras manos y nos unimos a los últimos turistas, pues cierran dentro de muy poco.

Antes de llegar al patio donde se encuentra el famoso balcón, atravesamos un pasillo lleno de notas y cartas románticas pegadas a ambas paredes.

—Lo vacían dos veces al año, pero nunca tiran nada, lo guardan todo —me explica él—. Quiero escribir algo aquí.

Saco mi libreta y mi boli de la mochila y se lo entrego. Ruborizado, sonriendo con timidez, escribe algo y me lo entrega, junto con el boli.

«Quiero pasar el resto de mi vida contigo, con tu autismo, con tu epilepsia, con mis cicatrices y con mi miedo, porque te amo mucho mucho. ¿Quieres casarte conmigo?».

Pongo una mano en el corazón, emocionada. Las lágrimas amenazan con desbordarse de nuevo. Temblando, escribo a continuación: «¡Sí, quiero!». Él también tiembla cuando firmamos la nota. Y cuando pegamos la hoja en la pared con un trozo de celo que hay dispuesto al inicio del pasillo. Y cuando nos besamos. Y hasta cuando hago una foto a la nota para tenerla siempre conmigo.

Nos miramos y volvemos a besarnos. Corremos al patio, el guardia de seguridad está anunciando que van a cerrar. Nos hacemos una foto rápida, entre risas, con el balcón detrás, y nos vamos.

Paseamos hacia la *piazza* Brà. Nos sentamos en un bar que hay en el listón, la amplia acera que sigue la forma de la plaza. Pido una cerveza para él y un zumo para mí.

—Es increíble lo bien que te desenvuelves con los idiomas —comenta James, mirándome con tanta admiración que sonrío encantada.

Me gusta que le gusten cosas mías. Me gusta que me lo diga. Me gusta esa mirada. Me gusta mucho mucho.

—¿Por qué aprendiste español? —quiero saber.

—Aposté con Joel a que yo aprendía español antes que él lengua de signos.

No sonrío, eso me mosquea, y, aunque me muero por interrogarle al respecto, decido esperar a que continúe. Apoyo los codos en el borde de la mesa y la cara en las manos. James se recuesta en su silla.

—Ya te conté cómo nos conocimos.

Asiento, entristecida. Me lo contó un día en Inverness. Esa noche no pude dormir del dolor que sentía en el pecho por Joel, su historia es tan dura...

—Le acompañé a casa para asegurarme de que no lo intentase otra vez. —Clava los ojos en la

cerveza que le sirve en este momento el camarero—. Al día siguiente, me presenté allí después de terminar las clases del máster que estaba haciendo. No fue muy simpático que dijéramos —ahora sí sonrío—, pero aceptó dar una vuelta conmigo. El problema es que él iba en su tabla de *skate* y yo tenía que correr para alcanzarle —nos reímos los dos—, pero no me rendí ni me quejé. No sé por qué fui ese día —arquea las cejas—, tampoco sé por qué volví cada día durante un año.

Se me acelera el corazón. Un año...

—Y Joel me esperaba sentado en el porche delantero de su casa. —Su sonrisa es... preciosa—. Siempre hablábamos por mensajes, pero un día ignoré sus mensajes y me largué sin despedirme. —Su mirada se vuelve vidriosa—. Ya estaba trabajando en la editorial. Pasó una semana, me escribió muchos mensajes, no entendía por qué no volvía. Me costó, pero no contesté a ninguno.

—¿Se presentó en la editorial?

Asiente, despacio.

—Me llamaron desde la recepción principal diciéndome que había un chico gritando mi nombre. Le escuché a través del teléfono. Bajé corriendo, le noté muy nervioso y asustado. Sabía que era la primera vez que salía al mundo, había estado encerrado en su casa con su abuelo desde el accidente y solo salía conmigo y luego a solas por las noches, de madrugada, cuando las calles estaban desiertas. —Respira hondo y sigue—: Me escribió en su móvil que qué había hecho mal él para que yo no hubiera vuelto. Le dije que no iría más hasta que se espabilara. Me mandó a la mierda y se fue. —Suelta una carcajada por la mueca que hago—. Al día siguiente volvió.

—Eso querías —adivino, sonriendo.

Asiente de nuevo.

—Su siguiente paso fue un mes después. Quedamos, por primera vez, para comer en un lugar público, en el *pub* de enfrente de la editorial. Fue muy duro para él. No dijo nada, pero estaba muy perdido y asustado, aunque intentaba que no lo notara, pero no sabía lengua de signos ni leer los labios, tampoco oía nada ni se podía comunicar de otra manera que escribiendo.

Se me acelera el corazón. Me arrugo la chaqueta en el pecho al sentir un nudo por Joel.

—Joel es muy orgulloso, nunca te pedirá ayuda ni te reconocerá que la necesita —añade James—: Por eso le dije: «Te apuesto lo que quieras a que aprendo español antes que tú lectura labial». Y aceptó sin pensárselo. Nos apuntamos los dos a las dos cosas. La lengua de signos está muy relacionada con la lectura labial, así que también lo aprendimos juntos.

«¿De verdad sabes leer los labios?», le digo sin pronunciar palabra.

—Sé muchas cosas relacionadas con los labios. —Me guiña un ojo.

Mi temperatura corporal aumenta de golpe cuando se inclina y roza mi boca con la suya.

—Debería demostrártelo —me susurra, mezclándose su aliento con el mío.

—¿Ahora?

—Por ejemplo. —Su mirada brilla, traviesa.

—¿Y la cerveza y el zumo? —No los hemos tocado.

—¿Quieres el zumo? —Atrapa mi labio inferior entre los suyos y lo suelta lentamente.

—Oh, sí... Digo, no. —Meneo la cabeza—. No quiero el zumo.

—¿Sabes qué quiero yo? Recuperar el tiempo perdido...

—Oh, sí... —Esta vez mi respuesta es buena.

Capítulo 42

James

Hace tres días que volvimos de Verona y todavía Julia y yo seguimos recuperando el tiempo perdido. He llegado a casa hace veinte minutos, no hemos pasado de las escaleras, ayer nos dio tiempo llegar al sofá...

—Necesito una ducha —anuncia, levantándose de los escalones, radiante y muy satisfecha; me he esmerado, por eso han sido veinte minutos y no diez como ayer—. ¿Vienes?

Estoy sentado en el rellano, con los pantalones en las rodillas y la camisa desabrochada. Creo que podría quedarme dormido tal cual, estoy agotado, está siendo una semana sin parar en la editorial. Aunque también creo que estoy expulsando por fin toda la tensión que he estado acumulando, por eso los últimos días estoy tan cansando.

—Vamos. —Se ríe, tirando de mis brazos.

Un rato después, con la toalla puesta alrededor de mi cintura, me tumbo en la cama y cierro los ojos solo el tiempo que tarde ella en ponerse el camisón.

La alarma del móvil me despierta al día siguiente. Estoy tapado con el edredón y tengo a Julia pegada a mi costado y con una de sus piernas encima de las mías. La luz del amanecer de un cielo encapotado impacta de lleno en su rostro. Sonrío. Verla cada día nada más despertarme es... Es una pasada, como diría ella. Por su ataque epiléptico, no he sido consciente de lo que ahora mismo sí: vivimos juntos.

Observo la habitación. Hay tres marcos pequeños de fotos nuestras de Altea en la pared de enfrente alineados perfectamente con once centímetros exactos de separación entre ellos; una bola de nieve grande, con la Tower Bridge en el interior, se encuentra encima de la cómoda, debajo de las fotos, en el centro; y los cojines que dejamos a los pies de la cama cuando nos vamos a dormir son cinco, todos de rayas anchas azules y blancas, de mayor a menor tamaño. Ha encargado una colcha y unas cortinas azules, y el lunes empezó a remodelar una de las dos habitaciones de invitados para convertirla en su despacho, encargando muebles nuevos; de la otra dice que es preciosa, en tonos tierra y con cama de matrimonio, para sus padres cuando vengan a visitarnos.

Y la casa huele a tazas de leche con cacao y también a café —me compraba un café antes de entrar en la editorial—, a champú de flores, a cenas caseras, a besos de «buenas noches», a sonrisas de «buenos días», a «que tengas un buen día» cuando me voy a trabajar, a «te he echado de menos» cuando vuelvo, a tener un segundo cepillo de dientes en el baño, a despertarme con una manta encima porque me quedé dormido y ella quería que descansara sin pasar frío...

—¿Qué hora es? —pregunta Julia, desperezándose.

—Muy pronto. —La beso en la mejilla, me da la espalda, durmiéndose otra vez, y me levanto para arreglarme.

Hoy va a ser un gran día, elijo un chaleco gris que le encanta a ella cómo me queda, encima de una camisa blanca, unos vaqueros y mis botas sin cordones. Le dejo una nota en la nevera, diciéndole que venga a la editorial, que tengo una sorpresa esperándola.

La sorpresa está entrando en mi despacho cuando llego a McArthur.

—No se abren las cajas hasta que esté Julia aquí —le indico a Emma, sonriendo.

Ella asiente, devolviéndome el gesto.

—¿Son lo que creo que son? —pregunta Jana, tapándose la boca. Joel, detrás, también sonríe.
—Sí.

—¡Ay! —grita, lanzándose al cuello de su chico.

Les pido a los repartidores que dejen las cajas junto a la estantería.

Comenzamos la jornada.

Dos horas después, Emma me anuncia que Julia está subiendo. Entonces, varios empleados se presentan en el despacho; Mary corre hacia Jana, nerviosas las dos por la reacción de su hermana al tener su novela en las manos, los demás aprecian mucho a Julia y todos apoyamos su historia, todos creemos que va a ser un éxito, aunque casi nadie se la haya leído todavía.

Y aparece, sorprendida por la cantidad de gente. Me acerco a ella y le tiendo la mano.

—¿Por qué hay tanta gente aquí? —quiere saber.

Se ríen.

—No quieren perderse el momento —le respondo, conduciéndola hacia las cajas.

—¿Qué momento?

—Tu momento.

La suelto y le entrego un cúter para que las abra. Lo que abre es la boca, adivinando lo que hay en el interior. De repente, se agacha y, con rapidez, raja el celo de una caja. La destapa y... chilla. Se pone en pie, salta sobre sus pies, abriendo y cerrando las manos. Y chilla otra vez cuando coge un ejemplar de su novela en las manos. Jana y Mary se agachan y la abrazan, compartiendo su emoción. Joel, frente a ellas, me guiña un ojo; su sonrisa y la mía son enormes, aunque la mía tiembla. ¡Me tiembla todo!

—¿Qué se siente, Julia? —le pregunta Stephan.

—¡No sé! —exclama entre lágrimas y risas—. ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Me encanta!
¡Joel! —Se tira a él, haciéndole reír—. ¡Tu portada es una pasada así en vivo! ¡Gracias!

«Es un honor haber hecho esta portada», le signa con una mirada de profundo cariño.

Y corre hacia mí, impulsándose. La levanto del suelo, apretándola con fuerza.

—Estás temblando —me susurra cuando la bajo al suelo.

—Un poco, sí. Nunca crear un libro me había hecho tanta ilusión. —Noto cómo me arden las mejillas y veo a Joel hacer una mueca burlona para picarme, lo que provoca que me sonroje más y quiera estrangularlo.

—Oh, James... —Solloza. Se sorbe la nariz en un gesto tan dulcemente infantil que la beso en los labios con una ternura abrumadora—. Sea un éxito o un fracaso, siempre recordaré este momento como uno de los más felices de mi vida, y todo gracias a ti. Tú me has dado mi primera oportunidad sin conocerme de nada. Y luego me conociste y no te importó que tuviera autismo, contigo siento que puedo ser diferente sin sentirme diferente, siendo simplemente yo. —Solloza otra vez—. Te amo mucho mucho. —Se esconde en mi cuello, temblando más que yo.

La acuno entre mis brazos. No puedo hablar ahora mismo, se me han trabado las palabras. Hasta Joel traga saliva.

Todos se acercan y le dan la enhorabuena.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí y no en vuestros puestos de trabajo, que para algo se os paga? —les exige Haley, desde la puerta.

Por muy dispuesta y tranquila que lleve desde que hicimos el trato, sigue siendo Haley.

A regañadientes, se marchan, Jana es la única que se queda, obviamente.

—Felicidades, Julia —le indica el perrito faldero de Haley, Ivy, vistiendo de cuero como cada día—. Son muy bonitos.

—Gracias. —Le sonrío.

—¿Puedes venir conmigo a Web, por favor, Julia? —le pide Haley—. Iba a pedirle a James que te llamara, pero aprovecho que estás aquí. Tenemos que dejar zanjado ya lo que vas a escribir en la web de McArthur, solo quedan tres semanas para que salga tu libro a la venta y había pensado que una presentación escrita por ti antes del lanzamiento sería buena idea.

Asiente. Me da un beso en los labios y se va con ella.

Jana y yo compartimos una mirada de desconfianza al ver que Ivy no se mueve, está ojeando uno de los ejemplares.

—Las solapas son un acierto, así la cubierta no se queda abierta al manipular el libro — comenta. Se gira y me sonrío, mostrando su perfecta e inmaculada dentadura—. Eres un gran director editorial. Será un éxito.

No me lo creo. Sus ojos son demasiado oscuros, y eso que son verdes, pero porque ella es demasiado oscura. Y como la conozco, estoy convencido de que hay un motivo por el que es tan considerada con Julia cuando coinciden, y ahora sus halagos también son por algo.

—Jana, avisa a los de mantenimiento para que bajen las cajas al almacén, por favor.

—Claro. —Sale, cerrando la puerta del despacho con suavidad, dedicándome una última mirada.

Me cruzo de brazos.

—¿Por qué estás en McArthur? —le exijo con una voz afilada.

—Me aburría ser periodista deportiva, coincidí con Haley en una fiesta y me dijo que estaba buscando una mano derecha. —Se encoge de hombros—. Me ofrecí y aceptó. La acompañaré cuando sea dueña de su propia editorial, me gusta este mundo, es bastante más relajado.

Bufo.

—Si tan seguras estáis las dos de que va a montar su propia editorial, ¿por qué hizo ese trato conmigo?

He visto la sonrisa que muestra en su rostro ahora mismo, la vi cuando Harry apareció en mi casa y nos pilló. Se me pone el vello de punta.

—No pretendo nada, James. —Se dirige hacia la puerta—. Una amiga de una amiga me pidió un favor.

—Haley.

Asiente.

—Tú nunca haces nada desinteresadamente, Ivy.

—La verdad es que no. —Suelta una carcajada—. Ese favor me viene muy bien a mí.

—¿Por qué? ¿Qué sacas de todo esto?

Su silencio me pone muy nervioso.

—Adiós, James.

En cuanto me quedo solo, llamo a mi madre al móvil.

—Hola, hijo, ¿qué tal? ¿Han llegado los libros de Julia hoy?

—Sí. —Sonrío, recostándome en mi silla—. Se emocionó.

—Y tú también.

—Pues sí. —Nos reímos.

—Venid esta noche a cenar, lo celebraremos.

—Vale. Mamá. —Me pongo serio.

—¿Qué pasa?

—Tengo que contarte algo.

Ha llegado el momento de que sepa el acuerdo al que llegué con Haley y la presencia de Ivy

en la editorial.

—Me alegro de que te vayas a desvincular de Haley, la verdad, pero haré algunas llamadas —me dice con voz grave.

—¿Por qué? —Frunzo el ceño.

—El padre de Ivy no tiene buena reputación, James. Kimberly —la madre de Haley— le conoce y las pocas veces que le ha mencionado se le ha cambiado la cara, igual que cuando se refiere al idiota de Jeffery, su marido.

—¿A qué te refieres?

—A que no me fío de las intenciones de Haley, pero... —Suspira—. No es mala, James.

—Mamá... —gruño.

—No era mala —se corrige—. Recuerdo que de pequeña siempre quería que le leyera algún cuento cuando venía a la editorial con su madre. —Noto cómo sonrío—. Tú me quitabas libros y los leías por tu cuenta, pero Haley siempre cogía uno y se sentaba en mis piernas para que se lo leyera yo. Luego todo cambió, pero no fue de golpe, sus ojos perdieron el brillo de la inocencia lentamente, James. Cuando quise darme cuenta, Haley escondía en indiferencia y desprecio el maltratado al que la sometía Jeffery.

—Es adulta, mamá. Tiene treinta y tres años, igual que yo.

—Y tú te equivocaste al dejarla al mando durante dos años. Todos somos humanos, hijo, todos cometemos errores.

—Pero yo estoy enmendando mi error, y ella...

—Y ella también —me corta—. Se está volcando en la editorial como tú querías, y te va a vender su parte.

Suspiro con fuerza, recordando lo que Julia me dijo en Verona, que me preocupe de las cosas cuando tenga que hacerlo. Y también me acuerdo de lo que me dijo Joel, que la editorial por fin no es un campo de guerra, cosa que por supuesto agradezco.

—Relájate, cariño —añade mi madre—, y disfruta ahora que puedes.



Al día siguiente, el viernes, pasamos toda la mañana grabando una entrevista con Julia, en Hyde Park. La periodista no es otra que Ivy; por desgracia, el que iba a encargarse, del periódico The Sun, se puso enfermo anoche y como no queríamos perder la oportunidad, a Haley se le ocurrió que le sustituyera su perrito faldero, con el equipo de The Sun, y como Ivy es tan famosa, y periodista, el diario ha accedido.

—Oye, James —me dice Jana, apartándome—, estoy hablando con Dylan por el *booktrailer*. Se me ha ocurrido que podíamos hacer tres vídeos cortos de varias escenas de la historia, de unos quince segundos cada uno, y publicarlos, uno, mañana, otro, el sábado que viene, y otro, el siguiente, y en la presentación, poner el *booktrailer* por primera vez. Habría que cambiar algunas secuencias, para que sean otras diferentes a los vídeos cortos. A Dylan le parece muy bien, ¿y a ti?

—Es buena idea. —Sonrío—. Te gusta esto.

—¿El qué?

—La parte creativa: publicidad, web, redes sociales... El otro día me dijeron Olivia y Dylan que eres muy buena en esto y tienen razón.

—Estoy aprendiendo mucho gracias a ti. —Sonríe con timidez.

—Yo no te he enseñado a tomar decisiones o a pensar por ti misma. —Le guiño un ojo—. Eres buena, Jana. Sé que no te llena editar libros, pero te brillan los ojos cuando hay algo creativo que hacer relacionado con libros. ¿Quieres estar con Dylan los últimos dos meses de tu beca? —le propongo—. Te voy a echar de menos porque me quitas muchos quebraderos de cabeza. —Me río—. Pero creo que serías más feliz con él.

—Has hablado con Joel. —Entorna la mirada, sonriendo.

—No le culpes por preocuparse por ti —le digo con cariño.

Se ruboriza.

Hablé con Joel el lunes, comimos juntos a solas, quería agradecerle que siempre está ahí cuando más le necesito, aunque no me dé cuenta de cuándo le necesito. Y me pidió que estuviera atento a Jana en el trabajo. Me contó el motivo por el que ella había estudiado Lengua y Literatura. Sé que le gusta estar rodeada de libros, pero sí es verdad que esta semana me he fijado en que disfruta de la parte creativa.

—No quiero que te vayas de McArthur cuando acabe tu beca, Jana.

—Yo tampoco quiero irme, me encanta estar en la editorial, pero...

—Editar no es lo tuyo.

Asiente despacio.

—Prueba con Dylan —le propongo—, o con Olivia en el Departamento de Publicidad.

—Me interesa más el de Dylan, me llama la atención todo lo relacionado con el contenido digital. Pero quiero seguir ayudándote con la nueva colección.

—Y lo harás, pero no desde mi despacho.

Me da un abrazo.

—Hemos terminado —anuncia Haley por fin.

Julia se acerca a mí.

—Llegamos tarde. —Arruga la frente, comprobando la hora en su reloj de muñeca—. La entrevista ha durado más de lo esperado.

—Harry no tiene clases los viernes por la tarde. —Entrelazamos las manos—. Le avisé de que podríamos retrasarnos. Jana, ¿te llevamos a algún sitio?

—No. —Señala algo detrás de mí.

Joel, subido en su tabla de *skate*, patina hacia nosotros. Se detiene delante de su novia, la levanta por la cintura, haciéndola reír, muy colorada, y la besa con unas ganas tremendas de comérsela.

«Jefe —me signa él—, es viernes y el sol hasta pica», apunta al cielo despejado.

Miro a Julia, que sonríe pensando lo mismo que yo.

—¿Tarde libre? —propongo.

Las dos hermanas aplauden entusiasmadas.

—Mañana también hará buen día —comenta Jana—, ¿hacemos un picnic los cuatro?

Quedamos en escribirnos luego para concretar y nos marchamos. Harry nos está esperando en la plaza de Leicester Square. Lo del libro en español que no dominaba era una excusa como me imaginé y es la segunda vez que quedamos los tres, la primera fue el mes pasado, pero estaba tan preocupado por la epilepsia de Julia que no disfruté del rato con Harry. Hoy tengo toda la intención de hacerlo. La vida puede cambiar en cualquier momento, no voy a desperdiciar ni uno solo, que venga lo que tenga que venir, estoy preparado.

Capítulo 43

Jana

El lunes traslado mi ordenador y mi mesa al pequeño cubículo que hay junto al despacho de Dylan, solo una planta debajo de la de Joel. Es más un archivo y fotocopidora que otra cosa, pero me gusta, tiene una ventana circular con las mismas vistas que el despacho de James.

—¿Te has instalado ya? —me pregunta Dylan, asomándose desde la puerta.

—Empiezo cuando quieras. —Enciendo el ordenador.

—Selecciona algunos clips para el vídeo que subiremos este sábado y el que viene. El del sábado pasado ya ha superado el millón de visualizaciones. —Sonríe.

—¡Genial! —Mi sonrisa es enorme. Estoy tan ilusionada por la novela de Julia... ¡Qué poco queda!—. Cuando los tenga, te aviso.

—Gracias, Jana.

—Gracias a ti por dejarme aprender contigo.

Hace un ademán, restando importancia. De la edad de Joel, Dylan es muy atractivo, del estilo de James, amable, sincero, discreto, siempre escucha y tiene una paciencia infinita. Vive en la otra punta de la ciudad, pero viene en bici a trabajar, aunque nieve o caiga un aguacero.

Lo que me recuerda que, desde que Joel y yo estamos juntos, no he vuelto a usar mi bici. Sonríe. Ahora venimos patinando cuando no llueve, si no, en metro.

Me hago un *selfie* y se lo envío a Joel. Me contesta enseguida.

Joel: Bonito despacho.

Frunzo el ceño. Qué seco.

Jana: ¿Te pasa algo?

Joel: Nada que ver con el de James.

Se ha tirado todo el fin de semana haciéndome preguntas relacionadas con Dylan. ¿Estará celoso?

Jana: Tienes razón, nada que ver, aquí estoy sola, por ejemplo...

Dos minutos después, tengo a Joel, sofocado por haber subido corriendo por las escaleras, frente a mí, cerrando la puerta tras de sí. Me levanto de la silla y nos besamos a medio camino.

Paro el beso enseguida, apartándome para poder recuperar el aliento, los besos de mi chico *skater* son demasiado intensos, unos pocos segundos y ya me falta el aire y las fuerzas en las piernas.

—Esto no es profesional. ¿Te imaginas que me pille Dylan? —Arqueo las cejas, sonriendo—. Es mi primer día aquí.

«Solo te deseo un muy buen primer día», me signa, inclinándose para besarme otra vez.

Pongo las manos en su pecho.

—Si me besas más —le susurro, con las mariposas recorriendo todo mi cuerpo—, no voy a poder controlarme.

«Eso pretendo, niña *sexy*». Me da un azote en el culo.

Me echo a reír, alejándome hacia mi silla.

Dylan, entonces, llama a la puerta y entra.

—Jana, una cosa... —comienza, pero se detiene—. Hola, Joel.

Él le corresponde con la mano, serios los dos. Es lo único que hacen cuando están presentes, ni siquiera se dirigen una frase en las reuniones en las que coinciden. No me había llamado la atención, hasta hoy.

—Perdonad que os interrumpa, pero necesito que vengas un momento, Jana.

—Joel solo quería desearme un buen primer día aquí.

Dylan sonríe, aunque creo que lo hace con vergüenza, y me indica que me espera en su despacho.

¿Vergüenza?

—¿Qué pasa con Dylan? —le pregunto a Joel—. Hay algo.

«Creo que está enamorado de Emma», me suelta, signando.

—Y Emma lo está de ti. —Afirmo con la cabeza, comprendiendo lo incómoda que ha sido la breve situación de ahora.

«No creo que siga teniendo sentimientos por mí», arruga la frente, «la noto diferente desde que nos incorporamos después de las vacaciones. No me siento incómodo con ella».

—¿Y con Dylan?

«Vino a exigirme explicaciones cuando le pedí a Emma no vernos más, así que mejor voy a evitar venir aquí. Subes a por mí para comer, ¿vale?».

Me quedo más extrañada cuando me da un beso suave en los labios y se va, sin dejarme añadir nada.

Acudo al despacho de Dylan. Es como el de Haley, con sofá incluido, de menor tamaño que el de James, amplio y luminoso.

—No quiero que haya problemas con Joel —le digo con delicadeza—. Puedo volver al despacho de James y trabajar desde allí.

—Lo siento, Jana. —Se levanta de su silla y me indica el sofá, gris y de tres plazas, frente a una mesa baja de cristal, donde hay una bandeja con una jarra de agua y varios vasos. Me sirve uno—. No he querido hacerte sentir incómoda.

—Me ha contado Joel lo que pasó. —Bebo un sorbo—. Pero antes le has mirado con vergüenza. Perdóname, no me incumbe. —Me levanto.

Me sujeta de la muñeca y tira para que vuelva a sentarme.

—Es tu novio, sí te incumbe. —Sonríe—. No te ha dicho lo que le dije, si no, me mirarías mal y, seguramente, estarías recogiendo tus cosas para volver con James.

—No te entiendo.

—Yo sabía que Joel es sordo, Emma me lo contó cuando se acostó con él la primera vez. La última vez que estuvieron juntos, ella se le declaró y Joel decidió que no se vieran más porque no sentía lo mismo por Emma.

—Eso no es malo, todo lo contrario.

—Lo sé, pero yo ya estaba enamorado de Emma. —Sus ojos oscuros se llenan de arrepentimiento—. Verla sufrir por un tío que encima parecía pasar de todo el mundo no me gustó. La siguiente vez que le vi en la editorial —la vergüenza regresa a su rostro—, utilicé su sordera para hacerle daño. Le dije que ojalá se enamorase pronto de alguien para que se diera cuenta de que era un hombre incompleto, y que Emma se merecía muchísimo más.

—¡Dylan! —exclamo, incorporándome—. Me da igual que seas mi jefe... ¡Fuiste un...!

—... cabrón despreciable, sí. —Se inclina sobre las rodillas, con la mirada fija en la jarra de agua.

—¿Le has pedido perdón? —Dejo el vaso y me cruzo de brazos, indignada y dolida. Jamás me hubiera imaginado algo así de Dylan, no da esa impresión. No somos amigos, pero le aprecio.

—Me disculpé cuando todos se enteraron de que es sordo. Me dijo que no le había dicho ninguna mentira, que era un hombre incompleto y que tarde o temprano su sordera se interpondría entre vosotros.

Pero Joel y yo no estábamos juntos cuando todos se enteraron de que es sordo, eran solo rumores. Que ahí él ya sintiera algo por mí me roba una sonrisa y un revuelo en el estómago.

Se me borra la sonrisa. Su sordera nunca se interpondrá entre nosotros. Jamás.

—Bueno, Dylan —me siento de nuevo—, él no se siente cómodo contigo, me ha dicho que no aparecerá por aquí. Y no quiero eso. Como tampoco quiero que tú sigas sintiendo vergüenza y arrepentimiento. Habla con él otra vez.

Asiente, suspirando.

—¿Qué querías de mí? —le pregunto.

—No me acuerdo. —Nos reímos—. Cuando me acuerde, te lo digo.

Regreso a mi cubículo.

Más tarde, Joel y yo vamos con Mary y Stephan al *pub* de enfrente a comer.

Entonces, ella signa muy despacio, dudando:

«Qué poco falta para la presentación de Julia».

Abro la boca, pasmada.

Mary, ruborizada, nos dice:

—Le pedí a Stephan que me enseñara. Tenme un poco de paciencia, Joel. —Suelta una risita nerviosa.

Joel, con manos temblorosas, le signa:

«Gracias por aprender lengua de signos por mí, Mary...»

Me mira. Yo me emociono al ver tanto amor en sus ojos.

—No eres tú quien se tiene que esforzar —niega Mary—, somos los demás. Para los que no tenemos ninguna discapacidad o condición, podemos comunicarnos perfectamente, interactuar sin ningún problema, ir a cualquier sitio, pedir ayuda cuando la necesitemos... Y no me refiero solo a personas sordas, también a Julia. —Me mira—. Tiene que ser muy duro para ella y para ti —mira a Joel— acostumbrarse a vivir en un mundo que no está preparado para gente como vosotros, un mundo que no cumple con todas vuestras necesidades. Y es una pena —arquea las cejas—, el mundo es más bonito porque vosotros estáis en él, hacéis que sea especial, y más fácil —se ríe—, con Julia todo es muy fácil.

—Mary... —pronuncio, con la voz rota. Nos tomamos de la mano por encima de la mesa.

«Gracias a gente como vosotros —signa él, señalándonos a los tres—, elijo este mundo para vivir, y sé que Julia siente lo mismo».

Mary le contesta signando: «Te amo, Joel».

Estallamos los tres en carcajadas.

—¿Qué he dicho?

—«Te amo, Joel» —le respondo, tapándome la boca.

—¡No, no, no! —Se lleva las manos a las mejillas, sonrojada—. Me confundí, quería decir: «Qué bueno eres, Joel». —Hace una mueca—. Yo amo a Stephan, lo siento, Joel, yo...

—¿Me amas? —pronuncia Stephan, atónito.

—Pues claro que te amo. —Frunce el ceño—. ¿Qué clase de pregunta es...?
Él la toma de la nuca y la besa con fuerza, dejándola con los ojos brillando sobremanera.
—Llevo más de tres años deseando oírtelo decir... —Suspira, aliviado, feliz... Muy feliz.
—Siento haber tardado, pero creo que te amo desde que leí tu primer *e-mail*. —Su voz está cargada de tanta emoción que pongo una mano en mi corazón.
Se besan otra vez, más despacio, más tiernos. Qué pareja más bonita...
Mientras comemos, charlamos de todo un poco. Después, Joel me acompaña a mi cubículo.
—Creía que no ibas a aparecer por aquí.
«Dylan me mandó antes un *e-mail*». Enarca una ceja. «¿Tienes algo que ver?».
—¿Yo? —Exagero muchísimo—. No sé de qué me hablas.
Entorna la mirada, yo la desvío para que no me pille, pero me acaricia la barbilla, alzándola para que vuelva a mirarle.
«Practica más, niña mentirosa».
No puedo sonreír, me viene una pregunta a la cabeza que necesito hacerle, pero recuerdo que hace unos meses se la hice y no quiso contestarme.
Dylan toca mi puerta, que está abierta. Joel le sigue a su despacho y se encierran durante unos minutos... ¡eternos!
Me estoy mordiendo la enésima uña cuando se reúne conmigo de nuevo.
«Lo sabes», me signa, serio. «Él te lo ha dicho».
—¿Por qué no me lo contaste todo? —Se me encoge el corazón—. No es verdad, nunca serás un hombre incompleto, mucho menos para mí. Me da igual que seas sordo, Joel, no dudes jamás de esto.
«Me levanto cada día recordando el accidente. Ya no me siento culpable, Jana, pero soy como soy: un jarrón roto».
—Podrías... Yo solo... —balbuceo, más nerviosa—. Yo solo quiero que seas feliz. Y ahora mismo no lo eres. Dylan quiso hacerte daño, no siente lo que te dijo, y tú crees esas horribles palabras, y si las crees, es porque...
«No presiones, Jana, y acepta que un jarrón roto nunca será igual que antes de romperse».
Frunce el ceño. «Tengo que trabajar, nos vemos luego».
Contengo el aliento al verle marcharse dando un portazo. Joder... La he cagado.
Lo confirmo cuando me escribe un mensaje al terminar la jornada avisándome de que se queda con su abuelo hoy, que ya nos veremos mañana en la editorial.
Estoy tan hecha polvo que llamo a mi hermana y le pido cenar juntas en el ático.
—¿Qué pasa, Jana? —se preocupa cuando sale del metro en Little Venice.
—Me apetecía mucho un rato de Yin y Yang. ¿Te importa si damos un paseo antes de cenar? Necesito un poco de aire.
—Hace frío, pero a mí también me apetece. —Se cuelga de mi brazo y comenzamos a caminar por la acera que bordea el canal.
—Julia.
—Dime.
—A ti no te cuesta hablar de tu autismo, pero sí de la epilepsia.
—Las dos cosas forman parte de mí, pero con la epilepsia la gente a la que quiero sufre mucho, por eso prefiero ignorar que existe mientras no tenga una crisis.
—Con las crisis sensoriales no te pasa.
—Solo con la epilepsia. Me duele mucho asumirlo, pero por vosotros, no por mí, al fin y al cabo, yo no me entero ni recuerdo nada.

—Porque te duele mucho asumirlo... —repito en un murmullo—. Creo que Joel no asume su sordera.

—Sí la tiene asumida, desde que habló en lengua de signos en la feria a la que fuimos en Jubilee Gardens y se enteró toda la editorial.

—Le pregunté una vez si no oía porque no podía o porque no quería, y no quiso contestarme. —Se me forma un nudo en la garganta.

—No quiere. —Me mira con tristeza—. James me lo dijo. Joel no quiere oír porque su familia murió en el accidente. Una penitencia, así lo siente. Y las pocas veces que James le ha sacado el tema, han terminado discutiendo.

—Hoy me ha dicho que ya no se siente culpable, pero que sí se siente un hombre incompleto, Julia, dice que es un jarrón roto. Yo creo que, si se siente así, es porque quiere oír, pero no siente que se lo merezca. Y eso no es así, claro que se lo merece. Él sobrevivió al accidente, por algo será... —Las lágrimas acuden a mí, dispuestas a empaparme la cara, intento retenerlas todo lo posible—. Le he presionado, Julia, y no ha querido verme después, está con su abuelo.

—Creo que todos somos un jarrón roto. —Rodea mis hombros, frotándome el brazo al notarme temblar, pero no es por el frío...—. James tiene cicatrices en las muñecas y un pasado malo que jamás olvidará, pero puede hablar de ello tranquilamente, como me pasa a mí con mi autismo. Joel tiene asumido que es sordo, pero todavía no está preparado para volver a escuchar, y quizás nunca lo esté, o quizás sí. Todos tenemos heridas, algunas son tan profundas que cuesta que cicatricen.

—Me dijo... —Agacho la cabeza—. Me dijo una vez que quería escucharme, que se imaginaba cómo era mi voz... —Se me caen las lágrimas.

Nos desviamos hacia la parada del *waterbus*.

—Jana, dejaste de llevar los auriculares por mí. —Me seca el rostro con mucha ternura—. Los llevabas por miedo a que me pasara algo. —Pagamos los pasajes y nos sentamos en la zona cubierta—. Joel también los llevaba por miedo a tener que explicar que era sordo y, supongo, recordar que se quedó sin su familia por el accidente. Pero ese miedo lo habéis ido superando poco a poco. —Sonríe—. Ninguno de los dos lleváis auriculares desde hace meses. —Me retira el pelo detrás de las orejas—. Joel necesita más tiempo para dejar de sentirse incompleto. Sigue haciendo lo que estás haciendo.

—No estoy haciendo nada...

—Claro que sí, Yang. —Me abraza con cariño—. James me dijo que Joel nunca ha querido volver a oír, pero a ti sí quiere oírte. Claro que estás haciendo, y mucho. —Se levanta y tira de mis manos—. Hemos llegado a tu parada.

Salimos del *waterbus*: estamos en Camden.

—Mamá me dijo que lo que hace que el amor merezca la pena es poder levantarnos en los peores momentos porque hay alguien que nos impulsa a hacerlo. Tú eres ese alguien para Joel. Hoy, él te necesita más que nunca, aunque ni siquiera lo sepa.

—Me da miedo que no quiera verme... Me da miedo hacerle sentir peor...

—Solo lo sabrás si lo intentas.

Cojo aire y lo expulso con fuerza. Allá vamos.

Capítulo 44

Joel

Tumbado en la cama, en calzoncillos, tengo los ojos cerrados, pero siento una vibración en los oídos antes de que la puerta de mi habitación se abra.

—Vístete —gruñe mi abuelo.

Sé que Jana está aquí, pero él no se mueve de la entrada hasta que me pongo un pantalón negro de chándal y una camiseta blanca, que encuentro tirados en la silla del escritorio. Despliego mis brazos, a regañadientes. Mi abuelo, entonces, se da la vuelta y se marcha, permitiendo que ella pase.

Se retuerce las manos en el regazo, tiene los hombros hundidos y me mira con miedo.

Aprieto la mandíbula y le tiendo la mano. Jana la acepta, dubitativa. Tiro de ella y la abrazo con fuerza. Suspira, temblando. La vibración en mis oídos es tan intensa que me pican los ojos y la garganta.

—Lo siento —me dice, separándose para que pueda leerle los labios—. Siento...

Niego con la cabeza, sentándome en el borde de la cama.

«Soy yo quien lo siente, no has hecho nada malo», le signo, abatido. «Soy yo el...».

—¡No! —Retrocede—. ¡Eres perfecto siendo el jarrón roto que eres! ¿Y sabes qué? ¡Que todos estamos rotos, de una manera o de otra, me lo ha dicho mi hermana y tiene razón! ¡Mírame a mí! —Se golpea el pecho—. ¡He sido una cobarde y una miedosa toda mi vida! —Está muy colorada, hay dolor y tristeza en sus ojos—. ¡Pero me cogiste en brazos cuando me torcí el tobillo y empecé a conocerme! ¡Tú lo lograste! ¡Tú lograste que dejara de llevar auriculares por mi hermana! ¡Tú lograste que me diera cuenta de que necesitaba encontrar mi propia vida! ¡Y en esa vida te quiero a ti conmigo! ¡Y me da igual que seas sordo, ciego o seas paralítico, joder! ¡Lo que no me da igual es que creas que te falta algo, que eres incompleto, porque no lo eres! ¡Y siento decirte esto, pero si sobreviviste al accidente es porque no era tu momento de irte de este mundo!

Trago saliva con esfuerzo.

Jana se sienta a mi lado y añade, más calmada:

—Y también me da igual que quieras oír o no, lo único que me importa es que seas feliz con lo que decidas y cuando lo decidas.

«No puedo...», le signo, temblando.

—Vale, no pasa nada. Yo no necesito que oigas, solo... —Se le acelera y entrecorta la respiración—. Solo necesito ser la única con la que sientes vibraciones. —Alarga una mano y la apoya en mi pecho; mi corazón late tan fuerte y rápido que se asombra.

«Eres la única y esto solo lo provocas tú», le signo despacio, antes de cogerla por la cintura y sentarla en mi regazo.

Se quita las zapatillas y se hace un ovillo. La acuno entre mis brazos.

«Quiero quedarme contigo», me signa ella ahora.

La beso en el pelo y nos tumbamos. Se queda dormida enseguida.

Mi abuelo aparece minutos después. Estaba enfadado conmigo porque llegué a casa tan cabreado que le grité que me dejara en paz cuando me preguntó dónde estaba Jana, pero ya no, asiente aliviado, cerrando la puerta tras de sí.

Intento estar bien al día siguiente.

Y al otro.

Y al otro...

Pero cada vez me siento peor. Entro en un bucle. Los últimos diez años de mi vida han sido los peores. Pero conocí a James y empecé a salir de la oscuridad, aunque nunca he logrado salir del todo, ahora estoy más metido que nunca... Después conocí a Mike y venderle diseños míos para tatuajes consiguió que desconectara a ratos. Luego conocí a Jana y todo parecía mejorar, recuperé la ilusión por vivir, pero ya son varias veces las que siento que no soy lo suficientemente bueno para ella.

No puedo dejar que cuide de mí, ni quiero. La amo con toda mi alma, si es que tengo alma... Maté a mi familia y a Jana la estoy condenando a una vida que es justo la que no necesita, demasiado tiempo ha estado poniendo a los demás por delante de ella. No más. No más por mi culpa.

Soy un puto cobarde de mierda, podría operarme, como hizo Luke, el mago de Covent Garden, o ponerme unos audífonos. Podría acudir a un otorrino y recuperar audición para no ser la carga que sé que seré en algún momento para Jana, pero hablar con Dylan, recordar que soy un hombre incompleto, ha provocado que me retraiga. Iba conduciendo el coche, tengo las manos manchadas de la sangre de las personas que más quería en el mundo, no merezco volver a oír, y Jana no se merece a un cobarde a su lado.



Una semana después, a dos días de la presentación de Julia, acompaño a Jana a ver a Mike, quiere vender tres chapas más para hacerle un buen regalo a su hermana por la publicación de su novela; varios regalos, en realidad. Sé cuáles son y sé lo que cuestan, así que mi amigo le ofrece cinco mil libras; quiero que le sobre, que se compre algún capricho para ella, o que lo ahorre, lo que prefiera, pero que esté un tiempo sin agobios.

Algún día se enterará de que el dinero es mío y de que sus chapas las guardo a buen recaudo en mi armario. O quizás jamás se lo diga. De momento, Mike y yo continuamos actuando para que no se dé cuenta. Desde el principio, sentía lo importantes que son esas chapas, las lágrimas de Jana cuando vende una, hoy también —aunque las de hoy son diferentes—, no se pueden fingir.

Creo que las chapas ya no son la excusa para mantener a su familia unida, eso lo ha superado, el significado ha cambiado porque ella ha cambiado, ahora no se quiere desprender de las chapas porque sería decir adiós al pasado; es tan sentida que todas sus pertenencias son pequeños tesoros de incalculable valor, todos tienen un significado, todos son importantes para Jana. Mierda... Cómo no voy a estar tan loco por ella...

No es la misma chica a la que cuidé cuando se torció el tobillo, ya no hay dolor ni inseguridad en su corazón, salvo cuando me mira... No estoy igual con ella, los besos son mecánicos, las preguntas, de cortesía, y, a pesar de dormir juntos, ni siquiera nos tocamos. Además, procuro no estar a solas, nos he autoinvitado a cenar en casa de James y Julia día sí y día también, y el fin de semana pasado quedamos con Mary y Stephan.

—Me voy a casa a limpiar —me anuncia Jana, secándose las lágrimas, con el móvil en la mano—. Mi tío Carlos se ha caído y se ha roto una pierna, le están operando ahora, me acaba de escribir mi madre, ni él ni sus hijos vienen a la presentación, mis primos se quedan cuidándole

para que mi tía Gabriela sí pueda venir —sonríe—; ha cancelado el hotel, se queda conmigo en el ático.

Asiento. Está lloviendo y hace mucho frío, la acompaño en metro. En el portal, le doy un beso en los labios, breve, un escaso roce, y nos despedimos hasta mañana.

Y el bucle en el que estoy estalla por la noche cuando me meto en la cama, solo, sin ella. Doy vueltas y más vueltas, con un nudo en el pecho que crece sin parar.

El nudo disminuye cuando llego a la editorial, me tranquiliza un poco saber que Jana está en el mismo edificio que yo. Sin embargo, no voy a verla, no le escribo un mensaje de «buenos días», ni le pregunto si necesita ayuda o que le acompañe al aeropuerto luego. Y no lo hago porque siento tanta vergüenza de mí mismo por huir de lo más bonito que me ha pasado en la vida, siento tanta decepción de mí mismo porque sé que estoy jodiendo lo mejor que me ha pasado en la vida, que no me atrevo a cruzarme con Jana.

Y, en lugar de trabajar, pierdo el tiempo: dibujo a mi superheroína una y otra vez, arranco hojas y más hojas, no me convence nada, no soy capaz de retratarla como se merece, no puedo, no me sale perfecta... Frustrado, tiro el cuaderno a una papelera.

Alguien me toca el hombro cuando mis compañeros están recogiendo para irse a comer. Es James.

«Ven a mi despacho», me signa, muy serio. «Tenemos que hablar».

Niego con la cabeza.

«Tengo algo que hacer», le signo yo, poniéndome el abrigo.

Me agarra del brazo, frenándome. Espera a que no haya nadie salvo él y yo y me dice:

—No tiene la culpa de tus mierdas. Le estás haciendo daño.

Se me acelera el corazón.

«No te metas», le signo con brusquedad.

—Jana es como mi hermana pequeña y tú eres mi mejor amigo, por supuesto que me meto. —Nos retamos con la mirada—. O la dejas o luchas por ella, pero espabila de una puta vez. Y actúa mejor esta noche cuando cenemos con su familia, o Tiago te agarrará de las pelotas y te mandará a Altea a pescar, y, por desgracia para mí porque ahora mismo no te soporto, yo voy en el *pack* y no me apetece oler a pescado durante un mes, ¿entendido?

Por primera vez en las últimas dos semanas, estallo en carcajadas. James no quiere, pero no puede evitarlo, se contagia y acabamos los dos llorando de la risa.

—Te echaba de menos —se apoya en mi mesa, yo me quedo de pie—, y tu chica, ni te cuento... Julia está muy preocupada, dice que nunca la había visto así, tan apagada.

Me masajeo el pecho al notar el nudo de ansiedad.

—Joel —añade, incorporándose—, como sigas así, te arrepentirás cuando sea demasiado tarde.

Le doy una palmada en el hombro, agradezco que esté ahí, pero es mi guerra. Me marchó.

Me dirijo a Oxford Street, esquina con Regent Street, directo a la tienda donde el otro día vio un vestido que le encantó y que, por el precio, ni siquiera se lo probó. Lo compro de su talla, junto con unas zapatillas a juego sin cordones.

—Esto le quedaría muy bien a su novia. —La dependienta me muestra una fina diadema de terciopelo trenzada, combinando con todo.

Asiento, sonriendo.

Con el pulso acelerado, vuelvo a la editorial. A su nuevo lugar de trabajo.

La puerta está abierta: Jana está sola, frente a la pantalla del ordenador.

—Hola.

Da un respingo por mi voz. Me mira. Sus mejillas adquieren un tono rojizo muy intenso. Sus ojos brillan sobremanera al fijarse en la bolsa que llevo en la mano. Se levanta.

—¿Es para mí? —La señala con el dedo.

Se la tiendo.

Sus manos tiemblan cuando saca el vestido, las zapatillas y la diadema.

«Para mañana», le signo despacio, con el corazón en la garganta. Nunca había estado tan nervioso en mi vida.

—Gra... gracias... —Se esfuerza en mirarme—. Es todo precioso... —Traga saliva—. ¿Vas a... venir luego a cenar con mi familia? Será en casa de los padres de James, van a conocerse. — Dibuja una pequeña sonrisa—. El domingo comemos con tu abuelo, ¿se lo has dicho ya?

No, no me hablo con él desde hace días, pero asiento, no quiero hacerla sufrir más.

«Iré a casa a cambiarme antes de la cena —le signo—, ¿te paso a buscar para ir juntos?».

Alguien enciende y apaga las luces.

Me doy la vuelta y veo a James con el abrigo puesto.

—¿Estás lista, Jana? —le pregunta—. Es viernes, habrá bastante tráfico hoy.

—Voy. —Apaga el ordenador y añade hacia mí—: Vamos a por Julia y luego al aeropuerto. ¿Quedamos a las seis y media en mi casa? La cena es a las siete.

Le digo adiós con la mano. Él me dedica una mirada de advertencia por la conversación de antes.

Horas después, entro en mi casa.

—¡Por fin te veo la cara! —exclama mi abuelo, interponiéndose en mi camino, en el pasillo.

«Tengo cena con la familia de Jana, ya me echarás la bronca otro día, viejo», le signo y le rodeo.

Pero me sujeta del brazo.

—¿Desde cuándo me faltas al respeto?

Cierro los ojos, hundiendo los hombros.

«Lo siento, abuelo...», le signo despacio, derrotado. Estoy cansado... No hago otra cosa que joderla con todo el mundo.

—Llevas dos semanas como si fueras una sombra, apenas te he visto y, lo poco que hemos coincidido, has estado callado y amargado. —Chasquea la lengua—. Desde que Jana y tú estáis juntos, creí que había recuperado a mi nieto —se emociona, obligándose a no llorar—, pero te he vuelto a perder, Joel, estás igual que hace diez años.

A mí se me caen las lágrimas, me importa una puta mierda no poder controlarme ya.

—Tienes que superarlo, hijo. —Pone una mano en mi brazo—. Tus padres y tu hermana no querían ver cómo sigues castigándote después de tanto tiempo. Perdí a mi hija, a mi nieta y a mi yerno, no fuiste el único que sufrió, no eres el único que les sigue echando de menos, pero sí eres el único que continúa estancado y torturándose sin motivo. —Se inclina, rabioso—. ¿No es suficiente castigo que te hayas quedado sordo?

«Tenía que haber muerto también», mis manos se mueven a golpes rápidos y secos.

—Eres un egoísta. —Hace una mueca—. Te torturas, pero no te das cuenta de que me torturas a mí también. ¿En algún momento en estos diez años has pensado en mí?

Entreabro la boca, atónito por sus palabras.

—Si tú también te hubieras muerto en ese accidente, yo no estaría aquí ahora mismo, seguramente, me hubiera quitado la vida. —Su semblante es duro y su mirada vidriosa está cargada de tanto dolor que me falta el aire—. Perdí a mi mujer cuando dio a luz, crie a tu madre completamente solo, y sin poder llorar por la muerte de tu abuela porque tenía un bebé que

dependía de mí, luego perdí a mi única hija cuando le quedaba tanto por vivir... y te cuidé no como un nieto, sino como mi propio hijo. Dime, Joel, ¿crees que merezco verte sufrir? ¿No crees que ya has sufrido demasiado? ¿No crees que yo ya he sufrido demasiado? ¿Y Jana?

—Abuelo... —Me dejo caer en la pared.

—Ay, hijo... —Suspira—. Si alguien se merece ser feliz más que nadie, ese eres tú. Cuándo te darás cuenta... —Menea la cabeza, abatido—. Si no quieres hacerlo ni por ti ni por mí, al menos hazlo por esa chica que tanto te ama.

«No puede amarme, abuelo, tengo las manos manchadas de sangre».

Frunce el ceño, enfadado.

—¿Tú de verdad solo te quedaste sordo? Porque estás ciego, Joel, pero completamente ciego si crees que a Jana no le importas. —Me da un coscorrón.

«No quiero ser una carga para ella...».

—Ya es suficiente. Han pasado diez años, pasa página o rompe con Jana. Yo ya estoy acostumbrado a verte sufrir, pero ella lleva toda su vida viendo sufrir a sus padres por la condición de su hermana, porque tener un hijo con necesidades especiales tiene que ser durísimo. ¿Y la epilepsia también de su hermana? Y habrá tenido que defenderla de continuas burlas e insultos por tener autismo, que el mundo es cruel, Joel, lo sabes. Si no eres capaz de intentar ser mejor por ella, es que eres tú quien no la ama lo suficiente. Y si la amas, haz algo al respecto y enfréntate de una vez a ese miedo que te bloquea desde el accidente: seguir adelante.

Entro en mi habitación y le doy una fuerte patada a la mesa, odiándome por ser tan cobarde. Grito. Con todas mis ganas. Doy otra patada.

El escritorio se tambalea hacia la cama y uno de los cajones se abre, asomándose un libro que reconozco de inmediato. Me agacho y lo cojo. Es uno de los cómics de mi padre de *Las aventuras de Daisy y Joel por el mundo*, el de la búsqueda del tesoro por Inglaterra. El favorito de Jana...

Claro que la amo... Aprieto la mandíbula. Jana se merece que dé lo mejor de mí por ella. Y no quiero seguir así, no quiero dudar de mí cada vez que algo me recuerde el accidente. ¿Y si sobreviví porque la vida me tenía reservada a Jana? Ella tiene razón: no era mi momento... ¡Y no quiero perder a mi niña!

Después de la presentación, haré una llamada, necesitaré a James. Mi abuelo también tiene razón, si de verdad la amo, tengo que seguir adelante de una vez.

Me ducho con rapidez y me arreglo con una camisa negra y unos vaqueros que no he estrenado todavía. Hasta me peino con ese desaliño hacia arriba que tanto le gusta a mi niña. Me pongo unas botas cortas de finos cordones y mi abrigo más formal, uno que me llega a las rodillas y es entallado.

«El domingo comemos con su familia, quieren conocerte», le signo a mi abuelo.

Él sonríe, asintiendo, y me dice adiós con la mano.

Cuando Jana me abre la puerta del ático, quiero golpearle en la cabeza por la tristeza que hay en sus ojos, pero, en lugar de eso, lo que hago es acortar la distancia entre los dos, tomarla de la nuca y besarla. De verdad, no como los últimos días.

—Te amo, Jana. Perdóname, por favor...

Sí, lo he pronunciado en voz alta, seguramente, entrecortado y gritando.

—Ay, Joel... —Se le escapa un sollozo—. Yo también te amo...

Sonrío. Claro que seguiré adelante, con un poco de ayuda, eso sí, pero lo haré.

Por Ella.

Capítulo 45

Julia

Ha llegado el día. Hoy es sábado, 5 de noviembre, día imborrable en el calendario de mi vida. Apenas he dormido de los nervios. En mi cabeza suena *Libertad*, de Nil Moliner, hasta me muevo al ritmo, con el corazón a punto de reventar de las intensas emociones que me dominan.

Aguanto en la cama hasta que huelo a tortitas con Nutella. ¡OMG!

—James, despierta.

Se sobresalta.

—¿Qué pasa?

—¡Papá está haciendo mi desayuno favorito! ¡Vamos! —Corro al piso de abajo, donde está mi madre colocando la mesa y mi padre sirviendo tortitas en cuatro platos—. ¡Hoy es el día! ¡Hoy es el día!

Tienen el pijama puesto, igual que yo. Me lanzo a los brazos de los dos.

—¡Cuántas tortitas!

—Vienen todos a desayunar —me indica papá, apretujándome hasta hacerme reír.

Justo llaman al timbre un instante después. También corro. Son Jana y la tía Gabriela. Las aprieto con fuerza, entre risas por parte de ellas.

—Mi chiquita hermosa —me dice la tía, con ese acento peruano que no ha perdido, a pesar de que vive en España desde hace veinte años—, qué orgullosa estoy de ti.

Es preciosa, la quiero tanto... Es con la que me encuentro más a gusto, desde bien pequeña. La tía Gabriela tiene una sensibilidad muy especial y trabajaba con niños con autismo cuando vivía en Perú; mamá siempre dice que, gracias a ella, yo comencé a avanzar más rápido, era como tener una pedagoga particular las veinticuatro horas del día conmigo. Y mi perfecta dentadura se la debo también a ella al ser odontóloga pediátrica.

—¡Hoy es el día!

—¡Y va a ser inolvidable! —Jana grita, tan emocionada como yo.

La agarro del brazo y me la llevo al salón. La abrazo otra vez.

—No sabes lo feliz que me hace verte bien por fin... —le susurro, tomándola de los hombros.

—Joel y yo tenemos que hablar, ayer no nos dio tiempo a nada con la cena, y que la tía duerme conmigo. —Se ríe—. Pero, Julia, me dijo esas dos palabras tan especiales... Te juro que todavía siento que estoy flotando... Apareció en casa para ir juntos a la cena, me dio un beso de película y me dijo «te amo»... —Suspira sonoramente.

—Ay, Jana... —La aprieto de nuevo—. Le diré a la tía Gabriela que duerma esta noche aquí, ¿vale? Joel y tú necesitáis tiempo a solas, hablar y quereros mucho. Si Joel recupera el tiempo contigo igual que James conmigo... —resoplo, de repente, acalorada—, esta noche no duermes y mañana te dolerá todo el cuerpo, pero, tranquila, es el mejor dolor del mundo.

—¡Julia!

Rompemos a reír, ruborizadas las dos.

—Oye —me dice, sacando un sobre del bolso—, tengo varias sorpresas para ti, esta es la primera.

Rompo el sobre por las prisas y saco una tarjeta que tiene el logotipo de un salón de belleza en pleno centro de Londres.

—He reservado para todas y he avisado que necesitamos privacidad.

—¡Mamá! —grito, corriendo otra vez a la cocina—. ¡Jana ha reservado en un salón de belleza para todas!

Mamá y la tía chillan de ilusión.

James aparece vestido con zapatillas, vaqueros claros y una camiseta blanca de manga larga y botones en el cuello que me encanta de lo bien que le queda; su pelo está húmedo por la ducha. Le doy un beso, muy contenta.

El timbre suena otra vez. Son la tía Carolina, el tío Andrés y los primos, a los que abrazo como si hiciera siglos que no los veo, ¡pero es que estoy emocionada! Salto sobre mis pies sin parar.

—¿Y qué haremos nosotros mientras a vosotras os tratan como reinas toda la mañana? —pregunta Benjamín, haciendo una mueca—. Hace un frío que te cagas en Londres.

—Podéis entrar en calor jugando al *rugby* —propongo, sonriendo a James.

Él asiente con una enorme sonrisa.

—Avisaré a los antisociales, por si les apetece mover el partido de mañana a hoy. —Ojea su móvil—. Joel está de camino, me acaba de escribir.

Le quito el teléfono y pongo *Singles ladies* en YouTube a todo volumen.

—¡Vamos, hermanas! —animo a mi hermana y a mi prima.

Nos colocamos en línea, yo en medio, y hacemos la coreografía, cantándola bien alto. Las tías y mamá se nos unen, aunque no se la sepan, y acabamos en un abrazo común y muchas carcajadas.

Una hora más tarde, nos ponemos los abrigos para irnos al salón de belleza.

—Jana —tiro de ella, separándola de Joel, que se estaban besando en el salón a escondidas de papá—, venga, nos vamos, luego te lo comes entero.

Él la mira como si la estuviera devorando ya, arrancando risas a las demás.

—¿Y mi beso de despedida? —me pregunta James, sujetando la puerta abierta de casa.

Me río cuando hace un puchero y me arrojo a su cuello, de puntillas.

—Pasadlo genial —nos dedica.

—¡Hoy es el día! —repito, gritando, robándoles a todos más carcajadas.

Pasamos la mañana entera en el salón de belleza, hasta comemos allí. Nos dan un masaje corporal y otro facial a cada una, una limpieza facial, manicura, peluquería y maquillaje. Estamos relajadas, preciosas y felices cuando salimos de allí.

Al regresar a casa, James y Joel no están.

—Tenían que ir a un sitio —nos explica mamá—, a dos sitios —se corrige—, quizás tarden un poco.

—Quedan tres horas para la presentación —le digo a mi hermana—, ¿vamos al ático y cogemos todo lo que necesites para arreglarte aquí?

—Vale.

La tía Gabriela se viene con nosotras a por su maleta; no ha hecho falta convencerla para que hoy duerma en mi casa, ella sola se ha ofrecido cuando Jana, en el salón de belleza, les ha contado lo que le ha pasado con Joel.

El día está siendo ya inolvidable...

Cuando nos vamos a vestir, pongo *Nocheochentera*, de Vicco, en el móvil. Y, como James todavía no ha vuelto, lo hacemos en mi habitación.

—¡OMG! —exclamo al ver a mi hermana salir del baño, impresionantemente guapa.

El vestido que cubre su cuerpo es de terciopelo negro, por la mitad de los muslos, y tiene una

sobrefalda violeta, a juego con unos apliques en los hombros; las medias son negras con algún roto estratégico, las zapatillas, de su estilo, y se ha recogido el pelo en un moño bajo y desenfadado que, con la diadema, está tan dulce que se me escapan las lágrimas.

—Estás tan guapa, Yang...

—Quizás me he pasado —dice, ruborizada—, pero hoy es uno de los días más importantes de mi vida, Julia, no solo de la tuya. —Su mirada vidriosa impacta en mi alma—. Oficialmente, hoy te has convertido en escritora de cara al mundo. Siempre supiste lo que querías y hoy empieza tu larguísima carrera, y esta historia será un éxito, lo sé, porque la has escrito tú, y tú escribes como mamá, siempre desde el corazón, y tienes el corazón más puro que existirá jamás. Te quiero tanto, Yin...

Asiento, incapaz de hablar, no paro de llorar... La abrazo con fuerza, temblando las dos.

—Gracias por elegir Londres —le susurro en un hilo de voz—. Nada de esto estaría pasando si hubieras aceptado las prácticas en Madrid y no aquí. No hubieras conocido a Joel, ni yo a James. No estaríamos viviendo la mejor etapa de nuestra vida, Jana. —Sonreímos entre lágrimas—. Y siento que acabamos de empezar el resto de nuestra vida.

—Juntas. —Le tiemblan los labios.

—Siempre juntas. —Sonrío, acariciándole las manos.

—¿Qué haces todavía en ropa interior, hija? —inquieta mamá, desde la puerta.

Nos miramos y corremos hacia ella.

—Ay, mis niñas... —Nos toma de la mejilla a cada una—. Os dije que Londres era especial.

Y tanto...

Es mi turno. Me compré un vestido para la presentación. Es de estilo *boho chic*, de color rosa viejo, corte *midi*, muy romántico, fluido y fruncido en la cintura y en las muñecas. Es tan suave y me siento tan cómoda y elegante con él que grito de ilusión por enésima vez hoy cuando salgo del baño y los ojos de mamá y Jana brillan al verme. También llevo diadema, de esas que tienen un nudo en el centro, a juego, y con mi pelo liso retirado hacia atrás. Por último, he cambiado las Converse por unas botas planas, de ante y del mismo color que el vestido, me apetecía algo distinto.

—Dios, Julia... —pronuncia James desde el pasillo.

—¿Te gusta? —Me sujeto la falda y doy una vuelta sobre mis pies.

—Estás... —Traga saliva—. Estás tan bonita...

Las cosquillas recorren todo mi cuerpo.

—Vaya horas, James —le regaña mamá, sonriendo—, date prisa o llegamos tarde.

Él da un respingo, como si acabara de despertarse, y se apresura en meterse en el baño.

Ellas se marchan y yo le espero sentada en el borde de la cama. Escucho la ducha. Tres minutos exactos después, sale con una toalla enrollada en la cintura. Abre el armario, ajeno a mí, se quita la toalla y elige la ropa que va a ponerse con rapidez: vaqueros, camisa, chaleco...

La visión de sus piernas, su culo y su espalda logran que casi me olvide de la presentación, papá me lo recuerda al tocar la puerta de la habitación.

—¡Acaba de llegar el taxi!

—Mierda... —masculla James, vistiéndose a una velocidad supersónica. Me tiende la mano, sonriendo—. ¿Preparada? —Su móvil suena—. Espera. Es Haley. —Descuelga—. Ya salimos. —Frunce el ceño—. No me grites. Que ya salimos, te he dicho. —Cuelga—. Creo que está más nerviosa que tú. —Menea la cabeza, resoplando.

Me río. Haley tiene una lengua muy larga, como diría mamá, pero, desde septiembre que empezó a involucrarse con mi novela, creo que ha cambiado, al menos conmigo y con James.

No han vuelto a discutir y se ha preocupado en cada sesión de fotos, vídeos o entrevistas de que yo estuviera a gusto. A Ivy la ignoro todo lo que puedo, me trata bien y a James no se acerca salvo lo imprescindible, pero soy leal y Harry es mi amigo, a esa mujer la quiero lejos de nuestras vidas.

—Vamos, pequeña. —Se guarda una caja negra, ovalada y pequeña en el bolsillo del abrigo, y me tiende la mano.

Bajamos al piso inferior, donde están Joel y Jana, esperándonos. Él también se ha arreglado para la ocasión, con un abrigo que le sienta como un guante, con el cuello rígido y entallado, y unos zapatos con cordones finos en lugar de zapatillas. Me hace tanta ilusión que le doy un abrazo enorme.

«¡Estás guapísimo!», le signo.

Joel hace una pequeña reverencia, robándonos una carcajada.

Los cuatro salimos del garaje en el todoterreno y, delante del taxi donde van mis padres y mi tía Gabriela, todos increíblemente guapos, nos dirigimos a la librería Alicia Through the Looking Glass, ubicada entre Leicester Square y Covent Garden. Aparcamos cerca. Es de noche ya, hasta las luces de Londres son maravillosas hoy.

Antes de entrar en la calle de la librería, la Cecil Court, vemos una fila muy larga pegada a los edificios.

—Mira, mira, es ella... —dice alguien.

—Qué guapa es... —dice otro.

—No se le nota nada... —dice otro más.

Frunzo el ceño. ¿De quién hablarán?

Pero, a medida que nos acercamos a la librería, me doy cuenta de que la cola es por mí... Me quedo paralizada en la puerta. Hay tanta gente que es imposible pasar. James, preocupado, me aprieta la mano.

—¿Estás bien?

—Sí, sí...

Estoy... ¡conmocionada! ¿Toda esta gente está aquí por mí?

Gracias a James y Joel, logramos entrar.

—¡Por fin! —exclama Haley, enfadada—. Esto pasa por elegir una librería tan pequeña... ¡No caben más de treinta personas y bien pegadas! Solo están dentro los periodistas, después, en la firma de libros, se quedarán los fotógrafos y los cámaras para inmortalizar ese momento. ¡Qué desastre! —Se aleja con Ivy pisándole los talones.

Han dispuesto una mesa al fondo con tres micrófonos y tres sillas, para Haley, para James y para mí. Hay ejemplares míos colocados por todas partes.

—Hola a todos —pronuncia Haley a través de uno de los micrófonos—. Bienvenidos. —Muestra su perfecta sonrisa—. Lamento que no podáis estar todos dentro, pero lo haremos por turnos, ¿de acuerdo? —La gente de la fila se amontona en el escaparate—. Vamos a empezar ya. ¿Julia, por favor?

Mamá y papá me dan un beso, deseándome ánimos. Yo no puedo sonreír ahora, nunca he estado tan nerviosa, es como si fuera un volcán a punto de explotar. El problema es que no sé si la explosión va a ser buena. Me he quedado en blanco, literalmente, no veo nada. Y me asusto al notar el ruido demasiado atronador en mis oídos.

Entonces, alguien me coloca unos auriculares inalámbricos en los oídos y comienzo a escuchar... ¿una canción de Frozen? Arrugo la frente.

Mi vista se vuelve nítida: James está frente a mí, sonriendo, con su móvil en la mano,

encendido en la aplicación de YouTube.

Me quito los auriculares, negando con la cabeza. Los mete en la caja negra que se guardó en el abrigo estando en casa.

—Ya no te gusta Frozen —comenta, divertido.

—Frozen siempre me gustará, pero desde que te conocí, en mi cabeza suenan otras canciones.

—¿De qué tipo?

—Según el momento.

—¿Suena alguna en tu cabeza ahora? —Es tan especial el brillo de sus ojos...

—*Cheerleader*, de Omi.

—¿Soy tu animadora? —Se ríe, encantado.

Asiento lentamente, con la mirada perdida, percatándome de que he logrado terminar por mí misma una crisis sensorial...

De repente, siento un montón de cosas, todas buenas, ¡maravillosas! ¡Es una pasada lo que acaba de ocurrir! Lo que acabo de conseguir... Dios mío...

—He sido consciente de lo que me estaba pasando... He podido frenarme... —Se me caen las lágrimas. Me toco la cara—. ¡Son lágrimas buenas!

—Julia... —pronuncian Jana y mis padres, emocionados al darse cuenta también.

—Siento interrumpir este momento tan... bonito —Haley rechina los dientes—, pero hay que empezar ya, y cuando digo ya, es ya.

—Claro, perdona, Haley. Es que...

—Por favor —me corta, tirante.

—¿Estás bien? —me preocupo. James tenía razón, está más nerviosa que yo.

—Perfectamente. —Sonríe, pero no parece contenta, es como si estuviera alerta, porque su mirada viaja de los periodistas a nosotros constantemente.

—Vamos, Julia —me dice Ivy, señalándome las tres sillas.

James, Haley y yo nos sentamos junto a los micrófonos, yo en el medio y él a mi derecha.

—Con todos ustedes —inicia ella—, James McArthur, el director editorial de McArthur Publishing House, toma la palabra.

Silencio absoluto.

No me entero de lo que dice, pero sí me fijo en cómo mueve los labios y las manos al hablar, en lo cómodo que se siente, en la confianza y la tranquilidad que transmite.

—¿Julia? —me llama Haley, tocándome el brazo.

—¡Sí! —Doy un respingo, que provoca carcajadas en los presentes—. Perdón, es tan guapo que me he quedado embobada —confieso, con mis mejillas ardiendo.

Más carcajadas. James agacha un poco la cabeza, avergonzado, pero me guiña el ojo.

—Decía —continúa ella—, que mejor hacemos ya la ronda de preguntas, luego ponemos el *booktrailer* y por último das tu discurso, ¿te parece bien?

No era eso lo que habíamos ensayado, pero no me quejo, aunque hoy me incomoda improvisar. Me obligo a sonreír, deseosa de escuchar a mis posibles lectores.

Alguien levanta la mano. Lo tapa un cámara, no veo su rostro.

—Tu nombre, por favor —le pide Haley.

—Charlie Thomson.

De pronto, James se levanta, tambaleándose hacia atrás.

¿Charlie Thomson? ¿De qué me suena...? ¡Oh, no!

Capítulo 46

James

Charlie Thomson...

Los peores recuerdos de mi vida asaltan mi mente, despojándome del aire en mis pulmones. Todo se vuelve borroso, todo me da vueltas..., hasta que una imagen se hace cada vez más clara: la expresión de satisfacción malsana de Charlie Thomson obligándome a arrodillarme mientras se baja la bragueta del pantalón... Un sudor frío domina mi cuerpo.

—James, hijo mío... —Escucho la voz de mi madre en la lejanía.

Entonces, un grito entrecortado y rabioso que reconozco enseguida hace que regrese a la realidad. Hay algo en ese grito que me pone alerta: sed de venganza.

—¡Joel! —Jana corre hacia la calle.

Julia intenta agarrarme, pero salgo disparado de la librería. Joel no para de darle puñetazos en el suelo a Charlie, que escupe sangre entre risas, al muy desgraciado le divierte lo que está pasando...

Sujeto a mi amigo con esfuerzo, apartándole de él. Tiago, Andrés y mi cuñado me ayudan.

—¡Hijo de puta! —suelta Joel—. ¡Te voy a matar, cabrón de mierda!

—¡Joel! —Tiro de su abrigo—. ¡Basta!

Veo a Ivy ayudar a Charlie a levantarse. A quien no veo es a Haley. Se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Cómo ha podido hacerme esto...?

—Creía que la autista era tu novia, pero parece que en el colegio no iba yo tan desencaminado contigo, ¿eh, James? Seguro que es él el que te hace arrodillarte, como si lo viera...

Joel va a lanzarse contra él de nuevo, pero esta vez me adelanto: noqueo a Charlie de un puñetazo en la mandíbula.

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —exclama Ivy, histérica.

No sé qué les une a estos dos, tampoco entiendo por qué está él aquí y por qué Haley la contrató, pero no pienso tardar en obtener respuestas.

—¿Dónde está Haley? —le pregunto a Jana, separándonos del resto, aunque nadie me quita los ojos de encima, y muchos lo graban todo, dentro de un par de minutos estaremos en las redes sociales.

—Ni idea. Ha desaparecido.

—Jana —nervioso, me froto la cara—, lo he jodido todo...

—No has hecho nada malo. —Se le caen las lágrimas—. James...

—Quédate con Julia, intenta retener a la gente como sea. —Le sonrío con tristeza—. También eres muy buena dirigiendo y organizando. Salva la presentación de tu hermana. Tengo que irme, Jana, tengo que hacerlo...

Ella asiente, entendiendo lo que no digo.

—Ve, vamos. No te preocupes por Julia.

La busco entre la multitud y la encuentro... ¡intentando estrangular a Ivy! Los antisociales, que junto con Joel son mis hermanos más que mis mejores amigos, y a los que todavía no había visto, las rodean, de brazos cruzados, sin permitir que nadie se interponga.

Corro hacia ellos, con Jana detrás.

—¡Mala! ¡Eres mala! —le grita Julia—. ¡Sabía que algo tramabas! ¡Déjale en paz de una vez! Me meto en el círculo y rodeo sus hombros desde atrás.

—Suéltala, pequeña. No merece la pena.

—Ahora que empezábamos a divertirnos... —ironiza Harry.

—Pero, James... —comienza ella.

—Mírame, Julia.

Me mira. Hay tanto dolor en sus ojos por mí que mi corazón revienta de amor, aunque no sea ni el lugar ni el momento.

—Tienes un libro que presentar, tu hermana te está esperando. —Le sonrío con toda la ternura que siento por ella, que no es poca.

Despacio, se aparta de Ivy.

—¡Estás loca! —le grita—. ¡No compréis su libro, es una psicópata, ha intentado...!

No termina la frase, los antisociales se la llevan lejos, Harry frotándose las manos, sé que tiene toda la intención de decirle las cuatro cosas que lleva guardándose desde la universidad.

—James... —Me agarra de las solapas del abrigo—. ¿Y tú?

—Tengo que irme.

—A por Haley.

Asiento.

—Julia, no sabes cuánto siento lo que ha pasado... Lo he estropeado todo... Era tu día más especial y...

Me besa en la boca, tomándome de las mejillas.

—No has estropeado nada. —Solloza—. Dime cómo te sientes, por favor... Necesito saberlo antes de que te vayas...

Llega una ambulancia a por Charlie, que ha vuelto en sí, aunque está algo aturdido y se toca la mandíbula haciendo una mueca tras otra. Que le jodan.

—Libre —respondo, sin dudar.

—James... —Julia pone una mano en su pecho.

—Me siento libre. —Sonrío de verdad, sintiéndome completamente libre.

Noto pinchazos en la mano, no creo que me la haya partido, pero tengo un esguince seguro, ha sido solo un golpe, pero en él iba todo el sufrimiento que ese hijo de puta me hizo pasar durante años.

—Te amo, James. —Besa mis cicatrices—. Te amo mucho mucho.

—Y yo a ti, pequeña. —La abrazo, besándola en el pelo—. Ahora quiero que dibujes en tu cara la sonrisa más preciosa que tienes. Jana —la llamo, apareciendo a mi derecha, junto a Joel, su familia y la mía—, inténtalo, sé que podrás.

Kora me abraza, también llorando; creo que hasta Tiago está llorando.

—Voy contigo —anuncia mi madre, muy seria—. Sé dónde está Haley.

Asiento. Beso por última vez a Julia, le pido perdón otra vez y nos vamos a por el coche.

—Está en casa de sus padres —me dice mi madre al arrancar el motor—, me acaba de llamar Kimberly, muy asustada.

Los Davis viven en una casa adosada en Mayfair, a diez minutos de Leicester Square.

Aparco de cualquier manera. Escuchamos gritos de Haley desde la calle. Aporreo la puerta hasta que Kimberly me abre, en efecto, asustada, pero esta mujer ha vivido siempre con miedo, no me sorprende que lo tenga ahora.

—Jeffery no está.

Mejor.

Me dirijo al salón, de donde proviene el jaleo, la primera estancia a la derecha por el pasillo: Haley está destrozando la sala, tirando libros, jarrones, estatuillas, cojines...

—¿Por qué? —Ni siquiera levanto la voz.

Se detiene de golpe. Tiene el maquillaje corrido, las medias rotas, el moño deshecho y está descalza. A pesar de eso, estira los hombros y el cuello.

—Qué ciego has estado siempre... Qué complicado lo has hecho todo... —Se acerca despacio a mí—. Ivy nunca me preocupó, te tenía manipulado y luego te obsesionaste con ella, pero apareció Julia en nuestras vidas, lo destrozó todo... Tuviste que enamorarte de esa... —Se ríe, sin una pizca de humor—. Con lo cerca que me has tenido siempre...

Espera... ¿Qué?

—Sí, James —continúa, leyendo el desconcierto en mi cara—, llevo toda mi vida enamorada de ti. ¿Y sabes qué es lo más irónico? Que hubiéramos sido la pareja perfecta. Soy un bicho raro, igual que tú. —Se pasea por la estancia, aproximándose a la enorme estantería de pared. Hay muchos libros en el suelo. Los va pisando, tambaleándose un poco, y acariciando los que todavía siguen en su sitio—. Leer era lo único que me hacía feliz cuando estaba en casa, me escondía debajo de mi cama con un libro y así huía de los desprecios de mi padre, hasta que cumplí la mayoría de edad y me mudé con mis abuelos. Me odiaba, y nunca supe por qué, hasta hace tres años. —Afirma con la cabeza lentamente—. Seguro que te suena el nombre de Calvin Evans. — Otra risa carente de alegría.

Claro que me suena. Calvin Evans fue el primer escritor que publicó con McArthur Publishing House. Gracias a él, Kimberly y mi madre lanzaron la editorial al mercado.

—Pues es mi padre. ¡Sorpresa!

Se me desencaja la mandíbula. Kimberly ahoga un sollozo.

Miro a mi madre, pero no parece sorprendida.

—¿Lo sabías? —le pregunto.

—Lo sospeché cuando Jeffery se presentó en la editorial una vez, la única vez que ha ido, y, al día siguiente, Calvin rescindió su contrato con nosotras. —Mira a Kimberly—. Nunca más le volvimos a ver.

—Y como papi te odiaba por haberle engañado —sigue Haley, ladeando la cabeza, dirigiéndose a su madre—, decidió castigarte el resto de tu vida despreciándome por ser una bastarda, pero reconociéndome como hija suya, el escándalo hubiera sido épico —su sarcasmo es cruel—, ¿verdad, mami? Mejor continuar al lado de un hombre rico, calladita y soportando su desprecio. Y como los abuelos me nombraron a mí su única heredera antes de morir, papi decidió castigarme a mí también pagando a un desconocido para robarme la herencia.

—Yo no tuve nada que ver. —Rechino los dientes, cerrando las manos en dos puños—. Me culpaste cuando te enteraste.

—Claro que te culpé... —Arroja con fuerza varios libros contra el suelo—. ¡Me viste llorar muchas veces cuando éramos pequeños! ¡Nunca te importó! ¡Nunca me preguntaste!

—¡Y tú nunca me defendiste cuando tus amigos se metían conmigo todos los putos días, Haley! —exploto—. ¡Nunca diste la cara por mí! ¿Pretendías que yo te secara las lágrimas después de que Charlie y los demás metieran mi cabeza en un váter lleno de orina!

Mi madre suelta un grito. Es demasiado duro para ella, pero no puedo callarme.

—¡¿Dónde coño estabas cuando gané a Charlie en esgrima, me arrastró con sus amigos a las duchas, me desnudaron y me pegaron una paliza, grabándola en vídeo y enviándosela luego a todo el colegio?! ¡¿Qué hiciste cuando me amenazaban al móvil?! ¡Tú le diste mi móvil a Charlie! ¡Tú eras tan culpable como él! ¡Por supuesto que no iba a secar tus lágrimas cuando tú

provocabas las mías! —Me golpeo el pecho con el puño—. ¡Viví durante años con miedo, Haley! ¡Eras igual que ellos y, aun así, te he tratado siempre con respeto!

—¡No era como ellos! —Me empuja, pero ni me inmuto—. ¡Te salvé! ¡Intentaste suicidarte y te salvé! ¡Porque te quería! ¡Porque te quiero! ¡No he dejado de hacerlo! —Histérica, tira más libros, chillando de frustración—. ¡Ni siquiera cuando Ivy te dejó hundido hace dos años fuiste capaz de buscar refugio en mí! ¡Y aparece esa autista de mierda y te arrojas a sus brazos en vez de a los míos y...!

—¡BASTA YA!

Respiro profundamente.

—Has arruinado la presentación de Julia —le digo, más calmado—, que era lo que pretendías desde el principio, contrataste a Ivy para que me jodiera la vida otra vez y has pretendido destrozarme por completo al traer a Charlie a la presentación. —Me inclino y pronuncio palabra por palabra—: Eres. Igual. Que. Tu. Padre. —Resoplo—: Y no me refiero a Calvin, mi madre siempre ha hablado muy bien de ese hombre.

Levanta la mano para darme un bofetón, pero la sujeto a tiempo. Horrorizada por haber querido pegarme, se mira la mano, retrocede, se choca con la estantería y aterriza en el suelo, donde llora con la mirada tan perdida como lo está ella.

Me agacho y añado en voz baja:

—Tú nunca has querido a nadie, Haley, porque nunca nadie te ha enseñado lo que es el amor. Y la culpa no es tuya cuando tienes cinco u ocho años, pero ya tienes treinta y tres, edad suficiente para tomar decisiones sabiendo que todo tiene consecuencias.

Observo a Kimberly con rencor; ella desvía la mirada de mí por la vergüenza. Nunca luchó por su propia hija.

Entonces, recuerdo una conversación que tuve con Julia en Inverness.

—Hace tres años, cuando me crucé con Ivy, no fue casualidad. Fue justo después de que te enteraras de que a tu novio le había contratado tu... Jeffery —me corrijo en el último momento—, y me culparas.

—Te di otra oportunidad para que recurrieras a mí —me contesta, secándose la cara con dedos temblorosos—. Es la hermanastra de Charlie.

—¿Cómo?

—Su padre y la madre de Charlie se casaron hace poco. Fue a ella a quien se le ocurrió invitarla a la presentación —me confiesa, todavía sin mirarme—, para vengarse de ti por ignorarla estos últimos meses, por no dejar a Julia y volver con ella.

—Y a ti se te ocurrió contratarla para darme una última oportunidad, claro —ironizo, levantándome—. Necesitas ayuda, Haley, ayuda de un profesional. —Me dirijo a la puerta del salón y me doy la vuelta para mirarla una última vez—. Lo que has hecho no tiene nombre. —Niego con la cabeza—. El trato queda roto, pero te irás de la editorial. Te pagaré tu parte y...

—No quiero tu dinero. —Cierra los ojos—. Hablaré con mi abogado para que lo mueva todo. En cuanto estén listos los papeles, me pasaré por la editorial para que firmemos mi salida de McArthur.

—Quien te dio oportunidades fui yo —le confieso yo ahora—. Siempre te perdoné, sin haberme pedido perdón ni una sola vez. No quiero volver a verte más. En cuanto firmemos los papeles, dejarás de existir para mí y para cualquier persona a la que quiero.

—Yo solo... —balbucea—. Yo solo quería que me quisiera alguien como tú... Eras el más valiente. Por mucho miedo que tuvieras, nunca te escondiste de ellos... Lo siento... James, lo siento... —Se tapa la cara y rompe a llorar.

No me quedo más tiempo en esta casa llena de amargura, dolor, odio y falta de amor. La sociedad tiene la falsa creencia de que las personas ricas son felices por tenerlo todo, pero si no hay amor en sus vidas, ¿de qué les sirve tener lo demás? No le deseo nada malo a Haley, pero no quiero volver a verla nunca más.

Mi madre me abraza con fuerza antes de meternos en el coche. A mí se me doblan las piernas, pero no me caigo porque ella me sostiene.

Regresamos a Leicester Square. Lo hago con miedo, pero al doblar la esquina para entrar en la calle Cecil Court, la de la librería, me invade una repentina felicidad al ver la inmensa cola doble que hay a la espera de que Julia les firme un ejemplar, hasta se me olvida el dolor en la mano.

—¡James! —grita mi hermana, corriendo hacia nosotros—. ¡Es un éxito! Joel y Jana se han ido a la editorial a por más libros, ¡se han acabado!

Julia, sentada frente a la mesa del fondo, firma ejemplares y permite que la fotografíen. Responde con mucha dulzura, pero su sonrisa no es... luminosa.

—Ha sido increíble —me cuenta Kora—. Jana es superjoven, pero ha manejado la situación como lo hubierais hecho mamá y tú, como si llevara años dirigiendo la editorial. —Se ríe.

—Yo sigo pensando que estas dos chicas no son normales —comenta mi amigo Oliver, surgiendo a mi izquierda—. Son impresionantemente guapas, simpáticas, dulces y se meten a cualquiera en el bolsillo.

—¿Dónde están Ivy y Charlie? —les pregunto.

—Se largaron en la ambulancia —contesta Harry—, no volveremos a verlos, puedes estar tranquilo. —Su expresión cambia a una mezcla entre gravedad y arrepentimiento—. Perdóname por haberte llamado traidor...

—No sé de qué me hablas. —Le guiño un ojo.

—Julia te necesita —me dice Malcolm, sonriendo con tristeza—. Se está esforzando mucho, se le nota, James, ve con ella.

Rodeo la fila, acercándome a Julia. Su familia se percata de mi presencia y me dedican todos una gran sonrisa de alivio.

—Te dije que sería un éxito —le susurro al oído.

Se le cae el boli, se gira, se levanta y se arroja a mis brazos.

—James...

Se estremece y me estremece a mí.

—Dime que estás bien, por favor... Bueno, si no lo estás, también quiero saberlo, por supuesto, pero...

—Ahora sí, pequeña. —Apoyo la frente en la suya—. Dios, Julia... No te imaginas lo afortunado que me siento al tenerte en mi vida... —La tomo de las mejillas—. Te amo...

—Mucho mucho...

—Mucho mucho...

Creía que el amor no estaba hecho para mí. Creía que las princesas azules solo existían en los libros. La mía es muy especial, es azul y morada, pero ¿qué más da el color? La amo, como nunca pensé que se podía amar, y sé que ella me ama, como nunca pensé que alguien pudiera amarme así: con marcas, con pulseras, con etiquetas..., en lo bueno y en lo malo, en lo fácil y en lo complicado. Llegó a mi vida cuando más la necesitaba, y sin yo saberlo. Llegó y arrasó.

Y siento que solo acabamos de empezar, nos queda mucho por leer en Internet...

Capítulo 47

(Un mes y medio después)

Jana

—¡Julia! —grito con todas mis fuerzas, en Gatwick, agitando el cartelito que he hecho con la frase: «La mejor escritora del mundo».

Ella solo ve el cartel, no soy alta, precisamente, y hay mucha gente, la semana que viene es Navidad y el aeropuerto está a tope. Suelta un chillido de emoción y corre hacia mí. Casi nos caemos al suelo del ímpetu con el que me abraza.

—¡OMG! —exclama, tocándome el pelo—. ¡Estás increíble!

Me echo a reír. No se lo dije: me corté el pelo y me hice un tratamiento, lo llevo ondulado y casi me alcanza los hombros. Cuando Julia se marchó de gira por su novela, hace ya un mes, sentí que necesitaba un cambio. Dicho y hecho. Y me siento genial, me veo guapísima y a Joel le encanta.

—Por fin en casa —suspira James, dándonos también un abrazo—. Qué ganas tenía...

—¿Estáis muy cansados?

—Vivir en hoteles no está mal —dice Julia, colgándose de mi brazo, de camino al tren que nos lleva a Victoria Station—, pero no son un hogar.

—Estoy tan orgullosa de ti...

No nos enteramos hasta después de la presentación de que la zorra *influencer* de Ivy subió un vídeo ese mismo día a su Instagram, desacreditando a Julia, despreciándola por tener autismo y exigiendo que no se le ocurriera a nadie comprar su libro. Creímos, entonces, que por eso había tanta cola en la librería para conocer a Julia, el vídeo obtuvo el efecto contrario a las malas intenciones de Ivy; es el instinto humano, te dicen «no» y haces justo lo contrario.

También tenía el vídeo un montón de comentarios defendiendo el autismo de Julia. Al día siguiente, no había rastro del vídeo. Hoy no hay rastro de Ivy en las redes sociales.

La crítica llama a Julia «la gran promesa de la literatura». Ya ha vendido medio millón de ejemplares, la novela va por la tercera edición, ¡y no han pasado ni dos meses! Y la adoran, ha llenado las librerías donde ha estado firmando ejemplares por toda Inglaterra. Cómo no voy a estar orgullosa...

—¿Y Joel? —me pregunta él.

—Pues no tengo ni idea. —Frunzo el ceño—. Lleva una semana de lo más raro. Se cogió dos días libres, ayer y antes de ayer, pero no me dijo para qué y ni siquiera le he visto. No sé a qué viene tanto misterio...

—¿Y la editorial? —Sonríe James—. ¿La has cuidado bien en mi ausencia?

—Por supuesto. —Le devuelvo el gesto.

He encontrado mi sitio, y no está en el departamento de Dylan, sino junto a James, soy su mano derecha y una especie de *coach*, trabajando codo con codo con él conjuntamente. Gracias a la presentación de Julia, me di cuenta de que lo que me apasiona de verdad es poder ayudar, intentar resolver problemas de los demás y buscar soluciones rápidas, y si hay libros de por medio, mejor, no quiero renunciar a mi pasado por mucho que mi presente no tenga nada que ver con lo vivido hasta que me enamoré de Joel, porque fue enamorarme de él y mi mundo dio

varias vueltas hasta dejarme del revés para empezar a ser la protagonista de mi propia historia.

Ser editora no me llenaba, pero ayudar a dirigir una editorial con alguien como James es el camino que quiero recorrer, me hace feliz. La gente confía en mí, los jefes de departamento recurren a mí, no solo a él. McArthur Publishing House se ha convertido en mi segunda familia y espero que lo sea para siempre. He tardado veintitrés años, por fin sé lo que quiero y esta vez lucharé sin miedo a nada, lo he aprendido de mi chico *skater*.

—¿De verdad van a venir a Londres papá y mamá en Navidad? —inquire Julia al sentarnos dentro del vagón.

—Llegarán el veintitrés, el domingo, papá no puede cerrar antes el restaurante, en esta época no dejan de servir comidas y cenas de empresa. Y ya conoces a mamá —sonríe—, le encanta Londres más que a ti y a mí juntas, así que se quedan hasta después de los Reyes Magos.

—¡Qué bien!

Continuamos en el tren hasta bajarnos en Victoria Station, sin embargo, en lugar de ir hacia Chelsea en metro, donde viven Julia y James, nos montamos en un taxi hacia Camden Town.

—Hay que hacer una parada antes —anuncia él, tecleando algo en el móvil.

—¿Vamos a recoger a Joel?

—No exactamente. —Se guarda el teléfono en el abrigo.

—¿Qué significa eso? —Entorno la mirada—. ¡Tú sabes lo que me está ocultando!

James se echa a reír.

—Ahora lo sabréis las dos, y a ti te va a volver loca. —Me guiña un ojo.

Se me acelera el corazón. Ya me ha puesto nerviosa...

En el barrio, nos desviamos un poco de la casa de Joel, en lugar de ir hacia el mercado, vamos hacia Regent's Park, pero no llegamos al parque. Entramos en una calle pequeña y muy bonita, residencial y tranquila, cerca del Frank's, el *pub* donde los antisociales comen después del partido de *rugby* mensual. Son todo casas adosadas. Hay un restaurante italiano haciendo esquina con una terraza techada con calefactores. El taxista para el vehículo.

—Vamos —nos indica James en la calle, encargándose de las dos maletas.

Cruzamos el paso de peatones y nos detenemos en la esquina de enfrente. Abre la reja negra de esa vivienda y subimos cinco escalones. Toca el timbre de una puerta blanca en forma de arco en la parte superior. Julia está tan perdida como yo, pero le gusta el lugar.

—No conocía esta parte de Camden —comenta—. Es bonita. —Sonríe—. Me gusta esta zona.

La puerta se abre lentamente, surgiendo Joel ante nosotros. Está... ¿recién duchado? Se rapó otra vez los laterales del pelo, lo de arriba parece mojado. Y lleva una camisa negra, que solo usa para ocasiones especiales.

—¿Dónde estamos? —Me ignora—. ¿Joel? —Es verdad que hablo a la vez que James, pero esto también lo hace últimamente, ignorarme cuando hay más gente—. Qué raro está...

Los dos amigos se dan un gran abrazo, aunque Joel sonríe mirándome de reojo.

«Bienvenidos a Londres —signa, sonriéndome a mí—, y bienvenidos a nuestra casa».

Se me para el corazón de golpe. ¿Qué...? ¿Qué ha dicho?

—¿Vuestra casa? —exclama Julia, alucinada, aunque no tanto como yo—. ¿Os habéis comprado esta casa?

Despacio, mis pies se activan por sí solos y entro en la vivienda. Huele a pintura. A reforma. A nuevo.

Todo es diáfano en esta planta, amplio y muy luminoso; hay otra más, las escaleras al fondo del *hall* lo confirman. Todo es blanco y negro, pero no solo colores lisos, una pared de la cocina,

a la derecha, es a cuadros negros y blancos. Los muebles son de estilo *vintage*, totalmente diferentes entre sí, pero juntos son una explosión de texturas y colores que te arrancan sonrisas. ¿Y el sofá rojizo del salón, a la izquierda? Me provoca esas cosquillas que sientes cuando preparas palomitas, te tiras en el sofá, te tapas con la manta y ves una peli acurrucada con tu chico, calentita y tan a gusto que te quedas dormida sin darte cuenta.

—¡Qué pasada!

Julia acaba de quitarme las palabras de la boca al descubrir... el enorme mural del salón. A la izquierda del mueble de la televisión, salgo yo. Bueno, la superheroína de sus mangas, con una mirada decidida, sonriendo y volando hacia... ¡Ese es Joel! Se ha pintado al revés, como si colgara del alto techo de la estancia con su tabla de *skate* en los pies y una capa ondeando hacia abajo por la postura; sonrío a la superheroína y sus manos forman la letra *J*.

—No sé qué decir... —pronuncio en un hilo de voz.

Es todo tan él y yo...

Le miro. El corazón se me va a salir del pecho.

«La he comprado y reformado para nosotros», me signa con manos temblorosas. «Tenía que estar lista antes de Navidad, para que no ampliaras el contrato con tu casero. ¿Sorpresa?», duda.

«Es... perfecta...», le signo del mismo modo, cerrando los ojos y permitiendo que las lágrimas empapen mis mejillas.

Le escucho soltar el aire que ha retenido desde que entramos. Sus manos, entonces, envuelven mi rostro en menos de dos segundos. Sus labios devoran los míos al instante siguiente.

En realidad, lleva un mes de lo más extraño. No sé... Me mira diferente, es como si sus ojos brillasen muchísimo más, como ahora mismo, cuando abro los míos y los clavo en los suyos... Me dejan sin aliento.

Le acaricio la cara, el cuello... Mis dedos se tropiezan con sus auriculares. Ha vuelto a usarlos, aunque a ratos, a veces en su casa o en la mía, otras veces en la calle, no siempre los lleva y no todo el día. Estos son diferentes, inalámbricos y negros también, pero le abrazan las orejas. He hablado con James al respecto y no le da importancia, yo no sé qué pensar, porque el caso es que sonrío más, infinitamente más, parece más feliz que nunca. Sinceramente, no me atrevo a comentarle nada, pero tendré que hacerlo en algún momento. Estoy segura de sus sentimientos, sin embargo, el miedo a sacarle el tema de los auriculares y que se aleje de mí está presente, no desaparece.

Una noche, la última que Julia y James pasaron en Londres antes de empezar la gira, descubrí a Joel llorando encerrado en el baño del ático. Se metió allí nada más entrar en casa y darle un beso. Me asusté, pero él me aseguró que era porque se cumplían ese día once años del accidente. Me senté en su regazo y le abracé, susurrándole palabras de ánimo y cariño, a pesar de que no me oía y, en ese momento, no podía leerme los labios porque los tenía en su pelo, hasta que, de repente, se echó a reír. Me volví a asustar, ¡es que fue de repente!

¿Y si todo este mes ha estado así por esta casa? Ilusionado, emocionado, recordando a su familia... Con muchas emociones que le han vuelto un poco inseguro, porque cuando sientes cosas maravillosas, te da miedo celebrarlo, ¿a que sí? Tienes la sensación de que si lo dices en voz alta, lo gafas. Y quizás por eso lleva los auriculares. No deberíamos sentirnos inseguros en momentos o épocas buenas, que luego las cosas malas que nos pasan nos hunden.

«Vamos arriba», signa, entrelazando nuestras manos.

Julia y James nos siguen.

La siguiente y última planta no es diáfana entera, accedemos a otro salón, con vigas de

madera en el techo recto, una mesa de dibujo a la izquierda debajo de una ventana, una estantería de libros que ocupa la pared de la derecha, un sofá circular lleno de cojines en el centro y, al fondo, una televisión y... Me ruborizo al ver un equipo de música. Joel arquea las cejas de manera insinuante, humedeciéndose el labio inferior con deliberada lentitud. Compartimos una sonrisa muy pero que muy caliente...

Últimamente, canto mucho. Él busca una canción subtitulada de Coldplay en YouTube y me pide que la cante a la vez que lee la letra. Pone una mano en mi pecho y mi mano en el suyo para sentir las vibraciones que solo siente conmigo, y, claro, las manos, como decimos en España, van al pan, y terminamos haciendo el amor con más intensidad que nunca. Jamás creí que fuera a vivir una experiencia tan sensorial con alguien. Es indescriptible lo que siento cuando su cuerpo y el mío se tocan, se besan, se adoran, se unen en uno solo, estallan...

—Qué rincón tan bonito —comenta Julia, encantada—. Joel dibujará mientras tú lees un rato, escuchas música o ves alguna peli.

Es que no puedo decir nada... Se me atascan las palabras en la garganta. Es todo precioso... Y lo ha hecho él. Ha comprado esta casa, la ha reformado, la ha pintado, ha elegido todo pensando en los dos... Y qué bien lo ha escondido, ¿eh? Sabía que algo pasaba, pero jamás me hubiera imaginado algo como esto. Podría decirse que vivimos juntos, hay mucha ropa suya en el ático, mi cepillo de dientes ya no está solo y me encanta el sonido de su máquina de afeitar cuando se retoca la barba antes de ir a pasear los dos con su abuelo.

Nunca lo hemos hablado, pero, poco a poco, Joel ha ido llenando el ático con sus cosas, sus risas, sus caricias, su cariño... Y ha sido tan natural, tan tranquilo, respetando mi espacio, el suyo... Qué fácil es todo con él...

Continúa enseñándonos la casa. A la izquierda hay una puerta que abre una habitación con baño, la de invitados. Está vacía.

«Para que la decore como te apetezca —me signa, sonriendo—, no conozco los gustos de tus padres».

Me va a explotar el corazón a la de ya.

—Nosotros nos vamos —anuncia James, tirando de mi hermana—. Estamos agotados. ¿Cenamos los cuatro mañana o ya tenéis plan? —Mañana es sábado y lo habíamos reservado para ellos, les hemos echado mucho de menos.

—Descansad —les digo—. Mañana nos vemos.

—Quiero ver esa habitación —protesta ella, señalando la puerta de la derecha, junto a la estantería del salón.

Él prácticamente la arrastra escaleras abajo, entre risas por parte de Joel y mía.

Entonces, cuando abro esa puerta y entro en la habitación, me quedo atónita al ver las chapas que le vendí a Mike hace unos meses, colgadas encima del cabecero de la cama de matrimonio. Desde que dejé de ser becaria, mi sueldo es tres veces mayor que el de antes y he empezado a ahorrar para recuperar esas chapas. Ya no me hace falta...

«Nunca fueron de Mike —me confiesa, signando—, nunca se las vendiste a él».

Se me caen las lágrimas.

«Sabía que no aceptarías mi ayuda, pero quería ayudarte, Jana», sigue signándome, despacio, tierno... «Supe lo mucho que significan para ti antes de que me lo dijeras y no quise que las perdieras». Sonríe de un modo tan precioso que se me eriza la piel. «Creo que me enamoré de ti cuando te vi llorar después de darle la primera chapa a Mike, la de Coca-Cola». Besa mis lágrimas una a una.

—Joel...

Aguanta la respiración al pronunciar su nombre en un susurro.

«Estas chapas se quedan aquí, las otras las colgaremos donde quieras, y colgaremos todas, ya no guardarás una sola y comprarás más. Llenaremos esta casa de chapas y mangas».

Asiento, desbordada... Se inclina y me besa con languidez, despacio, muy intenso. Rodeo su cuello, de puntillas, y le entrego no solo mi lengua, sino también mi alma. Le amo tanto...

Me coge en brazos y nos tumbamos en la cama, quitándonos las zapatillas con los pies. Enciende la pantalla de su móvil y busca nuestra canción favorita, *Something just like this*.

«Podíamos dormir aquí hoy, aunque solo haya muebles», me signa, sonriendo.

Giro mi rostro hacia el suyo para responderle:

—El restaurante italiano que hay enfrente, ¿vende comida a domicilio?

«Sí. ¿Te gusta la zona? No quería estar lejos de mi abuelo», me dice con las manos.

—Me encanta... Me encanta todo, Joel. —Le beso en los labios.

«Hay una sorpresa más. Quería dártela mientras cenásemos, pero no puedo esperar más». Se ríe, moviéndose para sacar algo del bolsillo trasero de los vaqueros.

¡Son dos entradas para el concierto que Coldplay dará en el Estadio Wembley la semana que viene!

—¡Ay, Dios! —Me siento de un salto, agitando las entradas—. ¿Cómo las has conseguido? ¡Estaban agotadas desde hace meses!

Él estalla en carcajadas.

«Agradéceselo a James. Desde la presentación de Julia, no paran de invitarle a un montón de eventos».

Es cierto. James se ha vuelto muy famoso. Alguien filtró a la prensa la verdad, sacando a la luz su intento de suicidio y que ese fue el motivo por el que Joel atacó a Charlie Thompson en la presentación de Julia, es hijo de una de las juezas más importantes de Inglaterra.

Y ese alguien fue Haley.

A James no le hizo gracia convertirse en el foco de interés mediático por algo tan duro como lo que vivió en el colegio, pero comprendió enseguida que era su manera de pedirle perdón: desacreditando públicamente a Charlie y a Ivy. Desde entonces, no se habla de otra cosa: la pelea con Charlie; que McArthur Publishing House ahora es solo de James McArthur, no de James McArthur y Haley Davis, la eterna heredera; y que «la gran promesa de la literatura» y James McArthur hacen una pareja sensacional. Los *paparazzo* les fotografían mucho y, como son tan bonitos y cariñosos, salen siempre dándose un beso o mirándose embelesados, son los protagonistas de un verdadero cuento de hadas.

—Oye, Joel... —Dejo de sonreír. Le señalo los auriculares—. ¿Estás seguro de querer ir?

«¿Por qué crees que te pido que cantes las canciones de Coldplay?», me signa, riéndose. «Necesito que te aprendas las canciones para el concierto. No voy a poder leerle los labios bien al cantante por el micrófono».

—Mentiroso. —Me tumbo encima de él, mordiéndome el labio—. Me pides que cante porque siempre acabamos haciendo el amor.

Me aprieta el culo y giramos hasta quedar Joel encima de mí. Sus labios acarician mi piel en la clavícula.

«Puedes empezar ya a cantar...».

Capítulo 48

Joel

El lunes, en la editorial, estoy terminando las promos de la segunda novela de la nueva colección —la primera saldrá en febrero y ya la estamos anunciando—, cuando recibo un *e-mail*... extraño.

DE: Brooke Collins

PARA: Joel Adams

Buenos días, Joel:

Soy Brooke Collins, la editora jefa de Graphic Dreamers. Estamos muy interesados en publicar la serie completa de *Jana, la superheroína en Londres*, aunque solo nos mandaste cuatro hojas, pero creemos que eres perfecto para formar parte de nuestro equipo.

Desconozco si la tienes terminada; si no es así, te aconsejo que lo hagas porque estas cuatro hojas nos han encantado y nos han dejado con ganas de más aventuras de tu superheroína. Necesitamos historias así, de mujeres que vencen sus miedos y luchan por los demás.

Me gustaría acordar una cita contigo y charlar tranquilamente, en la editorial o donde tú prefieras.

A la espera de tu respuesta.

Recibe un cordial saludo.

Brooke Collins,

Editora jefa de Graphic Dreamers.

¿Qué coño...? ¡Es complicadísimo publicar para Graphic Dreamers! Solo los grandes diseñadores a nivel mundial lo hacen. Pero ¿quién...?

Solo una persona.

Recuerdo que hace meses me preguntó si los quería publicar y le contesté que nunca me lo había replanteado, pero que, si alguna vez lo hacía, me encantaría que fuera con Graphic Dreamers...

Imprimo el *e-mail* y subo al despacho de Jana, que no es otro que el de James. Entro sin llamar, abriendo como un vendaval.

Los dos, sentados en torno a la mesa de él, dan un respingo por mi aparición. Tengo el corazón en la garganta. Esto es fuerte. ¡Mierda! Esto es muy fuerte.

Les tiendo el folio. Ella lo coge y los dos leen en silencio.

—¿Sorpresa? —duda Jana, exactamente igual que yo dudé con nuestra casa.

—¿La superheroína de vuestro salón? —dice James, pasmado.

Desconocía que dibujo mangas, era algo que empecé a hacer cuando espí a las dos hermanas en el mercado de Camden hablando de querer hacerse Julia un tatuaje, y no se me había ocurrido decírselo, tampoco era un secreto, pasó ratos conmigo mientras pintaba el mural del salón.

—¿Dibujas mangas?, ¿no es solo lo de vuestra casa?

Le muestro fotos de mi móvil.

—Mierda, Joel... ¡Son jodidamente buenos! ¡Y es Graphic Dreamers!

«Gracias», le respondo de manera automática, toda mi atención está en mi niña, mi asombrosa niña.

Ella deja el papel en la mesa, pero no me mira, así que me agacho a sus pies y busco su cara, ladeando mi cabeza.

James carraspea, dándose cuenta, y me devuelve el teléfono.

—Iré a por un café —se excusa, dejándonos solos.

—¿Estás enfadado? —se preocupa Jana, que intenta descifrar cómo me siento.

Siento tantas cosas en este momento que estoy bloqueado, pero es engañoso, en cualquier momento voy a estallar. Lo sé.

¡Pero no puedo hacerlo! Tengo que controlarme como sea... Ella descubriría algo que, hasta el concierto de Coldplay, no quiero que sepa. Llevo un mes preparándome. Llevo un mes esforzándome como no me he esforzado tanto en mi vida. Me está costando un infierno ocultárselo, he estado a punto de confesárselo varias veces, pero el momento será muy especial si aguanto solo tres días más.

«¿Por qué?», le signo.

Suspira y me responde en voz baja:

—Porque son tan especiales que no merecen quedarse guardados en un cajón. Les mandé algunas fotos que me pasaste. —Hunde los hombros—. No tenía que haberlo hecho sin consultarte.

Cierro los ojos. Al abrirlos, la sujeto de la nuca y la beso con mucha suavidad en los labios.

«Estos mangas son especiales porque cuentan tu historia —le signo despacio, con delicadeza—, la tuya, Jana, esa que empezaste a vivir cuando...».

—... cuando me enamoré de ti.

Sonrío.

«Voy a quedar con la editora», le anuncio, signando.

—¿De verdad? ¿No me odias?

«Jamás podría hacerlo, mi niña». La beso en la frente, prolongado, tierno... Me muero por ella...

Suspira de nuevo, pero ahora aliviada.

«Quiero que vengas conmigo», le pido, signando.

—Claro. —Su sonrisa es preciosa.

Me siento en la silla de James y me doy un golpecito en la pierna para que se ponga en mi regazo.

«¡Es Graphic Dreamers!». Soy muy expresivo ahora mismo mientras signo. Hasta suelto un aullido de júbilo que le hace reír. «Y lo cierto es que seguir los pasos de mi padre, aunque dibujaba cómics, no mangas... —se me forma un nudo en la garganta—, es como si una parte de él siguiera conmigo».

Me toma de las mejillas y me susurra:

—Lo hace, aunque no puedas verle, pero está aquí —me toca el pecho a la altura de mi corazón—, y te acompaña a todo, en cada paso que das, en cada decisión que tomas, en los días tristes y en los alegres. Y no solo él, también tu madre y tu hermana.

Gimo por lo dulce que es. Y la beso con unas ganas tremendas de subirla a la mesa y demostrarle lo muy agradecido que me siento por lo que ha hecho por mí, pero James regresa al despacho.

«Esta noche —le prometo a Jana, signando—, te daré las gracias como es debido, mi niña favorita».

El rubor en sus mejillas y el brillo en sus ojos me acompañan hasta volver a mi puesto de trabajo y empezar a escribir un *e-mail* de respuesta a la editora de Graphic Dreamers. Me

tiemblan las manos. No sé cuántas veces lo borro y lo reescribo. ¡Es que esto es muy fuerte!



(Tres días después)

—Hemos hablado de tu contrato —me dice James—, pero no te he preguntado cuándo habéis quedado con Brooke Colins.

—Mañana.

—Para quieto de una vez que vas a desgastar la acera —bromea, entre carcajadas.

«Vete a la mierda», le signo con brusquedad, lo que provoca que se ría más fuerte.

—¡Hola! —exclama Julia, arrojándose a su novio.

Sonríó. No importa que pasen diez minutos sin verse, ella siempre le saluda como si esos diez minutos hubieran sido diez años.

«Dais bastante asco», les digo con las manos.

Julia entorna la mirada, pensativa, y me contesta:

—Jana y tú también dais asco, sobre todo desde que habéis empezado la mudanza. Sois insoportablemente empalagosos. —Dibuja una sonrisa enorme en su rostro.

«Aprendes rápido, cuñada», le signo y le extiendo el puño.

Ella me lo choca y me aprieta con fuerza un par de segundos. Me encantan sus abrazos, son pequeños pero muy intensos, como si en ese par de segundos te entregara todo su ser. Por eso Julia es tan especial, siempre se entrega a todo, sin dudar, sin miedo. La quiero un montón; igual que Jana para él es como su hermana pequeña, Julia para mí, lo mismo. Primero llegó mi chica, pero no fue hasta que su hermana se mudó con ella que James y yo renacimos. Si nos preguntaran a los dos por qué estamos tan locos por ellas, responderíamos lo mismo: ni idea. Dicen que cuando no sabes el motivo por el que te gusta o quieres a alguien es que es amor.

Sí, también soy insoportablemente cursi, ¿qué le voy a hacer? Es el mejor año de mi vida...

Escucho una risa a mi espalda que reconozco de inmediato, dándome un vuelco el corazón. James me dedica una sonrisa tan cargada de ilusión que me pongo más nervioso que nunca hasta ahora.

Son las ocho y media de la tarde del jueves, la editorial ha cerrado hoy por vacaciones hasta el 2 de enero. James y yo hemos cenado juntos, necesitaba un rato con él antes del concierto de Coldplay. Las afueras del Estadio de Wembley están llenas de gente y de colas, deseosos de entrar. Yo lo que estoy es acojonado...

Jana se coloca frente a mí y desenrosca un cartel que ha hecho con pintura fosforita y que dice, en grande y mayúsculas: «Something just like this».

—Tienen que tocar nuestra canción. —Se echa a reír, avergonzada—. Es nuestro primer concierto juntos.

La levanto del suelo y me la como a besos.

—Ya estamos todos —anuncia James cuando llegan Mary y Stephan.

Unos minutos más tarde, entramos en el enorme palco vip del estadio, en un lateral del escenario. Hay varias pantallas de televisión enfocando a los músicos, que están ensayando con los instrumentos sin el cantante, y mucho famoso entre nosotros, disfrutando de *catering* y bebida.

Un camarero nos sirve cerveza a todos menos a Julia, que, como siempre, pide un zumo. Nos sentamos en unos sofás libres, junto a la cristalera, y hablamos de las vacaciones. Mary y Stephan van a pasar fin de año esquiendo en Francia, los demás nos quedamos en Londres. Julia está emocionada con que sea Navidad, es su época favorita del año y ya tiene un itinerario preparado para que disfrutemos de todo lo que la ciudad nos ofrecerá estas semanas.

—¿Estás bien? —me pregunta Jana, a mi derecha—. No has probado la cerveza.

«Es mi primer concierto desde el accidente», le signo, pero sonriendo. «Estoy nervioso. Creía que nunca iría a ninguno más».

La sonrisa que me regala es preciosa.

—Si es demasiado para ti, nos vamos cuando quieras.

Asiento. Me inclino y la beso en los labios.

—¡Sois tan monos! —exclama Mary.

Detengo el beso, riéndome, y giro el rostro hacia ella, a mi izquierda, y le guiño el ojo. Jana frunce un momento el ceño, pero meneas la cabeza.

—¿Estás nervioso también por mañana? —inquieta, sonriendo.

Asiento con rapidez, robándole una carcajada, pero no es por lo que ella cree...

«Me envió esta tarde el borrador de mi contrato», le cuento, signando. «Lo ha leído James mientras cenábamos. Dice que está todo bien». Me paso las manos por el pelo, moviendo la pierna con un tic. No puedo parar...

Jana, creyendo que mis nervios son por quedar con Brooke Collins, me aprieta las manos con cariño y me dice:

—Va a ir todo genial, ya verás.

«Lo sé, tú estarás conmigo, y no me refiero a solo mañana».

Nos inclinamos el uno al otro y nos besamos.

—Te amo...

Sonreímos. Lo hemos pronunciado a la vez.

Las luces del estadio, entonces, se apagan, incluida la zona vip. Nos ponemos en pie.

—¡Hola, Londres! —grita el cantante a través del micrófono.

Las chicas se pegan al cristal y chillan de emoción, agitando el cartel.

Comienza el concierto.

Una hora después, estoy desesperado... ¿Cuándo coño van a tocar la canción?! Si es que la tocan...

—¿Nos vamos? —me pregunta Jana, muy preocupada—. Joel, no estás bien, no estás disfrutando del concierto, estás muy serio y...

¡Por fin!

El estadio prorrumpe en ovaciones al reconocer el principio de *Something just like this*...

—¡Nuestra canción! —exclama ella, tirando de mí hacia el cristal.

Cruzo una mirada con James y asentimos los dos. Ahora mismo, se me va a salir el corazón por la boca.

Me coloco detrás de Jana, rodeando su cintura. Tiene que ser *esta* postura. Ella comienza a cantar.

—Espera, me subo el volumen y así te oigo mejor —le digo, esforzándome en no sonar entrecortado ni gritando, llevo practicando un mes con James y a solas—. Tienes una voz preciosa, tal cual me imaginé, llena de amor, valentía y fuerza, ya no voy a perdérmela un segundo más —le susurro al oído.

Jana gira el rostro hacia mí a cámara lenta y es testigo de cómo me subo el volumen detrás de

las orejas. De lo que yo soy testigo es del momento exacto en que se da cuenta de que no son auriculares lo que llevo. Se lleva las manos a la boca y pronuncia, sin apartarlas de su cara:

—Son audífonos...

Asiento, demostrándole que la he oído perfectamente.

Su cuerpo también gira hasta quedar de frente, entre mis brazos, ya no necesito soltarla para decirle cualquier cosa.

Ya no necesito las manos para hablar.

—Por eso has estado este mes tan raro... —Abre mucho los ojos—. Cuando lloraste en mi casa y te reíste al mismo tiempo... El día que se cumplían once años del accidente...

—No lo hice por el accidente, fue porque escuché tu voz por primera vez. —Me río, también entre lágrimas ya—. No sabía cómo sentirme porque lo sentí todo de golpe... —Trago saliva—. Por eso corrí a encerrarme al baño. Me tuve que controlar muchísimo para no gritar y comerte a besos. —Sonrío.

—Joel...

—Me moría por contártelo, pero quería que el momento fuera especial.

—Lo has conseguido... —Las lágrimas empapan sus mejillas como dos ríos—. Jamás olvidaré este momento..., el más especial de mi vida...

Me estremezco.

—Te amo, Jana...

Rompe a reír.

—Yo a ti también, pero quiero que digas mi nombre otra vez.

—Jana.

—Lo pronuncias igual que James, ahora entiendo a mi hermana. —Estalla en carcajadas—. Otra vez.

—Jana. —Sonrío.

—Otra más.

—Jana. Jana... ¡Jana! —La levanto del suelo, entre lágrimas y carcajadas.

Ella chilla de felicidad. La bajo y los demás se lanzan a nosotros cuando la última parte de la canción dice: «Quiero algo justo como esto... Quiero algo justo como esto...».

Y que dure el resto de mi vida.



Epílogo 1

(Nochebuena)

Julia

—¡Me encanta! —grito desde la puerta de la habitación, al ver a James anudarse la corbata roja de árboles de Navidad que le regalé para esta noche. Corro hacia él, delante de la cama—. ¡Te queda genial! Papá tiene una muy parecida, ¡vais a ir iguales!

—Ya verás Joel cuando nos vea a los dos... —murmura, riéndose.

—¿Te gusta? —le pregunto, acariciándole la corbata.

—Mucho mucho, pequeña.

—¡Ay! —Me arrojo a su cuello y le lleno de besos por la cara—. Es tradición en mi familia llevar algo rojo en Nochebuena. Mañana estrenaremos por fin los jerséis que compramos el mes pasado. ¡Lo estoy deseando!

Yo estreno un precioso vestido de terciopelo rojo, corto y con mangas acampanadas, leotardos a juego y Converse brillantes de color rojo también, por supuesto; hasta el coletero que sujeta mi pelo en una coleta es rojo.

—Julia. —Se aparta y me toma de las manos.

—James. —Frunzo el ceño—. ¿Qué pasa?

Me suelta para sacar algo del segundo cajón de la cómoda.

De repente, me pongo muy nerviosa. Son dos carpetas, la de arriba la reconozco enseguida: mi manuscrito; la de abajo no la distingo, aunque es el doble de gruesa. Ya acabé la historia de Jana y la mía desde que llegamos a Londres. Se la di al volver de la gira.

—¿Ya la has leído?

—¿Estás de broma? —Arquea las cejas—. He tardado cinco días en leerla, eso es muchísimo para mí, y por culpa del trabajo, si no, la leo en un suspiro. —Inhala una gran bocanada de aire y la expulsa sonoramente—. Por supuesto que la vamos a publicar el año que viene. Es... —No encuentra las palabras—. Es muy emotiva. Es el viaje personal de dos hermanas que encuentran el amor donde menos lo esperaban, y sin esperarlo ninguna de las dos, pero no es solo una historia romántica, es mucho más. —Sonríe, con la mirada brillante—. Y el título es perfecto: *Amo te mucho mucho*.

—«Amo te», un guiño a «te amo» en lengua de signos, aunque he conjugado el verbo, me gusta cómo suena así en lugar de «amar te», y «mucho mucho»... —me ruborizo—, eso ya lo sabes. James... ¿De verdad? ¿No te importa que sea tan real?

—No me gustaría si no fuera tal cual es. —Me besa en la nariz.

—¿Seguro? He escrito sobre tus cicatrices y la sordera de Joel.

—Si te vas a quedar más tranquila, hablas luego con él, pero sé que te va a decir lo mismo que yo.

—Ay, James... —Me llevo las manos al pecho—. Te ha gustado...

—Me ha encantado. —Deja mi carpeta en la cama—. Pero saldrá como la última parte de una trilogía. El problema es que los dos primeros libros de la trilogía me los he leído sin que la autora lo sepa. —Me muestra la otra carpeta, el manuscrito de mamá: *Trastorno del Espectro del Amor*.

—¿Quieres...? —Se me acelera el corazón—. ¿Quieres publicarlo también?

—Habría que traducirlo al inglés y dividirlo en dos: desde que se divorcian hasta que se reconcilian sería la primera parte; después, cómo van creciendo sus hijas, los problemas a los que se van enfrentando ellos con el autismo, las altas capacidades, a lo que renuncian, lo que ganan —sonríe—, lo duro y maravilloso que es ser padres de dos niñas muy especiales. Se necesitan novelas así. Se necesita concienciar. Y lo primero de todo, por supuesto, hay que hablar con tu madre. Esta noche.

—Va a aceptar. —Asiento, sin dudar—. Ha llegado su momento. James... ¿Esto es real? —Se me doblan las piernas y caigo sentada en la cama.

—¿Qué pasa, Julia? —se preocupa, acomodándose a mi lado y tomándose de las manos.

—No te dejé su manuscrito para que lo publicaras, pero que lo quieras hacer sin saber el principal motivo por el que me mudé a Londres... —Se me llenan los ojos de lágrimas. Buenas. Muy buenas—. Te dije que he tenido una vida feliz, y es cierto, pero mi felicidad, mi autosuficiencia y mi independencia, lo que soy hoy, se lo debo al sacrificio de mis padres, en especial al de ella. Mamá estaba las veinticuatro horas del día con nosotras y más pendiente de mí que de Jana. Escribía novelas cuando la dejábamos. —Sonríe—. Dice que siempre que la veía sentarse frente al ordenador, me subía a sus piernas y Jana tiraba de mí para subirse ella. —Nos reímos con suavidad.

»Mamá solo podía escribir cuando estábamos en el colegio, y por las noches cuando dormíamos. No importaba que descansara solo tres o cuatro horas, al día siguiente se despertaba a las siete de la mañana con nosotras. Papá la regañaba para que durmiera más, pero ella decía que no podía cerrar los ojos si nos oía. —Suspiro—. Tuvo ofertas de varias editoriales, pero las rechazaba todas, y nunca asistió a ningún evento literario.

—Por ti.

—No quería alejarse de mí, por si me daba una crisis sensorial, un ataque epiléptico o por si yo notaba su ausencia y me ponía nerviosa y no supieran calmarme. La epilepsia provoca trastorno de conducta y comportamiento, no fui una niña fácil, al menos hasta que aprendí a autorregularme y, sobre todo, a hablar. Tardé mucho, tenía muy baja tolerancia a la frustración.

—¿Autorregularte contando cosas iguales a tu alrededor, por ejemplo? O alinear todo de forma perfecta. —Me besa en la sien.

—Por ejemplo. —Sonreímos—. Y no te olvides de la música.

—De Frozen.

—Principalmente.

—Pero ya no.

—Ahora suenan en mi cabeza canciones distintas y —entierro los dedos en su pelo ondulado— tocarte me calma. Me provoca cosquillas y me calma a la vez. —Desciendo por su rostro y le beso muy despacio en los labios—. Fue conocerte...

—... y tuviste una crisis sensorial. —Sonríe ahora con tristeza.

—No fue por tu culpa, pero nos estrechamos la mano después de firmar el contrato y todo explotó dentro de mí. —Me siento en su regazo, balanceando las piernas—. No es algo malo, sino todo lo contrario. Nos tocamos, exploté y todo empezó a ir mejor que nunca. Hace meses que no escribo a mi psicóloga. No la necesito. Seguiré contando cosas a veces —me encojo de hombros—, seguiré necesitando momentos abstraída en mi propio mundo, seguiré comiendo los alimentos por separado, seguiré teniendo crisis... Y meteré la pata sin darme cuenta, o diré o haré algo que llame la atención porque no será normal. Soy como soy, y nunca me ha molestado ser diferente a los demás, pero contigo —mi rostro se calienta mucho— me gusta serlo porque

sé que a ti te gusta que lo sea. ¿Sabes por qué te amo mucho mucho?

—¿Por qué? —susurra, casi sin aliento.

—Porque contigo no tengo que esforzarme en encajar mis piezas, tú completas mi puzle.

—Julia... —gime, tumbándome en la cama para besarme con intensidad.

Antes de venir a Londres, le pregunté a papá si el amor estaba hecho para mí. Me contestó: «¿Ves? Ya estás preparada para leerlo». Se refería al manuscrito de mamá. No he conocido un amor tan fuerte e incondicional como el de ellos, jamás pensé que yo pudiera vivir algo así... hasta que James se chocó conmigo, literalmente.



Querido lector, como dice *On the top*, de Imagine Dragons, siento que estoy en la cima y que he estado esperando esto, a Él, durante mucho tiempo, toda mi vida, en realidad. No será siempre fácil, pero si algo he aprendido a lo largo de los años es que lo difícil siempre merece la pena.

Y si algo he aprendido gracias a James, es que Internet es una fuente inagotable de información, pero si me permitís un consejo..., la vida es para sentirla, así que sentid, sin miedo, os prometo que la recompensa es... ¡OMG!

Epílogo 2

(Siete meses después)

James

Observo el diluvio que está cayendo a través de la ventana. Menos mal que el Castillo McArthur es lo suficientemente grande como para celebrar la boda dentro, y que nuestra lista de invitados es reducida, somos sesenta personas, incluidos Julia y yo, la familia más cercana, los antisociales y Mary y Stephan, que se han convertido en dos grandes amigos.

Pero es una pena, con lo que le gusta a Julia disfrutar al aire libre... Y eso que estamos a mediados de julio, se supone que hace buen tiempo en este mes, por eso lo elegimos para casarnos aquí, pero esto es Inverness, hay más lluvia que sol.

—¿Listo? —me pregunta Joel, entrando en la habitación de mis padres, donde me he arreglado, ella lo está haciendo en la torre.

—Desde hace un rato, ¿dónde estabas? —Le gruño, cruzándome de brazos—. Vamos a llegar tarde.

—Estás muy guapo con esa falda. —Se echa a reír.

—Se llama *kilt*. —Me arden las mejillas.

—Se llamará como quieras, pero sigue siendo una falda a ojos de cualquiera.

Sonrío. Todavía no me acostumbro a *hablar* con él. Estoy tan orgulloso de que diera ese paso... Sé que hay culpa en su interior por el accidente, cada vez más pequeña, pero la hay. Algún día, lo superará y yo estaré ahí para verlo. No he podido elegir un padrino mejor.

—¿Nos vamos, *laird*? —Hace una reverencia—. Vas a llegar tarde.

—Eres idiota. —Resoplo, haciéndole reír más—. Y en todo caso, el *laird* es mi padre, y yo soy inglés.

—Pues para ser inglés, bien que te has puesto esa falda escocesa.

—Es la tradición en mi familia, y se llama...

—... falda.

—¿Por qué no te bajas el volumen de los audífonos y me hablas con las manos? Es más fácil ignorarte así.

Niega con la cabeza.

«Que te jodan», le signo yo.

Estalla en carcajadas.

Nos dirigimos a la puerta principal, donde nos esperan varios todoterrenos con chófer que hemos contratado para que nos lleven a la iglesia.

—Colócate bien la falda, no sea que se te vean las vergüenzas, no sería apropiado viniendo del hijo del *laird* —me dice Joel cuando nos montamos en la parte trasera del primer todoterreno.

—¿Vas a estar así toda la boda? —Gruño otra vez.

—No he hecho más que empezar, tío.

Pero extiende el puño hacia mí.

Media hora después, las gaitas comienzan a sonar dentro del templo de piedra cuando Mary, seguida de Kora y, por último, de Jana, arrojan pétalos blancos a la alfombra roja de camino al

altar; las dos primeras van de azul, en honor a los deseos de la novia, en cuanto a la tercera, tengo que darle la razón a Colin: menudos genes los de estas españolas, está guapísima vistiendo de negro, largo y de tul, muy ella.

—Mi niña... —murmura Joel, a mi lado.

Sonrío.

Pero la sonrisa se me congela cuando veo a Julia, del brazo de su padre, en la entrada de la iglesia. Dios... Se ha dejado su melena pelirroja suelta, pero lleva recogidos algunos mechones por detrás. Le brillan tanto los ojos al coincidir con los míos que me tiemblan las piernas. De largo, de color blanco roto, sencilla, discreta, romántica, sin volumen pero con detalles que la convierten en una novia tan especial..., sobre todo por el caftán que se ha puesto a juego con mi *kilt*. La secuestraba ahora mismo y huiría con ella a caballo hasta el fin del mundo. Quiso una boda en el corazón de las Highlands al más puro estilo escocés, quiso una boda de novela, y es lo que va a tener.

—¡Hola!

Siempre... Siempre me saluda así... ¡A la mierda que el beso sea al final! La tomo de la cintura y la beso en la boca, pegándola a mí. La gente se ríe y el cura carraspea, escondiendo una sonrisa.

No presto atención a nada que no sea ella durante toda la ceremonia, ni puedo dejar de mirarla, ni de tocarla... Pero tenemos que soltarnos las manos para ponernos los anillos.

Cuando Julia extiende el brazo para coger el que es para mí, veo algo que frena mi corazón de golpe.

La sujeto de la muñeca y se la giro.

—Julia... —susurro, conmovido.

Me muestra la otra muñeca, moviendo las pulseras de goma para que vea bien el tatuaje.

—Son tus cicatrices. Les hice una foto un sábado que te quedaste dormido en el sofá y Mike me las tatuó idénticas antes de venir a Invernes. Fui con Joel —le sonrío—, él se tatuó una *J* en su enredadera, a la altura del corazón.

—¿Por qué...? —Trago saliva con esfuerzo—. ¿Por qué tatuarte algo así?

—Porque te amo.

Cierro los ojos con fuerza. Al abrirlos, tengo que obligarme a no llorar... ¿Se puede amar tanto a alguien?

—¿Podemos continuar? —sugiere el cura, sonriendo abiertamente.

Ahora sí que no me entero de nada de lo que queda de ceremonia.

Vivo en una jodida nube también en el banquete.

Antes de que el DJ contratado empiece a pinchar música, nos vamos a la torre para cambiarnos de ropa. Son demasiadas emociones para Julia, ella, además, me pidió, cuando organizábamos la boda, marcharnos después de la comida, no quería el jaleo de la música ni la fiesta, y a mí tampoco me apasiona ese tipo de ambiente.

Todos los invitados salen a despedirnos y nos montamos en el todoterreno que nos llevará al aeropuerto, desde donde volaremos hacia Kenia para pasar un mes entero de luna de miel, se me va a hacer corto, seguro. Con Julia, nada es suficiente y sé que siempre querré más.

Mucho mucho más.



Nos hemos casado cuando cumplimos un año desde que nos dimos nuestro primer beso. Un año. Para ti, querido lector, quizá sea poco tiempo para comprometerse con alguien de por vida, pero si algo he aprendido del pasado tan duro que he vivido, es que las cosas buenas son tan escasas pero tan especiales que, si no te das prisa en atraparlas, las pierdes.

Así que, si algo maravilloso se cruza en tu camino, abre bien los brazos y déjate llevar. Sé que la vida es dura y complicada a veces, pero confía en mí, de todo se sale, todo pasa y un día mirarás atrás y sonreirás porque te darás cuenta de que todo lo que has vivido era necesario para ser el que eres hoy.

Ese día llegará cuando menos te lo esperes, ten música preparada para ponerla a todo volumen, lo bueno hay que celebrarlo siempre por muy pequeño que sea.

Epílogo 3

(Tres años después)

Jana

—¿Tú estás seguro? —dudo mucho, no puedo evitarlo.

—¡Firma ya! —exclama Julia, histérica.

Hasta el abogado y el notario se ríen.

Mis padres tampoco han querido perderse este momento, llegaron ayer. En los últimos tres años vienen una vez al mes, mi madre continúa publicando con nosotros y mi padre quiere jubilarse... en España. Anoche nos soltaron la bomba de que va a cerrar su restaurante para abrir uno aquí, ¡y mudarse a Londres con nosotros! ¡Todavía no me lo creo!

—¿Tú estás segura? —me rebate James, tendiéndome el bolígrafo.

Esto tampoco me lo creo... Me parece un sueño. Mi vida es un sueño hecho realidad...

—Yo, sí.

—Pues adelante. Mi firma ya está, falta la tuya.

Suspiro con fuerza. Me tiemblan las manos cuando firmo los papeles que me convierten en la socia de James McArthur, pasando la editorial a llamarse McArthur & López Home.

Nos estrechamos la mano y, entre sonrisas y lágrimas, nos damos un abrazo para sellar la unión.

Todos aplauden, su familia, la mía y los empleados de la editorial, desde el pasillo, pues en la sala de juntas no cabemos todos y han querido ser testigos.

—Ahora, a celebrarlo —anuncia Julia, colgándose de mi brazo—. Estoy deseando quedarme a solas con James, ya sabes para qué. —Su mirada es tan poco disimulada que me trago una carcajada.

—Aguanta un poco más —le pido al oído para que nadie nos escuche—. Yo también estoy deseando contárselo a Joel, no eres la única impaciente. Quería que fuera hoy...

—... porque se cumplen quince años del accidente.

Sonríe, acariciándome el pelo, que continúa rozándome los hombros.

—Respetaré tus tiempos.

—Y por eso te quiero tanto, Yin.

—No más que yo a ti, Yang. —Nos apretamos con fuerza.

Vamos al *pub* de enfrente de la editorial y nos tomamos algo de comer y beber para celebrar el nuevo rumbo de McArthur & López Home.

Mi padre, cuyo inglés ha mejorado sobremanera, no le quedó otra opción que aprender, charla con el abuelo de Joel y con Stephan y Mary, que acaban de tener un bebé, de posibles zonas para su futuro restaurante.

Mi madre con quien habla es con Astrid y Allan de libros y más libros; sigue escribiendo y publicando con nosotros, la trilogía nos colocó como la mejor editorial de Europa por el éxito tan rotundo que todavía sigue cosechando. Ella y Julia son nuestras escritoras estrella y sus libros están traducidos a treinta y cinco idiomas. Es impresionante.

Alguien me toca la pierna. Giro mi rostro, sonriendo ya porque sé quién es.

«¿Estás bien?», me signa mi chico *skater*. «No has probado nada, ni siquiera la cerveza, solo

bebes agua. ¿Sigues nerviosa?».

«Soy feliz», le respondo, signando también.

No hemos dejado de hablar en lengua de signos. Y solo apaga el volumen de los audífonos cuando echa de menos sentir las vibraciones conmigo.

Se inclina y nos damos un beso en los labios que me sabe a muy poco... Estoy más sensible de lo normal desde hace unos días. Necesito horas y horas con él a solas, menos mal que hoy es viernes, no pienso despegarme de Joel hasta el lunes que tengamos que volver al trabajo.

Busco a Julia con los ojos y la encuentro en la misma situación que yo: acaba de darle un beso James y se ha quedado con ganas de más. Su mirada se cruza con la mía.

Y asiento.

No aguanto más la espera, está siendo un día muy intenso, eterno...

Falta lo mejor.

Ella da un brinco al entenderme y empieza a despedirse. Yo soy menos educada, me levanto de la banqueta, cojo nuestros abrigos y tiro de Joel hasta salir a la calle sin decirle nada a nadie.

—¿Tanta prisa tienes? —Se echa a reír.

—Quiero mi celebración contigo a solas. —Sonriendo, me cuelgo de su brazo, juntándome bien a él para no perder el calor; estamos a finales de noviembre y son las ocho de la tarde, hace mucho frío.

—¿Adónde vamos? —me pregunta cuando dirijo nuestros pasos a una parada de autobús.

—Ya lo sabes.

Su tierna sonrisa lo confirma.

Diez minutos después, nos bajamos al inicio de la Tower Bridge. Joel rodea mis hombros y me besa en la cabeza. Caminamos despacio atravesando el puente hasta la mitad, donde para y se apoya en la barandilla, en el lugar exacto donde quiso suicidarse. Todos los años venimos más o menos a esta hora, nos quedamos en silencio, observando el río Támesis unos minutos, hasta que Joel me tiende la mano y volvemos a casa.

A partir de hoy no habrá más silencio cuando vengamos aquí.

Mis nervios desaparecen.

—Es el momento —pronuncio, muy tranquila.

—El momento, ¿para qué? —Gira la cara hacia mí, confuso.

—Apaga el volumen de los auriculares, cierra los ojos y extiende tu mano.

Frunce el ceño.

—Jana, ¿qué...?

«Por favor», le signo, sonriendo.

Asiente y obedece.

De frente a él, me coloco muy cerca. Me abro el abrigo. Cojo su mano y la apoyo en mi vientre plano. Respiro profundamente.

Joel ahoga una exclamación. Abre mucho los ojos.

—¡Las vibraciones son alucinantes!

Una pareja de ancianos que pasa junto a nosotros da un brinco al escucharle hablar tan alto de repente.

Estallo en carcajadas. Me toco la oreja para que se ajuste la audición otra vez.

—He gritado —adivina, rompiendo a reír.

—Casi nada —miento, sin perder la sonrisa.

—Jana...

Asiento.

—Estás embarazada...

—Sí...

—¡Mierda! —Suelta un aullido de júbilo y me levanta del suelo—. ¡Vamos a ser padres!

Me baja con cuidado.

—Es el momento —repito, acariciándole la cicatriz con cariño—. Para dejar de sentirte culpable. —Se me vuelve la mirada vidriosa—. Tienes que dejarles marchar, este bebé te necesita, yo te necesito. Y sé que ellos, allá donde estén, necesitan que lo superes ya.

—Es el momento de decir adiós. —Se le caen las lágrimas, pero sonrío de un modo precioso—. Ahora lo sé. —Pone las dos manos en mi vientre—. Tenía que sobrevivir. No podía irme con ellos, estaba destinado a encontrarte y tú estabas destinada a regalarme lo que tanto necesito: mi propia familia. —Apoyamos la frente en la del otro, suspirando.

—Mi chico valiente...

—Mi niña favorita...



Me despido aquí, querido lector. Yo no te daré consejos, lo que sí voy a darte son las gracias... Sé que, al principio, te costó entenderme o, incluso, simpatizar conmigo. Reconozco que era muy agobiante con mi hermana, pero no me arrepiento, volvería a actuar del mismo modo. La vida de mis padres no ha sido fácil, de médicos en médicos, de profesionales en profesionales, de profesores en profesores, de terapias en terapias... Y ellos han estado siempre al pie del cañón, sin dejarse vencer por el miedo ni por las circunstancias, luchando por sus hijas, sacrificándose, siendo unos guerreros fuertes, valientes y con tanto amor que regalarnos que no podía mantenerme al margen. Necesitaban encerrarse en el baño a llorar, necesitaban respirar para cargar pilas y regresar con fuerza para encarar la vida que les había tocado, y por eso me volqué tanto con Julia. Me costó darme cuenta de que veía una etiqueta antes que a ella, pero dicen que nunca es tarde, ¿no? Así que gracias por sonreír conmigo ahora...

Por cierto, una última cosa y ya te dejo con Joel... Supongo que lo habrás adivinado, pero te lo confirmo: Julia también está embarazada.

Epílogo 4

(Dos años y ocho meses después)

Joel

—A nombre de Ellie —me dice una chica de unos veinte años, entregándome su ejemplar para que se lo dedique—. Gracias.

—Que lo disfrutes. —Le dedico mi mejor sonrisa.

Me duele la mandíbula. Llevo más de dos horas sentado firmando la segunda entrega de mi nueva serie de mangas. El primero fue desde el accidente de mi familia hasta que conocí a Jana. Necesitaba despedirme de mis padres y mi hermana a lo grande. Necesitaba contarle. Necesitaba decirles adiós de la única manera que cuenta para mí: dibujándolos para que quedasen eternos.

El segundo de la serie, el que estoy presentando hoy, cuenta mi vida desde que conocí a Jana hasta que nacieron Jonah y Juliet.

Estoy en Forbidden Planet, la tienda por excelencia de los aficionados de los cómics, novelas gráficas, videojuegos... El sitio es enorme, de dos plantas, yo estoy en la de arriba, al fondo, y hasta las escaleras siguen llenas de gente haciendo cola por mí. Me encanta, no lo voy a negar, pero necesito un puto descanso... Mi representante, a mi lado, niega con la cabeza cada vez que le miro.

Se acabó, no puedo más: apago los audífonos. Cojo el boli de nuevo para continuar y sonrío al chico que espera a que firme su ejemplar. Entonces, una intensa vibración en mis oídos hace que lance el boli a la mesa y me levante. Justo a tiempo.

Pero ¿qué coño...?

Jana, la superheroína, está subiendo las escaleras con Jonah en brazos, mi pequeño superhéroe. Literalmente: se han disfrazado exactamente igual que salen en mi nuevo manga.

Ella me sonríe bien orgullosa. Mierda..., es mi jodida fantasía hecha realidad. Está tan sexy que esta noche le quito el traje a mordiscos cuando Jonah se duerma. Me acaricio la barba conscientemente, llamándola «preciosa» en lengua de signos. Jana, que se percata enseguida del signo, se sonroja. En serio, a mordiscos, muy lentamente...

Deja al niño en el suelo mientras enciendo los audífonos. Yo me agacho agitando las manos hacia él. Chilla y corre con torpeza hasta mí.

«Hola, papá», me signa, antes de intentar comerme la barbilla.

No pronuncia una sola palabra, pero ya sabe lengua de signos. Mañana cumple dos años, es tan listo como su madre y tan travieso como yo, la combinación perfecta.

Le hago cosquillas y rompe a reír. Su risa y la voz de Jana son dos de mis sonidos favoritos en el mundo que escucharía en bucle el resto de mi vida.

—¡Tío Joel!

Ese es mi tercer sonido favorito.

Me inclino hacia la izquierda y veo a mi sobrina correr también hacia mí, vestida igual que Jonah, los dos con capas rojas, como Daisy y yo en los cómics de mi padre.

La pequeña Juliet se sujeta el vestido y me sonríe muy coqueta; ella, en lugar de llevar un antifaz, luce una gran diadema de Minnie Mouse, a juego con su madre, que aparece detrás, de la mano de James, un muy embelesado James. Arrodillado en el suelo, le digo:

—Estás preciosa.

—Soy una *superhera*, como tu hermanita. Jonah y yo somos como tú y Daisy, ¿a que sí, Jonah?

Él sonríe y, mirando a su prima, pone las manos cruzadas en el pecho.

—Yo también *quiero te* —le responde ella, abrazándole entre mis brazos.

Bueno..., morimos de amor cuando hacen estas cosas, y las hacen mucho. Juliet sí habla, y es tan sentida y cariñosa... Me la como a bocaditos provocando sus dulces carcajadas.

Fue un embarazo complicado a nivel sensorial y emocional para Julia, tanto cambio hormonal no lo llevó bien, estaba desesperada, agobiada, frustrada... James fue la tranquilidad que necesitaba, admiro tanto a mi hermano..., es impresionante lo perfecto que es para ella.

Pero, entonces, nació Juliet, y la mamá, de repente, se relajó, pero el papá... Ahora el nervioso es James, sería capaz de meter a su hija en una burbuja para que no le pasara nada, y la calmada es Julia, que no para de reírse al ver a su marido sudar cuando la niña hace un puchero o se queja por algo. Coinciden en que con Juliet tienen más que suficiente, y yo les apoyo, además, Jonah es más su hermano que su primo, son inseparables, ninguno de los dos necesita más.

Tampoco Jana ni yo.

Poco más puedo contarte, querido lector... Somos felices. Disfrutamos. No todo es bonito y maravilloso, hay sustos, hay lágrimas, hay discusiones, hay noches en vela, hay viajes a Urgencias...

Pero también hay muchos momentos en familia, y lo celebramos todo juntos. Los domingos, por ejemplo, son sagrados, Tiago y Lucía cierran el restaurante y comemos todos allí: los padres de James, Kora, Ezra y sus hijos, mi abuelo, y los antisociales se nos unen el primer domingo de cada mes después de su partido de *rugby*.

Perdí a mi familia, pero gané otra que ha ido llenando el vacío de mi corazón y borrado el dolor que sentí durante tantos años; por poner otro ejemplo, ahora soy yo el que despierta a Tiago antes del amanecer para irnos a pescar con Andrés cuando veraneamos en Altea.

Y que no se me olvide el amor, que de eso hay «mucho, mucho», como dicen mis hermanos.

Los cuatro vivimos la vida que elegimos a diario, cada día tenemos veinticuatro horas de nuevas oportunidades.

Y hay que aprovecharlas todas.



Nota de la autora

Para quien no lo sepa, tengo dos niñas preciosas con TEA, la mayor, además, con epilepsia. Mi vida es dura, hay momentos en los que lloro mucho y siento que no puedo continuar, o me muero de miedo, pero una sonrisa de ellas, el sonido de sus risas, esos abrazos tan suyos en los que me aprietan muy fuerte durante dos segundos (como hace Julia), sus besos pringosos de Nutella o que me miren a los ojos... son los que multiplican mis ganas para seguir adelante, ellas se lo merecen porque, como dijo una vez Mirko Badiale, los niños deberían llevar un cartel que dijera “cuidado, contiene sueños”. Y soñando con un final maravilloso para mis niñas, nació esta novela, una historia con mucha realidad y con un toque de magia, porque la magia existe, solo tenemos que mantener los ojos abiertos, el corazón ya se encarga de lo demás...

Terminé la historia de Lucía y Tiago (*Trastorno del Espectro del Amor*) con un final abierto para sus hijas, pero con miedo porque no sabía qué quería para ellas. Hace unos meses, me hice la misma pregunta que me había hecho los últimos dos años: “¿Qué quieres para Julia y Jana?, ¿tristeza?, ¿pena?, ¿compasión?”. Por supuesto que no. Quiero sonrisas, carcajadas, mucho amor, pero, sobre todo, quiero que el mundo avance, se informe, comprenda, empatee y se dé cuenta de una vez que ser diferente no es ser menos que nadie. Quiero realidad (hasta los comportamientos y expresiones son iguales que los de mis hijas), pero también quiero soñar con un mundo mejor. Ha habido mucha documentación, pero también mucha esperanza para que el día de mañana mis niñas vivan algo como *Amo te mucho mucho*, una novela donde todos son jarrones rotos, con 24 horas cada día de nuevas oportunidades...

La vida da mil vueltas, hoy todo te va genial, pero mañana puedes toparte con una gran piedra en el camino, o con un precipicio, ¿quién sabe?, así que recuerda que tu futuro depende de tu presente. ¿Te gustaría encontrarte con espinas y malas hierbas cuando mires hacia atrás, o con un jardín precioso al que cuidar y hacer crecer para que siga dando vida? Yo, con el jardín, cueste lo que cueste, porque si algo me enseñan mis hijas cada día es que no hay nada imposible, la vida, aunque no lo parezca, siempre es más, y yo quiero más: más abrazos, más besos, más amor... El mundo es un puzzle donde no hay dos piezas iguales.

Y donde todos encajamos, nunca lo olvides.

Nos vemos pronto...

Sofía

Sofía Ortega



Soy una esclava de la pluma, del amor y de los sueños...

Mamá de dos niñas preciosas con TEA, mujer de un hombre perfectamente imperfecto, soñadora de vocación y romántica incurable, que lee y escribe desde sus primeros recuerdos.

IG: @sofia_ortegam

TikTok: @sofia_ortega_autora

FB: Sofía Ortega

Blog: www.elcodicedesofia.com

e-mail: sofiaortega.autora@gmail.com

Obras publicadas

-*El misterio del cálamo.*

-Trilogía **La luz de la sombra:** *El susurro de la acuarela; El dibujo de su oscuro corazón; La cereza y el lobo.*

-Bilogía **Maldita inocencia:** *Malditas las rosas; La melodía de la inocencia.*

-Trilogía **Los tres mosqueteros:** *Bastian; Evan; Kaden.*

-Bilogía **Aviones de papel:** *Segunda estrella a la derecha; El país de Nunca Jamás.*

-*Palabras de hojalata.*

-*Trastorno del Espectro del Amor.*

-Trilogía **Hermanas de sangre:** *Daniela ya no quiere más cuentos...; Cayetana ya no quiere más espejos...; Melina ya no quiere más cintas...*

-*Llenando el mundo de estrellas.*

-*Solo cinco segundos.*

-Bilogía **Los gemelos Bianco:** *A un clic de ti; A un post de ti.*

-*Amo te mucho mucho.*



¡Hasta pronto!